

x-rite

colorchecker CLASSIC

DRAMAS

DE

C. F. SCHILLER

LA NOVIA DE MESINA—WALLENSTEIN

TRADUCCIÓN DE

JOSE YXART

ILUSTRACIONES DE

Alejandro Lich y Valdemaro Friedrik



Ag 21 68

BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

CASA EDITORIAL MAUCCI.—Calle Mallorca, 166

1909

SCHILLER
—
LA NOVIA
DE MESINA
—
WALLENSTEIN



7004



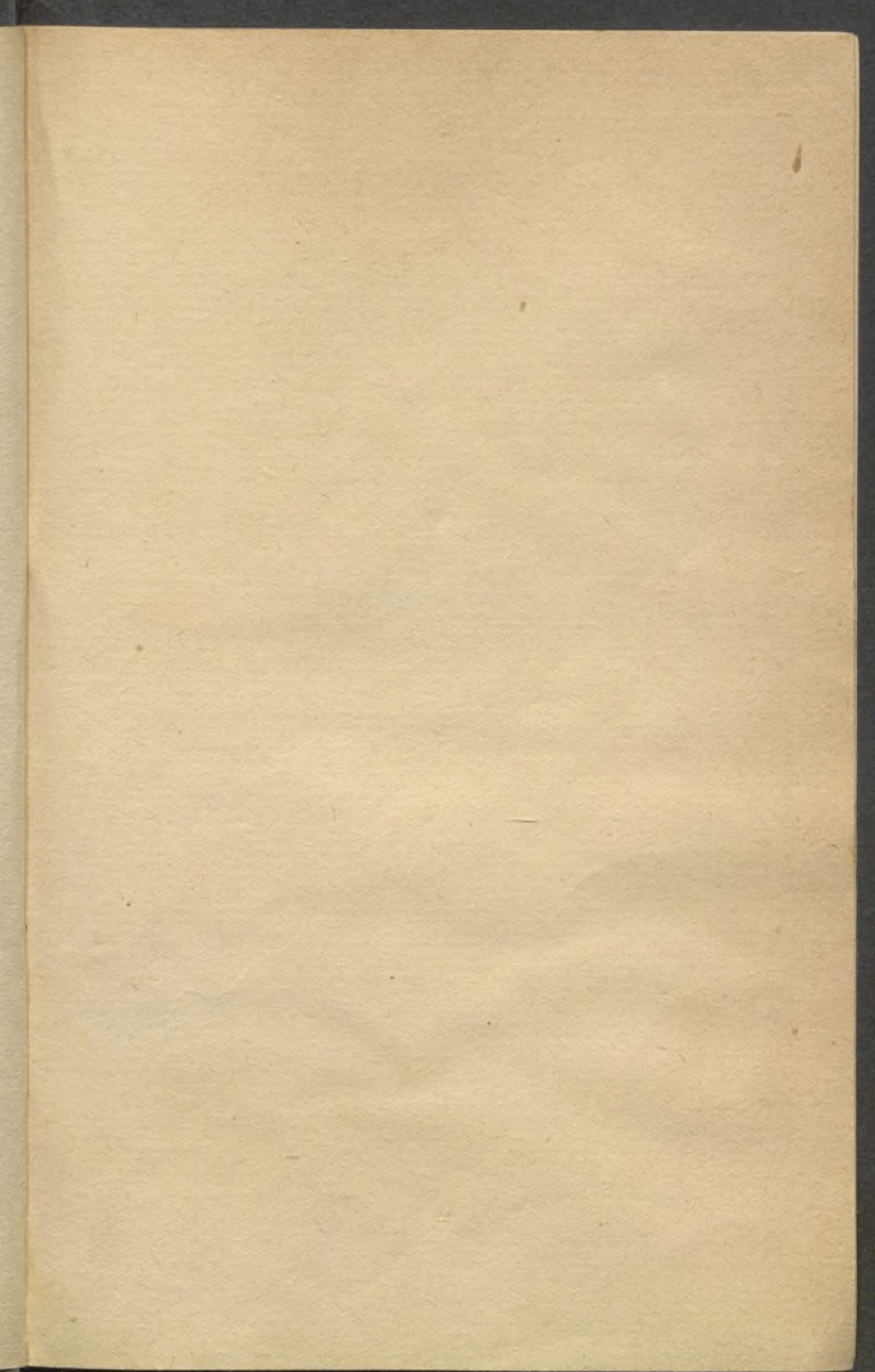
P. 1-11

211001793

oteca Pública Provincial de Guadalajara

NO SE PRESTA

Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura.



SCHILLER

ES PROPIEDAD

DRAMAS
DE
C. F. SCHILLER

LA NOVIA DE MESINA—WALLENSTEIN

TRADUCCIÓN DE

JOSE YXART

ILUSTRACIONES DE

Alejandro Lick y Valdemaro Friedrik



Agg 2162

BARCELONA
BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»
CASA EDITORIAL MAUCCI.—Calle Mallorca, 166

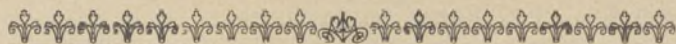
1909



Establecimiento tipográfico de la CASA EDITORIAL MAUCCI

LA NOVIA DE MESINA

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS



DEL

Uso del coro en la tragedia

PREFACIO DEL AUTOR

Una obra poética debe justificarse á sí propia; á la elocuencia de los hechos, inútilmente se opondrán las palabras. Podríamos, por consiguiente, dejar al coro el cuidado de su propia apología, si realmente cupiera presentarlo en sus convenientes condiciones; más, por desgracia, sólo se puede juzgar una tragedia viéndola representada; el poeta se limita á dar los versos; la música y el baile han de vivificarlos. De aquí que mientras el coro se vea privado de tan poderoso auxiliar, parecerá, en la estructura de una tragedia, como obra aparte: cuerpo extraño que sólo sirve para interrumpir la acción dramática, turbar la ilusión y enfriar el ánimo del espectador. Para juzgar el coro en su valor real, sería forzoso mirar la obra escénica, no como realmente es, sino como debiera ser, é imaginar un teatro que no existe todavía: obligado esfuerzo á que sujeta siempre toda tentativa de progreso y mejora. Cuanto no es aún del dominio del arte, al arte corresponde conquistarlo, y la accidental penuria de sus recursos no ha de ser obstaculo nunca á la imaginación del poeta. El poeta va en busca de

lo bello ideal, sin perjuicio de contentarse con los medios de ejecución que las circunstancias le ofrecen.

No tiene el público la culpa, como con harta frecuencia pretenden muchos, del descrédito del arte, sino los artistas que le corrompen y rebajan; siempre, en todas las épocas de decadencia, ésta ha procedido de los artistas. Al público le basta el sentimiento, cualidad que seguramente posee; el público trae al teatro indeterminado apetito y múltiple capacidad, pero no puede negársele nunca supremo tacto para reconocer lo que va acorde con el sentido común y lo fundado en la verdad, y si alguna vez se satisface un momento con detestables producciones, seguro que ha de rechazarlas apenas se le sirvan otras mejores y más acomodadas á sus gustos.

El poeta—oponen algunos—pierde miserablemente el tiempo soñando con el ideal, y el crítico se afana inútilmente en juzgarle en virtud de ciertas leyes trascendentales, puesto que, en suma, apenas se acude á la ejecución, se advierte que el arte se halla limitado por ella, y descansa en último resultado en necesidades. El empresario ha de vivir, el actor quiere lucirse en sus papeles, el público divertirse y salir conmovido. ¡Divertirse! este es su único objeto, y el autor puede contar desde luego con el desagrado de los espectadores si en vez de ofrecerles la distracción que se han prometido, les impone el menor esfuerzo de atención ó la más leve fatiga.

Mas quien se complace en mirar el teatro desde un punto de vista más grave, puede muy bien sentirse dispuesto, no á destruir los placeres del espectador, sino á ennoblecerlos. El teatro es lugar de esparcimiento, convenido; pero hagamos que esa diversión resulte poética. No digo el teatro, todo arte, por serlo, tiene por principal fin recrear el ánimo, pero acaso no existe más alta y más grave

vocación que la que tiene por objeto regocijar así á los hombres. Sólo el arte verdadero nos procura los más nobles goces, los cuales consisten en el ejercicio libre, consciente y vivaz, de todas nuestras facultades.

El espectador, quien quiera que sea, reclama de las artes de imaginación que le desaten de los lazos de la realidad, y quiere recrearse con lo posible y espaciarse libremente con lo fantástico. El que menos pretende, desea sin duda olvidar sus negocios, su vida cotidiana, su propia persona, trasladarse á otro mundo de extraordinarios acontecimientos, y asistir á las raras combinaciones de la suerte; ó bien, si es de carácter más sesudo, ver en las tablas la acción y movimiento de aquellas leyes morales cuyo directo influjo echa de menos en la vida real. Lo cual no le impide recordar que todo aquel espectáculo es un simple juego, y que al salir del teatro para regresar á la realidad, volverá á ser su víctima como antes, porque el mundo que va á abrumarle otra vez con su peso, no ha cesado de ser lo que era porque él le haya olvidado un instante. Todo el provecho de la velada consiste en fugaz ilusión que se desvanece al despertar. Pero cabalmente porque se trata sólo de una ilusión pasajera, basta que se proyecte sobre ella la sombra de la verdad, ó que exista sólo la grata verosimilitud con que se reemplaza de buen grado aquella.

El verdadero arte, sin embargo, no se propone un fin transitorio; no contento con inspirar al hombre un sueño fugaz de libertad, quiere hacerle realmente libre. ¿Cómo? Despertando y desenvolviendo en él la fuerza capaz de mantener á distancia el mundo de los sentidos que le oprime, y esclavizar la grosera y ciega materia con el pensamiento. Y esta realidad, esta objetividad, términos del verdadero arte, son cabalmente los que le impiden contentarse con la apariencia de la verdad y le condu-

cen á fundar el edificio ideal sobre la verdad misma, sobre los cimientos firmes y profundos de la naturaleza.

Ser ideal y al propio tiempo real, en la más amplia acepción de la palabra, abandonar el terreno de lo positivo sin cesar de vivir en perfecto acuerdo con la naturaleza: esto es lo que pocos comprenden, y lo que falsea el juicio de toda obra poética ó plástica, puesto que según el común sentir ambas condiciones se excluyen mutuamente. Con frecuencia la una se sacrifica á la otra, de donde resulta que perecen ambas. Así, el autor dotado de un sentido exacto, y de cierta sagacidad de observación, pero desprovisto de imaginación creadora, será, por ejemplo, pintor fidelísimo de la realidad y capaz de sorprender sus fenómenos accídentes; pero, en cambio, el espíritu de la naturaleza le escapará: nos mostrará el ropaje exterior de las cosas; pero, como su obra no puede ser el espontáneo fruto de la creación, no ejercerá jamás la acción bienhechora del arte que reside en su propia libertad. La disposición de ánimo en que nos deje tal artista ó tal poeta, podrá muy bien ser muy grave ó profunda, pero seguramente no será muy grata, y aquel arte, que había de ser nuestro libertador, ha de traernos penosamente al círculo de las vulgares realidades.

Quien posea, por el contrario, imaginación viva, pero se halle desprovisto de sentimiento y observación, olvidado por completo de la realidad, intentará únicamente sorprendernos con fantásticas ó extravagantes combinaciones, por donde su obra, todo apariencia y leve espuma, tras habernos divertido un instante pasará sin dejar en el ánimo fecundo surco. Así ni la frivolidad del uno, ni la gravedad del otro son realmente poéticas. Alinear, á capricho, cuadros fantásticos, no se llamó nunca beneficiar los dominios del ideal, como no fué

nunca reproducir la naturaleza atenerse á su servil imitación.

Tan poco se contradicen mutuamente las dos condiciones de que voy hablando, que en último análisis vienen á ser una sola, puesto que el arte no puede alcanzar la verdad sino renunciando á lo real por lo puramente ideal. La misma naturaleza es tan sólo una idea del entendimiento que no cae bajo la acción de los sentidos; oculta en el fondo de los fenómenos, no parece nunca á la superficie. Sólo al arte ideal le es permitido, ó mejor, le es forzoso sorprender aquel espíritu generador y encarnarlo en una forma física, no ofreciéndolo á los sentidos, sino á la imaginación, por un esfuerzo de la potencia creadora, de lo cual resulta que lo ideal es más verdad que lo real, y más real que la experiencia. Es inútil añadir que el artista no emplea ninguno de aquellos elementos tales como los ofrece la realidad, y que su obra debe ser *ideal* en todas sus partes, y *real* en el conjunto, si debe corresponder á la naturaleza.

Estas verdades aplicables á la poesía y al arte en general, han de serlo forzosamente á las variedades de la especie, y naturalmente á la tragedia. Largo tiempo se han combatido, y aún nos vemos obligados á combatir las hoy, las vulgares nociones relativas al concepto de lo *natural*, subversivas de toda idea de poesía y arte. Ciertamente que á las artes plásticas los partidarios de lo natural conceden todavía cierta idealidad, por motivos más convencionales que fundados en la lógica; pero de la poesía, de la dramática sobre todo, pretenden una ilusión completa de tal género, que si pudiera realizarse, se convertiría en mezquino juego de prestidigitación. Cuanto forma el espectáculo escénico parece protestar contra esta idea fundamental. Todo en el teatro es tan sólo símbolo de la verdad; la luz de las tablas es de convención; simbólica, la arquitectura; el mismo lenguaje, ideal; y con tales elementos, pretenden

que la acción sea real; esto es, que la parte destruya el todo. Por este errado camino, los franceses, que, á mi juicio, desconocieron por completo el espíritu de la antigüedad, han imaginado las unidades de tiempo y de lugar en lo que tienen de más empírico, como si pudiera existir otro lugar que el terreno ideal en que pasa la acción, ni otro tiempo que el necesario para su desarrollo.

La introducción del verso fué ya un paso importante hacia la tragedia poética. Buen éxito tuvieron algunas tentativas líricas en el teatro, y la poesía, por sus propias fuerzas, triunfó de cuando en cuando de la preocupación dominante. Pero esos triunfos parciales nada deciden; fuerza es destronar de una vez el error: no basta que se admita como libertad poética lo que es la esencia misma de toda la poesía; en este sentido, la introducción del coro sería el paso decisivo y supremo, y aunque sólo sirviera para declarar abierta y lealmente la guerra al naturalismo, nosotros veríamos en él una como muralla viva en torno de la tragedia, que la aislaría del mundo real, y fuera salvaguardia del suelo ideal y de su libertad poética.

Como es sabido, la tragedia griega nació del coro; sean cuales fueren las modificaciones históricas que trajo á ella el transcurso del tiempo, al coro debe su espíritu poético y su desenvolvimiento, y sin aquel inmutable testimonio, sin aquel agente del drama, otra fuera la poesía resultante. La supresión del coro, la transformación de un órgano tan poderoso en un miserable y fastidioso confidente sin carácter, que sale y vuelve á salir, no fué para la tragedia tan gloriosa conquista como imaginan la escuela francesa y sus partidarios.

La tragedia antigua, en la cual figuraron tan sólo originariamente los dioses, los héroes y los reyes, se servía del coro como de su obligado acompañamiento. Ofrecióselo la naturaleza, y lo empleó porque lo encontró en ella. Los actos y la suerte de

héroes y reyes son desde luego por sí mismos públicos, y debían serlo más en época de primitiva simplicidad, de donde se siguió que el coro era en la tragedia antigua un órgano natural, una suerte de emanación poética de la realidad. En la tragedia moderna cambia de aspecto, y se convierte en órgano artístico que da relieve á la poesía. El poeta moderno no halla el coro en la naturaleza, sino que le es necesario crearlo y traerlo á la escena, esto es, modificar la fábula de modo que retroceda á aquella época primitiva, y se revista de la simple forma de la vida.

De aquí se sigue que el coro puede prestar al poeta moderno servicios más esenciales que en la antigüedad, ya que transporta nuestro mundo trivial á la antigua región de la poesía, opone obstáculos á la introducción de todo elemento antipoético, y nos retrotrae á las primitivas fuentes del candor y la simplicidad. Cerrados están en el día los palacios de los reyes; la justicia no pronuncia sus fallos á las puertas de las ciudades sino en el interior de los edificios; por otra parte, la escritura desterró la palabra viva, y el mismo pueblo, la masa general, cuando no representa la fuerza bruta, se convierte para el Estado en una abstracción. Hasta los dioses viven refugiados en el fondo de las conciencias. Al poeta corresponde abrir de nuevo los palacios, traer los tribunales al aire libre y restaurar los dioses; restablecer, en una palabra, ese aspecto inmediato de la humana existencia, alterada tanto tiempo há por la organización artificial de las sociedades, y despojando al hombre de sus vanos arreos, mostrarnos su naturaleza interior y su carácter nativo, del modo que el escultor rechaza los trajes modernos, y sólo guarda de ellos lo que comunica relieve á la más noble de las formas: la forma humana.

De igual manera, así como el pintor se sirve de holgados pliegues para enlazar las diversas partes

de la composición con elegancia y riqueza, y llena con ellos los vacíos, dispone las masas, distribuye el color, encanto de los ojos, y muestra con acierto la forma humana, así el poeta trágico reviste su acción y sus figuras de una suerte de tisú lírico, dentro del cual, como en holgado ropaje de púrpura, sus personajes se mueven con libertad y nobleza, con mesura y dignidad.

En todo organismo verdaderamente elevado, el elemento material debe desaparecer: no se halla ciertamente el color químico en las finas carnaciones de la vida. Lo cual no impide que aquel elemento tenga también su grandeza y pueda ser empleado con ventaja, á condición de que el ropaje merezca, por su armonía, por su riqueza, por su fastuosidad, el lugar que ocupe, y lejos de abrumar con su peso las formas sirva para darles relieve.

Lo que decimos con aplicación á las artes del dibujo, puede aplicarse á la poesía, y particularmente á la poesía trágica de que tratamos ahora. Cuanto se representa la inteligencia, como cuanto se dirige exclusivamente á los sentidos, no son más que elemento y materia en una obra poética. Si la materia domina, el poeta pierde infaliblemente sus derechos, porque la poesía se halla precisamente en aquel punto que separa lo ideal de lo real. Tal es el espíritu del hombre: de lo particular pasa siempre á lo general, y en la misma tragedia, la reflexión debe ocupar su lugar. Para merecerlo, debe reconquistar por medio de la elocución lo que le falta en la vida real, porque cuando los dos elementos de toda poesía, lo ideal y lo real, no obran juntos ni fusionados, entonces deben obrar el uno junto al otro, sin lo cual la verdadera poesía dejaría de existir. Sólo puede devolverse su perdido equilibrio á una balanza imprimiendo una oscilación á sus dos platillos.

Tal es precisamente el oficio del coro en la tra-

gedia. El coro no es un individuo, sino una idea general, una abstracción representada materialmente por una masa importante, cuya presencia y cuyas agrupaciones se imponen á los sentidos. El coro franquea los estrechos límites de la acción para extenderse sobre lo pasado y lo porvenir, sobre tiempos y pueblos lejanos, sobre todo lo humano en general, y pone de relieve los grandes resultados de la existencia y proclama las enseñanzas de la sabiduría: lo cual realiza con toda la fuerza de la imaginación y con toda la libertad de un lirismo atrevido que trepa con olímpicos pasos á las más altas cimas de las cosas humanas, acompañando sus acentos y sus gestos con ayuda del ritmo y de la música. El coro, por consiguiente, depura el poema trágico, separando la reflexión de la acción con lo cual le comunica vigor poético, del modo que el pintor, por medio de fastuosos ropajes, hace del vestido, vulgar necesidad, un nuevo encanto y una belleza más.

Pero también así como el pintor se ve obligado á entonar el color de las figuras para que se acuerde y armonice con el vigoroso tono de los trajes, así el lirismo del coro impone al poeta más alto estilo, y mayor energía y fuerza de expresión. Sólo el coro puede ofrecer al poeta trágico ocasión de usar aquella solemnidad en el lenguaje, grata y rotunda para el oído, estímulo de la atención y espacio para el alma. Una vez entra en el cuadro aquella figura gigantesca, obliga á calzarse el coturno á los demás personajes, con lo cual comunica verdadera grandeza trágica al conjunto. Suprimamos el coro, y el estilo de la tragedia baja inmediatamente de nivel, ó mejor, cuanto parecía enérgico y altivo, pasa de pronto á ser exagerado y declamatorio: si se introdujera el coro antiguo en la tragedia francesa, mostraría á la luz su pobreza y vacuidad, y en cambio comunicaría su verdadero sentido á la de Shakespeare.

Si el coro vivifica el estilo, introduce también la calma en la acción: aquella calma y serenidad, nobles é imponentes, que caracterizan toda obra de arte exquisita. Porque el ánimo del espectador debe conservar toda su libertad, aun ante la representación de las más violentas pasiones, y lejos de ser su víctima ha de darse cuenta de ellas con toda lucidez. Las acusaciones que formula el vulgo contra el coro, sosteniendo que desvanece toda ilusión y atenúa la fuerza de los afectos, son cabalmente sus títulos de gloria, porque el verdadero artista desdeña los ardides teatrales, y no debe valerse del poder ciego de la emoción. Si los golpes de teatro debieran sucederse y conmovernos sin interrupción alguna, de espectadores activos pasaríamos á ser pasivos y parte integrante de la acción, en lugar de cernernos sobre ella. No, el coro marcando la división de las diversas partes, interviniendo con sus serenas reflexiones en el desarrollo de las pasiones dramáticas, nos restituye aquella libertad que nos arrebatarían en su torbellino las repetidas emociones de la escena. Por su parte, á los mismos personajes trágicos les es conveniente aquella calma y serenidad para recogerse de cuando en cuando en sí mismos, atento á que no son en verdad seres reales, individuos sujetos á la impulsión de un momento, sino creaciones ideales representantes de su especie, que descubren al espectador las profundidades del alma humana. La presencia del coro que los observa y oye como testigo y como juez, y que modera con su intervención sus primeros arrebatos, es causa de la mayor circunspección en sus actos y de la mayor dignidad en sus palabras. Obrando y hablando ante testigos, se hallan desde luego colocados en cierto modo en un teatro natural, lo cual les da aptitud para hablar al público sobre el proscenio que el arte ha construído.

Tales son las razones que me han inducido á res-

lablecer el coro antiguo en la tragedia. No ignoro que otros ensayaron el uso de los coros en la misma; pero el de la tragedia griega, tal y como lo empleo aquí, es decir, el coro, como personaje ideal, hablando é interviniendo en la acción, es *esencialmente* distinto de los coros de ópera. Cuando á propósito de la antigua tragedia, oigo que alguien discurre acerca de los *coros* y no *del coro*, sospecho de buen grado que habla de lo que no entiende. Que yo sepa, desde la desaparición de la tragedia griega hasta el presente, el coro, en su antigua acepción, no ha figurado en las tablas.

Me he permitido, en verdad, partirlo en dos mitades, y ponerle en contradicción consigo mismo, pero sólo en aquellas escenas donde figura como personaje real, como ciega multitud. En tanto que es coro y personaje real, como ciega multitud. En tanto que es coro y personaje ideal, permanece *uno* y de acuerdo con su propio carácter. He mudado á veces el lugar de la acción y he dejado que en algunas escenas el coro se retirase, pero conste que en el uso de esta libertad me precedieron Esquilo, el creador de la tragedia, y Sófocles, el más grande maestro en el arte.

Otra libertad me he permitido, tal vez de menos fácil justificación, cual es la de fundir en la acción la religión cristiana, el paganismo griego y el mahometismo. Mas conviene no olvidard que la escena es en Mesina, donde las tres religiones en parte subsistian, en parte hablaban todavía á los sentidos por medio de los monumentos. Por lo demás, considero como un derecho de la poesía mirar las diferentes religiones como un todo colectivo en el cual halla su lugar cuanto es característico y manifiesta un concepto individual. Bajo la universal envoltura de las religiones se encuentra la esencia de la religión, la idea de Dios; al poeta debe serle permitido expresarla en la forma que juzgue mejor y más conveniente.

PERSONAJES

DONA ISABEL, princesa de Mesina.

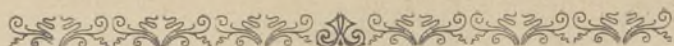
DON MANUEL }
DON CESAR } sus hijos.

BEATRIZ.

DIEGO.

Mensajeros.

EL CORO, formado por el séquito de los dos hermanos.
Los ancianos de Mesina, personajes que no hablan.



ACTO I

ESCENA PRIMERA

La escena representa un vasto salón con gran columnata. Puertas á derecha é izquierda. Al foro la rica portada de una capilla.

DOÑA ISABEL, de riguroso luto. Los ancianos de Mesina, de pie en torno suyo.

DOÑA ISABEL

La necesidad, y no mi propio impulso, me acerca á vosotros, venerables ciudadanos de Mesina, y me obliga á dejar mis retirados aposentos para descubrir mi rostro á los ojos de los hombres; pues cuadra á la viuda que perdió la gloria y la luz de su vida, envolverse en sombrías vestiduras y esconderse á las miradas del mundo. Mas la voz imperiosa é inflexible de las circunstancias, me devuelve hoy á la luz, de que me separé.

No ha renovado dos veces la luna su luminoso disco desde que conduje á la mansión del descanso á mi real esposo, que con firmeza gobernaba esta ciudad, y con mano potente nos defendía contra los enemigos que nos rodean. Ha muerto, pero su espíritu anima aún á una pareja de héroes: sus dos hijos, orgullo del país. Les visteis crecer y des-

arrollarse entre vosotros; pero con ellos se desarrollaba el germen fatal y misterioso de un odio fraternal que, después de haber aniquilado la regocijada concordia de su infancia, cobró, con el tiempo, terrible carácter. Jamás he podido gozar de su unión. A entrambos alimentó mi seno, á entrambos prodigué los cuidados que mi amor me dictaba, y sé que desde su infancia me consagran entrambos un cariño igual. Este es el único punto en que están de acuerdo; en lo demás les divide sangrienta discordia.

Mientras duró el reinado temido de su padre, domaba él con severa justicia el ardor bullicioso de sus hijos, doblegaba bajo férreo yugo su espíritu tenaz. No debían acercarse armados uno á otro ni pernoctar bajo el mismo techo. Así impedía la violenta explosión de sus feroces caracteres una orden firme y poderosa; pero dejaba subsistir entero el odio en el fondo del corazón. El fuerte desdeña parar el curso de la pobre fuentecilla, porque puede oponer un dique al torrente.

Mas lo que debía suceder, ha sucedido. Cuando la muerte hubo cerrado sus ojos, y sus hijos se sintieron libres del yugo de su mano poderosa, estalló el odio antiguo como estalla la llama de la hoguera cuando deja de ser comprimida. Vosotros mismos fuísteis aquí testigos de lo que os estoy diciendo. Mesina se dividió; la fratricida lucha rompió los lazos sagrados de la naturaleza y parió la discordia general. Chocó el acero contra el acero, convirtióse la ciudad en campo de batalla; y estas mismas salas fueron manchadas de sangre.

Habéis visto destrozarse los lazos del Estado; destrozado está también mi corazón. Pero vosotros habéis sentido tan sólo el sufrimiento general y pocos han conmovido las penas de una madre. Vinísteis á mí y me habéis dicho esas duras palabras: «Ya ves que la discordia de tus hijos trae la guerra civil á nuestra ciudad, que solamente por la con-

cordia puede oponer resistencia á los vecinos enemigos que la rodean. Tú eres su madre: mira, pues, cómo puedes apaciguar los rencores sanguinarios de tus hijos. ¿Qué nos importa á nosotros, tranquilos ciudadanos, la rivalidad de nuestros señores? ¿Hemos de perecer, porque tus hijos se odian? Bien podemos gobernarnos sin ellos, y someternos á otro príncipe ganoso de nuestro bien y apto para realizarlo.»

Esto dijisteis, hombres endurecidos y sin piedad. Sólo en vosotros y en vuestra ciudad pensásteis, y habéis cargado con el peso de las desgracias públicas este corazón, bastante oprimido ya por el dolor y las angustias maternas. Intenté lo que deseábais, aunque sin grandes esperanzas; con el alma desgarrada me lancé en medio de los dos furiosos y les he conjurado á la paz. Sin temor, sin tregua y sin abatimientos, he llevado á cabo mi propósito, hasta que mis maternas súplicas consiguieron arrancarles la promesa de que vendrían hoy pacíficamente á esta ciudad de Mesina, y al palacio de sus antepasados, y que reprimirían su enemistad, cosa que no ha acaecido desde la muerte de su padre. Hoy llegarán. De un momento á otro estoy esperando al mensajero que anuncie su llegada. Disponeos, pues, á recibir á vuestros príncipes con sumisión, como á súbditos conviene. Atended tan sólo á vuestros deberes, y dejad que cuide yo de lo demás. El odio de mis hijos perdería á este país, y les perdería á ellos mismos. Si se reconcilian, tendrán, unidos, bastante fuerza para mantener sus derechos contra vosotros.

(Los ancianos se alejan en silencio, con la mano puesta sobre el corazón. Isabel llama por señas á un viejo servidor que permanece en la escena.)

ESCENA II

ISABEL, DIEGO

ISABEL.—¡Diego!

DIEGO.—¿Qué ordena mi soberana?

ISABEL.—Acércate, fiel servidor, corazón leal; tú has compartido mis inquietudes y mi dolor; comparte ahora mi dicha. A tu alma fiel confié mi tierno y triste secreto; ha llegado el momento en que debe parecer á la luz del día. Harto he reprimido el impulso poderoso de la naturaleza, gobernada por agena voluntad. Ahora puede su voz alzarse libremente; hoy será saciado mi corazón, puesto que esta casa, por tanto tiempo desierta, va á reunir cuanto me es caro.

Dirige, pues, tus pasos entorpecidos por la edad, al claustro que conoces y que me guarda un precioso tesoro. Tú, alma fiel, lo escondiste en aquel sitio hasta mejores días; tú me hiciste este servicio en mi tristeza. ¡Venga á mí ahora esa prenda querida, á mí que voy á ser feliz! (Suenan trompetas á lo lejos.) ¡Vé, vé! rejuvenezca el gozo tu debilitado paso! Oigo la trompetería que me anuncia la llegada de mis hijos. (Vase Diego. Suena de nuevo la música en ambos lados y parece acercarse.) Todo Mesina está alborotado; avanza hacia aquí rumor de voces confusas como un torrente. Ellos son. ¡Ah! ¡Con qué viveza siento palpitar mi corazón de madre! con sólo acercarse ellos le dan fuerza y movimiento. Ellos son. ¡Ah, hijos míos! hijos míos!

(Vase.)

ESCENA III

Sale EL CORO

Compónese de dos medios coros que entran al mismo tiempo en escena por los dos lados opuestos, uno por el fondo y por otro el proscenio; dan la vuelta á la sala y se alinean luego cada uno en distinto lado. Uno de los coros lo forman caballeros, ancianos, y jóvenes el otro; distíngüense por sus colores y divisas. Al detenerse, cesa la música, y divisas. Al detenerse, cesa la música, y empiezan á dialogar los corifeos.

Coro 1.^o-Cayetano.—Con respeto te saludo, sala espléndida, cuna real de mi amo, bóveda magnífica sostenida por soberbia columnata. ¡Repose el acero en la vaina! Sea encadenada ante esta puerta la furia de la guerra con su cabeza cargada de serpientes! porque el umbral sagrado de esta mansión hospitalaria está guardado por el juramento, por el más tremendo dios del infierno.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Mi corazón irrilado se rebela dentro de mi pecho; mi mano se apercibe al combate, porque estoy viendo la cabeza de Medusa, el odioso rostro de mi enemigo. Apenas puedo reprimir la ardiente agitación de mi sangre. ¿Sostendré el honor de mi palabra, ó me abandonaré á mi ira? ¡Más, hay! que tiemblo ante la guardadora de estos lugares, ante la paz de Dios.

Coro 1.^o-Cayetano.—Cuadra á los ancianos más decoroso continente. A mí, más sereno y tranquilo, me corresponde saludar el primero. (Al segundo coro.) Sé bienvenido, tú que compartes mis sentimientos fraternales, tú que temes y honras á los dioses protectores de este alcázar. Ya que los príncipes se hablan con dulzura, queremos nosotros cambiar en calma palabras de paz; porque también la palabra es buena y saludable. Cuando te encuentre en campo raso, podrá renovarse el com-

bate sangriento, y probaremos nuestro valor espada en mano.

El coro entero.—Cuando te encuentre en campo raso, podrá renovarse el combate sangriento y probaremos nuestro valor espada en mano.

Coro 1.^o-Berenguer.—No te aborrezco ciertamente. No, no eres tú mi enemigo. La misma ciudad nos dió el sér, y en cambio ellos son de extranjera raza. Mas cuando combaten los príncipes, los servidores han de dar la muerte ó recibirla. Esto es lo justo.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Ellos sabrán por qué se aborrecen y entablan el sangriento combate. A mí no me atañe. En cuanto á nosotros, combatimos por sus desavenencias. No es valiente, ni hombre de honor, quien permite que se desprecie á su cau-dillo.

(Todo el coro repite los tres últimos versos.)

Un hombre del coro-Berenguer.—Oíd lo que para mí estaba pensando, cuando atravesaba las mieses ondulantes, tranquilamente embebecido en mis reflexiones. En el furor del combate nada previmos, nada examinamos, arrebatados del ardor de la sangre. ¿No son acaso nuestras aquellas mieses? ¿No son hijos de nuestro sol los olmos que la vid enlaza? ¿No podríamos pasar días sin cuidados en medio de goces suaves, y alegrar nuestra vida? ¿Por qué desnudamos con ira la espada por una raza extranjera, que ningún derecho tiene sobre este suelo, llegada ayer, en sus naves, de las purpurinas playas de Occidente? Nuestros padres, muchos años há, la recibieron hospitalarios, y ahora nos vemos sometidos como esclavos á ella.

Otro hombre del coro-Manfredo.—Es cierto. Habitamos una tierra feliz, sobre la cual derrama el sol rayos bienhechores. Bien podríamos gozar de ella alborozados; mas por desdicha, no cabe encerrarla ni guardarla entre los muros. Las olas del mar que la ciñe, la entregan á los corsarios atre-

vidos que cruzan osadamente por nuestras costas, y nuestras riquezas sólo nos sirven para atraer la espada del extranjero. Así somos esclavos en nuestra propia casa. No puede esta tierra proteger á sus propios hijos; los dominadores del mundo no nacen en las regiones favorecidas por Ceres y por Pan, divinidad pacífica y tutelar, sino en los sitios donde el hierro crece en el seno de las montañas.

Coro 1.^o-Cayetano.—Los bienes de la vida están desigualmente repartidos entre la raza pasajera de los hombres. Pero la naturaleza es eternamente justa; si á nosotros nos concede fértil suelo siempre pródigo, da á otros voluntad poderosa é irresistible fuerza. Con su temible energía realizan sus deseos; y llenan la tierra de formidable estruendo. Pero tras la altura á que se han elevado está la caída profunda, y espantable. Así, me felicito de permanecer en mí humilde condición, oculto y refugiado en mi propia debilidad. Los impetuosos torrentes que acrecen los apretados granos del pedrisco y las cataratas de las nubes, avanzan mugiendo, y arrollan con su oleaje puentes y diques, con el retumbar del trueno. Nada puede detener su marcha omnipotente; mas duran un instante, y sorbe la arena las espantosas huellas de su paso de destrucción. Los conquistadores extranjeros vienen y se van; nosotros obedecemos, pero nos quedamos. (Abrense las puertas del fondo. Aparece doña Isabel entre sus hijos don Manuel y don César.)

Los dos coros-Cayetano.—Gloria y honor al sol esplendente que viene hacia nosotros! Con respeto me inclino ante tu rostro augusto.

Coro 1.^o-Berenguer.—Como es grata la suave claridad de la luna entre el fulgor de las estrellas, así la tierna majestad de la madre resplandece junto á la fuerza y ardor de sus hijos. ¡Qué imagen semejante habrá sobre la tierra? En el supremo lugar donde se asienta, ofrece un cuadro acabado. La madre y sus hijos forman la corona de un mun-

do perfecto. La Iglesia misma, la divina Iglesia, nada halló superior para sentar sobre el trono celestial, y el arte, el hijo de los dioses, no ofrece imagen más sublime que la madre y el hijo.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Con gozo ví brotar de su seno árbol florido, cuyos vástagos se renovarán eternamente. Concibió una raza que aventajará al sol en su carrera y dará nombre al tiempo fugitivo.

ROGERIO.—Los pueblos se dispersan, los nombres se extinguen, tiende el olvido sus negras alas sobre las razas; mas por encima de todas descuella centelleando la frente de los príncipes, y la aurora se refleja en ella como en la enhiesta cumbre del mundo.

ESCENA IV

ISABEL.—El Coro

ISABEL (avanzando con sus dos hijos).—¡Descienda á nosotros tu mirada, sublime reina de los cielos! y con blanda mano reprime los latidos de mi corazón, que á una madre puede matarla el júbilo cuando se mira en el esplendor de sus hijos. Por vez primera desde que nacieron, comprendo toda la extensión de mi felicidad. Hasta hoy me ví forzada á dividir mi ternura; obligada á olvidar un hijo, cuando me gozaba en la presencia del otro. ¡Oh! mi amor de madre era indivisible, pero mis hijos estaban siempre separados. Decidme ahora; ¿puedo abandonarme sin temor á mi suave embriaguez? (A don Manuel.) Al apretar cariñosamente la mano de tu hermano, ¿hundo un puñal en tu pecho? (A don César.) Cuando su mirada llena de júbilo mi corazón, ¿te robo algo? ¡Oh! me estremezo de que el mismo amor que os manifiesto sea nuevo acicate de vuestro odio. (Interroga á los dos con la mirada.) ¿Qué puedo esperar de vosotros? Hablad. ¿Cuál es vuestro ánimo? ¿Venís, por ventura, con el mismo odio irreconciliable que traíais á la casa de vues-

tro padre? ¿La guerra, encadenada un instante, acecha acaso á la puerta del palacio piafando bajo



el freno de bronce? Al dejarme, ¿se desencadenará con nueva rabia?

El coro-Bohemundo.—¡La guerra ó la paz! Ocultos permanecen todavía en el seno del porvenir los fallos del destino. Mas, antes de separarnos, la paz ó la guerra será decidida: prontos y armados estamos para ambas.

ISABEL (paseando sus miradas por el grupo).—¡Qué aspecto guerrero y espantoso! ¿Qué quieren estos hombres? ¿Apréstase una batalla en estas salas? ¿Por qué esa extranjera multitud, cuando una madre viene á abrir sus brazos á sus hijos? ¿Acaso hasta en las entrañas de una madre teméis encontrar la falacia y la traición, pues tantas precauciones tomáis? ¡Oh! los siniestros bandos que os siguen solícitos servidores de vuestra ira, no son vues-

tros amigos, ni sanas sus intenciones, ni saludables sus consejos. ¿Cómo podrán ellos estar sinceramente de acuerdo con vosotros, hijos de una raza extraña que se implantó en este país, les arrebató su propia herencia, y asentó sobre ellos su soberanía? Creedme; á todos place vivir según sus leyes propias, y con pena soportan la dominación extranjera. Por la fuerza, por el temor los mantenéis en obediencia, seguramente negada en otras condiciones. Aprended á conocer á esta raza hipócrita y sin corazón. Por el gozo del mal se vengan de vuestra prosperidad y de vuestra grandeza. La caída de los señores, la ruina de los príncipes, es el tema de los cantos y consejas que se transmiten de padres á hijos, y repiten á coro para abreviar las noches de invierno. ¡Ay, hijos míos! llenan el mundo el odio y la falsía y el egoísmo. Todos los lazos tejidos por la dicha transitoria, son inciertos, inestimables y sin fuerza. El capricho rompe lo que el capricho anudó. Sólo la naturaleza es sincera; sólo ella permanece fija, sujeta á un áncora eterna, mientras vacila el resto barrido por las tempestuosas olas de la vida. La simpatía os da un amigo; el interés, un compañero; mil veces dichoso aquel á quien el nacimiento da un hermano! No puede tanto la fortuna. Es el hermano amigo creado juntamente con el hermano; quien le posee, posee un otro yo con que resistir las guerras y perfidias del mundo.

El coro-Cayetano.—Sí, espectáculo grande y respetable es ver á una reina abarcar en una mirada con su regio pensamiento la conducta y las acciones de los hombres. Mas á nosotros nos mueve confuso impulso, ciegos é irreflexivos á través de la vida tempestuosa.

ISABEL (á don César).—Tú, que desnudaste la espada contra tu hermano, mira en torno tuyo entre esta multitud; ¿dónde ves imagen más noble que la de tu hermano? (A don Manuel.) ¿Quién, entre esos

á quienes llamas tus amigos, osará ni un instante compararse con él? Cada uno de vosotros es dechado de su edad, sin que os parezcáis, ni os aventajéis en nada. Atreveos á miraros de hito en hito. ¡A qué extravío llevan los celos y la envidia! Entre mil le habrías elegido por amigo, y le hubieras oprimido contra tu corazón como un sér único en el mundo; y ahora que la naturaleza sagrada te lo concedió en la misma cuna, eres culpable con tu propia sangre, pisoteas con orgulloso arrebató el dón de la naturaleza para lanzarte á los brazos de los malvados, y ligarte con enemigos y extranjeros.

D. MANUEL.—Oye, madre.

D. CÉSAR.—Madre, oye.

ISABEL.—No con palabras puede darse fin á ese triste combate. Aquí no debe distinguirse lo mío de lo tuyo, ni la ofensa de la venganza. ¿Quién encauzará de nuevo este río de azufre que desparramó el incendió? Todo ha sido originado por un fuego terrible y subterráneo; cubre una capa de lava lo que no ardió, pero ¡ah! donde quiera que se sienta el pie se halla la destrucción. Sólo pretendo depositar un pensamiento en vuestro ánimo. El daño que un hombre sesudo hace á otro hombre, difícilmente puede perdonarse; así quiero creerlo. El hombre guarda cuidadosamente su odio y no muda con el tiempo la resolución que seriamente tomó. Mas el origen de vuestra cólera se remonta á la época precoz de la infancia inconsciente, y la sola idea de aquella época debería desarmaros. Buscad la causa de vuestros rencores, ¡la ignoráis! y aunque la encontraseis, vergüenza os daría ese odio pueril. ¡Ay! y aquella discordia de niños es la que produjo, por desdichado encadenamiento, las calamidades de los últimos tiempos; pues todo lo funesto que hasta ahora ha sucedido es fruto del recelo y de la venganza. ¿Queréis continuar esa querella de niños, hoy que sois hombres? (Les toma la mano.) ¡Oh, hijos míos! venid, resolveos á anular toda ex-

plicación, porque ambos sois culpables. Sed nobles, y perdonaos con dignidad grandes é insoportables ofensas. Lo más sublime en la victoria es el perdón. Encerrad en la tumba de vuestros padres el odio antiguo que surgió en los días de vuestra infancia y comenzad una vida nueva consagrada al amor, á la reconciliación, á la concordia.

(Da un paso atrás, como dejándoles sitio para que se acerquen uno á otro. Los dos bajan los ojos sin mirarse.)

El coro-Cayetano.—Atended las exhortaciones de vuestra madre, porque, en verdad, solemnes son sus palabras. Poned término á vuestros combates, ó continuadlos, si así lo queréis. Lo que os plazca, será justo para mí. Vos sois el señor y yo soy el vasallo.

ISABEL (después de haber esperado inútilmente una manifestación de los dos hermanos, continúa, comprimiendo su dolor).—Ya no sé más. Agoté las armas de la persuasión y el poder de las súplicas. Quien con la fuerza os domaba, yace en el sepulcro, y vuestra madre es impotente entre vosotros. Acabad! en vuestro poder está el hacerlo. Obedeced al demonio que en su furor os empuja ciegamente; profanad el santo altar de los dioses lares; convertid esta misma sala donde nacisteis, en teatro de vuestros homicidios. ¡Sí!.. Asesinaos en presencia de vuestra madre, no por brazo ageno, sino por vuestra propia mano, y, como los hermanos de Tebas, precipitaos el uno contra el otro, enlaaos los dos, y luchad con rabia en ese abrazo de bronce. Esfuércese cada uno en trocar su vida por la del contrario, y hunda su puñal en el pecho del hermano. No, no apacigüe la misma muerte vuestra discordia; la columna de fuego que se alzar á sobre vuestra hoguera, divídase en dos mitades como terrible signo de vuestra vida y de vuestra muerte. (Vase.—Los dos hermanos permanecen alejados uno de otro.)

ESCENA V

LOS DOS HERMANOS, LOS DOS COROS

El coro-Cayetano.—¡Vanas palabras! pero tales que hicieron bambolear mi valor en mi pecho varonil. No derramé la sangre de mi hermano; levanto al cielo las manos puras. Sois hermanos; pensad en el fin de esta discórdia.

D. CÉSAR (sin mirar á D. Manuel).—Tú eres el mayor, habla; yo cederé sin desdoro ante el primogénito.

D. MANUEL (en la misma actitud).—Pronuncia una palabra generosa, y seguiré con placer el noble ejemplo que me habrá dado mi hermano menor.

D. CÉSAR.—No quiere esto decir que me reconozca culpable ó que me sienta más débil...

D. MANUEL.—Quien conozca á don César no le acusará jamás de cobardía. Si se sintiese él más débil, serían aún más altaneras sus palabras.

D. CÉSAR.—¿No tienes en peor opinión á tu hermano?

D. MANUEL.—Eres demasiado orgulloso para humillarte y yo para mentir.

D. CÉSAR.—Mi altivo corazón no tolera el desprecio. En el paroxismo del combate pensabas que tu hermano era un hombre de honor.

D. MANUEL.—No quieres tú mi muerte, y de ello tengo una prueba: un fraile se te ofreció para asesinarme traídoramente y tú le respondiste castigándole por su infamia.

D. CÉSAR (acercándosele un poco).—Si antes hubiese conocido tu justicia, muchas desgracias se hubieran evitado.

D. MANUEL.—Si antes hubiese sabido que tu corazón podía calmarse tan fácilmente, muchas angustias habría yo ahorrado á mi madre.

D. CÉSAR.—Te me pintaban como un hombre orgulloso.

D. MANUEL.—La desdicha de los grandes consiste en que sus inferiores se apoderan de su confianza.

D. CÉSAR (vivamente).—Dices bien; toda la culpa es de nuestros servidores.

D. MANUEL.—Ellos nos alejaban uno de otro, infundiéndonos amargo rencor.

D. CÉSAR.—Ellos llevaron, de un lado á otro, envenenadas frases.

D. MANUEL.—Emponzoñaron nuestros menores actos con falsas interpretaciones.

D. CÉSAR.—Enconaron la llaga que debían curar.

D. MANUEL.—Alimentaban la llama que debían extinguir.

D. CÉSAR.—Estábamos extraviados y engañados.

D. MANUEL.—¡Ciegos instrumentos de las pasiones ajenas!

D. CÉSAR.—Esta es la verdad; todo lo demás es traición...

D. MANUEL.—Y falsedad; mi madre lo dice, puedes creerlo.

D. CÉSAR.—Pues bien; quiero estrechar esa mano fraternal. (Le tiende la mano.)

D. MANUEL (la coge vivamente).—La tuya es la que más quiero en el mundo.

(Ambos permanecen cogidos por las manos, mirándose en silencio.)

D. CÉSAR.—Sorprendido te miro y encuentro en ti las facciones queridas de mi madre.

D. MANUEL.—Y yo descubro en ti una semejanza que me da extraña emoción.

D. CÉSAR.—¿Eres realmente tú, el hombre que tan suavemente me acoge, y que tan blandas palabras tiene para su joven hermano?

D. MANUEL.—¿Ese mancebo tan tierno, tan bueno, es realmente el hermano malvado y aborrecido?

(Nuevo silencio. Ambos se contemplan.)

D. CÉSAR.—¿No pretendías la posesión de los ca-

ballos árabes, herencia de nuestro padre? Yo no quise concederlos á los caballeros que me mandaste.



D. MANUEL.—¿Tienes interés en quedártelos? Ya no pienso en ello.

D. CÉSAR.—No. Tómalos. Toma también la carroza de nuestro padre. Tómalos, te lo suplico.

D. MANUEL.—Consiento, si quieres aceptar el castillo á la orilla del mar, por el que tan rudamente hemos peleado.

D. CÉSAR.—No lo quiero; pero estaré satisfecho habitándolo fraternalmente contigo.

D. MANUEL.—Sea. ¿Por qué dividir la hacienda, cuando los corazones están unidos?

D. CÉSAR.—¿Por qué vivir separados largo tiempo, cuando con nuestra unión seremos ambos más ricos?

D. MANUEL.—Ya no estamos separados. Unidos estamos. (Se echa en sus brazos.)

El coro 1.º al 2.º-Cayetano.—¿Por qué nosotros

hemos de estar alejados como enemigos, cuando nuestros príncipes se abrazan con amor- Quiero seguir su ejemplo y te ofrezco la paz. ¿Queremos nosotros acaso aborrecernos eternamente? Hermanos son por los lazos de la sangre, mas nosotros ciudadanos somos é hijos de un mismo suelo.

(Los dos coros se abrazan.)

ESCENA VI

Sale un MENSAJERO

El 2.^o coro-Bohemundo (á don César).—Veo de regreso al mensajero que enviaste. Alégrate, don César; buenas nuevas te traen; el júbilo fulgura en las pupilas de tu enviado.

EL MENSAJERO.—¡Qué dicha para mí! ¡Qué dicha para la ciudad libre de sus calamidades! Mis ojos son testigos del más hermoso espectáculo. Veo á los hijos de mi señor, á mis príncipes, en amigable coloquio, cogidos de la mano; á ellos, á quienes dejé en el furor del combate.

D. CÉSAR.—Ves alzarse el amor, como fénix, de la hoguera del odio.

EL MENSAJERO.—Nueva felicidad voy á añadir á la que ya gozáis. Mi bastón de mensajero se corona de verdes guirnaldas.

D. CÉSAR (llevándole aparte).—Díme lo que has indagado.

EL MENSAJERO.—Todas las causas del júbilo se han reunido en un solo día. Aquella que perdimos, y buscábamos, señor, se ha encontrado y no está lejos.

D. CÉSAR.—¿Se ha encontrado? ¿Dónde está? ¡Habla!

EL MENSAJERO.—Aquí; en Mesina se esconde, señor.

D. MANUEL (al primer coro).—Veo que el rostro de

mi hermano se tiñe de brillante encarnado; centellean sus ojos, no sé por qué motivo; pero señal es de alegría, que con él comparto.

D. CÉSAR (al mensajero).—Anda y guíame. Adiós, don Manuel; volveremos á encontrarnos en los brazos de nuestra madre. Ahora urgente motivo me llama fuera de aquí. (Hace que se va.)

D. MANUEL.—¡Vé sin tardanza y que la felicidad te acompañe!

D. CÉSAR (reflexiona y luego vuelve atrás).—Don Manuel, al verte me inunda el gozo, más de lo que explicarte pudiera. Sí, presiento que vamos á querernos como dos amigos de corazón. Nuestra inclinación, reprimida largos años, florecerá más radiante y más fuerte, y con nueva vida repararemos los días que hemos perdido.

D. MANUEL.—Las flores anuncian hermosos frutos.

D. CÉSAR.—Siento que no debiera (y de ello me acuso), arrancarme ahora de tus brazos. Pero si abrevio tan pronto estos dulces instantes, no pienses por ello que mi afecto sea menor que el tuyo.

D. MANUEL (con visible distracción).—Obedece á la ley del momento; desde este día toda nuestra vida pertenece á la amistad.

D. CÉSAR.—¡Si te descubriese lo que me llama fuera de aquí!...

D. MANUEL.—Déjame tu corazón y guarda tu secreto.

D. CÉSAR.—No debe haber en adelante ninguno entre nosotros. Pronto será levantado el último velo. (Se vuelve hacia el coro.) Os lo declaro para que lo sepáis: terminó la guerra entre mi querido hermano y yo; consideraré enemigo mío y aborreceré, tanto, como las puertas del infierno, al que intente reavivar la chispa extinguida de nuestras discordias, y encender con ella nueva hoguera. No espere complacerme ni cuente con mi agradecimiento quien venga á hablarme mal de mi hermano, ó movido

por erróneo celo, lance la acerada flecha, aguzada por algún demonio imprudente. Las palabras que deja escapar la cólera sobrado pronta, no echan raíces en los labios; pero recogidas por el oído del recelo, se deslizan y se adelantan como planta trepadora, y pegándose á la tapia, la envuelven en mil ramas tupidas. Así los mejores y más puros, son arrastrados á irremediable extravío.

(Da un nuevo abrazo á su hermano y vase; acompáñale el segundo coro.)

ESCENA VII

DON MANUEL y EL PRIMER CORO

El coro-Cayetano.—Señor, con sorpresa te miro, y trabájo me cuesta reconocerte. Apenas respondes con algunas lacónicas palabras al cariñoso lenguaje de tu hermano que se te adelanta con buenas intenciones y con el corazón abierto, mientras sigues absorto en tus pensamientos y soñador; parece que sólo el cuerpo permanece aquí mientras vuela enajenada el alma. Quien así te viese, podría fácilmente echarte en cara tu frialdad y tu continente altanero y reservado; pero yo no puedo acusarte de insensibilidad, porque vuelves en torno la mirada feliz, y la sonrisa está posada en tus labios.

D. MANUEL.—¿Qué puedo decir? ¿Qué puedo responder? Puede mi hermano encontrar palabras, sorprendido como está, y conmovido por un sentimiento nuevo; siente derretirse en su seno antiguos odios, y admira el cambio de su corazón; pero yo no guardaba ya rencor alguno. Apenas he podido saber aún por qué hemos reñido en tan sangrientos combates. Llevada en alas del júbilo, mi alma vuela por encima de las cosas terrenales. En el océano de luz que me rodea, todas las nubes, todas las fases oscuras de la vida se han desvanecido.

cido. Contemplo estas bóvedas y estas salas, y pienso en la gratisima emoción y en la alegría que experimentará la que ha de ser mi esposa, cuando la haga penetrar, como princesa y como soberana, en este castillo. Aún no ama sino á su amante. Se entregó á un extranjero, á un hombre anónimo, y no sospecha que puede ser don Manuel, príncipe de Mesina, quien ha de ceñir en su hermosa frente la diadema de oro. ¡Cuán dulce es dar á la que se ama una grandeza y una magnificencia que ella no esperó! Largo tiempo me he privado de ese placer, el más grande de todos. Su belleza será siempre, es cierto, el mejor de sus adornos; pero el esplendor puede realzar la belleza, como la montura de oro acrecienta el brillo del diamante.

El coró-Cayetano.—Señor, por vez primera veo que tus labios rompen el sello de un largo silencio. De mucho tiempo acá te seguía con curiosa mirada, sospechando la existencia de un largo y maravilloso secreto; pero no tenía audacia bastante para preguntarte lo que de tal modo escondías en las tinieblas. Los placeres animados de la caza, las carreras de los caballos, las victorias del halcón, no tienen ya para ti atractivo alguno. Al inclinarse el sol hacia los límites del horizonte, desapareces de la vista de tus compañeros, y ninguno de nosotros, que en la guerra y en la caza te seguimos, puede alejarse contigo por los senderos solitarios. ¿Por qué hasta ahora has tenido recelosamente escondida la felicidad de tu amor? ¿Quién fuerza al hombre fuerte á que disimule? porque no cabe temor en tú ánimo.

D. MANUEL.—La dicha tiene alas, y es difícil encadenarla; hay que tenerla encerrada bajo llave. Diósele el silencio por guardián, y tiende el vuelo así que la indiscreción ligera le abre las puertas. Pero ahora que tan cerca estoy de la meta, puedo y quiero romper ese prolongado silencio; pues á la

Miller—Tomo III—3.



luz del próximo día será ella mía, y los demonios de los celos no tendrán sobre mí ningún poder. No estaré ya obligado á deslizarme furtivo para robar los frutos preciosos del amor, ni me será ya necesario apoderarme del placer á su paso. Mañana será igual al día feliz de la víspera, y mi dicha no se parecerá al relámpago que alumbra instantáneo y se desvanece en las tinieblas, sino al curso de un arroyo, á la arena que señala las horas al derramarse.

El coro-Cayetano.—Entonces, señor, dinos el nombre de la que te concede tan misteriosa felicidad, y así podremos celebrar tu envidiable suerte y honrar á la desposada de nuestro príncipe. Dinos dónde la hallaste, en qué lugar escondes esa intimidad silenciosa; porque hemos recorrido en todas direcciones, yendo de caza, los senderos más extraviados de la isla, y ninguna huella nos descubrió tu dicha, tanto que la creería envuelta en mágica nube.

D. MANUEL.—Voy á desvanecer esta magia, porque desde ahora ha de aparecer á la luz del día cuanto estaba escondido. Oíd, y sabed lo que me acaeció: Cinco meses há, reinaba aún mi padre sobre esta isla, y con poderosa mano doblegaba á la juventud bajo su yugo. Yo no conocía más que los rudos goces de las armas y el bélico placer de la caza. Habíamos cazado todo el día entre la espesura del monte, cuando persiguiendo una blanca cervatilla me alejé de mi séquito. El tímido animal huía á través de los recodos del valle, saltando barrancos, zarzales y setos infranqueables. Por fin salvó la puerta de un jardín, y desapareció de mi vista. Descabalgo entonces de golpe, la sigo, y blandía ya mi dardo, cuando veo con asombro al animal, aterrado y tembloroso, tendido á los piés de una religiosa que le acaricia con dulzura. Quedé inmóvil y confuso empuñando el dardo y pronto á lanzarlo, mas la religiosa me dirigió una mirada suplicante y

permanecimos ambos mudos frente á frente. ¿Cuánto duró aquel instante? no lo sé, porque perdí la



medida del tiempo. Su mirada ahondó en mi alma, y mi corazón se mudó de súbito. Lo que entonces dije, lo que me respondió la celeste criatura no me lo preguntéis; todo ello es para mí como un sueño de los bienaventurados días de mi infancia. Al volver en mí, sentí su corazón palpitar junto al mío. Entonces oí el toque argentino de una campana, que parecía anunciar la hora de las preces, y en esto ella desapareció de repente como una sombra que se desvanece en los aires, y no la ví más.

El coro-Cayetano.—Tu relato, señor, me ha llenado de temores. ¿Habrás robado á Dios? ¿Habrás puesto tu culpable deseo en una esposa del cielo? Los deberes del claustro son terribles y sagrados.

D. MANUEL.—Desde aquel momento sólo tenía un

camino que seguir. Mis deseos hasta entonces vagos é inquietos estaban fijados; había encontrado el móvil de mi vida, y como el peregrino vuelve el rostro á Oriente donde brilla el sol que le guía, también mis esperanzas y mis deseos se dirigieron á un solitario astro del cielo. No se levantó un día del fondo de los mares, ni un día se hundió en el horizonte, sin reunir á los dos felices amantes. Nuestros corazones estaban ligados uno á otro, y el cielo, que todo lo ve, era el discreto confidente de nuestra dicha silenciosa. Nada teníamos que pedir á los hombres. Nuestra vida era una sucesión de instantes preciosos, de días felices, ya que mi dicha no fué un sacrilegio, puesto que ningún voto encadenaba aún su corazón, que se me entregó para siempre.

El coro-Cayetano.—¿Era el claustro el libre asilo de su tierna juventud y no la tumba de su vida?

D. MANUEL.—Era ella depósito precioso confiado á la casa de Dios, pero depósito que debía ser recuperado.

El coro-Cayetano.—¿A qué sangre se gloria de pertenecer? porque lo noble, solamente de noble raza desciende.

D. MANUEL.—Ha crecido sin conocerse á sí misma; no sabe cuáles son su raza y su patria.

El coro-Cayetano.—¿Y ningún oscuro indicio puede indicarle la ignota fuente de su existencia?

D. MANUEL.—El único hombre que conoce su origen afirma que la niña es de noble sangre.

El coro-Cayetano.—¿Quién es ese hombre? No me ocultes nada. Sólo sabiéndolo todo puedo darte útil consejo.

D. MANUEL.—Un viejo servidor la visita de vez en cuando, y es el único intermediario entre ella y su madre.

El coro-Cayetano.—¿Y nada has podido arrancar del anciano? La vejez se deja intimidar y habla fácilmente.



D. MANUEL — *Quedé inmóvil y confuso empuñando el dardo...*

D. MANUEL.—Jamás me atreví á demostrarle una curiosidad que podía declarar mi dicha misteriosa.

El coro-Cayetano.—¿Y qué decía á la doncella?

D. MANUEL.—De un año para otro la hizo esperar que el tiempo descubriría el misterio.

El coro-Cayetano.—¿Y no dijo que este tiempo estaba próximo?

D. MANUEL.—Hace algunos meses, el anciano la amenazó diciendo que se mudaría su suerte.

El coro-Cayetano.—¿Amenazado, dices? ¿temes descubrir algo que nuble tu bienestar?

D. MANUEL.—Un cambio cualquiera aterroriza á los que son dichosos. Cuando no se espera nada mejor, tememos perderlo todo.

El coro-Cayetano.—Pero el descubrimiento que temes, puede ser favorable á tu amor.

D. MANUEL.—Puede también aniquilar mi felicidad. Por ello me ha parecido más seguro prevenir ese instante.

El coro-Cayetano.—¿Cómo, señor? Me das miedo; tan pronta decisión me tiene intranquilo.

D. MANUEL.—Desde el pasado mes, el anciano dejaba entrever con misteriosos signos que no estaba lejano el día en que la niña volvería á sus padres. Mas ayer habló más claramente, y dijo que á los primeros albores de la mañana—refiriéndose á hoy—debía decidirse su porvenir. No había momento que perder; mi resolución fué pronta, y prontamente ejecutada. Esta noche he robado á la doncella y la he ocultado en Mesina.

El coro-Cayetano.—¡Temerario y culpable raptó! Perdona, señor, la libertad de mis reproches; ejerzo el derecho del prudente anciano cuando la juventud irreflexiva se extravía.

D. MANUEL.—La he dejado cerca de un convento de religiosas, en el silencio de un jardín retirado, donde no puede penetrar la curiosidad. De ella me separé para venir á reconciliarme con mi hermano. Allá se quedó, sola y atemorizada, sin la menor

sospecha de que va á verse envuelta en regios esplendores, elevada sobre un trono de gloria y llamada á aparecer ante todo Mesina; porque no me volverá á ver sino en el aparato de la grandeza y del poderío, solemnemente rodeado por vosotros, mis caballeros. No quiero que la desposada de don Manuel sea presentada á la madre que la doy, como una fugitiva de su patria. Quiero, sí, conducirla á la casa de mis mayores con el cortejo de una princesa.

El coro-Cayetano.—Manda, señor; esperamos tus órdenes.

D. MANUEL.—Aunque me he arrancado de sus brazos, de ella solamente he de ocuparme. Vais á seguirme al bazar, donde los moros exhiben las ricas estofas y los encantadores objetos labrados en Oriente, y allí elegiréis las elegantes sandalias que deben adornar y resguardar sus pies delicados; tomad para sus trajes las telas de la India que brillan como la nieve del Etna, vecino del resplandor del cielo, y que envolverán, vaporosas con las brumas matutinas, su cuerpo esbelto y juvenil. Sea la púrpura, ornada de ligeros adornos de oro, el cinturón que retendrá graciosamente su vestido debajo del púdico seno. Escoged también un manto de seda, de radiante color purpúreo, que arrastrará pendiente de sus hombros. No olvidéis los brazaletes que rodearán sus brazos hechiceros, ni las joyas en que se engarzan perlas y corales, dones maravillosos de la diosa de los mares. Ceñirá su cabeza una diadema compuesta con las piedras más preciosas, donde el rubí, centelleante como el fuego, confundirá su brillo con el de la esmeralda. Un largo velo, prendido en sus cabellos, envolverá como nube ligera y transparente su espléndida figura. Y la virginal corona de mirto completará el hermoso tocado.

El coro-Cayetano.—Se hará, señor, como tú lo ordenas. Todo lo que pides, en el bazar está.

D. MANUEL.—Sacad de mis cuabras la más arrogante hacanea, blanca y brillante como los corceles del sol; enjaezadla con una gualdrapa de púrpura, y arnés y brida adornadas de pedrería; porque está destinada á mi reina. Y vosotros estad prontos á acompañar á vuestra soberana con toda la pompa de un cortejo caballeresco, y á los alegres acordes de la música. Por mí mismo quiero cuidar de los preparativos; síganme dos de vosotros y espérenme los demás. Guardad en el fondo del corazón lo que os he revelado, hasta que os permita hablar.

ESCENA VIII

EL CORO-CAYETANO

Ahora que ha cesado la guerra entre nuestros príncipes, decid: ¿qué vamos á hacer para ocupar los ocios de los días y la interminable sucesión del tiempo? El hombre debe tener para mañana una inquietud, un temor, una esperanza, si quiere soportar el peso de la existencia y la penosa monotonía de las horas; es necesario que el hálito refrigerante del viento anime la superficie inmóvil de la vida.

Un hombre del coro-Manfredo.—Hermosa es la paz; semeja á un mancebo que reposa en la margen de plácido arroyo. En torno suyo retozan alegres sus ovejas sobre el césped bañado por el sol, y repite en su caramillo melodiosos cantares que despiertan el eco de la montaña, mientras el murmurio de los arroyuelos le infunde el sueño á los rayos del sol poniente. Pero también la guerra tiene sus encantos, ¡la guerra que impulsa con vivo movimiento el destino del hombre! Pláceme esta vida agitada; gusto de esta variedad, de esta incertidumbre, de esta violencia sobre las olas, ya enhiestas, ya mansas, de la fortuna.

El hombre languidece en la paz. La ociosa indolencia es la sepultura de su ardimiento. La ley es la amiga del débil; todo se pone á igual nivel en la paz, y hasta el mundo se convertiría en interminable llanura. Pero la guerra da á la fuerza ocasión de mostrarse; todo lo eleva á extraordinaria altura, é infunde valor en el más cobarde.

Otro hombre del coro-Berenguer.—¿No están abiertos los templos del amor? ¿No corre el mundo al encuentro de la hermosura? Allí está el temor, allí la esperanza; aquí el que place á la mirada, es rey. Así el amor anima la vida y realza sus pálidos colores. La hija amable de la espuma de las aguas hechiza con la ilusión nuestros felices años, y mezcla con la triste y vulgar realidad las imágenes de los sueños de oro.

Un tercero-Cayetano.—Quede la flor para la primavera. Brille la hermosura. Teja la juventud verdes guirnaldas; mas al hombre maduro cuadra servir á más grave divinidad.

El primero-Manfredo.—Sigamos en los bosques salvajes á la austera Diana, la amiga de la caza; marchemos á los sitios donde la enramada esparce las sombras más tupidas, y saltan los corzos de lo alto de las peñas; porque la caza es la imagen de los combates, y Diana la desposada feliz del severo dios de la guerra. Dejaremos el lecho á los primeros albores del día, cuando la trompa sonora nos llame al húmedo valle, á las montañas, al borde de los precipicios, para bañar nuestro cuerpo fatigado en las frescas ondas del céfiro.

El segundo-Berenguer.—O bien confiémonos á la divinidad azulada, siempre en movimiento, que nos ofrece riente espejo y nos llama á su imperio sin límites.

Construyámonos sobre las inquietas olas alegre y leve edificio. Quien con la rápida proa corta las ondas verdes y límpidas, es el desposado de la fortuna, dueña del mundo, y sus mieses florecen sin

haber sembrado; porque el mar es el teatro de la esperanza, el imperio caprichoso del azar. Allí queda el rico súbitamente pobre, y el pobre se alza al par de los príncipes. Como recorre el vendabal con la velocidad del pensamiento el círculo del horizonte, así se mudan los decretos del destino y gira la rueda de la fortuna. Todo flota sobre las olas, y no existe dominio ninguno en el mar.

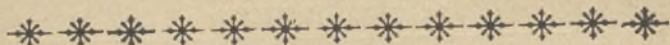
El tercero-Cayetano.—No sólo en su imperio es voluble la felicidad y no puede detenerse; también se muda y varía en la tierra, con hallarse fuertemente asentada en viejos y eternos cimientos. Esta nueva paz me da inquietudes, y no puedo confiarme á ella. No quisiera yo construir mi cabaña sobre la lava que vomitó el volcán. Los estragos del odio fueron harto profundos, y acaecieron cosas sobrado graves para que puedan ser perdonadas y olvidadas. ¡Quién dirá su desenlace! Mis reflexiones y mis presentimientos me aterran, y mis labios no se atreven á expresar lo que preveo. Pero no me place ese misterio, ese himeneo sin bendición, esos senderos oscuros y tortuosos del amor, el rapto temerario del claustro. Lo bueno sigue la vía recta, y la mala semilla produce malos frutos.

El segundo-Berenguer.—Así, por un rapto, la esposa de nuestro anciano príncipe fué forzada á entrar en un lecho criminal; eligióla el padre, y el abuelo, encolerizado, dejó caer su tremenda maldición sobre el culpable himeneo. Ocúltanse en esta casa crímenes sin nombre, negras infamias.

El coro-Cayetano.—Sí, los comienzos son malos y mala será la terminación, creedme: porque todo crimen cometido en un arrebato de cólera debe ser expiado. No fué el azar, no fué el ciego destino quien arrebató de furor á los dos hermanos. Maldecido el seno de su madre, debía dar á luz el odio y la guerra. Pero fuerza es callar. Los dioses vengadores

fabrican su obra en silencio; será tiempo de deplorar esas catástrofes cuando se acerquen y se manifiesten.

(Vase el coro.)



ACTO II

ESCENA PRIMERA

Mutación de escena. Jardín con vista al mar

BEATRIZ sale de un pabellón, da algunos pasos inciertos con inquietud mirando á todos lados, y se detiene de pronto.

BEATRIZ

No es él; es el aire que murmura atravesando las copas de los pinos. Ya el sol descende hacia el horizonte, vanse las horas con lento paso, y me siento sobrecogida por el terror. Este mismo silencio, esta quietud me aterran. En todo lo que alcanza la mirada nada se muestra. ¡Me deja aquí languideciendo en mi angustia!

Oigo cercano el mugido y el hormigueo de la muchedumbre en la ciudad, semejante á una cascada espumante. A lo lejos suena el mar inmenso... las olas que se rompen contra la playa con sordo rumor. Todo llena mi alma de espanto. Siéntome débil en medio de esta terrible grandeza, y como la hoja caída del árbol, me pierdo en el espacio infinito.

¿Por qué abandoné mi plácida celda? Allí vivía

sin echar nada de menos y sin ansia alguna. Mi corazón estaba tranquilo como la verdura de los prados; sin deseo pero no sin júbilo. Ahora me arrastra la oleada de la vida, y el mundo me oprime en sus brazos de gigante. He roto mis primeros lazos, fiada en la frívola prenda de un juramento.

¿Dónde estaba mi razón? ¿Qué hice?

Ciega ilusión me engañó y me extravió. He desgarrado el velo de mi casta juventud, he franqueado los umbrales de mi celda piadosa. ¿Me ha envuelto la magia del infierno? En mi culpable fuga he seguido á un hombre, á un raptor audaz. ¡Oh, ven, amado mío! ¿Dónde estás? ¿Por qué esta tardanza? Libra, libra mi alma de sus combates. Me roe el arrepentimiento, y el dolor se apodera de mí; tranquilice mi corazón tu presencia querida!

¿Pero no debía, acaso, abandonarme al único hombre que me ha mostrado cariño? Fuí lanzada á la vida como una extranjera, y bien pronto un destino riguroso, cuyo velo no me atrevo á levantar, me arrancó del seno materno. Una sola vez he visto á la que me dió el sér, y su imagen se ha desvanecido á mis ojos como un sueño.

Así iba yo creciendo tranquila en aquella morada de paz, así atravesaba la época ardorosa de la vida, acompañada de fantasmas, cuando de pronto parece él en los umbrales del claustro con la belleza de un dios y el viril continente de un héroe. ¡Oh! no hay palabras que expresen mi emoción; se adelanta á mi encuentro como un morador de otro mundo, y al instante queda el lazo estrechado: lazo que parecía haber existido siempre, y que los hombres no romperán jamás.

Perdona ¡oh tú que me diste la vida! si adelantando la hora fatal, he decidido de mi suerte con mi propia mano! No le elegí libremente... él vino á mi encuentro. El dios penetra á través de las puertas cerradas, ábrese camino hasta la torre de Danae, y el destino no pierde su víctima. Aunque

esté atada á desiertos peñascos, ó á las columnas del Atlas que sostienen el cielo, un corcel alado llegará hasta ella.



No quiero mirar hacia atrás, no echo de menos mi retiro. Amo, y quiero confiarme al amor. ¿Hay mayor felicidad que esta?... Yo me contento con mi suerte. No conozco los demás goces de la vida: no conozco, ni quiero jamás conocer á los que se llaman mis padres, si han de separarme de ti, amado mío. Quiero ser eternamente un enigma para mi propio pensamiento. Bastante sé; sólo para ti quiero vivir. (Con atención creciente.) ¡Qué escucho! ¿Es el sonido de su voz querida? No; es el eco del mar que rompe sus olas con sordo rumor contra la playa. No, no es mi amado. ¡Desdichada de mí! ¿Dónde está? ¡Qué estremecimiento glacial me sobrecoge! El sol descende cada vez más. Este sitio se

va haciendo más solitario á cada momento, y un peso mayor oprime mi corazón. ¿Qué le detiene? (Da algunos pasos inciertos, con inquietud.) No me atrevo á salvar las tapias tranquilas de este jardín. El terror se apoderó de mí apenas osé penetrar en la vecina iglesia. Cuando sonaba la hora de la oración, una fuerza poderosa, que dominaba mi alma, me empujaba hacia el santo lugar, á hincar las rodillas y á invocar á la madre de Dios... y no pude resistirla.

¿Y si un espía siguiese mis pasos? El mundo está lleno de enemigos. La astucia tiende en todos los senderos sus redes engañosas para tentar á la piadosa inocencia. ¡Cuán cruelmente lo experimenté el día en que, movida por culpable atrevimiento, salí fuera del recinto del claustro á ver una multitud de extranjeros! Era en la solemnidad de los funerales del príncipe. Cara pagué mi temeridad. Dios sólo me libró... Cuando aquel mancebo, aquel extranjero se me acercó con inflamados ojos, y con su mirada que me aterraba, que penetraba en mis entrañas y parecía leer en el fondo de mi corazón... Al recordarlo, siento aún el calofrío de miedo que hiela mi seno. Jamás, ¡oh! jamás puedo confundir mis miradas con las de mi amado, cuando piensa en esa falta secreta! (Escucha.) ¡Voces en el jardín! ¡Es él, es mi amado! es él mismo! Ahora no es alucinación de mi oído, no. Viene; se va acercando. Vuelo á sus brazos.

(Echa á correr con los brazos abiertos hacia el fondo del jardín. Don César avanza á su encuentro.)

ESCENA II

DON CESAR, BEATRIZ, EL CORO

BEATRIZ (retrocede con terror). — ¡Desgraciada!
¿Qué veo? (El coro se adelanta.)

D. CÉSAR.—Nada temáis, tierna y hermosa criatura. (Al coro.) El rudo aspecto de vuestras armas atemoriza á esta tierna doncella: retiráos, y permaneced á respetuosa distancia. (A Beatriz.) Nada temáis; el tímido pudor y la belleza son sagrados para mí. (Retírase el coro. Se acerca á ella y la coge la mano.) ¿Dónde estabas? ¿Cuál fué el dios que



te arrebató á mi vista por tanto tiempo? Te he buscado, te he perseguido; en mis ensueños y en mis viglias, eras el único sentimiento que vibraba en mi corazón, desde el punto en que te ví por vez primera como ángel resplandeciente, en los funerales del príncipe. No has podido desconocer el imperio que sobre mí ejercías. Bien te lo dijeron el

Schiller—Tomo III—4.

ardor de mis miradas, la emoción de mi voz, y mi mano que temblaba en la tuya, aunque la austera majestad de aquel sitio me prohibía declararlo más resultantemente. La celebración de la misa me llamaba á la oración, y cuando me puse otra vez en pie, al lanzarte la primera mirada, fuiste arrebatada á mi vista; pero yo quedé encadenado á ti con todas sus fuerzas por la magia de un lazo inquebrantable. Desde aquel día, te busco sin tregua en todas las iglesias, á la puerta de todos los palacios, en todos los sitios públicos y secretos en que puede mostrarse la inocencia. Por todas partes he desparrramado mis emisarios; pero todos mis cuidados han ido inútiles, hasta este día, en que por fin la diligencia de uno de mis servidores, guiada sin duda por un dios, te ha descubierto en la vecina iglesia. (Beatriz, que en esto ha permanecido temblorosa, vuelve la cabeza y hace un ademán de terror.) Te encuentro, al fin, y antes mi alma abandonará mi cuerpo que te deje yo; para encadenar al azar, para libertarme del demonio, te presento á todos esos testigos como esposa mía y te doy en garantía mi mano de caballero. (La acompaña ante el coro.) No quiero indagar quién eres, te quiero por ti, y nada pido á los demás. Tu primera mirada me declaró que tu alma es pura como tu origen; y no te amaría menos, aunque fueses de la más baja cuna. ¿He perdido la libertad de elegir? Sabe que soy dueño de mis acciones y bastante principal en el mundo para elevar hasta mí, con brazo robusto, á la que amo. Yo soy don César, y en esta ciudad de Mesina nadie más grande que yo. (Beatriz se pone de nuevo á temblar; él lo nota, y continúa después de un momento de silencio.) Pláceme tu sorpresa y tu modesto silencio; el pudor humilde corona tus atractivos; la hermosura ignora cuánto vale y se espanta de su propio poder. Voy á salir y te dejaré sola, para que tu espíritu se recobre de su terror; porque también la impresión de una

dicha nueva suele causar espanto. (Al coro.) Desde este instante honradla como á una desposada y como á vuestra princesa. Dadle á conocer la grandeza de su porvenir. Pronto volveré á buscarla con aparato digno de ella y de mí. (Vase.)

ESCENA III

BEATRIZ y EL CORO

El coro-Bohemundo.—¡Salud, doncella, amable soberana! ¡Triunfaste, tuya es la corona! Yo te saludo, á ti que perpetuarás esa raza; á ti, madre feliz de futuros héroes!

ROGER.—¡Tres veces salve! Con óptimos auspicios entras gozosa en una casa que la dicha habita, favorecida por los dioses, ornada de las coronas de la gloria, donde el cetro de oro, por constante sucesión, pasa de los ascendientes á sus hijos.

BOHEMUNDO.—Los dioses domésticos, y los antepasados nobles y venerados de esa casa, se alegrarán por tu amable venida. En los umbrales serás recibida por Hebe, la de la juventud siempre floreciente; por la victoria brillante, la diosa alada que descansa en la mano del Dios supremo, y que conduce al triunfo al tender el vuelo.

ROGER.—Jamás la corona de la hermosura salió de esta raza. Cada princesa transmitió á la que le sucedía el cinturón de las gracias y el velo de la modestia. Pero el más hermoso espectáculo fué para mí la más bella de las hijas, junto á la madre en la flor de la belleza.

BEATRIZ (recobrándose de su terror).—¡Desdichada! ¿En qué manos me ha echado la suerte? Entre todos los seres vivos éste es á quien debía temer más. Ahora comprendo el estremecimiento, el horror misterioso que me hacía temblar cuando se pronunciaba el nombre de esa raza terrible que se odia á

sí misma, y se desgarrá, y se encarniza enfurecida contra su propio seno.

Con espanto he oído hablar varias veces del odio envenenado de los dos hermanos; y ahora el destino tremendo me lanza á mí, desgraciada y sin apoyo, en el torbellino de semejante fatalidad.

(Echa á correr y desaparece en el pabellón del jardín.)

ESCENA IV

Roger y el Coro

El coro-Bohemundo.—Envidio á los felices hijos de los dioses, á los señores afortunados del poder; suyo es lo más precioso, y ellos recogen la flor de cuanto estiman los mortales por hermoso y grande.

ROGER.—Cuando el pescador se sumerge en las aguas para coger perlas, les destina la más hermosa; para ellos también la parte mejor de la cosecha obtenida por el trabajo común. Conténtense los servidores con su porción, pues la principal es para el señor.

BOHEMUNDO.—No le disputo las demás ventajas; mas le envidio su más precioso privilegio, el de poder elegir entre las flores de la belleza. Lo que hechiza las miradas de todo el mundo, sólo él lo posee.

ROGER.—El corsario aborda á la orilla espada en mano. En su nocturna algarada arrebató hombres y mujeres, y satisface sus brutales apetitos; mas no se atreve á tocar á la más bella presea real.

BOHEMUNDO.—Vamos ahora á guardar la entrada y los umbrales de este santo retiro, á fin de que ningún profano penetre en este misterio, y así seamos merecedores de los elogios del señor, que nos ha confiado su más precioso bien.

(Retírase el coro al fondo del teatro.—Mutación de escena. Una sala de palacio.)

ESCENA V

DOÑA ISABEL, DON MANUEL, DON CESAR

ISABEL.—Por fin llegó el día solemne y ardientemente deseado; el día esperado con tal impaciencia. Veo á mis hijos unidos por el afecto. Enlazo sus manos, y por vez primera reunidos en esta intimidad, puede vuestra madre dichosa abriros su corazón. Alejada se halla la grosera multitud de testigos que se interponen entre vosotros y yo, presta al combate, y no atemoriza mis oídos el rumor de las armas. Como la nocturna bandada de buhos, moradores de un edificio en ruinas, abandona sus nidos y huye cual negro enjambre que oscurece la claridad del día, cuando el dueño, largo tiempo desterrado, regresa con gozosa pompa á levantar un nuevo edificio; así huye el odio antiguo acompañado de su tenebroso cortejo. La sospecha de siniestra mirada, la envidia de pálido rostro, la maldad repugnante, abandonan nuestras puertas para hundirse murmurando en el infierno, y con la paz vuelven la sonriente confianza y la dulce concordia. (Hace una pausa.) Pero no basta que este día dé á cada uno un hermano; os da también una hermana. ¡Os asombráis... ¿me miráis con sorpresa! Sí, hijos míos, es tiempo de romper el silencio; es tiempo de rasgar el sello de un secreto mucho há guardado. Yo dí una hija á vuestro padre; tenéis una hermana, y hoy la estrecharéis en vuestros brazos.

D. CESAR.—¿Qué dices, madre? ¿Tenemos una hermana, y jamás hemos oído hablar de ella?

D. MANUEL.—En nuestra alegre infancia, cierto que oímos decir que nos había nacido una hermana; pero contaban que la muerte la arrebató en la cuna.

ISABEL.—Pues se equivocaron: vive.

D. CÉSAR.—¡Vive, y nos la has tenido oculta!

ISABEL.—Voy á deciros los motivos de mi silencio. Sabed lo que pasó y cuales fueron sus frutos. Erais aún niños, y ya la deplorable antipatía, que no debe renacer jamás, os dividía y llenaba de tristeza. En esto vuestro padre tuvo un día un raro sueño; parecióle ver salir de su lecho nupcial dos laureles que entrelazaban sus tupidas ramas; entre los dos se levantaba un lirio que se convirtió en una antorcha y devoró las ramas tupidas de los laureles, y lanzándose con furor hacia el techo, incendió el palacio y lo consumió. Aterrado por aquella sorprendente aparición, consultó vuestro padre á un astrólogo árabe que era su oráculo, y en quien ponía mayor confianza de lo que yo hubiese querido. El árabe declaró que si yo daba á luz una niña, causaríá la muerte á sus dos hermanos y por ella perecería toda su raza. En esto fuí madre de una niña, y vuestro padre dió la orden cruel de arrojarla al mar: pero eludí la sentencia de muerte, y guardé mi hija, gracias á la prudente diligencia de un fiel servidor.

D. CÉSAR.—¡Bendito sea el que te prestó auxilio! Jamás falta la prudencia al amor de una madre.

ISABEL.—No era tan sólo la voz del amor maternal la que me impulsaba á salvar á mi hija; también yo había tenido maravilloso y profético ensueño cuando llevaba aquella niña en mi seno. Ví á un niño, hermoso como el dios del amor, que jugaba sobre el césped. En esto sale del bosque un león, llevando en su boca ensangrentada la presa que acababa de hacer, y viene con blandura á ponerla en el seno del niño; un águila que se cernía en los aires, se dejó caer, con un corzo tamboloroso cogido en sus zarpas, y lo depuso también con blandura junto á él; y entonces el águila y el león, pacíficos y sumisas, se echaron á los pies del niño. El significado de esta visión me lo declaró un monje favorecido de la gracia divina, en el cual mi corazón

ha encontrado siempre consuelo y consejo en todos los pesares de este mundo, y quien me reveló que daría la vida á una niña que transformaría en un sentimiento de amor ardiente la belicosa condición de mis hijos. En mi alma guardé aquellas palabras, fiando más en el Dios de verdad que en el espíritu de mentira. Salvé á aquella niña, divina mensajera; á aquella hija de bendición, prenda de mi esperanza, que debía ser para mí el instrumento de la paz mientras vuestro odio se acrecentaba sin tregua.

D. MANUEL (abrazando á su hermano).—No es ya necesaria nuestra hermana para formar el lazo de nuestro amor, pero sin duda lo estrechará aún más.

ISABEL.—La oculté en un retiro seguro, donde fué cuidada, lejos de mí, por extrañas manos. Me privé de la dicha á pesar de mi ardiente deseo de verla, porque temía la severidad de su padre, quien atormentado sin cesar por sombría desconfianza, espiaba todos mis pasos.

D. CÉSAR.—Tres meses hace que nuestro padre descansa en la tumba. ¿Qué ha podido impedirte, madre, mostrar á la luz del día á quien por tanto tiempo permaneció en un claustro, y regocijar así nuestros corazones?

ISABEL.—¿Qué otro motivo puede ser, más que vuestras malhadadas discordias, cuya violencia nada podía calmar, y que inflamadas sobre la tumba de vuestro padre, no ofrecían medio alguno de reconciliación? ¿Podía yo traer á vuestra hermana entre vuestros aceros crueles? ¿Podíais vosotros en el fragor de la tempestad oír la voz de una madre, y debía exponer prematuramente al furor de tales odios aquella prenda de bienhadada paz, la última áncora á que la asían mis piadosas esperanzas? Antes de verla entre vosotros, semejante á un angel de paz, fuerza era que viniéseis ambos á daros el abrazo de hermanos. Ahora puedo hacerlo y voy á presentárosla. Envié en su busca á mi viejo servi-

ador y espero su regreso; él la sacará de su apacible retiro, y la traerá junto al corazón de una madre y á los brazos de sus hermanos.

D. MANUEL.—No será ella sola la que estrecharás hoy en tus brazos maternos. El júbilo entra por todas las puertas, y este palacio desierto va á convertirse en morada de las gracias encantadoras. Sabe también mi secreto, madre mía: tú me das una hermana, yo quiero ofrecerte una segunda hija digna de tu amor. Sí, madre mía, bendice á tu hijo! Mi corazón ha encontrado y ha elegido á la que ha de ser la compañera de mi vida. Antes que el sol haya abandonado el horizonte, pondré á tus plantas á la esposa de tu hijo.

ISABEL.—Con placer estrecharé contra mi seno á la que ha de hacer feliz á mi primogénito. Nazca el gozo de sus huellas, y recompensen todas las flores de la vida al hijo que así glorifica á su madre.

D. CÉSAR.—No derrames, madre mía, todas las bendiciones sobre tu primogénito. Si bendices el amor, también te traeré yo una hija, digna de ti. Ella me enseñó á sentir nuevos afectos. Antes que el día haya expirado, don César te presentará á su esposa.

D. MANUEL.—¡Potencia soberana y divina del amor! Con razón eres llamada la reina de las almas. Sometidos á ti los elementos, puedes unir los más hostiles corazones; cuánto vive acata tu poder. Tú venciste la violenta naturaleza de mi hermano, que había permanecido hasta ahora inflexible. (Da un abrazo á don César.) Ahora creo en ti y con mil dulces esperanzas te oprimo contra mi pecho fraternal. Ya no dudo de tu afecto, pues eres capaz de amar.

ISABEL.—¡Bendito sea tres veces este día! porque en un instante me alivió de todos mis dolores... Veo mi raza apoyada en sólido fundamento, y puedo tender satisfecha la mirada por la inmensidad del tiempo. Ayer aún, cubierta con las tocas de la

viudez, abandonada, sin hijos, semejante á un cadáver, sola me encontraba en estas salas desiertas; hoy tres hijos, en la flor de la juventud, acuden á mi lado. ¿Habrás, entre todas las madres, quien pueda compararse á mí? ¿Pero cuál es el príncipe vecino de nuestro país que nos da sus reales hijas? De ninguna tengo noticia, y mis hijos no pueden haber elegido indignamente.

D. MANUEL.—No me obligues, madre mía, á levantar hoy el velo de mi felicidad. Acércase el día en que todo debe revelarse. Mi desposada se presentará sola y está segura de que la encontrarás digna de ti.

ISABEL.—En ti reconozco el espíritu y el carácter de tu padre. También él gustaba de formar sus proyectos en lo más hondo de su alma, y de arraigar en su corazón silencioso sus resoluciones inquebrantables. Con placer te concedo ese breve plazo; mas estoy segura de que mi hijo César va á nombrarme su real desposada.

D. CÉSAR.—No suelo ocultarme en el misterio; llevo escritos con sinceridad mis sentimientos en mi rostro. Pero lo que deseas saber de mí—permite, madre mía, que te lo confiese francamente,—ni yo mismo lo he preguntado aún. ¿Pregúntase de dónde vienen los rayos inflamados del sol? Harlo se denuncian con alumbrar el mundo; su luz alestigua que provienen de la luz. He leído en los ojos de mi desposada: conozco la perla por su brillo puro, mas no puedo decirte su nombre.

ISABEL.—¿Cómo, don César! Explicate. ¿Te abandonaste á la fuerza de tu primer amor como á la voz de Dios? Esperaba de ti la viveza de la juventud, mas no la ceguedad de un niño. Dinos lo que ha motivado tu elección.

D. CÉSAR.—¿Mi elección, madre mía? Cuando la oleada del destino arrastra al hombre á la hora fatal, ¿hay en ello elección? Yo no iba en busca de mi desposada, ni tal idea podía ocurrirme en la mo-

rada de la muerte. Allí encontré á la que no buscaba. Hasta entonces, la frívola raza de las mujeres me había sido indiferente y no logró conmovirme nunca, porque no veía una sola parecida á ti, madre mía, á quien adoro y respeto como imagen de Dios. Era en los tristes funerales de mi padre; y ocultos entre la multitud, asistíamos á ella porque recordarás que en tu prudencia nos ordenaste vestir un disfraz, á fin de que la violencia de nuestro odio no turbase ruidosamente la dignidad de la ceremonia. La nave de la iglesia estaba tapizada con negras bayetas; veinte estatuas con antorchas en la mano rodeaban el altar, ante el cual habían depositado el ataúd, que cubría la cruz blanca y el paño mortuorio. Sobre el ataúd se veía el bastón de mando, la corona real, las espuelas de oro, insignias del caballero, y la espada con empuñadura engarzada en diamantes. Todo el pueblo permanecía arrodillado con devoción. De lo alto del coro brotaba la música del órgano invisible, y más de cien voces entonaron los cantos funerales. Mientras resonaban los himnos, el ataúd bajó lentamente con el cuerpo que encerraba á la subterránea morada, cuya abertura cubría el paño mortuorio. Los terrestres ornamentos quedaron sobre la tierra, pues no debían acompañar al difunto en su honda mansión; mas el alma, mecida por los cantos y sostenida por las alas de los serafines voló á lo alto, en busca del refugio del cielo y de la gracia divina. Renuevo este cuadro á tu memoria, madre mía, con pormenores minuciosos, para que veas si alimentaba en mi corazón el menor deseo, en aquel momento, en aquella hora grave y solemne elegida por el árbitro de mi vida para inflamarme con un rayo de amor. ¿Cómo acaeció? En vano me lo pregunto.

ISABEL.—Acaba. Quiero saberlo todo.

D. CESAR.—No me preguntes de dónde venía ella, ni cómo pareció junto á mí. Cuando volví los ojos,



D. CÉSAR.— *Era en los tristes funerales de mi padre...*

estaba á mi lado; al encontrarla tan cerca, me sentí herido hasta el fondo del alma por una impresión confusa, pero potente y maravillosa. No era la dulzura hechicera de su sonrisa, ni la hermosura de sus facciones, ni la gracia de su figura divina; era... voz íntima y profunda que me cautivaba con fuerza celestial, ¡poder mágico que no puede comprenderse! Pareció que nuestras almas se tocaron sin haberse comunicado, ni haber proferido una sola palabra. Cuando respiré el aire que ella respiraba, me era extraña, y sin embargo la conocía hasta lo más hondo de su sér, y de pronto oí distintamente que mi alma decía: ¿Si ella no, qué otra será en la tierra?

D. MANUEL (le interrumpe vivamente).—Este es el rayo divino y sagrado del amor que penetra en el corazón, le hiere, y le inflama. Cuando dos almas de igual raza se encuentran, no es posible escoger ni resistir; el hombre no desata lo que el cielo aló. Yo soy como mi hermano. Lo que acaba de relatar es mi propia historia, y debo agradecerle esta explicación, porque levantó con hábil mano el velo que cubría el sentimiento confuso que experimento.

ISABEL.—Bien claro veo que mis hijos siguen su destino rompiendo la vía que les estaba designada. El torrente fogoso que se precipita de las montañas se cava su lecho, se abre un camino sin buscar la vía regular que la prudencia le trazó. Sin duda he de someterme; ¿puedo acaso hacer algo? La mano poderosa é inflexible de los dioses teje el destino misterioso de mi familia. El corazón de mis hijos es prenda de mis esperanzas en el porvenir; noble es su cuna, y nobles son sus pensamientos.

ESCENA VI

ISABEL, DON MANUEL, DON CESAR; DIEGO aparece á la puerta.

ISABEL.—Ved; ahí llega mi fiel servidor. Acércate, acércate, buen Diego. ¿Dónde está mi hija?... Todo lo saben, no hay ya misterio alguno. ¿Dónde está? habla; dilo sin demora. Dispuestos estamos á soportar el más intenso gozo. Ven. (Quiere acercarse con él á la puerta.) ¿Pero qué es esto? ¡Cómo! vacilas, callas! tu mirada no me anuncia nada bueno. ¿Qué pasa? ¡Habla! Me estremezco. ¿Dónde está? ¿dónde está Beatriz?

(Hace que se va.)

D. MANUEL (aparte sorprendido)...—¡Beatriz!

DIEGO (la detiene).—Atended.

ISABEL.—¿Pero dónde está? La ansiedad me mata.

DIEGO.—No viene conmigo. No os devuelvo á vuestra hija.

ISABEL.—¿Qué ha sucedido? ¡Por todos los santos, habla!

D. CESAR.—¿Dónde está mi hermana, desdichado. Habla.

DIEGO.—Ha sido robada, ha sido arrebatada por los corsarios. ¡Oh! ¿por qué he visto este día?

D. MANUEL.—¡Calmaos, madre mía!

D. CESAR.—¡Valor! Dominad la pena hasta saberlo todo.

DIEGO.—Seguí rápidamente, como me ordenásteis, el camino del convento, que tantas veces recorrí y que esperaba no volver á recorrer más. La alegría me daba alas...

D. CESAR.—Al caso.

D. MANUEL.—Habla.

DIEGO.—Llego al patio del convento, que tan bien

conocía; pregunto por vuestra hija, veo el espanto en todas las miradas, y sé con horror la catástrofe.

(Isabel cae pálida y temblorosa sobre un sillón; don Manuel acude solícito en su auxilio.)

D. CÉSAR.—¿Y dices que los moros la han robado? ¿Pero los han visto? ¿Quién fué testigo del suceso?

DIEGO.—Se ha visto un buque de corsarios moros que echó el ancla en una bahía cercana al convento.

D. CÉSAR.—Muchos se refugian en ella, para escapar al furor del huracán. ¿Dónde está aquel buque?

DIEGO.—Lo han visto esta mañana en alta mar, huyendo de la costa á toda vela.

D. CÉSAR.—¿Hablaron de alguna otra fechoría? Los moros no se contentan con una sola presa.

DIEGO.—Se han apoderado violentamente de las vacadas que pastaban en aquellos contornos.

D. CÉSAR.—¿Y cómo esos bandidos han podido cometer su robo en el interior del bien cerrado convento?

DIEGO.—Las tapias del jardín pueden fácilmente salvarse con una escala.

D. CÉSAR.—¿Y cómo han penetrado hasta el interior de las celdas?... las piadosas monjas viven sometidas á rigurosa disciplina.

DIEGO.—Las novicias pueden pasear libremente.

D. CÉSAR.—¿Usaba ella á menudo de la libertad que la concedían?

DIEGO.—Con frecuencia la veían buscar la soledad del jardín; pero esta vez no ha vuelto.

D. CÉSAR (después de un momento de reflexión).—¿Dices que ha sido robada? Pero tan fácil era á los piratas robarla, como á ella huir del convento.

ISABEL (se pone en pie vivamente).—Si ha desaparecido es por la violencia... por un rapto criminal. Mi hija no podía olvidar sus deberes hasta el punto de seguir libremente á un raptor. Manuel, César:

hoy debía daros una hermana; mas ahora debo recibirla de vuestro heróico brazo. Mostrad vuestro valor. Hijos míos, no debéis soportar tranquilamente que vuestra hermana sea la presa de un ladrón audaz. Requerid las armas, equipad navíos, recorred la costa, perseguid á los piratas en todos los mares: ¡os han robado á vuestra hermana!

D. CÉSAR.—Adiós, madre; vuelo á descubrirlos y á vengarnos. (Sale.)

D. MANUEL (despertando de profundo ensimismamiento, se vuelve con inquietud á Diego).—¿Cuándo dices que desapareció?

DIEGO.—No la han visto desde esta mañana.

D. MANUEL (á doña Isabel).—¿Y tu hija se llama Beatriz?

ISABEL.—Tal es su nombre. ¡Pero no me preguntes! Vé, acude en su busca.

D. MANUEL.—Una cosa, sólo una cosa, madre mía. Dime...

ISABEL.—Vé. Sigue el ejemplo de tu hermano.

D. MANUEL.—¿En qué lugar, te lo ruego...

ISABEL.—¡Mira mi llanto, mi angustia mortal!

D. MANUEL.—¿En qué lugar la tenías oculta?

ISABEL.—¡Oh! no estaba escondida en el centro de la tierra.

DIEGO.—Súbito temor me sobrecoge.

D. MANUEL.—¡Temor! ¿por qué? Dí lo que sepas.

DIEGO.—Temo haber sido causa inocente de su rapto.

ISABEL.—¡Desgraciado! Explica cómo fué.

DIEGO.—Guardé silencio, princesa, para evitar la intranquilidad á vuestro corazón de madre, mas el día en que enterramos al príncipe, todo el pueblo ávido de espectáculos nuevos, se reunió en gran número para presenciar la triste solemnidad. La nueva alcanzó los muros del convento. Vuestra hija me rogó, con reiteradas instancias, que la dejase ver la ceremonia, Yo, infeliz, me dejé convencer: vistióse ella con ropas de luto, y fué así testigo de

los funerales. Me temo que entre la multitud que acudió allí de todos lados, estuviese ella expuesta á la mirada del corsario; porque ningún manto vela el esplendor de su hermosura.

D. MANUEL (aparte, tranquilizado).—¡Dulces palabras que calman mi corazón! ¡No es ella! Lo que dice no puede referirse á mi Beatriz.

ISABEL.—¡Viejo insensato! ¿Así me has hecho traición?

DIEGO.—Recta fué mi intención, princesa; yo creía reconocer en su deseo la voz de la naturaleza, la fuerza de la sangre. Pensaba que era aquella la obra del cielo, que por secreto y tierno impulso, guiaba á la hija al sepulcro de su padre. Quise ceder al deber piadoso que ella tenía derecho á cumplir: si obré mal, buena fué al menos la intención.

D. MANUEL (aparte).—¿Por qué permanecer aquí martirizado por la duda y los temores? Voy sin perder instante al encuentro de la luz y la certidumbre. (Hace que se va.)

D. CÉSAR (vuelve).—Espera, Manuel; quiero seguirte.

D. MANUEL.—No me sigas, aguarda. Nadie me siga!

D. CÉSAR (le mira sorprendido).—¿Qué le ha pasado á mi hermano? Dímelo, madre.

ISABEL.—Lo ignoro; ya no es el mismo á mis ojos.

D. CÉSAR.—Vuelvo, madre mía, porque en el ardor de mi celo, olvidé pedirte una señal para darme á conocer á mi hermana. ¿Cómo encontrar sus huellas sin saber de qué sitio la han robado los corsarios? Nómbrame el convento en que estaba encerrada.

ISABEL.—Es un convento consagrado á santa Cecilia. Se oculta en el bosque que se extiende sobre las laderas del Etna, como para hacerle callado asilo de las almas.

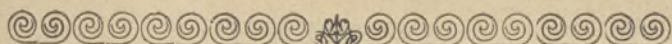
D. CÉSAR.—Ten valor, madre mía! Fía en tus hijos.

jos Yo te traeré á mi hermana, aunque haya de buscarla en todos los mares y en todos los países! Una cosa me aflige sin embargo, madre mía. Deje á mi desposada bajo extraña protección! Sólo á ti puedo confiar el precioso depósito: voy á presentártela, la verás, y en sus brazos, sobre su tierno corazón, olvidarás tus inquietudes y tus sufrimientos.

ISABEL.—¿Cuándo cesará la antigua maldición que pesa sobre nuestra casa? Pérfido genio burlo mis esperanzas, y su envidiosa rabia no se ve nunca satisfecha. Me creía cerca del puerto, confiaba con gran seguridad en las que me parecían firmes prendas de ventura, y calmadas todas las borrascas, veía con alegres ojos la tierra alumbrada por los rayos del sol poniente, cuando se alza una tempestad en el cielo sereno y me fuerza á luchar nuevamente contra las olas.

(Retírase al interior del palacio; Diego la sigue.)

*



ACTO III

ESCENA PRIMERA

La escena representa un jardín

LOS DOS COROS, después BEATRIZ.—El coro de don Manuel avanza con aparato de fiesta, llevando guirnaldas de flores, y el tocado de la novia antes descrito.—El coro de don César quiere impedirle la entrada.

1.^{er} CORO CAYETANO

Bien harás en dejar este lugar.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Sí, cuando más poderoso señor lo exija.

Coro 1.^o-Cayetano.—Deberías comprender que tu presencia es importuna.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Ya que eso te disgusta, me quedo.

Coro 1.^o-Cayetano.—Este es mi puesto. ¿Quién se atreve á detenerme?

Coro 2.^o-Bohemundo.—Yo, que mando aquí.

Coro 1.^o-Cayetano.—Don Manuel, mi señor, es quien me envía.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Por orden del mío estoy aquí.

Coro 1.^o-Cayetano.—El más joven debe ceder al mayorazgo.

Coro 2.^o-Bohemundo.—El mundo pertenece al primero que lo ocupa.

Coro 1.^o-Cayetano.—Oh tú, á quien aborrezco: vé; sal de estos lugares!

Coro 2.^o-Bohemundo.—Mas no sin haber medido nuestros aceros.

Coro 1.^o-Cayetano.—¿He de encontrarte siempre en mi camino?

Coro 2.^o-Bohemundo.—Donde me plazca puedo desafiarte.

Coro 1.^o-Cayetano.—¿Por qué estás aquí escuchando y espiando?

Coro 2.^o-Bohemundo.—¿Por qué preguntas y ordenas?

Coro 1.^o-Cayetano.—No vine aquí á hablarte ni responderte.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Y yo no me digno dirigirte la palabra.

Coro 1.^o-Cayetano.—Mancebo, respeta mi edad.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Mi ardimiento es tan probado como el tuyo.

BEATRIZ (sale precipitadamente).—¡Infeliz de mí! ¿Qué quieren esos hombres de siniestro aspecto?

Coro 1.^o-Cayetano (al segundo).—Te desprecio á ti, como desprecio tus orgullosos alardes.

Coro 2.^o-Bohemundo.—El señor á quien sirvo vale más que el tuyo.

BEATRIZ.—¡Ah, infeliz, infeliz de mí! ¡Si ahora viniese!

Coro 1.^o-Cayetano.—Mientes: don Manuel le supera en mucho.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Mi amo le lleva ventaja en todos los combates.

BEATRIZ.—Va á venir. Esta es la hora.

Coro 1.^o-Cayetano.—Si no fuera mi amor á la paz, me haría justicia.

Coro 2.^o-Bohemundo.—El temor y no la paz enfrena tu cólera.

BEATRIZ.—¡Oh! ¿por qué no está á mil leguas de aquí?

Coro 1.^o-Cayetano.—Temo la ley; más no tus necias amenazas.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Haces bien: la ley es el recurso del cobarde.

Coro 1.^o Cayetano.—Empieza, pues, y te imitaré.

Coro 2.^o-Bohemundo.—Desnuda está la espada.

BEATRIZ (en la mayor ansiedad).—Van á reñir; brillan los aceros. ¡Oh potencias celestiales! contened sus pasos, ponéos en su camino, imponedle retardos y obstáculos, enredad sus pies para que no llegue en este instante. Angeles santos á quienes conjuré á que le trajéseis, no escuchéis mi plegaria, llevadle lejos, muy lejos de aquí.

(Vase en el momento en que los coros llegan á las manos.—Sale don Manuel.)

ESCENA II

DON MANUEL, EL CORO

D. MANUEL.—¿Qué es lo que estoy viendo? Detenéos.

Coro 1.^o-Cayetano, Berenguer, Manfredo (al segundo).—Avanza! avanza!

Coro 2.^o-Bohemundo, Roger, Hipólito.— Mueran! mueran!

D. MANUEL (se adelanta entre ellos con la espada desnuda).—Detenéos!

Coro 1.^o-Cayetano.—El príncipe!

Coro 2.^o-Bohemundo.—Es su hermano. Haya paz!

D. MANUEL.—Sin vida dejo al primero que quiera continuar el combate, ó al que sólo amenace con una mirada á su adversario... ¿Estáis dementes? ¿Qué demonio os impele á reavivar la hoguera de

nuestras antiguas dicordias, que deben extinguirse para siempre? ¿Quién empezó el combate? Hablad; quiero saberlo.

Coro 1.^o-Cayetano, Berenguer.—Estaban aquí...

Coro 2.^o-Roger, Bohemundo.—Venfan...

D. MANUEL (al primer coro).—Habla tú.

Coro 1.^o-Cayetano.—Aquí veníamos, príncipe, trayendo el tocado de la novia, como nos habías ordenado. Dispuestos para una fiesta, como ves, y no para el combate, seguíamos en paz nuestro camino sin pensar en ninguna agresión, fiados en la alianza jurada; mas hemos encontrado á esos hombres acampados aquí como enemigos impidiéndonos con violencia el paso.

D. MANUEL.—¡Insensatos! ¿Por ventura ningún asilo está al abrigo de vuestro ciego furor? ¿Vuestro odio ha de penetrar hasta la silenciosa mansión de la inocencia y ha de turbar la paz que en ella impera? (Al coro segundo.) Retírate; secretos existen que no permiten tu estancia en estos sitios. (Viendo que el coro vacila.) Retírate; tu señor te lo ordena por mi boca, porque ahora tenemos un alma sola y un solo pensamiento. Mis órdenes son las tuyas. Anda. (Al primer coro.) Tú quédate y guarda la entrada.

Coro 2.^o-Bohemundo.—¿Qué hacer? Los príncipes están reconciliados, es cierto... Entrometerse con ardor en sus violentas querellas sin ser llamado, fué con frecuencia más peligroso que útil; porque cuando los grandes están cansados de combatir, echan sobre el hombre oscuro y confiado que les sirvió las sangrientas apariencias del crimen, y se muestran ellos immaculados. Dejémoslos, pues, que busquen entre ellos un pacífico acuerdo. Pienso que es más discreto obedecer.

(Retírase el segundo coro, y el primero se coloca en el fondo de la escena. En el mismo instante aparece Beatriz y se lanza á los brazos de D. Manuel.)

ESCENA III

BEATRIZ, DON MANUEL

BEATRIZ.—¡Eres tú! Por fin vuelvo á verte. ¡Cruel! ¡Cuánto tiempo me has dejado languidecer, entregada al temor y á la angustia! Pero no hablemos más de ello. ¡Te veo otra vez! En tus brazos queridos está mi asilo, mi protección, contra todos los peligros. Ven; están lejos; podemos huir. ¡Ven! no perdamos un instante. (Quiere llevarle consigo, y añade contemplándole atentamente.) ¿Pero qué tienes? ¿Por qué esta expresión fría y solemne? ¡Te arrancas de mis brazos, como si quisieses alejarte de mí! No te reconozco. ¿Eres el mismo Manuel, mi esposo, el amado de mi corazón?

D. MANUEL.—¡Beatriz!

BEATRIZ.—¡No, no hables! No es tiempo de discutir. ¡Partamos pronto! Ven; los momentos son preciosos.

D. MANUEL.—Espera. Respóndeme.

BEATRIZ.—¡Partamos! partamos antes que vuelvan esos hombres.

D. MANUEL.—Espera; ningún daño pueden hacernos.

BEATRIZ.—¡Oh! ¡no les conoces! Ven; huyamos.

D. MANUEL.—Si mi brazo te defiende, ¿qué puedes temer?

BEATRIZ.—¡Oh! ¡créeme! nos cercan enemigos poderosos.

D. MANUEL.—Ninguno, amada mía, es más poderoso que yo.

BEATRIZ.—¡Tú, solo, contra tantos!

D. MANUEL.—Yo solo. Esos hombres á quienes temes...

BEATRIZ.—No les conoces, no sabes á quién obedecen.

D. MANUEL.—Me obedecen á mí, yo soy su soberano.

BEATRIZ.—Tú eres... ¡Qué horror!



D. MANUEL.—Conóceme al fin, Beatriz. Yo no soy lo que parecía, un caballero pobre y desconocido, un amante que no pedía más que tu amor. Te oculté quien era, y mi origen y poder.

BEATRIZ.—¿No eres tú don Manuel? ¡Desdichada! ¿Quién eres?

D. MANUEL.—Don Manuel es mi nombre; pero estoy por encima de los que así se llaman en la ciudad. Yo soy don Manuel, príncipe de Mesina.

BEATRIZ.—¿Don Manuel, el hermano de don César?

D. MANUEL.—Sí, mi hermano es.

BEATRIZ.—¿Tu hermano?

D. MANUEL.—¿Te espanta? ¿conoces á don César? ¿Conoces á algún otro de mi raza?

BEATRIZ.—¿Eres don Manuel, separado de su hermano por odio irreconciliable y perpetua lucha?

D. MANUEL.—Estamos reconciliados. Desde hoy somos hermanos, no tan sólo por el nacimiento, sino también por el corazón.

BEATRIZ.—¿Reconciliados desde hoy?

D. MANUEL.—¡Habla! ¿Qué ha sucedido? ¿Por qué esta emoción? Tú no podías conocer á mi familia más que por el nombre. ¿No poseo yo todos tus secretos? ¿Nada me has tenido oculto? ¿me lo has dicho todo?

BEATRIZ.—¿En qué piensas? ¿Qué tenía que confesarte?

D. MANUEL.—Nada me has dicho aún de tu madre. ¿Quién es? ¿La conocerías si te la describiese, ó te la mostrase?

BEATRIZ.—¡Tú la conoces, la conoces, y no me lo has dicho!

D. MANUEL.—¡Desdichado de mí y de tí, si es verdad que la conozco!

BEATRIZ.—¡Oh, su aspecto es suave como la luz del sol! La estoy viendo. Despiertan mis recuerdos... su celeste figura parece surgir del fondo de mi alma. Veo los rizos de sus cabellos negros que sombrean el noble contorno de su cuello de marfil y el círculo de su frente inmaculada, y el brillo de sus grandes ojos lípidos. El conmovedor sonido de su voz despierta en mí...

D. MANUEL.—¡Desdichado! ¡es ella, es ella la que estás describiendo!

BEATRIZ.—Y de ella quiero huir. ¡He de abandonarla la mañana misma del día que debía reunirme á ella para siempre! ¡Por ti sacrificio hasta á mi madre!

D. MANUEL.—La princesa de Mesina será tu madre. Voy á llevarte á su presencia. Ella te espera.

BEATRIZ.—¿Qué dices? tu madre es la de don César? ¿Quieres llevarme á ella? ¡Oh! ¡jamás, jamás!

D. MANUEL.—¿Tiemblas? ¿Qué significa este terror?
¿No es mi madre una extraña para ti?

BEATRIZ.—¡Oh, triste y fatal descubrimiento! ¡Ah!
¿por qué he visto este día?

D. MANUEL.—¿Por qué semejante angustia, cuando encuentras al príncipe en el desconocido?

BEATRIZ.—¿Devuélveme el desconocido! Con él sería feliz en una isla desierta.

D. CÉSAR (dentro).—Retiraos. ¿Qué multitud es esta aquí reunida?

BEATRIZ.—¡Dios santo! ¡esta voz! ¿dónde esconderme?

D. MANUEL.—¿Conoces esa voz? No, no la has oído jamás, y no puedes conocerla.

BEATRIZ.—Ven. Huyamos. No nos detengamos.

D. MANUEL.—¿Por qué hemos de huir? Es la voz de mi hermano; viene á mi encuentro. Y me sorprende que haya descubierto...

BEATRIZ.—Por todos los santos, haz que no te vea. No te expongas á sus impetuosos arranques. Que no te halle en este lugar.

D. MANUEL.—Alma mía, el temor te perturba. No oyes lo que te digo. ¡Estamos reconciliados!

BEATRIZ.—¡Oh cielos! libradme de este instante!

D. MANUEL.—¡Qué presentimiento! ¡Qué idea me estremece!... ¿Sería posible?... ¿Esa voz no es nueva para ti?... ¡Beatriz! estabas... Tiemblo de interrogarte... ¿Estabas en los funerales de mi padre?

BEATRIZ.—¡Infeliz de mí!

D. MANUEL.—¿Estabas?

BEATRIZ.—¡No te irrites!

D. MANUEL.—¡Desgraciada!

BEATRIZ.—Sí estaba.

D. MANUEL.—¡Horror!

BEATRIZ.—¡Era tan vivo mi deseo! Perdóname! Yo te lo confesé; tú me respondiste con lúgubre y frío ademán y cáleme. Mas no sé qué astro malhadado me movía con fuerza irresistible; y me fué necesario satisfacer el ardiente impulso de mi corazón.

El viejo criado me prestó su auxilio; te desobedecí, y fuí á los funerales.

(Acérese cariñosa á don Manuel. Don César entra acompañado de todo el coro.)

ESCENA IV

LOS DOS HERMANOS, LOS DOS COROS, BEATRIZ

El 2.^o coro-Bohemundo (á don César).—No quieres creernos... Cree, pues, á tus ojos.

D. CÉSAR (sale precipitadamente, y retrocede al ver á su hermano).—¡Ilusión infernal! ¿En sus brazos? (Se acerca á don Manuel.) ¡Víbora envenenada! ¿ese es tu amor? ¿Así me engañas con una falsa reconciliación? ¡Oh! mi odio era la voz de Dios. ¡Anda á los infiernos, corazón de serpiente!

(Le da de puñaladas.)

D. MANUEL.— ¡Soy muerto! Beatriz!... ¡hermano mío!

(Cae y muere. Beatriz se desploma á su lado) y queda inmóvil.)

Coro 1.^o-Cayetano.— ¡Al asesino! al asesino! Venid, á las armas. Sea la sangre vengada con sangre.
(Todos desenvainan las espadas.)

Coro 2.^o-Bohemundo.— ¡Regocijémonos! acabada está la contienda! Mesina tiene ahora un solo señor.

Coro 1.^o-Cayetano, Berenguer, Manfredo.— ¡Venganza! venganza! Caiga el fratricida! caiga para expiar su crimen!

Coro 2.^o-Bohemundo, Roger, Hipólito.—No temas, señor; fieles te seremos en todas ocasiones.

D. CÉSAR.—Retiraos. He dado muerte á mi enemigo, al que engañaba mi confiado corazón, al que convertía en vil asechanza la amistad fraternal. Terrible y espantosa parece esta acción, mas fué sentencia del cielo.

Coro 1.^o-Cayetano.—¡Infeliz de ti, Mesina! infeliz de ti! horrible maldad se ha cometido dentro de tus murallas. ¡Infelices de las madres y de los hijos, de los mozos y de los ancianos! Infelices de los que aún han de nacer!

D. CÉSAR.—Tarde llegan las quejas.. Socorredla! (Señalando á Beatriz.) Devolvedla á la vida! Alejadla pronto de este lugar de muerte y de terror. No puedo permanecer aquí más tiempo; mi hermana robada me llama en su auxilio... llevadla á los brazos de mi madre, y decidla que su hijo César es quien la envía.

(Vase. Los hombres del coro depositan á Beatriz desmayada en una camilla. El primer coro se queda junto al cadáver de don Manuel. Los niños portadores de los adornos nupciales se colocan en torno suyo.)

ESCENA V

EL CORO-CAYETANO

No puedo comprender ni adivinar siquiera cómo ha sucedido todo esto con tal rapidez. Mucho tiempo hace que mi espíritu veía avanzar á grandes pasos la imagen espantosa de este crimen terrible; y sin embargo me siento saturado de horror al ver trocados en realidad mis presentimientos. La sangre se me hiela en las venas al contemplar tan tremenda é irremediable realidad.

Un hombre del coro-Manfredo. — Dejad que resuene la voz del dolor. Noble mancebo, ahí estás tendido sin vida, arrebatado en la flor de la edad, envuelto en noche de la muerte en los umbrales de la cámara nupcial. Mas se alzaré un gemido profundo é infinito sobre el cuerpo del que permanece ahora mudo.

Otro hombre del coro-Cayetano.—Venimos, veni-



D. MANUEL. - Soy muerto... ¡Beatriz!

mos con la pompa de una fiesta á recibir á la novia. Los mozos traen los ricos vestidos, y los presentes de boda. La fiesta está preparada, ahí están los testigos; mas el esposo nada oye ya, y en vano los cantos de júbilo intentarán despertarle, porque el sueño de los muertos es profundo.

Todo el coro.—Pesado y profundo es el sueño de los muertos. La voz de la esposa no le despertará. No oirá las alegres tocatas de las trompetas Yace sobre la tierra, yerto é inmóvil.

Un tercero-Cayetano.—¿Qué son las esperanzas? ¿Qué valen los proyectos del hombre precedero? Hoy mismo os abrazábais como hermanos, unidos de corazón y de palabra, y este sol que ahora descendiendo alumbraba vuestra unión; y sin embargo ahí estás, tendido en el polvo, privado de la vida por el brazo de tu hermano, abierto el pecho por horrosa herida! ¿Qué son las esperanzas? ¿qué valen los proyectos fundados sobre el suelo engañoso para el hombre, hijo de la hora fugaz?

El coro-Berenguer.—Quiero llevarte á tu madre. ¡Qué desdichada carga! Derribemos con el hacha homicida ramas de ciprés para hacer unas parihuelas. Jamás produciría nada vivo el árbol que ha dado los frutos de la muerte; jamás crecerá en paz, jamás prestará su sombra al viajero. Lo que ha sido alimentado por el suelo de la muerte, maldecido ha de ser y consagrado á su servicio.

El primero-Cayetano.—¡Ay del asesino! ¡Ay del que obedeció á insensato furor! Derrámase la sangre, y tiñe la tierra. Allá, en abismo sin luz, sin cantos y sin voz están las hijas de Themis; inflexibles y atentas recogen esta sangre en sus negras copas, y la agitan, y mezclan con ella la venganza tremenda.

Un segundo-Berenguer.—Sobre esta tierra alumbrada por el sol se borran fácilmente las huellas del crimen, como se borra en el rostro un ligero movimiento; pero nada se pierde, nada se desvanece de lo que las horas de misterioso curso llevan en su os-

curo y fecundo seno. El tiempo es como fértil suelo, es la naturaleza gigante vivo, y todo es fruto, todo es semilla.

Un tercero-Cayetano.—¡Ay del asesino! ¡Ay de aquel que sembró la semilla de muerte! Un aspecto tiene el crimen antes de ser cometido, otro después de cometerse. En la emoción de la venganza, aparece palpitante y osado; mas una vez se ejecutó se convierte en pálido fantasma. Las terribles furias agi-

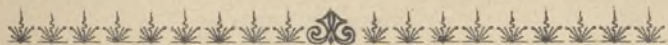


laban contra Orestes sus víboras infernales y excitaban al hijo á matar á su madre; así seducían hábilmente su corazón con las apariencias sagradas de la justicia; mas desde el punto en que hirió el seno que le había llevado y alimentado amorosamente, ved cómo se revuelven crueles contra él; y reconoce entonces á las vírgenes tremendas que se apoderan del asesino sin abandonarle jamás, y le condenan á ser mordido eternamente por las serpientes,

que le persiguen sin reposo de una á otra orilla hasta el santuario de Delfos.

(Retírase el coro, llevando el cuerpo de don Manuel en andas.)

*



ACTO IV

ESCENA I

Una sala con una gran columnata. Es de noche; la escena está iluminada por una lámpara suspendida del techo

Salen DOÑA ISABEL y DIEGO

ISABEL

¿No hay noticia alguna de mis hijos? ¿Se han descubierto indicios del paradero de mi hija?

DIEGO.—No, princesa; pero bien podéis confiar en el celo de sus hermanos.

ISABEL.—¡Ay, Diego! cuán inquieta estoy! ¡De mí dependía prevenir esta desgracia!

DIEGO.—¿Por qué mortificaros con remordimientos? ¿Qué precaución habéis olvidado?

ISABEL.—La de sacarla más pronto de su retiro, como quería.

DIEGO.—Os lo prohibía la prudencia. Habéis obrado cuerdamente; las consecuencias en la mano de Dios están.

ISABEL.—¡Ah! no hay placer sin amargura. Sin esta desgracia sería ahora completa mi felicidad.

DIEGO.—No por eso se desvaneció; está sólo aplazada. Gozaos ahora en la unión de vuestros hijos.

ISABEL.—Sí, les he visto abrazarse estrechamente; ¡espectáculo consolador que no había aún contemplado!

DIEGO.—Y no era simple apariencia. Aquel abrazo salía del corazón, porque su franqueza aborrece el disimulo y la mentira.

ISABEL.—Veo también que son capaces de tiernos sentimientos, y dichosa descubro que honran lo que aman. Quieren renunciar ahora á la libertad desenfrenada; su juventud ardiente é impetuosa no se sustrae al yugo de la ley y su misma pasión es honrada. Puedo confesarte ya, Diego, que veía con angustia y terror el instante en que se exaltarán sus pasiones á tal punto, porque el amor se convierte facilmente en ira en las naturalezas vehementes. ¡Si una chispa funesta de celos cayese en sus almas, inflamadas aún por el antiguo rencor!... Este pensamiento me hacía estremecer. Sus inclinaciones, que no han sido nunca las mismas, podían desgraciadamente chocar por primera vez. ¡Gracias sean dadas al cielo, pues aquella nube que se me apareció lúgubre y amenazadora, desvaneciólala un angel y mi corazón respira en libertad.

DIEGO.—Sí, regocíjate de tu obra; con tu ternura, con tu blanda habilidad hiciste lo que su padre no logró nunca con toda la fuerza de su poder. Esta es tu gloria: bien que deba concederse algo á tu feliz estrella.

ISABEL.—Obra ha sido de ella en gran parte, y también mía. No era cosa baladí tener guardado un secreto durante tantos años, engañar al hombre más previsor, contener en mi corazón la fuerza de la sangre, que semejante á la llama comprimida, se esforzaba en escapar de la prisión.

DIEGO.—Tan prolongados favores de la suerte son prenda de feliz desenlace.

ISABEL.—Mas no bendeciré mi estrella antes de ha-

ber visto el final de estos sucesos. Harto me advierte la desaparición de mi hija que mi genio malo no duermes aún. Aprueba ó censura mi conducta, Diego, pero no quiero tener nada secreto á tu fidelidad. No podía resignarme á permanecer aquí en ociosa inacción mientras mis hijos están ocupados en buscar las huellas de su hermana. Yo hice algo también. Donde el arte del hombre es insuficiente, se manifiesta á menudo el cielo.

DIEGO.—Explicame lo que debo saber.

ISABEL.—En una ermita levantada sobre las cumbres del Etna, habita un piadoso solitario llamado por los ancianos de la comarca el Viejo de la montaña. Viendo más cerca del cielo que la raza errante de los hombres, ha depurado sus ideas terrestres en una atmósfera transparente, y desde aquella cima tras tantos años de retiro, observa las complicaciones caprichosas, los caminos tortuosos é incomprensibles de la vida. El destino de mi casa no le es ageno; con frecuencia el santo ermitaño ha interrogado para nosotros el cielo, y con sus oraciones nos libró de más de una maldición. Poco há le mandé un joven y diligente mensajero para que le dé noticias de mi hija, y aguardo su próxima llegada.

DIEGO.—Si no me engaño él viene corriendo. ¡Laudable diligencia!

ESCENA II

Los mismos y el MENSAJERO

ISABEL.—Habla; no me ocultes ni el bien ni el mal; dime claramente la verdad. ¿Cuál es la respuesta del Viejo de la montaña?

EL MENSAJERO.—Me ha dicho que me volviese prontamente porque la que se perdió se ha encontrado.

ISABEL.—¡Bendita voz! palabra del cielo! siempre anunciaste lo que yo deseaba... ¿Y á cual de mis

hijos fué concedido dar con las huellas de la que se perdió?

EL MENSAJERO.—Tu hijo mayor ha descubierto su escondido retiro.

ISABEL.—A Manuel la debo. ¡Ah! siempre fué para mí un hijo de bendición! ¿Has entregado al ermitaño el cirio bendito que le enviaba para arder ante los santos? El piadoso servidor de Dios desdeña los dones que alegrarían á los demás hombres.

EL MENSAJERO.—Lo ha tomado en silencio de mis manos; después, se ha acercado al altar, encendió el cirio en la lámpara que arde delante del santo patrón de la ermita, y de repente há prendido fuego á la cabaña donde adora á Dios desde hace noventa años.

ISABEL.—¿Qué dices? ¡Qué terror despierta en mí!

EL MENSAJERO.—Y gritando tres veces: ¡Desdicha! desdicha! desdicha! ha bajado silencioso de la montaña, ordenándome por signos que no le siguiese, ni mirase hacia atrás; y perseguido por el terror, he corrido hasta aquí.

ISABEL.—¡En qué incertidumbre y angustia me surgen estas palabras! Gran noticia es que Manuel haya encontrado á mi hija, mas ¡cómo regocijarme acompañada de funestas señales!

EL MENSAJERO.—Vuelve atrás los ojos, princesa, y ve cumplirse las palabras del solitario, porque ó todo me engaña, ó es la hija que perdiste, y que buscabas, la que te devuelven los caballeros.

(El segundo coro trae sobre unas andas á Beatriz, sin conocimiento é inmóvil).

ESCENA III

ISABEL, DIEGO, EL MENSAJERO, BEATRIZ, EL CORO, BOHEMUNDO, ROGERIO, HIPOLITO y los otros nueve caballeros de don César.

El coro-Bohemundo.—En cumplimiento de la orden de nuestro señor, venimos, princesa, á depositar la doncella á tus plantas. Esto nos mandó, y añadió te dijéramos que es tu hijo César quien te la envía.

ISABEL (se lanza hacia Beatriz, pero enseguida retrocede aterrada).—¡Oh, cielos! está pálida y sin vida!

El coro-Bohemundo.—Vive; va á despertar. Dale tiempo de recobrase de los tristes sucesos que tienen encadenados aún sus sentidos.

ISABEL.—Hija mía, hijo de mi dolor y de mis inquietudes, ¿así nos volvemos á ver? ¿De tal suerte debías entrar en la casa de tu padre? ¡Ah! quiero que tu vida reviva en la mía! Quiero oprimirte contra mi seno maternal hasta que palpiten de nuevo tus arterias, libres de este frío de muerte. (Al coro.) ¿Qué terrible suceso ha acaecido? ¿Dónde la has encontrado? ¿Cómo mi hija querida se halla en tan espantosa y deplorable situación?

El coro-Bohemundo.—No me lo preguntes, porque mi boca enmudeció. Tu hijo don César te lo explicará todo; él es quien te la envía.

ISABEL.—Mi hijo don Manuel, querrás decir.

El coro-Bohemundo.—Tu hijo don César te la envía.

ISABEL (al mensajero).—¿No fué don Manuel quien nombró el solitario?

EL MENSAJERO.—Sí, princesa, esto dijo.

ISABEL.—Sea el que fuere, me inunda el gozo. Le debo mi hija: ¡bendito sea! Pero ¡ay! ¿ha de envenenar un demonio envidioso la felicidad de un instante deseado con ardor? ¿he de luchar por mi bienes-

tar? Veo á mi hija en la casa de su padre, es cierto; pero ella no me ve, no me oye, no puede responder á la alegría de su madre. ¡Oh, abríos, ojos espléndidos! ¡reanimaos, manos adoradas! Levántate, seno



inanimado y palpita gozoso. Diego, ¡es mi hija! ¡la que tanto tiempo permaneció oculta, la que he salvado! puedo reconocerla ante el mundo entero.

El coro-Bohemundo.—Paréceme entrever extraña y nueva fuente de espanto; espero acongojado la explicación y el fin de este error.

ISABEL (al coro que se muestra sorprendido y confuso). — ¡Vuestros corazones son impenetrables! vuestro pecho resguardo con su coraza de bronce, rechaza, como las escarpadas rocas del mar, la alegría que siento, y la encierra en mi corazón. En vano busco en todo este círculo una mirada de ternura. ¿Qué esperan mis hijos? ¡Ah, cuando quisiera ver en torno mío quien compartiese mi júbilo, siento que me cercan fieras del desierto sin compasión, ó monstruos del Océano!

DIEGO.—¡Abre los ojos! ¡se mueve! ¡vive!

ISABEL.—¿Vive? ¡Ah! ¡que su primera mirada sea para su madre!

DIEGO.—Sus ojos vuelven á cerrarse con espanto.

ISABEL (al coro).—Retiraos; la vista de esos extranjeros la atemoriza.

EL CORO (se retira).—Bohemundo.—Gustoso evitaré su mirada.

DIEGO.—En ti fija sus ojos asombrados.

BEATRIZ.—¿Dónde estoy? Yo conozco estas facciones.

ISABEL.—Recobra sus sentidos.

DIEGO.—¿Qué hace? ¡cae de rodillas!

BEATRIZ.—¡Oh dulce y angélico rostro de mi madre!

ISABEL.—¡Hija de mi corazón! ¡ven á mis brazos!

BEATRIZ.—A tus pies ves á la culpable.

ISABEL.—Vuelvo á verte. Todo está olvidado.

DIEGO.—Mírame á mí también. ¿Me recuerdas?

BEATRIZ.—¡La encanecida cabeza del buen Diego!

ISABEL.—El fiel guardián de tu infancia.

BEATRIZ.—Me encuentro entre los míos.

ISABEL.—Y en adelante nada podrá separarnos sino la muerte.

BEATRIZ.—¿No me lanzarás otra vez entre los extraños?

ISABEL.—Nada nos separará; el destino está apaciguado.

BEATRIZ (se echa en sus brazos).—¿Estoy realmente sobre tu corazón, y lo que ha pasado era un sueño, un sueño penoso y terrible? ¡Oh, madre mía! le he visto caer muerto á mis pies. ¿Como he venido hasta aquí? No me acuerdo. ¡Qué feliz soy de hallarme libre en tus brazos! Querían llevarme á su madre, la princesa de Mesina. ¡Antes la muerte!

ISABEL.—¡Vuelve en ti, hija mía! La princesa de Mesina...

BEATRIZ.—No la nombres; al oír esta palabra fatal, el frío de la muerte se esparce por mis venas.

ISABEL.—Escucha, hija mía.

BEATRIZ.—Tiene dos hijos que se aborrecen á muerte. Llámanlos don Manuel y don César.

ISABEL.—¡Pero soy yo! ¿No reconoces á tu madre?

BEATRIZ.—¿Qué dices? ¿Qué palabra has proferido?

ISABEL.—Yo soy la princesa de Mesina, tu madre.

BEATRIZ.—¡Infeliz, infeliz de mí! ¡Oh, luz espantosa!

ISABEL.—¿Qué tienes? ¿Qué te agita con tal violencia?

BEATRIZ (pasea en torno suyo una mirada extrañada y se fija en el coro).—Son ellos. Sí, ahora los reconozco. No era un sueño engañoso; ellos son, presentes estaban. ¡Ahora me aparece la horrorosa verdad! ¡Desdichados! ¿dónde le tenéis oculto?

(Se adelanta á grandes pasos hacia el coro que se vuelve de espaldas. Oyese á lo lejos una marcha fúnebre.)

EL CORO.—¡Desdicha! ¡Desdicha!

ISABEL.—¿Dónde lo escondieron? ¿Qué es la verdad? Os quedáis mudos y perplejos; parece que la comprendéis. Observo en vuestros ojos, en vuestra voz entrecortada, algo lamentable que ha de caer sobre mí... ¿Qué pasa? ¡quiero saberlo! ¿Por qué volvéis con terror vuestras miradas hacia la puerta? ¿Qué significan los acordes de esta música?

El coro-Bohemundo.—Acércase el momento; el misterio horrible va á declararse. Sé fuerte, princesa; alienta á tu corazón; soporta con energía lo que te espera. Muestra varonil firmeza en este dolor mortal.

ISABEL.—¿Quién se acerca? ¿Quién me espera? Oigo fúnebres quejidos que resuenan en este palacio... ¿Dónde están mis hijos?

(El primer coro trae el cadáver de don Manuel sobre unas andas, y lo coloca en el lado de la escena que ha quedado libre; lo cubre un paño negro.)

ESCENA IV

ISABEL, BEATRIZ, DIEGO, LOS DOS COROS

Coro 1.^o-Cayetano.—A través de las calles marcha la desgracia seguida de las quejas. Así vaga furtiva en torno de las habitaciones de los hombres: hoy llama á esta puerta, mañana á la otra; mas nadie se libra de ella. El doloroso y funesto mensajero vendrá más ó menos tarde á colocarse en los umbrales de toda mansión.

BERENGUER.—Caen las hojas al declinar el año, y los viejos exhaustos bajan al sepulcro. Cumple con ello la naturaleza sus leyes, sin que espante ni sorprenda al hombre.

Mas en esta vida terrestre, habéis de conocer también lo extraordinario: el homicidio, con su mano poderosa, rompe de igual modo los más sagrados lazos. En la barca de la Estigia, la muerte arrebató también á la juventud floreciente.

CAYETANO.—Cuando los nubarrones amontonados oscurecen el cielo, y el trueno *retumba* con redobles sonoros, todos los hombres se estremecen bajo el poder del hado. Más el trueno puede desgajarse también de un cielo sin nubes. Temed en los días de gozo la pérfida visita de la desgracia. No permanecáis apegados á los bienes que engalanan la vida pasajera. Aprenda á perder quien posea; aprenda á sufrir el dichoso.

ISABEL.—¿Qué he de oír? ¿Qué cubre este velo? (Da un paso en dirección á las andas, y se detiene temblorosa y vacilante.) Me siento arrastrada por horrible impulso, y me contiene al propio tiempo la mano fría y siniestra del terror. (A Beatriz que se ha interpuesto entre ella y las andas.) Déjame; sea lo que fuere, quiero levantar este velo. (Alza el velo, y descubre el cadáver de don Manuel.) ¡Oh, potencias celestiales! ¡Es mi hijo!

(Queda inmóvil de horror. Beatriz lanza un grito y cae junto á las andas.)

El coro-Cayetano, Berenguer, Manfredo.—¡Madre infeliz! ¡es tu hijo! Tú lo dijiste, no yo.



ISABEL.—¡Hijo mío! mi Manuel! ¡Oh, eterna misericordia! ¡así he de volver á encontrarte! ¿Habías de dar tu vida para arrancar tu hermana del poder de los bandidos? ¿Dónde estaba tu hermano? ¿Por qué no te protegí? ¡Maldita sea la mano que causó esta herida! ¡Maldita sea la mujer que dió vida al asesino de mi hijo! ¡Maldita toda su raza!

EL CORO.—¡Desdicha! ¡desdicha! ¡desdicha! ¡desdicha!

ISABEL.—¿Así cumplís vuestra palabra, potencias celestiales? ¡Esta es vuestra verdad! Desdichado de aquel que fia en vosotras, á impulsos de su rectitud! ¿Por qué mis esperanzas, por qué mis temores si debía ser este el desenlace? Vosotros que me rodeáis con espanto y saciáis vuestras miradas en mi

dolor, aprended á conocer las mentiras con que nos engañan los ensueños y los adivinos, y seguid creyendo en el oráculo de los dioses. Cuando llevaba á mi hija en el seno, su padre soñó un día que veía salir de su lecho nupcial dos laureles que entrelazaban sus ramas tupidas. Entre los dos se alzaba un lirio, que convertido luego en una antorcha, devoró las ramas de los laureles, y lanzándose con furor hacia la bóveda, consumió en un instante el palacio entero. Aterrado por aquella maravillosa aparición, vuestro padre consultó á un adivino, á un negro mago, quien le respondió que si yo daba á luz una niña, daría ella la muerte á mis dos hijos y aniquilaría mi raza.

El coro-Cayetano y Bohemundo.—¿Qué dices, princesa? ¡Oh desdicha!

ISABEL.—Su padre ordenó darle muerte, pero yo la libré de la horrorosa sentencia. ¡Pobre niña! Arrebatada en edad tan tierna al seno de su madre, para no hacer perecer á sus hermanos en más larga edad! ¡Y ahora su hermano cae por mano de los bandidos! No es ella, inocente, la que le mató.

EL CORO.—¡Oh desdicha! ¡Oh desdicha!

ISABEL.—Ninguna confianza me inspiraba la sentencia de un servidor de los ídolos. Una esperanza mejor dió fuerzas á mi alma. Otros labios, que yo consideraba verídicos, me anunciaron que mi hija reuniría por medio de un ardiente amor el corazón de mis hijos. Así los oráculos se contradicen y amontonan la bendición y la maldición sobre la cabeza de mi hija. La desgraciada no ha merecido la maldición, y no le ha sido dado el tiempo para que la bendición se realizara. Ambos oráculos han mentado; el arte de los adivinos es fútil vaciedad, pues se engañan. Nada verdadero puede saber acerca del porvenir, ni el que bebe en las fuentes infernales, ni el que bebe en la fuente de la luz.

Coro 1.º-Cayetano.—¡Desdicha! desdicha! ¿Qué es lo que dices? Detente, detente! Guarda las palabras

que escapan á tu lengua temeraria. Los oráculos ven y alcanzan la verdad; los acontecimientos lo demostrarán.

ISABEL.—No guardaré mis palabras; hablaré en voz alta, como me lo ordena mi corazón. ¿A qué visitar, devotos, los templos? ¿A qué levantar nuestras manos piadosas al cielo? ¡Oh, insensatos é inocentes! ¿qué ganamos con nuestra confianza? Tan imposible es llegar hasta los dioses, habitantes de las regiones elevadas, como lanzar una flecha á la luna. El porvenir está cerrado á los mortales, y ninguna plegaria penetra en un cielo de bronce. ¡Qué importa que el pájaro vuele hacia la derecha ó hacia la izquierda, que las estrellas estén en tal situación ó en tal otra? El libro de la naturaleza no puede ser interpretado: la explicación de los sueños es un sueño, y todos los signos son falaces.

CORO 2.^o-Bohemundo.—Detente, infortunada. Desdicha! desdicha! Niegan los ciegos la esplendorosa claridad del sol. Los dioses existen. Reconóceles; te rodean, invisibles.

BEATRIZ.—¡Oh, madre, madre mía! ¿Por qué blasonaste de mayor cordura que aquellos que todo lo ven y conocen el encadenamiento de los tiempos presentes con los tiempos futuros, y ver las semillas tardías germinar en el porvenir? Para ruina tuya, para la mía, para la ruina de todos, robaste á los dioses de la muerte la presa que te reclaman, que por sí mismos se toman duplicada y triplicada. No te agradezco tu triste beneficio; para el dolor y el llanto me has conservado.

CORO 1.^o-Cayetano (con viva emoción mirando á la puerta).—Abríos de nuevo, crueles heridas; derramad y esparcid negros torrentes de sangre.

BERENGUER.—Oigo el ruido de los pies de bronce, oigo el ruido de las víboras del infierno, conozco las pisadas de las Furias.

CAYETANO.—Derrumbáos, murallas! Umbrales de este palacio, hundidos bajo sus tremendas pisadas!



ISABELL. — ¡Mira! ve el crimen cometido...

Negro vapor se alza del fondo del abismo. La suave claridad del día se desvanece y los dioses protestores de esta casa se retiran y ceden el paso á las diosas de la venganza.

ESCENA V

DON CESAR, ISABEL, BEATRIZ, EL CORO

(A la llegada de don César, el coro se divide como alejándose de él. Don César se queda solo en el centro de la escena.)

BEATRIZ.—¡Infeliz de mí! ¡Es él!

ISABEL (se le acerca).—¡Oh, César, hijo mío! ¿Así he de volver á verte? Mira! ve el crimen cometido por una mano maldita de Dios.

(Condúcele junto al cadáver. Don César retrocede con horror y se cubre el rostro.)

Coro 1.^o-Cayetano, Berenguer.—Abríos de nuevo, crueles heridas, derramad y esparcid negros torrentes de sangre.

ISABEL.—Tiemblas, y te quedas petrificado... Sí, eso, eso es todo lo que resta de tu hermano. Aquí yacen mis esperanzas. La flor de vuestra amistad pereció al abrir su capullo, y no podré ver sus dichosos frutos.

D. CÉSAR.—Consuélate, madre mía; nosotros queremos sinceramente la paz, pero el cielo ha pedido sangre.

ISABEL.—Oh! ¡ya sé que le profesabas entrañable cariño. ¡Con cuánto entusiasmo ví los lazos suaves que entre vosotros se estrechaban! Tú querías llevarle en tu corazón, reparar con usura los años perdidos. ¡El sangriento homicidio se ha adelantado á tu amor! Ahora sólo puedes vengarle.

Schiller—Tomo III—7.

D. CÉSAR.—Ven, madre; no permanezcas en este sitio. Aléjate de este espantoso espectáculo.

(Quiere llevarla consigo.)

ISABEL (se echa en sus brazos).—¡Tú vives aún! Tú, el único que me queda!

BEATRIZ.—¡Desdichada madre! ¿qué haces?

D. CÉSAR.—Agota tus lágrimas sobre este fiel corazón. No perdiste á tu hijo, porque su amor está para siempre rebosando en el seno de don César.

Coro 1.^o-Cayetano, Berenguer, Manfredo.—Abríos de nuevo, crueles heridas, derramad y esparcid negros torrentes de sangre.

ISABEL (cogiendo las manos de don César y de Beatriz).—¡Oh, hijos míos!

D. CÉSAR.—¡Cuán dichoso me hace verla en tus brazos, madre! Sí, tu hija es ella... Pero mi hermana...

ISABEL (interrumpiéndole).—¡Gracias, hijo mío! gracias por haber cumplido tu palabra, gracias por haberla salvado y habérmela traído.

D. CÉSAR (asombrado).—¿A quién, madre mía?

ISABEL.—A la que tienes delante..., á tu hermana.

D. CÉSAR.—Ella! ¿mi hermana?

ISABEL.—¿Qué otra puede ser?

D. CÉSAR.—¿Mi hermana?

EL CORO.—¡Oh desdicha!...

ISABEL.—Por ti mismo enviada.

D. CÉSAR.—¿Y la hermana de él?

BEATRIZ.—¡Oh, madre mía!

ISABEL.—Estoy sorprendida... Hablad.

D. CÉSAR.—¡Maldito sea el día en que nací!

ISABEL.—¿Qué tienes? ¡Dios santo!

D. CÉSAR.—¡Malditas sean las entrañas que me llevaron! ¡Maldito tu silencio misterioso, que tales horrores ha producido! ¡Caiga al fin el rayo que ha de aniquilarte! no me esforzaré por más tiempo en contenerlo. Sabe que yo fuí el asesino de mi hermano, porque le sorprendí en brazos de Beatriz. A ella amo, á ella elegí por esposa... pero encontré

á mi hermano en sus brazos. Ya lo sabes todo. Si realmente es su hermana y la mía, yo soy culpable de un crimen que ningún arrepentimiento, ninguna expiación pueden olvidar.

El coro-Bohemundo.—El lo ha dicho. Ya lo oíste: ya sabes tu horrible desgracia; nada tienes que saber más. Lo que anunció el adivino se ha cumplido; que nadie escapa al destino que sobre él pesa, y el que cree evitarlo con su prudencia, trabaja voluntariamente para cumplirlo.

ISABEL.—¡Y qué me importa que los dioses sean falaces ó dignos de fe! Ya me han hecho el mayor daño posible; les desafío á que asesten sobre mí más rudo golpe. Quien nada tiene que temer ¡cómo podría temerlos! ahí está mi hijo querido, muerto delante de mí; y me separo del que le sobrevive! Porque no es mi hijo: yo dí la vida, yo alimenté en mi seno á un monstruo que debía dar muerte á mi excelente hijo... Ven, hija mía; no debemos permanecer aquí más tiempo. Abandono esta casa á los dioses vengadores. Si un crimen me trajo, otro crimen me arroja... Entré en ella con violencia, la habité con terror, y la dejo con desesperación. Todo lo he sufrido sin ser culpable; pero los oráculos tienen razón: los dioses están satisfechos.

(Vase. Diego la sigue.)

ESCENA VI

BEATRIZ, DON CESAR, EL CORO

D. CESAR (detiene á Beatriz).—Quédate, hermana mía, no me dejes de este modo. Maldígame mi madre, clame venganza contra mí esta sangre, condéneme el mundo; pero no me maldigas tú, porque de ti no puedo soportarlo. (Beatriz lanza una mirada al cadáver de don Manuel.) No maté á tu amante, malé al que era tu hermano y el mío. El que murió debe

ocupar más lugar en tu corazón que el que vive, y yo merezco más piedad, porque si él ha muerto inocente, yo soy criminal! (Beatriz rompe á llorar.) Llorá á tu hermano, yo lloraré contigo, y aún más..., yo te vengaré. ¡Pero no llores á tu amante! No puedo soportar que concedas al muerto esta preferencia. Déjame levantar del abismo sin fondo de nuestros dolores, el solo, el último consuelo. Déjame que crea que no te pertenece más á ti que á mí. La re-



velación de nuestro destino terrible iguala nuestros derechos como nuestras desdichas. Caídos en el mismo hoyo, hijos los tres de una misma madre, sucumbimos por igual modo, y tenemos el mismo derecho al amargo llanto. Pero si yo pensase que tu aflicción se consagraba al amante más que al hermano, la ira y la envidia mezclarían su hiel con mi dolor, y el último consuelo me abandonaría. No ofrecería yo con gozo la última víctima á sus manes; pero mi alma irá á encontrarle dulcemente, si sé que tú reunirás mi ceniza con la suya en una misma urna. (La abraza con viva ternura.) Te amaba como

no amé jamás, cuando sólo eras para mí una extranjera. Y porque te amaba por encima de todo encarcimamiento, llevo conmigo la maldición de un fratricidio. Mi amor hacia ti fué todo mi crimen. Ahora eres mi hermana y reclamo tu compasión como piadoso tributo. (La interroga ansioso con la vista; después se separa vivamente de ella.) No, no, no puedo ver esas lágrimas. En presencia de ese cadáver, me abandona el valor, y la duda desgarrá mi seno. Déjame en mi error. Llorá en secreto; no vuelvas á verme jamás, jamás! Yo no quiero volver á veros, ni á ti ni á tu madre, que jamás me ha querido! Su corazón se ha delatado; el dolor lo puso al descubierto. ¡Le ha llamado su excelente hijo! Toda su vida obró con disimulo. Y tú eres falsa como ella. No te esfuerces en fingir; muéstrame tu aversión! No volverás á ver mi rostro aborrecido. Adiós para siempre.

(Aléjase. Ella se queda indecisa, víctima de una lucha interior; luego se decide, y vase.)

ESCENA VII

EL CORO-CAYETANO

Feliz aquel que en la serenidad de los campos, lejos de los confusos escollos de la vida, reposa con amor de niño en el seno de la naturaleza. Me siento oprimido en el alcázar de los grandes, cuando veo á los más principales y á los mejores, precipitados en un momento de la torre de la prosperidad.

Dichoso también aquel que con piadosa vocación se retira á tiempo de las olas tempestuosas de la vida y se refugia en la plácida celda de un claustro! Lejos la peligrosa ambición de los honores! ¡lejos el vano deleite! los deseos insaciables duermen en su alma tranquila, y la potencia impetuosa de las pasiones no le arrebatá ya en el torbellino de la

vida. Jamás en su retiro libre de tempestades se yergue la triste imagen de la humanidad. A breve altura alcanzan el crimen y la adversidad, del modo que la peste huye de los sitios elevados y se desparra en la infección de las villas.

BERENGUER, BOHEMUNDO, MANFREDO. — También la libertad habita las cimas. Las exhalaciones de la tumba no se alzan en el aire puro. Donde quiera que el hombre no llevó sus miserias, el mundo es perfecto.

(El coro repite esta estrofa.)

ESCENA VIII

DON CESAR, EL CORO

D. CÉSAR (con más firme continente).—Vengo á hacer uso por última vez de mi autoridad de soberano. Ese cuerpo precioso será depositado en la tumba; allí está la última morada de los muertos. Escuchad ahora mis graves resoluciones y obrad puntualmente conforme os ordené. Recordáis aún el triste deber que cumplisteis, porque no hace mucho que llevásteis á la tumba el cuerpo de vuestro príncipe. Los cantos funerarios han cesado apenas de oirse en estos muros, y un cadáver sigue de cerca á otro cadáver, una antorcha en otra se enciende, y el lúgubre cortejo alcanza al lúgubre cortejo en la misma escalera subterránea. Disponed, pues, una fúnebre solemnidad en la iglesia del castillo, donde yacen los restos de mi padre; ciérrense las puertas y hágase todo como he dicho.

El coro-Bohemundo.—Dispuestas estarán pronto las exequias, señor; porque el catafalco, monumento de la grave ceremonia, está aún en pié; nadie puso mano aún en el edificio de la muerte.

D. CÉSAR.—Si la entrada del sepulcro permaneció abierta en la mansión de los vivos, no fué éste feliz

augurio. ¿Y por qué causa no derribaron el triste aparato después de la ceremonia?

EL CORO-BOHEMUNDO.—Las desgracias, la deplorable discordia que á poco estalló y dividió á Mesina, alejó del muerto nuestra atención, y el santuario permaneció cerrado y abandonado.

D. CÉSAR.—Id pues á cumplir pronto vuestro cometido. Quede terminada la funesta obra esta misma noche, y vea el sol de mañana el palacio purgado de crímenes, y alumbre á una raza más feliz.

(El segundo coro se aleja, llevándose el cuerpo de don Manuel.)

EL CORO 1.^o-CAYETANO.—¿He de llamar á la piadosa congregación de los monjes de las cercanías, para que, según antiguos usos de la Iglesia, celebre las exequias y acompañe con sus cantos al cadáver el reposo eterno?

D. CÉSAR.—Esos cantos religiosos podrán resonar eternamente sobre nuestra tumba, á la claridad de los cirios; hoy no es necesario su santo ministerio. El sangriento homicidio rechaza las santas ceremonias.

EL CORO-CAYETANO.—No tomes, señor, ninguna resolución violenta. No te revuelvas contra tí mismo, en la ira de la desesperación. Nadie en el mundo tiene el derecho de castigarte, y una piadosa expiación calma la cólera del cielo.

D. CÉSAR.—Si no existe quien tenga derecho á juzgarme y castigarme, tócame á mí cumplir este deber para conmigo. Yo sé que el cielo acepta la penitencia del pecado, pero la sangre no puede ser expiada sino con sangre.

EL CORO-CAYETANO.—Deberías sobreponerte á las catástrofes que pesan sobre esta casa, y no amontonar desgracia sobre desgracia.

D. CÉSAR.—Muriendo pongo fin á la antigua maldición de esta casa. Sólo la muerte voluntaria puede romper la cadena del destino.

EL CORO-CAYETANO. — Debes un soberano á esta

huérfana tierra, ya que nos has arrebatado el otro.

D. CÉSAR.—Antes he de saldar mi deuda con los dioses de la muerte. Otro dios cuidará de los vivos...

EL CORO-CAYETANO.—Mientras nos alumbra el sol, permanece en pie la esperanza. Sólo la muerte la derriba. Piénsalo bien.

D. CÉSAR.—Y tú piensa en cumplir en silencio tus deberes de servidor. Déjame obedecer al espíritu terrible que me impulsa. Ninguna dichosa criatura puede ver el fondo de mi alma. Si no honras ni temes en mí al soberano, teme al criminal sobre quien pesa la más tremenda maldición; honra al infeliz, caya cabeza es sagrada hasta para los dioses. Quien ha experimentado lo que yo sufro, no tiene que dar ninguna cuenta á los seres terrenales.

ESCENA IX

ISABEL, DON CESAR, EL CORO

ISABEL (sale con incierto paso y lanza á don César una mirada vacilante; luego se le acerca y le habla con firmeza).—Mis ojos no debían verte más. Eso me prometí en medio de mi dolor. Pero el viento arrastra las resoluciones que una madre extraviada por el furor puede tomar contra la voz de la naturaleza. Hijo, siniestra noticia me ha arrancado de mi soledad desierta y de mi dolor. ¿Debo creerla? ¿Es verdad que un mismo día ha de arrebatarme á mis dos hijos?

EL CORO-CAYETANO.—Resuelto le ves á franquear con seguro paso las puertas de la muerte. Prueba ahora la fuerza de la sangre, el poder de las súplicas maternas. Yo he empleado en vano mis palabras.

ISABEL.—Revoco las imprecaciones que en la locura de mi desesperación he lanzado sobre tu cabeza querida. Una madre no puede maldecir al

hijo que llevó en sus entrañas, al hijo que parió con dolor, ni el cielo escucha sus impías súplicas, que vuelven á caer de lo alto cargadas de lágrimas. Vive, hijo mío; antes quiero ver al asesino de mi hijo, que llorarlos á los dos.

D. CESAR.—Tú no reflexionas, madre, en lo que descas para tí y para mí. Yo no puedo permanecer entre los vivos. Aunque pudieras soportar, madre mía, la vista de un hijo aborrecido por los dioses, yo no sufriría los mudos cargos de tu eterno dolor.

ISABEL.—No, no he de ofenderte con reproche alguno, ni lastimarte con muda ó explícita queja. Mi desolación se trocará en plácida tristeza. Juntos lloraremos nuestra desdicha y velaremos el crimen.

D. CESAR (la toma de la mano y le dice con voz muy blanda).—Será tal como dices, madre mía; sí, tu desolación se convertirá en plácida tristeza. Más cuando un mismo cortejo reuna la víctima con el asesino, y un mismo sepulcro encierre sus cenizas, la maldición caerá desarmada y no separará más á tus dos hijos. Las lágrimas que derrames, madre mía, correrán para el uno como para el otro. La muerte es poderoso intercesor. Sosiéganse entonces los ardores de la cólera, cálmase el odio; la dulce piedad, bajo la imagen de una hermana, llora estrechando en sus brazos la urna funeraria. No me detengas, pues, madre mía; déjame que baje al sepulcro y apacigüe al destino.

ISABEL.—Piensa que la religión cristiana posee muchas imágenes misericordiosas á cuyos pies puede encontrar la calma el corazón agitado. En la casa de Loreto, más de un culpable ha sido libertado de su pesada carga, y junto al santo sepulcro que borró del mundo el pecado, reside el poder celestial. También la oración de los fieles contiene poderoso influjo y gran mérito á los ojos de Dios. En el sitio en que se cometió el crimen, puede levantarse un templo expiatorio.

D. CESAR.—Fácil es arrancar la flecha del corazón,

más es imposible cicatrizar la herida. Sométase quien quiera á penitente vida, al aniquilamiento gradual que produce la rigurosa expiación de una falta eterna! yo, madre mía, no puedo vivir con el corazón destrozado. Necesito mirar con alegres ojos á los alegres, necesito lanzarme con espíritu libre al cielo etéreo. Si la envidia envenenaba mi existencia cuando compartíamos igualmente tu amor, ¿crees que soportaría yo las ventajas que tu dolor le daría sobre mí? En cambio, madre, la muerte purifica; en sus moradas eternas, las cosas de la tierra relumbran con el brillo de la verdadera virtud; bórranse las manchas y se esfuman los defectos de la humanidad. Tanto como las estrellas están por encima de la tierra, estaría él sobre mí. Si nos ha separado antigua envidia durante el curso de nuestra existencia, cuando éramos iguales y hermanos, ¿no roería sin tregua mi corazón, ahora que me aventaja de toda la eternidad y que salido de las luchas de este mundo se perpetuará como un dios en la memoria de los hombres?

ISABEL.—¿Os habré llamado á Mesina para enterraros á los dos? Os hice venir aquí para reconciliaros, y un destino funesto revuelve contra mí todas mis esperanzas.

D. CÉSAR.—No te quejes por este desenlace, madre; cuanto estaba anunciado se ha cumplido. Hemos pasado esta puerta con augurios de paz, y juntos descansaremos pacíficamente, reconciliados para siempre en la mansión de la muerte.

ISABEL.—Vive, hijo mío! No dejes á tu madre en extranjera tierra, acosada por los sarcasmos de los corazones groseros, porque no la protege ya el poder de sus hijos.

D. CÉSAR.—Si el mundo frío y cruel te desdeña, refúgiate en nuestro sepulcro é invoca el divino poder de tus hijos, porque seremos seres celestiales y te oiremos; y semejantes á los astros gemelos pro-

picios al navegante, nos acercaremos á ti para consolararte y devolver la fuerza á tu alma.

ISABEL.—Vive, hijo mío, vive para tu madre! Yo no puedo resignarme á perderlo todo.

(Le estrecha en sus brazos con apasionada violencia.

El se separa con suavidad, le tiende la mano y aparta los ojos.)

D. CESAR.—¡Adiós!

ISABEL.—¡Ay! ahora veo con dolor que tu madre no tiene sobre tí ningún poder. ¿Será otra voz más poderosa que la mía? (Se dirige al fondo del teatro.) Ven, Beatriz. Si un hermano muerto le arrastra á la tumba con tanta fuerza, acaso su hermana podrá traerle de nuevo á la luz con el prestigio de las dulces esperanzas de la vida.

ESCENA ULTIMA

BEATRIZ en el fondo del teatro, ISABEL, D. CESAR, EL CORO

D. CESAR (hondamente conmovido al verla, oculta el rostro).—Oh, madre, madre mía! qué pretendes?

ISABEL (acompaña á su hija).—Tu madre le ha suplicado en vano. Implórale, conjúrale á que viva.

D. CESAR.—Oh, artificio maternal! Así me pones á prueba! ¿Quieres que me destroce nueva lucha? ¿Quieres hacer para mí más preciosa la luz del sol, en el momento en que voy á partir para la noche eterna? Aquí, ante mí se muestra el angel gracioso de la vida, esparciendo embalsamadas flores y dorados frutos. Mi corazón se abre á los rayos ardientes del sol, y en mi seno, ya sobrecogido por la muerte, despierta la esperanza con el amor á la vida.

ISABEL.—Ruégale que no nos prive de nuestro apoyo. El te escuchará, ó no escuchará á nadie.

BEATRIZ.—La muerte del que fué amado exige una

víctima. Una ha de ser, madre mía; déjame que yo lo sea. A la muerte fuí consagrada antes de nacer. La maldición que persigue esta casa me reclama: mi vida fué robada al cielo. Pues yo le maté y reavivé la dormida furia de los combates, yo he de calmar los manes.



EL CORO-CAYETANO.—Oh, madre infeliz! tus hijos corren solícitos á la muerte y te dejan sola, abandonada, en vida solitaria, sin alegría y sin amor.

BEATRIZ.—Hermano, guarda tu cabeza querida. Vive para tu madre, que necesita de su hijo. Hoy ha encontrado una hija por primera vez: fácilmente podrá perder á la que jamás ha poseído.

D. CÉSAR (con dolor profundo).—Ya lo ves, madre mía, nosotros podemos vivir ó morir, poco importa..., á ella le basta ir al encuentro de aquel á quien amaba.

BEATRIZ.—¿Tienes celos de las cenizas de tu hermano?

D. CÉSAR.—Vive dichosa en tu dolor. Para siempre habré muerto entre los muertos.

BEATRIZ.—Oh, hermano mío!

D. CÉSAR (con la más viva pasión).—Hermana mía, me lloras á mí?

BEATRIZ.—Vive por nuestra madre!

D. CÉSAR (retrocediendo).—¿Por nuestra madre?

BEATRIZ (acercándosele é inclinándose hacia él).—Vive por ella y consuela á tu hermana.

EL CORO-BOHEMUNDO.—Ella ha vencido; no ha podido él resistir á las conmovedoras súplicas de su



hermana. Madre inconsolable, abre otra vez tu corazón á la esperanza. Tu hijo consiente en vivir; tu hijo permanece á tu lado.

(En esto se oye un canto funeral. Abrense las puertas del fondo y aparece un catafalco levantado en la iglesia, y el ataúd rodeado de antorchas.)

D. CÉSAR (volviéndose hacia el ataúd).—No, hermano, no quiero arrebatarte tu víctima. Desde el fondo del ataúd, tu voz es más poderosa que las lágrimas de una madre y las súplicas del amor. En

mis brazos estrecho cuanto igualara la vida terrestre á la suerte de los dioses; ¿pero yo, el asesino, podría ser feliz y dejar sin venganza la piadosa inocencia en la tumba? No; él justo árbitro de nuestros días no puede permitir tales diferencias en su mundo. He visto las lágrimas que también por mí se derramaban. Mi corazón está satisfecho. Ya te sigo. (Se hunde un puñal en el pecho y cae moribundo á los pies de su hermana, que se echa en brazos de su madre.)

EL CORO-CAYETANO (después de un profundo silencio).—Aterrado estoy, y no sé si debo afligirme ó regocijarme por su suerte. Lo que siento, lo que claramente veo, es que la vida no es el mayor bien, y que el crimen es el mayor de los males.

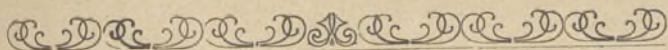
WALLENSTEIN

TRILOGIA

PARTE PRIMERA

El Campamento de Wallenstein

Schiller—Tomo III—8.



PRÓLOGO

RECITADO POR UN ACTOR

EN LA REAPERTURA DEL TEATRO DE WEIMAR

(OCTUBRE DE 1798)

Los espectáculos escénicos, ya risueños, ya graves, á que tan á menudo habéis prestado complaciente atencion, abandonando á ellos el ánimo enternecido, vuelven á reunirnos hoy en esta sala. ¡Ved cómo fué restaurada! ¡Ved cómo las artes la adornan cual templo sonriente, y se muestra en la estructura de sus nobles columnas el sentimiento de armonía que predispone el espíritu á gratas emociones!

Este es, sin embargo, el mismo y antiguo prosce-
nio que fué cuna de algunos jóvenes artistas y pa-
lenque donde se formó más de una reputación lue-
go famosa, y nosotros somos los mismos también,
cuya aptitud creció con ferviente celo bajo vuestra
mirada, mientras un gran maestro (1) os arrebatava
con su genio creador á las más altas regiones del
arte dramático. ¡Ojalá el nuevo esplendor de este

(1) Schröder de Hamburgo.

edificio traiga á nosotros la cooperación de otros más dignos! ¡Ojalá se realice con toda pompa la esperanza que abrigamos tanto tiempo há! Pues los grandes modelos despiertan la emulación y dictan elevadas leyes á la crítica, sea este senado campo de un nuevo y madurado talento (1). ¿Dónde podría ensayar mejor sus fuerzas, ó renovar y reavivar su gloria ya sancionada, sino delante de esta escogida asamblea siempre sensible á la magia del arte y hábil en percibir con exquisita delicadeza los más fugaces rasgos del ingenio? Mientras la obra del escultor y los cantos del poeta alcanzan siglos de duración, el arte maravilloso del actor pasa rápidamente y sin dejar huella. En el teatro, el hechizo que el artista ejerce, muere con él; del modo que su voz en el oído, se extingue en un instante su efímera creación sin que ningún monumento durable perpetúe su fama. Su tarea es difícil, y breve la recompensa; la posteridad no teje para él coronas. Vese, pues, obligado á aprovechar el momento presente su único patrimonio, subyugar á los que le rodean, y dejar viviente recuerdo en el corazón de los más distinguidos. Sólo así se anticipa el placer de la inmortalidad; pues quien supo complacer é ilustrar á los mejores de su tiempo, vive en breve espacio lo que los inmortales.

La nueva era que para el arte de Talía se inaugura hoy en este proscenio, anima por otra parte al poeta á dejar el trillado camino y á traeros del estrecho círculo de la vida ordinaria á más sublime teatro, que no sea indigno del carácter imponente de la época en que nos agitamos con violentos esfuerzos. Sólo los grandes asuntos remueven profundamente el alma de la humanidad; en mezquino espacio el ánimo se apoca; se engrandece con sólo aspirar á un alto fin. Hoy que alcanzamos ya el grave térmi-

(1) Se alude á Iffland, el célebre actor, que había representado en aquel teatro, y que Goethe, el director del mismo, esperaba atraerse de nuevo.

no de nuestro siglo, en el cual la misma realidad se reviste de poesía; hoy que vemos combatir á nuestra vista poderosos caracteres por glorioso lauro; hoy que se halla empeñada la lucha entre los dos más grandes intereses de la humanidad: la libertad y el poder; el arte dramático puede alzar á mayor altura su vuelo; no sólo puede, debe hacerlo, si no quiere palidecer cubierto de vergüenza ante el teatro de la vida real.

Estamos viendo actualmente cómo se derrumban las firmes y antiguas bases sobre las cuales descansaba, de ciento cincuenta años acá, la paz de Europa, fruto harto caro de la deplorable guerra de los Treinta años. Permitid al poeta que vuelva á trasladaros á tan funestos tiempos, y gozaos en contemplar desde allí con mayor satisfacción el presente y el lejano porvenir tan rico en esperanzas.

El poeta va á colocaros en medio de aquella guerra. Diez y seis años de pillaje, de miseria y devastación van transcurridos, y el mundo entero, fermentando en la aflicción y la inquietud, no divisa en lontananza el menor síntoma de paz. El imperio se halla convertido en arena de combate; las ciudades están desiertas; Macdeburgo, en escombros; la industria y el comercio, aniquilados; nada es ya el ciudadano; el soldado lo es todo. La más desenfrenada licencia escarnece á la moral, y hordas groseras y desnaturalizadas por la continua guerra, acampan sobre la tierra asolada.

Sobre este sombrío fondo resalta una empresa propia de la más temeraria presunción y de un carácter audaz como ninguno. Harto le conocéis al organizador de un osado ejército, al ídolo del campamento, azote de las naciones, terror y sostén de su emperador, hijo aventurero de la fortuna, que ayudado y favorecido de las circunstancias, alcanzó rápidamente la cumbre de la gloria, é insaciable en sus deseos, y ganoso de mayor altura, vino á caer por fin víctima de su indomable ambición. Extravía-

do por el odio y el favor de los partidos, su carácter se nos ofrece en la historia con cierta vaguedad; más el arte, atento á pintar su naturaleza humana, cuidará de hacerlo visible á vuestros ojos, é interesante á vuestro corazón, porque, enlazando y reduciendo á sus debidas proporciones cada una de las partes, hace retroceder toda apariencia á los límites de la naturaleza, y sorprendiendo al hombre en el torbellino de la vida, atribuye al influjo funesto de los astros gran parte de sus culpas.

No será, sin embargo, el mismo héroe quien parezca hoy en escena. En tanto que la tímida musa cobra aliento para presentarlo en su forma real, veréis flotar su sombra entre los valientes ejércitos que rige con sus órdenes y anima con su espíritu; ya que si su poderío corrompió su corazón, sólo el cuadro de su campamento puede explicar su crimen.

Perdonad, pues, al poeta si no os lleva de golpe y con paso veloz al desenlace, y se arriesga á ofrecer en una serie de cuadros sus poderosos antecedentes. Sirva el espectáculo de hoy para disponer el oído á inusitados sonos y trasladaros á la lejana época, campo de extranjeras guerras, que llenará bien pronto nuestro héroe con sus hazañas. Y si la Musa, la libre diosa del canto y de la danza, reclama una vez más su antiguo privilegio germánico, el uso de la rima, no por esto la censuréis, antes agradeced que traiga las téticas imágenes de la realidad á los sonrientes dominios del arte. Así descubre sinceramente la misma ilusión que produce, y no confunde pérfida la apariencia con la verdad. Grave es la vida; risueño el arte.

EL CAMPAMENTO DE WALLENSTEIN

PERSONAS

UN SARGENTO } del regimiento de carabineros de Terzky.
UN CORNETA }
UN CARABINERO.
UN ARQUERO.
DOS CAZADORES de la caballería de Holke.
UN DRAGON del regimiento de Buttler.
ARCABUCEROS del regimiento de Tiefenbach.
UN CORACERO de un regimiento valón.
UN CORACERO de un regimiento lombardo.
CROATAS.
HULANOS.
UN RECLUTA.
UN PAISANO.
UN CAMPESINO.
SU HIJO.
UN MAESTRO DE ESCUELA de regimiento.
UN CAPUCHINO.
UNA CANTINERA.
UNA MOZA DE LA CANTINA.
Hijos de soldados.
Músicos.

La escena en Pilsen, Bohemia.



ESCENA PRIMERA

Una cantina.—En primer término una tripería y mercería ambulante. Soldados de todos colores y uniformes atraviesan la escena. Las mesas están ocupadas todas. Algunas croatas y hulanos cuecen la comida en un brasero. Una cantinera escancia vino. Algunos muchachos, hijos de soldados, juegan á los dados sobre un tambor. Suenan dentro de una tienda algunos cantares.

UN CAMPESINO y su HIJO

EL HIJO

Aquí, padre, no estamos muy bien; alejémonos de esa tropa. Mala gente es. ¡Cómo no nos den en las costillas!

EL CAMPESINO.—¡Bah! ¿se nos van á comer quizás por desvergonzados que sean? Hay entre ellos algunos llegados de las orillas del Saale y el Mein con rico botín y cosas muy raras, que han de caer en nuestras manos como seamos un poco diestros. Un capitán, á quien otro atravesó de una estocada, me dejó un par de dados con los cuales se gana siempre;

voy á probar si conservan el mismo poder. Pon la cara compungida y triste, ¡ya verás! En el fondo esa es gente alegre y bonachona que se deja llevar y que disipa el bolín como lo ha ganado. Mientras ellos nos saquean á calderadas, nosotros recuperamos lo nuestro á cucharadas, y si nos dan algunos cintarazos, ya escurriremos el bulto. (Suenan dentro cantos y gritos de alegría en la tienda.) ¡Cómo se divierten! ¡Dios nos tenga de su mano! Luego pagamos los campesinos la fiesta. Ocho meses hace que esa tropa se embutió en nuestras camas y establos; en muchas leguas á la redonda no queda ni una pluma, y tendremos que roernos los huesos de hambre y miseria. No iban peor las cosas cuando nos saqueaban los sajones, y sin embargo estos se llaman soldados del imperio.

EL HIJO.—Dos salen allí de la cocina, padre. Me parece que no hay mucho que pelar con ellos.

EL CAMPESINO.—Esos son del país; bohemios enganchados á los carabineros de Terzky..., hace tiempo que los tenemos aquí de guarnición. No los hay peores en el ejército: ¡con qué arrogancia se pavonean! Cualquiera diría que son unos señorones... tienen á (menos echar un trago con los villanos... Pero allí veo tres cazadores junto al fuego; me parecen tiroleses. Vamos, Emerico, vamos á ellos... Son muy alegres camaradas, que gustan de charlotear y se portan como hombres..., esos tienen dinero.

(Se dirigen á las tiendas.)

ESCENA II

Dichos.—UN SARGENTO.—UN CORNETA.—UN HULANO

EL CORNETA.—¿Qué quiere ese villano? Largo de aquí, canalla.

EL CAMPESINO.—Caballeros: un mendrugo y un tra-

go, por caridad! Todavía no hemos probado un bocado hoy.

EL CORNETA.—¡Esa gente estaría atracándose todo el día!

EL HULANO (CON UN VASO).—¿No has almorzado? pues bebe, perro.

(Se lo lleva á la tienda; los otros se adelantan.)

EL SARGENTO (al Corneta).—¿Crees tú que nos dan hoy doble soldada sin motivo, y sólo para que nos divirtamos y andemos de francachela?

EL CORNETA.—¡Como va á llegar la duquesa con su hija!

EL SARGENTO.—Ese es un pretexto; lo que hay es que ansiamos atraernos con golosinas á las tropas recién llegadas de otras provincias junto á Pilsen, y tenerlas contentas y unidas estrechamente á nosotros.

EL CORNETA.—Verdad; algo nuevo hay debajo de la manta.

EL SARGENTO.—Tantos señores generales y comandantes...

EL CORNETA.—No es muy cómodo que digamos.

EL SARGENTO.—... reunidos aquí...

EL CORNETA.—No será para divertirse.

EL SARGENTO.—Y esas conferencias... esas idas y venidas...

EL CORNETA.—Sí, sí.

EL SARGENTO.—Y ese viejo pelucón, llegado de Viena, que desde ayer andorrea por ahí con su collar de oro al cuello... Me parece que eso algo significa.

EL CORNETA.—Fijaos en lo que digo: el tal es un sabueso que sigue la pista al duque.

EL SARGENTO.—¿Has visto? No se fían de nosotros; temen los secretos designios de Friedland. Se ha subido muy alto, y quisieran derribarle.

EL CORNETA.—Pero nosotros le sostendremos. ¡Ah! ¡si todos pensarán como vos y yo!

EL SARGENTO.—Nuestro regimiento y los cuatro que manda Terzky, el cuñado del duque, son los más re-

sueltos del ejército y los más adictos al general. Como él mismo nos ha alistado en sus banderas, y nombró los oficiales, estamos con él en cuerpo y alma.

ESCENA III

Dichos.—UN CROATA con un collar.—UN ARQUERO saliendo detrás de él

EL ARQUERO.—¿Dónde has robado ese collar? Oye, te lo compro... á ti no te sirve de nada, y yo te doy por él un par de pistolas.

EL CROATA.—¡Cá! ¡cá! lo que tú quieres es atráparme.

EL ARQUERO.—Pues te doy encima ese gorro azul que acabo de ganar á la lotería; ¿quieres?... es magnífico...

EL CROATA (haciendo brillar al sol el collar).—Mira; son perlas y preciosos granates. ¡Cómo relumbra al sol!

EL ARQUERO (cogiendo el collar).—Te doy también por él mi cantimplora. (Contempla el collar.) Sólo por lo que me gusta contemplarlo.

EL CORNETA.—¡Cómo está engañando al croata! ¡Vaya, partamos, tirador, y me callo!

EL CROATA (probándose la gorra).—Me gusta esa gorra.

EL ARQUERO (haciendo una seña al Corneta).—Toma y dáca; esos señores son testigos.

ESCENA IV

Dichos.—UN CARABINERO

EL CARABINERO.—¡Hola! compañero... ¿cómo va eso? ¿qué os parece? ¿estaremos todavía mucho tiempo con las manos cruzadas, mientras el enemigo andorrea por el campo?

EL SARGENTO.—Calma, calma, señor carabinero; los caminos no están aún transitables.

EL CARABINERO.—No creáis que me queje; me hallo aquí perfectamente, pero ha llegado un correo que anuncia que han tomado á Ratisbona.

EL CORNETA.—Entonces habremos de ponernos en marcha muy pronto.

EL SARGENTO.—¡Cómo! Para defender los dominios de los bávaros, enemigos de nuestro príncipe, no vamos á fatigarnos tanto.

EL CARABINERO.—¿Eso creéis? ¡Por lo visto estáis muy enterado!

ESCENA V

Dichos.—DOS CAZADORES.—LA CANTINERA.—UN HIJO de un soldado.—EL MAESTRO DE ESCUELA.—UNA CRIADA

CAZADOR 1.^o—Mirad; mirad; ¡qué alegre gente hay por ahí!

EL CORNETA.—¡Quienes son esos, vestidos de verde? Muy lindos y peripuestos van.

EL SARGENTO.—Son cazadores de Holke. No pillaron sus galones de plata en la feria de Leipzig.

LA CANTINERA.—¡Bienvenidos, caballeros!

CAZADOR 1.^o—Voto á... esta es Justina de Blaswitz.

LA CANTINERA.—La misma. ¡Y el caballero es Pedro de Itzeho el largo, que en una noche se zampó en Slucktadt con el regimiento todo lo que guardaba su padre en la hucha.

CAZADOR 1.^o—Y luego troqué la pluma por la carabina.

LA CANTINERA.—¡Ya! ¡ya!... nos conocemos de tiempo.

CAZADOR 1.^o—¡Y volvemos á encontrarnos en Bohemia!

LA CANTINERA.—Hoy aquí, mañana allá, compadre.

La guerra es terrible, y nos empuja y barre á escobazos de un lado á otro. Yo no he viajado poco, por vida mía.

CAZADOR 1.^o—Lo supongo; á la vista está.

LA CANTINERA.—Primero fuí á Temeswar con los bagajes cuando íbamos á caza de Mansfeld; luego acampé con Friedland frente á Stralsund; allí lo perdí todo. Después me largué con la tropa que acudió en socorro de Mantua, regresé con el de Fera, dí una vueltecilla hasta Gante con un regimiento español y ahora me he venido á Bohemia á ver si cobro mis atrasos, con ayuda del príncipe. Allí tengo la cantina.

CAZADOR 1.^o—Se ve que hallas medio de combinarlo todo. ¿Y qué has hecho del escocés que corría el mundo contigo?

LA CANTINERA.—¡Vaya un pillastre! Bien me engañó... Se largó con todos mis ahorros ganados á fuerza de sudores, sin dejarme más que ese pilluelo.

EL CHICO (Ilega saltando).—Mamá, ¿hablas de papá?

CAZADOR 1.^o—Bueno, bueno. El Emperador cuidará de su manutención. El ejército debe multiplicarse.

EL MAESTRO DE ESCUELA.—Vamos, ¡á clase... chicos, ... andando...

CAZADOR 1.^o—Ya empieza á odiar el encierro.

LA MOZA (sale).—Tía, se quieren ir.

CAZADOR 1.^o—¿Quién es esa carilla picarona?

LA CANTINERA.—Es la hija de mi hermana que se casó en esta tierra.

CAZADOR 1.^o—¡Linda sobrina! (La cantinera se va).

CAZADOR 2.^o (deteniendo á la muchacha).—Quedaos con nosotros, hermosa.

LA MOZA.—He de servir á algunos parroquianos.
(Le suelta y se va.)

CAZADOR 1.^o—¡Buen bocado es la niña!... ¿Y la tía? ¡Con mil diablos!... Pues no son pocos los que se han batido por su buen palmito. ¡Cuánta gente se conoce

en la vida! ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Y lo que me resta que ver todavía! (Al Sargento y al Corneta.) A vuestra salud, caballeros... Hacednos un poco de sitio.

ESCENA VI

LOS CAZADORES.—EL SARGENTO.—EL CORNETA

EL SARGENTO.—Mil gracias... Con mucho gusto. Bienvenidos sean á Bohemia.

CAZADOR 1.º—Aquí, por lo visto, estáis perfectamente. En cambio, mal nos ha ido á nosotros en país enemigo.

EL CORNETA.—Pues nadie lo diría por el porte.

EL SARGENTO.—Es verdad. En el distrito del Saale y del Meissen, no hacen grandes elogios de vosotros, caballeros.

CAZADOR 2.º—Dejad que digan... ¿Eso qué importa? Peor se conducen los croatas. Nosotros no podemos hacer otra cosa que espigar el rastrojo que ellos dejan.

EL CORNETA.—Lo cual no impide que llevéis una fina chorrera de encaje, buenas botas, ropas de fino lienzo, y un sombrero con plumas; todo lo cual os sienta á maravilla. ¡Habrán de ser siempre ellos los dichosos, sin que nunca nos toque el turno!

EL SARGENTO.—En desquite pertenecemos al regimiento de Friedland, y deben respetarnos y honrarnos.

CAZADOR 1.º—¡Vaya una lisonja! También nosotros llevamos su nombre ¡qué diablo!

EL SARGENTO.—Vosotros pertenecéis á la masa general.

CAZADOR 1.º—¿Os figuráis ser una raza especial vosotros? Toda la diferencia consiste en el uniforme, y por mí me hallo perfectamente en el mío.

EL SARGENTO.—Vaya, cazadores; por vosotros lo

siento, pero el caso es que vivís en continuo trato con los villanos, y el buen tono y los finos modales sólo se aprenden al lado del general en persona.

CAZADOR 1.^o—Pues poco os aprovecha la lección. Habréis aprendido sin duda cómo se suena y cómo escupe, pero no es precisamente en las paradas donde se aprende á conocer su genio militar y su talento.

CAZADOR 2.^o—¡Rayos y truenos! Ved si por donde quiera que estuvimos, no nos llaman los terribles cazadores de Friedland. ¡Ah! yo os juro que no deshonramos su nombre, ni mucho menos. ¿Quién como nosotros cruza con tal audacia las comarcas enemigas, rompiendo por campos y sembrados? Harto conocida es la trompeta de los cazadores de Holke. Acudimos á todas partes con el ímpetu de un torrente; á lo mejor de la noche caemos como incendio sobre las casas, cuando menos se piensa, sin que valga la defensa ni la fuga, y sin orden ni concierto. La guerra es implacable, amigo, y en vano patalean las doncellas en nuestros nervudos brazos. No lo digo por vanidad, pero preguntad por nosotros en Baireuth y en Westfalia; donde una vez estuvimos, los hijos y los nietos hablarán por espacio de cien años, y cien otros más de Holke y los suyos.

EL SARGENTO.—Alto ahí. ¿Por ventura constituyen el buen soldado el tumulto y el pillaje? No, sino el tiempo, la reflexión, la destreza, el ingenio, el buen golpe de vista.

CAZADOR 1.^o—Cá, no señor; lo forma la libertad. Lo demás son necedades que no merecen siquiera contestación. Tendría gracia que hubiese abandonado la escuela y sus lecciones, para hallar en el campamento la sujeción y la fatiga, y venir á encerrarme entre las cuatro paredes de un escritorio! Quiero ser libre, ver cosas nuevas todos los días, y gozar la ventura de un instante, sin preocuparme del mañana. Para vivir sin cuidados vendí mi pellejo al Emperador. Apostadme, si queréis, en medio

del fuego ó sobre el Rhin, dónde caigan dos soldados por tres, y no he de chistar; pero, fuera de esto, entiendo no ser cohibido en nada.

EL SARGENTO.—Si no deseáis más, podréis alcanzarlo fácilmente con vuestro uniforme...

CAZADOR 1.^o—Cuando estábamos al servicio de Gustavo, rey de Suecia, ¡diablo de hombre! aquello era un tormento,... una tortura... Había convertido el campo en una iglesia. Mañana y tarde, al toque de diana, á la retreta, siempre rezando!; apenas intentábamos divertirnos un poco, ya estaba el hombre echándonos su sermón, desde la silla de su caballo.

EL SARGENTO.—Sí; era muy temeroso de Dios.

CAZADOR 1.^o—No toleraba una sola mozuela en el campamento; en cuanto daba con una, la casaba. No pude soportarlo, y me largué.

EL SARGENTO.—Ahora las cosas van por bien distinto camino.

CAZADOR 1.^o—Entonces me fuí con los confederados, que se disponían cabalmente al ataque de Magdeburgo. ¡Ah! ¡aquello era otra cosa! Vino, juego, mujeres á discreción; todo iba á pedir de boca, y nos divertíamos en grande, porque Tilly entendía el cargo, y sólo se mostraba austero para sí. Cuánto á los soldados, les dejaba hacer lo que querían, y con tal que no lo pagase su bolsillo, llevaba adelante su divisa: Vivir y dejar vivir. Pero no le fué muy fiel la fortuna, y á partir de la desdichada jornada de Leipzig, la suerte nos volvió el rostro y en ninguna parte dimos con la victoria. En cuanto parecíamos y llamábamos á las puertas, las puertas se cerraban, y todos huían de saludarnos. Y como nos fué forzoso pasar en retirada de uno á otro distrito, desvanecido el respeto que nos tenían antaño, acabé por alistarme en compañía de los sajones, seguro de que hallaba con ello la ventura.

EL SARGENTO.—Y llegásteis á tiempo de saquear á Bohemia.

CAZADOR 1.º—No, en verdad; mal me anduvo en esto. La disciplina era muy severa, y luego no osábamos portarnos francamente como enemigos; porque formábamos la guardia de los castillos del Emperador, y todo se pasaba en cuentos y atenciones, de modo que la guerra parecía una comedia. Hacíamos las cosas á medias,... no queríamos romper abiertamente con nadie. En una palabra; poca honra podía ganar por ese lado; tanto, que ya movido de la impaciencia, me volvía á mi escritorio, cuando supe que Friedland levantaba en todas partes banderín de enganche.

EL SARGENTO.—¿Y cuánto tiempo pensáis estar aquí?

CAZADOR 1.º—¿Os chanceáis? Todo el tiempo que él permanezca al frente del ejército. Por vida que no pienso en tomar soleta. ¿Dónde estará mejor el soldado? Todo va dentro de las buenas prácticas militares, y presenta el mejor aspecto; el espíritu que rige ese gran ejército anima como soplo poderoso hasta el último jinete. Aquí ando yo con firme planta y paso por encima del villano, como mi general por encima de los príncipes. Todo marcha como en lo antiguo, en que el sable lo decidía todo. El único delito, el único crimen consiste en resistir á una orden; cuánto no está expresamente prohibido, está permitido. A nadie se le pregunta qué creencias profesa. Sólo hay dos cosas esenciales: lo que pertenece al servicio y lo que no pertenece á él. En lo demás, sólo debo respeto á mi bandera.

EL SARGENTO.—Me gusta oiros así; habláis como un bravo jinete de Friedland.

CAZADOR 1.º—¡Ah! Lo que es éste no ejerce el mando como un cargo confiado por el Emperador. ¿A él qué le importa el Emperador, ni qué ventajas le procuró? ¿Ha empleado por ventura su ejército en defender y proteger al país? No,... lo que él quie-

re es fundar un imperio militar, abrasar y conmo-
ver el mundo, emprenderlo todo y subyugarlo todo.

EL CORNETA.—¡Chito!... ¿Cómo os atrevéis á soltar
tales palabras?

CAZADOR 1.^o—Digo lo que pienso. La palabra es li-
bre, dice el general.

EL SARGENTO.—Verdad. Tal dijo; yo se lo he oído
más de una vez; estaba allí. «La palabra es libre,
la acción muda, la obediencia ciega.» Estas fueron
sus propias palabras.

CAZADOR 1.^o—Si son sus propias palabras, no lo sé,
pero es cómo decís.

CAZADOR 2.^o—A él no le abandona nunca la suerte,
como á tantos otros. Tilly sobrevive á su fama, pero
bajo la bandera de Friedland estoy seguro de la víc-
toria, porque la fascina, la trae sujeta á su lado,
y quien quiera que combata por él se halla bajo
la protección de un poder especial. El mundo entero
sabe que tiene á su sueldo un demonio del in-
fierno.

EL SARGENTO.—Es verdad; posee un hechizo; esto
está fuera de duda, porque en la sangrienta jorna-
da de Lutzen corrió de un lado para otro á través
de una lluvia de balas, y le agujerearon el sombre-
ro, las botas y el colete, como se vió después, sin
hacerle ni el más leve rasguño en la piel; y por
qué?... porque traía un unto mágico.

CAZADOR 1.^o—¿Pero por qué atribuirlo á milagro?
No señor; lo que lleva es una coraza de piel de
anta que le hace invulnerable.

EL SARGENTO.—No, no,... es un unto hecho con
yerbas de bruja, hervidas y cocidas con palabras
mágicas.

EL CORNETA.—Todo eso no es natural.

EL SARGENTO.—Dicen que lee en las estrellas lo por
venir, así lo más lejano como lo más próximo. Pero
yo estoy mejor enterado de la verdad del caso: y la
verdad es que con frecuencia por las noches acude
á verle un hombre gris que se filtra por las puertas

cerradas. Más de una vez los centinelas le han dado el quien vive, y siempre que ha aparecido el hombre ha ocurrido luego algún suceso extraordinario.

CAZADOR 2.^o—Sí; está vendido al diablo; por esto nos damos la gran vida.

ESCENA VII

Dichos.—UN RECLUTA, UN PAISANO, DRAGONES

EL RECLUTA (sale de la tienda cubierto con un casco, y una botella en la mano).—¡Con Dios, padres míos! Ya soy soldado; ya no he de volver á casa en mi vida.

CAZADOR 1.^o—¡Hola!... ya tenemos un nuevo camarada.

EL PAISANO.—Mira, Francisco, que vas á arrepentirte de ello.

EL RECLUTA (cantando).—«¡Viva el bélico sonido de trompetas y tambores! Correr y ver mundo, montar á caballo, volar lejos, libre como el pinzón entre los matorrales y á través de la inmensidad! ¡Bravo! ¡Sigo la bandera de Friedland!»

CAZADOR 2.^o—Ahí tenéis un gallardo mozo.

(Le saludan.)

EL PAISANO.—Déjenlo en paz señores; que es muchacho de buena familia.

CAZADOR 1.^o—¿Hemos nacido nosotros en la calle, por ventura?

EL PAISANO.—Os digo que es muchacho de medios y fortuna. Tocad su chamarra; ¿qué buen lienzo, eh?

EL CORNETA.—Para nosotros el mejor vestido es el que nos dió el Emperador.

EL PAISANO.—Va á heredar una fábrica de gorras.

CAZADOR 2.^o—La mayor dicha consiste en hacer lo que nos acomoda.

EL PAISANO.—Luego por su abuela tendrá un almacén y una tienda.

CAZADOR 1.^o—¡Vaya!... ¿Pero á quién le acomoda vender pajuelas?

EL PAISANO.—Además de lo cual su padrino le cederá una taberna y una bodega con más de veinte pipas de vino.

EL CORNETA.—Que se beberá con sus camaradas.

CAZADOR 2.^o—Oye, seremos tus amigos y parroquianos.

EL PAISANO.—Deja á su novia en la mayor tristeza.

CAZADOR 1.^o—¡Bravo! Eso prueba que tiene corazón de hierro.

EL PAISANO.—¡Y su pobre abuelita, que se morirá de pena!

CAZADOR 2.^o—¡Mejor que mejor!... Así heredará más pronto.

EL SARGENTO (se adelanta con gravedad y pone la mano sobre el casco del Recluta).—¡Bien pensado! Ya te tenemos convertido en otro hombre... Con ceñir el tahalí y cubrirte con el casco, entras en el cuerpo... un cuerpo digno y respetable. Desde ahora debes sentirte como ennoblecido.

CAZADOR 1.^o—Sobre todo ha de tirar el dinero.

EL SARGENTO.—Hete pronto á navegar embarcado en la nave de la fortuna... El mundo se abre á tus ojos. A quién nada arriesga, nada le cabe esperar. Mientras el villano indolente y simplón da vueltas encerrado en un mismo círculo, como caballo de noria, el soldado puede aspirar á todo, porque actualmente la guerra dispone de la suerte del mundo. Mirame á mí. Bajo ese uniforme que visto, traigo conmigo el bastón del Emperador, y habéis de saber que en este mundo, del bastón ha salido el mando. El mismo cetro real no es más que un bastón; esto es cosa sabida. Con llegar á cabo se tiene ya un pie en la gran escala que lleva á los más altos puestos y se puede subir á donde se quiera.

CAZADOR 1.^o—Ya lo creo; basta que sepa leer y escribir.

EL SARGENTO.—Voy á daros un ejemplo que yo mismo he presenciado hace poco. El jefe del cuerpo de dragones se llama Buttler. Pues bien; hará unos treinta años ambos éramos soldados rasos, de guarnición en Colonia; hoy él es general. Y es que ha llenado el mundo con su fama militar, mientras mis servicios no han sido muy sonados. ¿Qué más? El mismo Friedland, nuestro jefe, nuestro general, en el día tan poderoso, fué en un principio un simple hidalgo; pero fió su porvenir al dios de la guerra y ya veis á dónde se encumbró. Después del Emperador él es el primero, y quién sabe lo que osará ni á dónde llegará (con malicia) porque no estamos aún al cabo de la calle.

CAZADOR 1.^o—Es verdad; empezó siendo un pigmeo y ahora es un gigante; porque, en Altdorf, cuando estudiaba,... era,... sea dicho sin ofenderle, un calaverón... Una vez estuvo á punto de matar á un criado suyo. Y los muy nobles señores de Nuremberg quisieron ponerle á buen recaudo en la cárcel. Cabilmente habían construído, hacía poco, la celda donde le metieron y debía conservar el nombre del primero que entrara en ella. En vista de esto, ¿sabéis qué hizo Wallenstein? Pues dejó que pasara primero su perro. Y desde entonces el calabozo lleva el nombre del perro. ¿Qué tal? ¡Qué treta de muchacho listo! De todas sus hazañas ninguna me hace tanta gracia como esa.

(En esto la moza ha terminado su faena y el segundo Cazador se entretiene bromeando con ella.)

UN DRAGÓN (interponiéndose entre ambos).—Vamos, camaradas, dejarla.

CAZADOR 2.^o—¿Quién le mete á ese en lo que no le importa?

EL DRAGÓN.—Tengo que advertiros que esa moza es mía.

CAZADOR 1.^o—¡Cómo suya! ¿Qué está diciendo?

¡Está loco! ¿Pues no quiere poseer para sí el tesoro...?

CAZADOR 2.º—Desea vivir aparte en el campamento. El palmito de una buena moza es como el sol: pertenece á todo el mundo. (La besa.)

EL DRAGÓN (tirando á la muchacha del brazo).—Pues repito que no lo toleraré.

CAZADOR 1.º—¡Viva la broma! Ahí viene gente de Praga.

CAZADOR 2.º—¿Anda buscando camorra? Voy allá.

EL SARGENTO.—Haya paz, señores. Cualquiera puede dar un beso á una moza.

ESCENA VIII

Dichos.—UN CAPUCHINO.—Salen algunos montañeses, y tocan y bailan un vals, primero con lento compás, que va creciendo hasta el final. El primer cazador baila con la moza de la cantina, la cantinera con el recluta; la moza se escapa, corre tras ella el cazador, y al intentar abrazarla, abraza en su lugar al capuchino que sale en aquel instante.

EL CAPUCHINO (1).—Tra... la... la... Muy bien, como hay Dios... También yo quiero ser de la partida... ¿Es éste un ejército de cristianos? ¿Somos turcos? ¿Somos anabaptistas, por ventura? ¿Nos mofamos del día de domingo, como si Dios nuestro Señor tuviese la gota, y estuviese imposibilitado de darnos una paliza? ¿Es esta ocasión de tragar y beber y andar de bureo? «Quid hic statis itiosi?» ¿Qué hacéis aquí mano sobre mano? Las furias de la guerra pasean desencadenadas por el Danubio, cayeron derribados los baluartes de Baviera, Ratisbona se halla entre las garras del enemigo y en tanto el ejército permanece en Bohemia, tan tranquilo, sin importársele nada de nada, muy ocupado en contentar la

(1) El ridículo sermón del Capuchino, y sus demás frases en este diálogo, están entreverados de equívocos pueriles, intraducibles en nuestra lengua, y que oscurecen el sentido del original en la traducción.

tripa, más atento á la botella que á la batalla, á aguzar el pico más que el sable, persiguiendo mozas y devorando bueyes en lugar de devorar á Oxens-tiern. Y en esto, la cristiandad derrotada se cubre de ceniza y viste el burdo sayal, mientras el soldado se llena los bolsillos. Estamos en un tiempo de lágrimas y miseria; aparecen en el cielo maravillosos signos; y el Señor tiende sobre las nubes el ensangrentado manto de la guerra y se asoma á las ventanas del paraíso empuñando un cometa como un vergajo amenazador. El mundo entero es casa de consternación; el arca de la Iglesia naufraga en un mar de sangre, y el imperio romano. ¡Dios tenga piedad de él! debiera más bien llamarse el pobre romano. Corriente de amargura es la corriente del Rhin; vacíos los monasterios, aniquiladas las diócesis, trocadas las parroquias en guaridas de ladrones, la tierra de Alemania, morada de la dicha, se ha vuelto asilo de la miseria. ¿Y cuál es la causa de esto? No quiero callároslo. La causa de esto son vuestros pecados y vuestros crímenes, vuestra vida de paganos, los escándalos á que os entregáis soldados y oficiales; porque el pecado es el imán que atrae el hierro sobre ese país. Tras el mal viene la desdicha, como el llanto tras la cebolla, como la W sigue á la V, en el abecedario. «Ubi erit victoriæ spes, si offenditur Deus?» ¿Cómo alcanzar la victoria si no atendéis á sermones, ni hacéis caso de la misa, y sólo frecuentáis la taberna? La mujer del Evangelio encontró la moneda que había perdido; Saúl, las burras de su padre; José á sus hermanos; pero quien buscarse entre los soldados el temor de Dios, la disciplina y el pudor, cierto que no había de encontrarlos más que encendiera cien faroles. Leemos en el Evangelio que los soldados acudían también á oír al predicador del desierto, y hacían penitencia, y recibían el bautismo y le preguntaban: «¿Quid faciemus nos?» ¿Qué hemos de hacer para entrar en el seno de Abraham? «Et ait illis»

y les dijo: «Neminem concutiatis;» no atormentéis, no desolléis á nadie; «neque calumniam faciatis,» ni calumniéis á nadie. «Contenti estote», contentaos, «stipendiis vestris», con la paga, y maldito sea todo hábito pernicioso. El Decálogo dice: «no jurarás el nombre de Dios en vano», ¿y dónde se oyen más blasfemias que en el campamento de Friedland? Si á cada trazo y á cada trueno que lanza la punta de vuestra lengua hubiera que echar á vuelo las campanas, bien pronto no se hallarían sacristanes para ello; y si por cada mala oración que sale de vuestros labios impuros, se os cayera un pelo de la cabeza, os quedábais calvos antes de llegar la noche, así fuese vuestra cabellera más espesa que la de Absalón. También Josué era soldado, y el rey David mató á Goliath, y sin embargo, ¿dónde se lee que fueron blasfemos y maldicientes? Me parece que no hay que abrir más la boca para decir «Dios me ayude», que para echar un taco. Pero ¡claro está! cuando el vaso está muy lleno se derrama y desborda por todos lados.—Hay otro mandamiento que dice: «No hurtarás», y ese lo cumplís al pie de la letra porque robáis abiertamente cuanto cae en vuestras garras de buitre, sin que nada esté al abrigo de vuestra rapacidad y astucia; ni el dinero en el cofre, ni la ternerilla en el vientre de la vaca; cuando pilláis un huevo, cargáis con la gallina. ¿Qué decía el predicador? «Contenti estote», contentaos con vuestra ración... Mas ¿cómo se portarán bien los súbditos, cuando el escándalo viene de arriba? A tal amo, tal criado... Ni siquiera se sabe cuáles son sus creencias...

CAZADOR 1.º—Alto ahí, padre; á nosotros puede echarnos las reprimendas que le parezca, pero guárdese de insultar á nuestro general.

EL CAPUCHINO.—«Ne custodias gregem meam.» Es un Achab, un Jeroboam que aparta á los pueblos de la verdadera fe para traerlos á la idolatría.

EL CORNETA Y EL RECLUTA.—¡Cuidado con repetir eso una sola vez!

EL CAPUCHINO.—Es un fanfarrón, un tragaespadas que quiere apoderarse de todas las fortalezas. Se jactó con impíos labios de tomar á Stralsund, aunque estuviera atada al cielo con cadenas. Pero gasta la pólvora en salvas.

EL CORNETA.—¿No habrá quien le tape esa boca de víbora?

EL CAPUCHINO.—Es un brujo que evoca los demonios, es un rey Saúl, un Jehú, un Holofernes. Ha negado á su Señor, como San Pedro, y no puede oír el canto del gallo.

LOS DOS CAZADORES.—¡Curilla! ¡Ay de ti! ¡estás perdido!

EL CAPUCHINO.—Es un zorro, es un Herodes.

EL CORNETA Y LOS DOS CAZADORES (acometiéndole.)
—Calla; vas á morir...

ALGUNOS CROATAS (interponiéndose entre ellos).—Aguardad, no temáis. Continúad vuestro sermón, contadnos eso...

EL CAPUCHINO (á gritos).—Es un orgulloso Nabucodonosor, sentina de pecados, herético empedernido. Se hace llamar Wallenstein y es verdad, porque es para todos piedra de dolor y de tropiezos (1); y mientras el Emperador le mantenga en su puesto, no habrá paz en el país.

(Conforme ha dicho á gritos las anteriores palabras, se ha ido retirando, protegido por los croatas.)

ESCENA IX

Dichos.—Menos EL CAPUCHINO

CAZADOR 1.^o (al sargento).—¿Qué ha querido decirnos con lo del canto del gallo que el general no puede oír? Sin duda quiso insultarle y mofarse de él.

(1) Equívoco intraducible: *Allen ein Stein*, para todos una piedra.

EL SARGENTO.—Voy á explicároslo; no carece de fundamento. El general es hombre de singular complexión, y tiene sobre todo los oídos muy delicados; no puede soportar el maullido del gato, y el canto del gallo le causa horror.

CAZADOR 1.^o—Vaya, lo mismo que el león.

EL SARGENTO.—Le es forzosa la mayor tranquilidad, el mayor silencio en torno. Esta es la consigna de los centinelas, porque está siempre embebido en grandes meditaciones.

(Suenan voces en el interior de la cantina. Gran tumulto).—¡Pícaro! ¡ladrón!... ¡cogedle!... ¡cogedle!...

EL VILLANO.—¡Socorro!... ¡Misericordia!...

OTRAS VOCES.—¡Silencio!... tengamos la fiesta en paz.

CAZADOR 1.^o—¡Diablo!... Por allí andan á palos.

CAZADOR 2.^o—Pues vamos allá.

LA CANTINERA (saliendo).—¡Pícaro!... ¡Ladrón!...

EL CORNETA.—¿Quién os saca de tal modo de las casillas?

LA CANTINERA.—¡Ah tunante! ¡pillo!... ¿hay tal perdido?... Y esto pasa en mi cantina!... ¿Qué dirán los señores oficiales?

EL SARGENTO.—Pero ¿qué ocurrè, mujer?

LA CANTINERA.—¡Qué! Pues ahí es nada; han sorprendido á un villano con dados falsos.

EL CORNETA.—Aquí lo traen con su hijo.

ESCENA X

Dichos.—LOS SOLDADOS trayendo cogido al CAMPESINO

CAZADOR 1.^o—Que le ahorquen.

TIROLESES Y DRAGONES.—Llévadle al preboste.

EL SARGENTO.—Justo; esta es realmente la última orden.

LA CANTINERA.—Véale yo ahorcado antes de una hora.

EL SARGENTO.—Quien mal anda, mal acaba.

ARCABUCERO 1.º—Este es el resultado de la deses-
peración. Se empieza por arruinarlos, y acaban por
echarse á robar.

EL CORNETA.—¡Cómo!... ¿Te atreves á hablar en su
favor?... ¡Llévete el infierno!

ARCABUCERO 1.º—Después de todo, el villano es un
hombre... ¡qué diablo!... un hombre... digámoslo así.

CAZADOR 1.º (al Corneta).—Dejadle; estos son del
regimiento de Tiefenbach; todos sastres y guante-
ros. Han estado de guarnición en Brujas: ¡si sabrán
ellos los usos de la guerra!

ESCENA XI

Dichos.—CORACEROS

CORACERO 1.º—Haya paz, señores. ¿Qué pasa con
este villano?

CAZADOR 1.º—Pues toma! que es un fullero.

CORACERO 1.º—¿Te ha engañado á tí?

CAZADOR 1.º—Como que me ha desplumado.

CORACERO 1.º—¿Y qué? ¿Tú, un soldado de Fried-
land, has podido humillarte y deshonorarte al punto
de probar fortuna con un villano? Dejadle que co-
rra.

(El villano huye, y los soldados se acercan formando
grupo).

ARCABUCERO 1.º—Listo lo arregla el hombre; es re-
suelto. Me gusta esa gente, pero ¿de dónde es? No
parece bohemio.

LA CANTINERA.—Es valón, y de los coraceros de
Papenheim, que merecen mucho respeto.

DRAGÓN 1.º (adelantándose).—Ahora tienen por je-
fe á Piccolomini el mozo, á quien ellos mismos eli-



1.^{or} CORACERO.—¿Qué pasa con este villano?

gieron coronel en la batalla de Lutzen, cuando cayó muerto Papenheim.

ARCABUCERO 1.^o—¿A tanto se atrevieron?

DRAGÓN 1.^o—El tal regimiento goza de algunos privilegios. Siempre fué el primero en la batalla, se gobierna por leyes aparte y Friedland le tiene en singular estima.

CORACERO 1.^o (á otro).—¿Es cierto eso?... ¿Quién lo ha dicho?

CORACERO 2.^o—Lo oí de los propios labios del coronel.

CORACERO 1.^o—¿Cómo demonios?... Parece que somos sus perros.

CAZADOR 1.^o—¿Qué tripa se les ha roto á esos? Muy irritados están.

CAZADOR 2.^o—¡Compañeros! ¿Se trata de algo que nos importe?

CORACERO 1.^o—Esto no puede parecer bien á nadie. (Los soldados se acercan). Pues nada; que nos destinan á los Países-Bajos, coraceros, cazadores y caballería ligera en número de ocho mil hombres.

LA CANTINERA.—¿Cómo es eso? ¿Otra vez en marcha, cuando ayer mismo llegué de Flandes?

CORACERO 2.^o (á los Dragones).—Vosotros los del regimiento de Buttler, también tendréis que montar á caballo.

CORACERO 1.^o—Y sobre todo nosotros, los valones.

LA CANTINERA.—Los mejores escuadrones del ejército.

CORACERO 1.^o—Vamos con el gobernador á Milán.

CAZADOR 1.^o—¿Con el Infante?... Es raro.

CAZADOR 2.^o—¿Con el cura?... ¿Anda desencadenado el infierno?

CORACERO 1.^o—Chicos ¿consentiremos en abandonar á Friedland, que se porta con tal nobleza, por seguir á esos ladrones de españoles á quienes odiamos con toda el alma?... No, no será. Antes desertaremos.

EL CORNETA.—¡Voto á!... ¿Qué tenemos que hacer

allí? Nosotros hemos vendido la vida al Emperador y no al español del sombrero rojo.

CAZADOR 2.^o—Nosotros hemos sentado plaza en el arma de caballería, bajo la palabra y la fe de Friedland. Sin el amor á Wallenstein, lo que es Fernando no lo hubiera conseguido nunca.

DRAGÓN 1.^o—Friedland ha organizado el cuerpo, y Friedland debe mandarnos.

EL SARGENTO.—Dejadme hablar y atendedme; sino, todo va á quedar en palabras. Voy todavía más lejos que vosotros; me temo que nos tienden un lazo.

CAZADOR 1.^o—Haya paz. Ojo con la ordenanza.

EL SARGENTO.—A ver, Justina; echadme primero un vasito de aguardiente para sentar el estómago, y luego os diré mi parecer.

LA CANTINERA (sirviéndole el aguardiente).—Tomad, señor sargento... Me asustáis... Después de todo, no se tratará de nada grave, ¿verdad?

EL SARGENTO.—Bueno es, señores, que cada cual examine las cosas en particular; pero, como acostumbra á decir el general, hay que tratarlas también reunidos. Nosotros formamos el ejército de Friedland, y el villano nos da alojamiento, nos obedece en todo, nos adereza la menestra, y por más que gruña, engancha sus caballos ó sus bueyes á nuestros carros de bagaje. Basta que cuatro hombres y un cabo lleguen á un lugar, ya le tenéis convertido en autoridad, mandando y gobernando á su gusto. Y eso que maldito si nos quieren ni pizca. Antes preferirían verle al diablo el rostro que nuestras casacas amarillas. Pues bien, ¿por qué no nos arrojan de la comarca? Son más que nosotros, y si nosotros tiramos la espada, ellos manejan el garrote. ¿Por qué, siendo así, nos mofamos de ellos? Porque formamos un solo y temible ejército.

CAZADOR 1.^o—Es verdad; en la unión está la fuerza. Bien lo sabía Friedland cuando, hace unos ocho ó nueve años, formó un grande ejército al servicio del Emperador. Primero no querían que pasara de doce

mil hombres, y dijo él: «doce mil no podré mantenerlos, pero voy á alistar sesenta mil y respondo de que no se morirán de hambre.» He aquí por dónde hemos venido á ser soldados de Wallenstein.

EL SARGENTO.—Si alguien, vamos al decir, me corta el dedo meñique de la mano derecha, ¿creéis que sólo me habrá quitado un dedo? ciertamente que no. Lo que me quitan es la mano entera, porque ya no será más que un miembro mutilado é inútil. Pues bien; los ocho mil caballos que destinan á Flandes, son el dedo meñique del ejército. Si les dejamos parlar, ¿os consolaréis diciendo: no hemos perdido más que el quinto de nuestras tropas?... ¡Por vida de!... Todo se vendrá abajo y ¡adiós temor, adiós respeto y deferencias! Volverán á levantar cabeza los villanos, volverá la cancillería de Viena á garrapatear boletas de alojamiento y raciones, y otra vez entraremos en plena miseria. Pero hay más. No se pasará mucho tiempo sin que nos quiten á nuestro general, porque en la corte no le ven con buenos ojos..., con que todo se desplomará á un tiempo. Y entonces ¿quién nos ayudará luego á cobrar nuestra soldada? ¿quién cuidará de mantener nuestros derechos? ¿quién tendrá el influjo, la inteligencia, el talento, la fuerza necesaria para gobernar y conducir esa masa compuesta de tantas piezas?... Y sino, vamos á ver; dragón, dime, ¿de qué país eres tú?

DRAGÓN 1.º—Yo soy de un país muy lejano: de Irlanda.

EL SARGENTO (á los dos coraceros).—Vos, ya sé que sois valón, y vos italiano; se os conoce en el acento.

CORACERO 1.º—Ni yo mismo he podido averiguar quién era. Muy niño aún me robaron de mi casa.

EL SARGENTO.—¿Y tú? Tampoco eres tú de la vecindad.

ARCABUCERO 1.º—Soy de Buchau, riberas del lago Feder.

EL SARGENTO.—¿Y vos, compañero?

Schiller—Tomo III—10.

ARCABUCERO 2.^o—Soy suizo.

EL SARGENTO.—¿Y tú de dónde eres, cazador?

CAZADOR 1.^o—Mis padres viven detrás de Wismar.

EL SARGENTO (por el Corneta).—Y tú y yo somos de Egra. ¡Pues bien! ¿Quién diría que fuimos cogidos y amalgados de norte á sur? ¿No parecemos cortados de la misma madera? ¿no marchamos juntos contra el enemigo, como si estuviéramos forjados y fundidos en una sola pieza? A la más leve señal, todo encaja y se engrana como las ruedas de un molino. ¿Y quién nos ha modelado en tal forma que no hay diferencia entre nosotros, sino es Wallenstein?

CAZADOR 1.^o—En mi vida había pensado en esto; seguía mi camino sin notar qué bien ordenados vamos.

CORACERO 1.^o—Soy de la opinión del Sargento. Lo que quiere esa gente es anularnos para mandar solos. Se trata de una conjuración.

LA CANTINERA.—¡Una conjuración!... ¡Jesús, Dios mío! Entonces los señores no podrían pagarme.

EL SARGENTO.—Claro que no; vendría la ruina. ¡Cuántos comandantes y generales hay que pagan los sueldos del regimiento de sus propios bolsillos, y gastan más de lo que pueden, atentos á hacerse notar con la esperanza de la recompensa! Pues bien, si el jefe, si el duque cae, ¡adiós mi dinero!

LA CANTINERA.—¡Jesús, Dios mío! ¡Qué gran catástrofe para mí! La mitad del ejército tiene alguna cuenta conmigo. Solo el conde Isolani, ese mal pagador del demonio, me debe por lo menos doscientos escudos.

CORACERO 1.^o—¿Y qué hacer, camaradas? No hay más que un medio de salvación: mientras permanecemos unidos les será imposible hacernos daño alguno. Sigamos formando un solo cuerpo; dejemos que escriban ellos sus protocolos y permanezcamos nosotros firmes en Bohemia, sin ceder ni dar un solo paso. Ahora el soldado combate por su honor.

CAZADOR 2.^o—No permitamos que nos lleven y traigan así á través del país. Si quieren vernos, que vengan.

ARCABUCERO 1.^o—Amigos; hay que pensarlo mucho. La orden es del Emperador.

EL CORNETA.—Vaya lo que nos importa á nosotros el Emperador!

ARCABUCERO 1.^o—¡Cuidado con repetir esas palabras!

EL CORNETA.—La verdad es esa.

CAZADOR 1.^o—Cierto; siempre ha oído decir que solo á Friedland correspondía el mando.

EL SARGENTO.—Esta es la verdad; esto es lo pactado, y de derecho. Tiene absolutos poderes para hacer la guerra y firmar la paz, confiscar dominios y dinero, ahorcar ó indultar al que quiera, nombrar oficiales y coroneles; en una palabra, goza de los privilegios de soberano, otorgados directamente por el mismo Emperador.

ARCABUCERO 1.^o—Verdad que el duque es inteligente y poderoso, pero al fin y al cabo viene á ser un simple súbdito del Emperador como nosotros.

EL SARGENTO.—Como nosotros no;... no sabéis lo que estáis diciendo. Es príncipe libre del imperio, ni más ni menos que el de Baviera. ¿Por ventura no he visto yo con mis propios ojos estando de guardia en Brandeis, cómo el Emperador le permitía cubrirse en su presencia?

ARCABUCERO 1.^o—Sí, pero este es un derecho inherente al dominio de Mecklenburgo que el Emperador le había dado en prenda.

CAZADOR 1.^o (al Sargento).—¡Cómo! ¿...en presencia del Emperador?... Es singular.

EL SARGENTO (registrándose los bolsillos).—Si no queréis creerme, voy á daros una prueba palpable.—Saca una moneda.) ¿Qué significa esa efigie y esa inscripción?

LA CANTINERA.—¡A ver!... un wallenstein.

EL SARGENTO.—Pues bien, ¿qué queréis más? ¿No

es tan príncipe como otro cualquiera? ¿No acuña moneda como Fernando? ¿no tiene también estado y súbditos y tratamiento de Alteza? Pues también puede tener soldados.

ARCABUCERO 1.^o—Nada hay que oponer á eso, pero el caso es que nosotros estamos al servicio del Emperador. ¿Quién nos paga sino él?

EL CORNETA.—Esto sí que os lo niego rotundamente. El Emperador no es quien nos paga, sino quien no nos paga. Hace diez meses que nos está prometiendo el sueldo.

ARCABUCERO 1.^o—Dejadlo, que en buenas manos se halla.

CORACERO 1.^o—Haya paz, amigos. ¿Queréis acabar por reñir? A qué disputarse sobre si el Emperador es amo nuestro? Cabalmente porque somos sus bravos caballeros no queremos ser tratados como su rebaño, ni llevados ó traídos por la clerigalla. Decidme: ¿no es mejor para el mismo soberano que sus soldados sean hombres capaces de conducirse por sí mismos? ¿En qué consiste su poder? En su ejército. Gracias á su ejército influye en todo la cristiandad. Así, reciban en buen hora los otros recompensas y gracias, reunidos en sus salones ó sentados á su mesa. Cuanto á nosotros, bien que sólo saquemos de su gloria pesares y fatigas, lo que nos importa es el honor.

CAZADOR 2.^o—Todos los grandes emperadores y tiranos fueron más discretos. Nada les importaba humillar y atormentar al mundo entero, pero guardaban miramientos al soldado.

CORACERO 1.^o—Lo mejor es que el soldado se juzgue á sí mismo. Quien no se porta noblemente y con orgullo, mejor haría en dejar el oficio. Lo que es yo, si arriesgo alegremente la vida es por algo que tengo en mucho más; si no fuera así, habría que dejarse degollar como un croata; me despreciaría á mí mismo.

LOS DOS CAZADORES.—Sí; el honor vale más que la vida.

CORACERO 1.º—La espada no es un azadón, ni un arado, y sería locura empeñarse en labrar con ella. Para nosotros no madura ninguna espiga. El soldado no tiene patria. Errante sobre la superficie de la tierra, no puede calentarse junto á su propio hogar, y se ve condenado á ver de lejos y de paso el esplendor de las ciudades, la alegría del lugar, las verdes praderas, la siega y la vendimia en los campos. Si no tuviera para sí el honor ¿qué bien le quedaba? Fuerza es que algo tenga suyo, pues de otro modo sólo sería un asesino, un incendiario.

ARCABUCERO 1.º—Dios sabe qué miserable vida llevamos.

CORACERO 1.º—Pues bien;... lo que es yo no la trocaría por otra. He recorrido el mundo entero, he servido á la monarquía española, á la república de Venecia, al reino de Nápoles, siempre con mala fortuna; he conocido nobles y mercaderes, obreros, jesuitas... **qué sé yo...** y sin embargo no hallé vestido que tanto me complaciera como mi férrea coraza.

ARCABUCERO 1.º—No puedo decir yo lo mismo.

CORACERO 1.º—Para medrar en el mundo, no hay que darle vueltas, amigos, forzoso es trabajar y moverse. Si quieres alcanzar dignidades y honores, tienes que doblar la cerviz bajo dorado yugo; si ansías gozar la dicha doméstica y vivir rodeado de hijos y nietos, ejerce en paz un oficio. Pues bien; yo no siento predilección alguna por semejante vida. Yo quiero vivir y morir independiente sin robar á nadie ni heredar de nadie, contemplando de lo alto de mi arzón á toda esa gentuza.

CAZADOR 1.º—Bravo; así soy yo también.

ARCABUCERO 1.º—Realmente; es muy grato pasear por encima de las cabezas de los demás.

CORACERO 1.º—Compañeros; los tiempos están muy malos y la espada pesa ya muy poco en la balanza, más nadie puede echarme en cara haberla elegido.

Dispuesto estoy á portarme humanamente en la guerra, pero no quiero que me desuellen para hacer de mi piel un tambor.

ARCABUCERO 1.^o—Pero, señores, ¿quién causa la desgracia de esa pobre gente sino el ejército? Diez y seis años hace que les estamos vejando y arruinando con la guerra.

CORACERO 1.^o—Amigo, nunca llueve á gusto de todos. El buen tiempo que desean unos, es en menoscabo de otros, y mientras unos están pidiendo la sequía, hacen otros por que llueva. Donde tú solo descubres estrago y miseria, yo hallo mi cuenta. Verdad es que vivimos á expensas de los paisanos; pero aunque mucho lo sienta, yo no puedo mudar las cosas. Esto es lo mismo que sucede en una carga de caballería, cuando se lanzan los caballos al galope; si cae á lo mejor alguien en medio del camino, así sea mi hijo ó mi hermano, por más que me desgarran el corazón sus alaridos, forzosamente le he de pasar por encima, sin remedio; yo no puedo bajarme á echarlo fuera en brazos.

CAZADOR 1.^o—Claro que no. ¿Quién se ocupa de los otros?

CORACERO 1.^o—Y puesto que nos sonríe la ocasión, cojámosla por los cabellos, que no ha de durar mucho, por desgracia. El mejor día se hace la paz, y todo se acabó. Ya tienes al soldado quitándole al caballo la brida, y al labrador unciéndolo á su vez á la carreta, y otra vez tomarán las cosas su curso natural, en un abrir y cerrar de ojos. Ya que ahora tenemos nosotros la sartén por el mango y estamos unidos, no permitamos que nos dispersen, que si nos dispersamos van á colgarnos el mendrugo en lo más alto de la cucaña.

CAZADOR 1.^o—Eso, eso; fuerza es que no ocurra nunca. Sigamos firmes y unidos siempre.

CAZADOR 2.^o—Sí, sí... veamos, tomemos nuestro partido. Oídme.

ARCABUCERO 1.º (sacando un bolsín de cuero y hablando á la Cantinera).—A ver, ¿qué debo?

LA CANTINERA.—Nada... no merece la pena...

(Cuentan.)

EL CORNETA.—Bien hacéis en retiraros. No hacéis más que estorbar. (Los arcabuceros se van.)

CORACERO 1.º—Es lástima... Con todo eso, es brava gente.

CAZADOR 1.º—Pero tienen unas ideas de merca-chifle...!

CAZADOR 2.º—Ahora que estamos en familia, vamos á ver cómo deshacemos la conjuración.

EL CORNETA.—¿Cómo?... Pues no marchando.

CORACERO 1.º—Camaradas; nada de oponernos á la disciplina. Vuelva cada cual á su regimiento y explique á sus compañeros lo que ocurre, por manera que lo vean y comprendan bien. No podemos pasar de aquí. Yo respondo de mis walones; todos piensan como yo.

EL SARGENTO.—En la misma disposición se hallan los regimientos de Terzky, infantería y caballería.

CORACERO 2.º—(Se pone al lado del 1.º). Pues el lombardo no se separa nunca del walón.

CAZADOR 1.º—Cuanto á nosotros, ya es sabido, la libertad es el elemento natural del cazador.

CAZADOR 2.º—La libertad reside en la fuerza. Lo que es yo, quiero vivir y morir por Wallenstein.

ARQUERO 1.º—Nosotros los loreneses seguiremos la corriente, é iremos donde se halle el placer y la alegría.

EL DRAGÓN.—El irlandés va donde le conduce la estrella de la fortuna.

ARQUERO 2.º—El tirolés sirve sólo al amo del país.

CORACERO 1.º—Entonces, redacte cada regimiento un memorial donde se diga con toda claridad que queremos permanecer unidos, sin que la fuerza ni la astucia puedan separarnos nunca de Friedland, padre del soldado. Luego lo presentaremos respetuosamente á Piccilimíni, al hijo, se entiende... conoce

esta suerte de negocios y goza de algún prestigio con Friedland y también con el Emperador.

CAZADOR 2.^o—Vamos... convenido... venga esa mano... Piccilimini será nuestro abogado.

El Corneta, El Dragón, Cazador 1.^o, Coracero 2.^o. Los Arqueros (á coro).—Piccolomini será nuestro abogado. (Hacen que se van.)

EL SARGENTO.—¡Alto!... Echemos un trago, camaradas. (Bebe.) A la salud de Piccolomini.

LA CANTINERA (trayendo una botella).—Esta no la apunto; os la regalo de muy buena gana. ¡Caballeros, buena suerte!

EL CORACERO.—¡Viva la tropa del país!

LOS DOS CAZADORES.—¡Qué paga el paisano!

EL DRAGÓN Y LOS ARQUEROS.—¡A la prosperidad del ejército!

EL CORNETA Y EL SARGENTO.—... Gobernado siempre por Friedland.

CORACERO 2.^o (cantando).—«¡A montar, á montar, camaradas!... ¡Corramos al campo, á la libertad! En campaña, el hombre vale todavía algo, y pesa algo su corazón; nadie puede reemplazarle, y le es fuerza contar consigo mismo.»

(Los soldados que estaban en el fondo, se adelantan y repiten á coro los dos últimos versos.)

EL DRAGÓN (cantando).—«La libertad huyó del mundo; ya no hay más que esclavos y tiranos. La falsía y la astucia imperan sobre la vil raza humana. Sólo quien sabe contemplar la muerte de hito en hito, sólo el soldado es libre.»

EL CORO.—«Sólo quien sabe contemplar la muerte de hito en hito, sólo el soldado es libre.»

CAZADOR 1.^o (cantando).—«Lejos de su ánimo, pesares y congojas, temores ni cuidados! Osado avanza al encuentro del destino. Si no hoy, mañana lo alcanzará, y puesto que ha de alcanzarlo mañana, gozemos hoy de los últimos instantes de un tiempo precioso.»

(Llenas de nuevo las copas, brindan y beben.)

EL CORO.—«Puesto que ha de alcanzarlo mañana, gocemos hoy de los últimos instantes de un tiempo precioso.»

EL SARGENTO.—«Su dicha es gracia del cielo. Inútil es el esfuerzo, inútil la fatiga. El pobre labrador hoza el seno de la tierra en busca de un tesoro; hoza y cava toda la vida, y al fin cava su propia huesa.»

EL CORO.—«Cava toda la vida, y al fin cava su propia huesa.»

CAZADOR 1.º.—«El jinete y el ágil caballo son bien temibles huéspedes. Mirad cómo brillan en el castillo las antorchas de himeneo; ya llega sin ser invitado, sólo breve rato corteja á la novia, y sin dinero, de un golpe arrebatla la corona del amor.»

EL CORO.—«Sólo breve rato corteja á la novia, y de un golpe arrebatla la corona del amor.»

CORACERO 2.º.—«¿Por qué llorar, por qué consumirte de pena, doncella hermosa? Déjale que pase; déjale que corra. El soldado no tiene hogar, no puede ser fiel á su amor. El hado veloz le arrebatla en sus alas, y en parte alguna le es permitido detenerse.»

EL CORO.—«El hado veloz le arrebatla en sus alas, y en parte alguna le es permitido detenerse.»

CAZADOR 1.º (coge de la mano á los que tiene cer-



ca; los demás le imitan. Todos los interlocutores de las anteriores escenas forman semicírculo).—«Vamos, camaradas, á ensillar los caballos; dilate nuestros pulmones el aire de las batallas; arde la juvenil;

chisporrotea la vida. ¡En marcha!... antes que se evapore el valor... Quien no arriesga la vida, no goza nunca de ella.»

EL CORO.—«Quien no arriesga la vida, no, no goza nunca de ella.»

(Cae el telón mientras el coro canta el estribillo.)

PARTE SEGUNDA

LOS PICCOLOMIN

PERSONAS

- WALLENSTEIN, duque de Friedland, generalísimo de los ejércitos del Emperador, durante la guerra de los Treinta años.
OCTAVIO PICCOLOMINI, teniente general.
MAXIMILIANO PICCOLOMINI, su hijo, coronel de un regimiento de coraceros.
EL CONDE TERZKY, cuñado de Wallenstein, jefe de varios regimientos.
ILLO, mariscal de campo, confidente de Wallenstein.
ISOLANI, general de los Croatas.
BUTTLER, jefe de un regimiento de dragones.
TIEFENBACH, }
MARADAS, } generales á las órdenes de Wallenstein.
GOETZ, }
COLLALTO, }
NEUMANN, ayudante de Terzky.
QUESTENBERG, consejero de guerra y enviado del Emperador.
BAUTISTA SENI, astrólogo.
LA DUQUESA DE FRIEDLAND, esposa de Wallenstein.
TECLA, princesa de Friedland, su hija.
LA CONDESA TERZKY, hermana de la duquesa.
UN CORNETA.
MAYORDOMO del conde Terzky.
Pajes y criados de Friedland.
Criados y músicos de Terzky.
Generales y coroneles.

La escena en Pilsen (Bohemia).



ACTO I

ESCENA PRIMERA

Una sala gótica en las casas consistoriales de Pilsen, adornada con banderas y arreos militares

ILLO, BUTTLER, ISOLANI

ILLO

Tarde llegáis, pero llegáis al fin, y el largo trecho excusa, conde Isolani, la tardanza.

ISOLANI.—En cambio no venimos con las manos vacías. En Donauwoerth hemos sabido que se dirigían hacia aquí seiscientos carros de provisiones, y mis croatas se han apoderado de ellos; con nosotros los hemos traído.

ILLO.—A buen punto llegan para nutrir á la muy respetable asamblea.

BUTTLER.—Mucho movimiento hay, según parece.

ISOLANI.—Mucho; hasta las iglesias se hallan atestadas de tropas. (Mirando en torno suyo.) Veo que

estáis muy bien alojados en la casa consistorial. Cuanto á los soldados, se las componen como pueden.

ILLO.—Se han reunido ya los coroneles de treinta regimientos. Aquí hallaréis á Terzky, á Tiefenbach, á Collalto, Gøtz, Maradas, Hinnersam, los Picco'omini, padre é hijo... en suma, volveréis á ver á muchos antiguos amigos. Sólo faltan Gallas y Altringer.

BUTTLER.—No aguardéis á Gallas.

ILLO (sorprendido).—¿Cómo?... ¿Sabréis...?

ISOLANI (interrumpiéndole).—Está aquí Max Piccolomini? Llevadme á él. Le estoy viendo todavía (y hará de eso uno diez años) combatiendo conmigo contra Mansfeld en Dessau. Para acudir en socorro de su padre, arrebatado de la corriente del Elba, tuvo el arrojo de lanzarse á caballo de lo alto del puente. Entonces apenas le apuntaba el bozo, y ahora, según me dicen, le tenemos ya convertido en un héroe completo.

ILLO.—Hoy mismo, le veréis. Con la duquesa Friedland y la princesa su hija, á quienes acompaña de Carintia acá, llegará este medio día.

BUTTLER.—¿De modo que el duque llama á su lado á la duquesa y á su hija? Mucha gente reune aquí.

ISOLANI.—Tanto mejor; sólo aguardaba oír hablar de marchas y ataques y me encuentro con que cuida de alegrarnos la vista con gratas imágenes.

ILLO (que se habrá quedado pensativo, llama aparte á Buttler y le dice:).—¿Por dónde sabéis que el conde Gallas no vendrá?

BUTTLER (con intención).—Porque se empeñó en retenerme consigo.

ILLO (con calor).—¡Y habéis resistido con firmeza! (Estrechándole la mano.) ¡Bravo, Buttler!

BUTTLER.—Tras las nuevas deudas de gratitud contraídas con el príncipe...

ILLO.—Verdad, general; sea enhorabuena.

ISOLANI.—General del regimiento que os ha cedido

el príncipe, ¿verdad?... El mismo en que habéis servido de soldado raso!... Esto servirá de ejemplo y estímulo al cuerpo entero, y demostrará á todos cómo medra el mérito en la milicia.

BUTTLER.—No sé si puedo aceptar vuestras felicitaciones. Falta todavía que el Emperador sancione el nombramiento.

ISOLANI.—¡Toma!... La mano que os ha colocado á tal altura es bastante vigorosa para manteneros en ella á despecho de ministros y emperadores.

ILLO.—¡Si nos anduviéramos con tales escrúpulos!... ¿Qué nos da el Emperador? Cuanto poseemos y esperamos, todo procede del duque.

ISOLANI (á Illo).—¿Os he dicho ya, amigo mío, que se encargaba de pagar á mis acreedores?... Se empeña en ser desde hoy mi cajero, y en hacer de mí un hombre ordenado... ¡Y esto por la tercera vez!... Ya podéis figuraros que su magnificencia, propia de un rey, me salva de la ruina y la deshonra.

ILLO.—¡Ah! si pudiese obrar á medida de su gusto, capaz sería de regalar al soldado dominios enteros. Pero en Viena hacen el diablo y medio para irle á la mano, y cortarle las alas... Y sino, atended á lo que está ocurriendo, y las pretensiones con que se nos viene Questenberg.

BUTTLER.—Algo he oído de lo que pretende la corte, pero confío en que el duque no cederá en un ápice.

ILLO.—Ciertamente que no en lo tocante á sus derechos... pero podría dejar el mando.

BUTTLER (sorprendido).—¿Sabéis algo de eso?... Me asustáis.

ISOLANI.—Con eso quedábamos arruinados todos.

ILLO.—¡Basta!... Aquí viene nuestro hombre con el general Piccolomini.

BUTTLER (moviendo la cabeza).—Me temo que no saldremos de aquí como hemos entrado.

ESCENA II

Dichos.—OCTAVIO PICCOLOMINI, QUESTENBERG

OCTAVIO (desde el fondo).—Con que, ¿nuevos huéspedes todavía?... Confesad, amigos, que sólo una guerra tan desastrosa como esta podía reunir en un campamento tantos héroes coronados de gloria!

QUESTENBERG.—No venga al de Friedland quien desee conservar un mal concepto de la guerra. Casi he olvidado yo sus plagas viendo el gran espíritu de orden que reina aquí, gracias al cual subsiste destruyendo el mundo, pero también, por lo visto, realizando grandes empresas.

OCTAVIO.—Os presento á dos valientes que completan dignamente el círculo de nuestros héroes; el conde Isolani y el coronel Buttler. Aquí tenéis el secreto del arte de la guerra (señalando á Buttler y á Isolani): la fuerza y la prontitud.

QUESTENBERG (á Octavio).—Y entre ambas cualidades, el consejo de la experiencia.

OCTAVIO (presentando á Questenberg).—El señor consejero de guerra y gentil-hombre Questenberg, en quien honramos al enviado del Emperador, y al abogado y celoso protector del ejército.

(Todos se callan.)

ILLO (acercándose á Questenberg).—No es esta la primera vez, señor ministro, que honráis el campamento con vuestra visita.

QUESTENBERG.—Cierto; otra vez me he encontrado delante de estas banderas.

ILLO.—¿Recordáis dónde? En Znaim, en Moravia fué donde fuisteis enviado por el Emperador para suplicar al duque que volviera á tomar el mando del ejército.

QUESTENBERG.—¡Tanto como «suplicar», mi general!... Que yo sepa, ni mi encargo ni mi celo llegaron á este punto.

ILLO.—Pues para forzarle á ello, si os parece mejor... Bien lo recuerdo. El conde Tilly acababa de ser derrotado á orillas del Lech, con lo que Baviera quedaba abierta al enemigo y franco el paso hasta el mismo corazón de Austria. En esto, vos con Werdenberg acudisteis á nuestro general suplicantes y amenazadores para conjurarle con el disgusto del Emperador, si no se apiadaba de tal desdicha.

ISOLANI (adelantándose).—Ésta es la verdad, señor ministro; ya se comprende que, dado vuestro actual cometido, no gustéis de acordaros del primero.

QUESTENBERG.—¿Por qué no? No existe contradicción alguna entre uno y otro. Entonces se trataba de arrancar á Bohemia de manos del enemigo; hoy debo libertarla de sus propios amigos y protectores.

ILLO.—¡Magnífica comisión! Después que arrojamus de Bohemia á los sajones, quieren ahora, por gratitud, arrojarlos á nosotros.

QUESTENBERG.—Como no sea que este desdichado país se halle condenado á trocar una calamidad por otra, fuerza es libertarle igualmente de sus enemigos.

ILLO.—¡Bah!... ¡buena ha sido la cosecha de hogano!... bien puede pagar el labriego la contribución.

QUESTENBERG.—Cierto, señor mariscal, si habláis de pastos y ganados...

ISOLANI.—La guerra fomenta la guerra. Si el Emperador pierde en ella labradores, en cambio gana soldados.

QUESTENBERG.—Con lo cual el número de vasallos se disminuye á proporción.

ISOLANI.—¡Bah!... al fin y al postre, todos somos vasallos suyos.

QUESTENBERG.—Con la diferencia, señor conde, que los unos hincen las arcas con su útil faena, y los otros conocen á maravilla el modo de dejarlas vacías... La espada ha empobrecido al Emperador, y sólo el arado puede devolverle la fuerza.

Schiller—Tomo III—11.

BUTTLER.—No sería tan pobre el Emperador sin las sanguijuelas que le chupan la sangre al país.

ISOLANI.—Fuera de que no es tan grave la situación. (Se adelanta y señala el traje de Questenberg.) Por lo visto todavía no se ha acuñado todo el oro.

QUESTENBERG.—Gracias á Dios, alguno ha podido sustraerse á la codicia de los croatas.

ILLO.—¡Pues bien! Paguen la guerra ruinosa que han encendido, los que como Slawata ó Martinitz, se enriquecen con los despojos de los ciudadanos desterrados, prosperan con el general desastre, hacen su agosto en medio del público desorden y con su lujo escarnecen la miseria; paguen ellos y sus iguales ya que el Emperador, con escándalo de Bohemia, los abruma á honores y beneficios.

BUTTLER.—Vayan con esos también los gorriones de las provincias, siempre sentados á la mesa del Emperador, siempre á caza de gangas, mientras por otra parte acortan la ración al soldado y escatiman las cuentas.

ISOLANI.—En mi vida olvidaré lo que me pasó en Viena, cuando fuí por la remonta del regimiento. ¡Qué modo de llevarme y traerme de una habitación á otra, y obligarme á hacer antesala con la chusma lacayuna, como si hubiese ido á mendigar un men-drugo!... Por fin me enviaron un capuchino... Yo creí que iba á confesarme, pero no: era el hombre con quien debía tratar de la compra de los caballos. Volvíme sin haber conseguido nada, cuando en tres días el príncipe me arregló lo que no pude obtener en todo un mes en Viena.

QUESTENBERG.—En efecto, consta la tal partida en las cuentas, y por cierto que no hemos podido pagarla todavía.

ILLO.—Rudo oficio es la guerra, señor ministro, y no permite andarse con paños calientes. Si había que aguardar á que Viena eligiese entre veinticuatro partidos crueles, el menos grave, nos pasaríamos la vida aguardando. Lo mejor es echar por me-

dio de las dificultades, y caiga el que caiga. En general, los hombres se acomodan más fácilmente á una necesidad penosa que á una elección difícil.

QUESTENBERG.—Cierto; por eso el príncipe nos excusa la elección.

ILLO.—El príncipe mira á sus tropas con paternal solicitud; en cambio, ya sabemos qué afecto le inspiramos al Emperador.

QUESTENBERG.—El Emperador no tiene más que un solo afecto para todos sus vasallos, y no puede sacrificar unas clases á otras.

ISOLANI.—Por eso nos arroja á las fieras del desierto; para conservar mejor sus queridas ovejas.

QUESTENBERG (con ironía).—Me permito observar al señor conde, que la comparación es suya y no mía.

ILLO.—Si fuéramos, sin embargo, lo que la corte supone, sería peligroso darnos la libertad.

QUESTENBERG (con gravedad).—No fué dada, fué usurpada. Conviene ponerla freno.

ILLO.—Se hallarán con que el caballo es montaraz.

QUESTENBERG.—Ya le domará mejor jinete.

ILLO.—Sólo se deja montar por quien le ha domesticado.

QUESTENBERG.—Una vez domesticado, obedece á un niño.

ILLO.—Ya sé que han dado con el niño.

QUESTENBERG.—Cuidad de vuestros deberes y no os preocupe el nombre de vuestro jefe.

BUTTLER (que hasta aquí había permanecido retirado con Piccolomini, aunque siguiendo con visible interés la conversación).—Señor presidente, el emperador cuenta con un ejército considerable en Alemania; aquí se hallan de guarnición treinta mil hombres; diez y seis mil en Silesia, seis mil en Suabia, doce mil en Baviera en frente de los suecos. Hay además diez regimientos á orillas del Weser, el Rhin y el Mein, sin contar le guarnición de las fortalezas que defienden las fronteras. Ahora bien, todas estas tropas obedecen á los generales de Friedland,

y estos generales, señor ministro, proceden todos de la misma escuela, han mamado la misma leche, y tienen un solo corazón. Extranjeros todos en este suelo, carecen de otro hogar, de otra morada que no sea este campamento, y ni se baten por la patria, porque millares de ellos han nacido, como yo, en otro país, ni obran llevados del afecto al Emperador, porque la mitad por lo menos han venido aquí desertando del servicio extranjero, y lo mismo les da batirse por el águila imperial como por el león ó las flores de lis. Un solo hombre, uno solo, los mantiene unidos formando un solo pueblo, con el poderoso lazo del amor y el temor; como recorre el espacio el relámpago, así su voz de mando se extiende desde los lejanos puestos que bate la corriente del Belt ó miran los fructíferos valles del Estch, hasta las garitas del palacio del Emperador.

QUESTENBERG.—En suma; ¿qué queréis decir con tal discurso?

BUTTLER.—Quiero decir que el respeto, la afección, la confianza que nos hacen obedecer á Friedland, no pasarán á voluntad al primer jefe que á la corte de Viena le plazca imponernos. Harto recordamos todavía cómo obtuvo Friedland el mando. ¿Acaso el Emperador puso en sus manos un ejército ya formado? ¿tratábase tan sólo por ventura de nombrar un jefe para las tropas?... No; el ejército no existía siquiera; antes tuvo que crearlo Friedland; lejos de recibirlo del Emperador, él se lo dió. Y no fué el Emperador quien nos dió por general á Wallenstein, sino Wallenstein quien nos dió por soberano al Emperador. Sólo él nos mantiene adictos á sus banderas.

OCTAVIO (interponiéndose entre ellos).—Recordad, señor consejero, que os halláis en un campamento y entre soldados, y la osadía y la libertad son su vida. ¿Cómo ser osados en la guerra, si no lo fuesen también en el hablar? Lo uno es consecuencia de lo otro. La audacia de este digno oficial (señalando á

Buttler), aunque inoportuna en este momento, conservó para el Emperador á Praga, cuando la insubordinación de las tropas no ofrecía otro medio de salvación.

(Suená á lo lejos una música guerrera.)

ILLO.—Ya están aquí; la guardia saluda. Esta es la señal de que la princesa ha llegado.

OCTAVIO (á Questenberg).—Entonces está también de regreso mi hijo que fué á buscarlas á Carintia y las acompañó hasta aquí.

ISOLANI (á Illo).—¿Vamos juntos á saludarlas?

ILLO.—Sí, vamos. Vamos, coronel Buttler. (A Octavio): Recordad que antes de medio dia hemos de reunirnos en casa del príncipe con el señor consejero.

ESCENA III

OCTAVIO.—QUESTENBERG

QUESTENBERG (con sorpresa).—¿Qué es lo que oigo, general? ¡Cuánta audacia y desenfreno!... Si este es el espíritu dominante en las tropas, ¿dónde vamos á parar?

OCTAVIO.—Es por lo menos el de los tres cuartos del ejército.

QUESTENBERG.—¡Desdichados de nosotros!... ¿Dónde encontrar presto otro para subyugar á éste? El tal Illo... me temo que piensa aún algo peor de lo que manifiesta, y Buttler no puede ocultar tampoco sus aviesas opiniones.

OCTAVIO.—El orgullo ofendido, el carácter quisquilloso son la única causa de eso. Nada, en suma. No desespero todavía de Buttler; conozco la manera de domarlo.

QUESTENBERG (paseándose inquieto).—¡Ah! ¡no, no!... Esto está peor, mucho peor, amigo mío, de lo que creíamos en Viena. Desde allí veíamos las cosas con

ojos de cortesano, deslumbrados por el resplandor del trono; no habíamos visto aún á este omnipotente general en su propio campamento. Aquí la situación muda de aspecto... Aquí no hay emperador; el único emperador es el príncipe. La excursión que acabamos de hacer da al traste con todas mis esperanzas.

OCTAVIO.—Ahora os convenceréis con vuestros propios ojos de lo arriesgado de la comisión que me encargáis en nombre de la corte, y de cuan espinoso es el papel que represento aquí... La menor sospecha del general me costaría la vida ó la libertad, y apresuraría la ejecución de sus temerarios proyectos.

QUESTENBERG.—¡Ah, qué imprudencia la nuestra! ¡fiar la espada á ese audaz! ¡deponer en sus manos semejante poder! La tentación era demasiado fuerte para ese corazón pervertido; hasta para el hombre virtuoso fuera peligrosa. Os digo que se negará á obedecer al Emperador; puede hacerlo, y lo hará. Su impune arrogancia mostrará á la vergüenza nuestra impotencia.

OCTAVIO.—¿Pensáis que sin morivo trae aquí á su esposa y á su hija, en el preciso momento en que nos disponemos á la guerra?... Así sustrae al Emperador las últimas prendas de su fidelidad, lo cual nos anuncia la proximidad del cataclismo.

QUESTENBERG.—¡Desdichados de nosotros!... ¡Qué amenazadora tormenta nos amaga y nos rodea de todos lados! ¡El enemigo en frontera, ya dueño del Danubio, y siempre avanzando!... ¡en el interior del país el villano en armas y las campanas á vuelo tocando á rebato! ¡todas las clases rebeladas!... ¡y el ejército, el ejército del cuál esperábamos el socorro, pervertido, intratable, olvidado de toda disciplina, separándose del Estado y de su Emperador, conducido, extraviado por un hombre extraviado también!... el ejército, ¡espantoso y ciego instrumento en manos del hombre más audaz que existe!

OCTAVIO.—No desesperemos tan pronto, amigo mío. Siempre fué más osada la lengua que la acción. Tal habrá que en su ceguera parece dispuesto á la mayor extremidad, y temblaría de oír nombrar su crimen en alta voz... Por lo demás, no estamos tampoco indefensos. Como sabéis, el conde Altringer y Gallas mantienen disciplinado su pequeño ejército, que se aumenta diariamente. Wallenstein no puede sorprendernos; vive rodeado de mis espías: tengo noticias de sus mejores pasos, á veces de su propia boca.

QUESTENBERG.—Es inconcebible que no advierta cuán cerca tiene á su enemigo.

OCTAVIO.—No creáis, sin embargo, que gane su favor con mentidos artificios ó engañosas complacencias, ni que me mantenga en su confianza á fuerza de hipocresía. Mi prudencia, y mis deberes para con el imperio y el Emperador, me imponen la obligación de ocultarle mis verdaderos pensamientos, más nunca mentí para engañarle.

QUESTENBERG.—¡Visible favor del cielo!

OCTAVIO.—No sé qué le atrae y le ata fuertemente á mi hijo y á mí. Toda la vida hemos sido amigos y compañeros de armas; el habito y la comunidad de peligros nos unieron temprano, más podría citar el día en que me abrió de golpe su corazón y creció su confianza. Fué la mañana de la batalla de Lutzen. Movido por un funesto sueño salí á buscarle para ofrecerle un caballo, y halléle fuera de las tiendas, dormido debajo de un árbol. Le desperté y le conté lo que sentía en mi interior; entonces miróme largo rato con gran sorpresa, y echándose á mis brazos, se mostró más conmovido de lo que era natural, dado lo insignificante del obsequio. A partir de aquel día me acosa con su confianza al paso que yo huyo de ella.

QUESTENBERG.—Sin duda compartiréis el secreto con vuestro hijo?

OCTAVIO.—¡Ah!... eso no.

QUESTENBERG.—¡Cómo! ¿No queréis mostrarle en qué malas manos ha caído?

OCTAVIO.—Quiero dejarle entregado á su inocencia. Su carácter confiado es ageno al disimulo... sólo su ignorancia puede conservar libre su ánimo, y mantener al duque en su seguridad.

QUESTENBERG (inquieto).—Amigo mío; el coronel Piccolomini me merece la mejor opinión... Pero... sí... pensadlo... reflexionadlo...

OCTAVIO.—Debo arriesgarme!... Silencio... El...

ESCENA IV

Dichos, MAX PICCOLOMINI

MAX.—¡Ah!... Ahí le tenemos... Padre mío, me alegro de veros. (Le abraza. Al volverse advierte la presencia de Questenberg y se retira con frialdad.) Estáis ocupado, por lo visto... No quiero estorbar.

OCTAVIO.—¡Cómo, Max! Saludad á nuestro huésped... Los antiguos amigos merecen siempre consideración, y el enviado del Emperador gran respeto.

MAX (con sequedad).—Bienvenido seáis, señor de Questenberg, si algo bueno os trae al cuartel general.

QUESTENBERG (cogiéndole la mano).—No retiréis la mano, conde Piccolomini; no os la doy por mí, ni trato de cumplir con una vana fórmula de cortesía. (Coge la mano del padre y del hijo.) Octavio, Max Piccolomini, nombres importantes y de feliz augurio. Mientras esos dos astros bienhechores brillen sobre el ejército, no abandonará al Austria la ventura.

MAX.—Señor ministro, os salís de vuestro papel. Sé que no habéis venido aquí á distribuir elogios sino reproches y censuras... No quiero ningún privilegio sobre los demás.

OCTAVIO (á Max).—Viene de la corte, donde no es-

tán, á lo que parece, tan satisfechos del duque como aquí.

MAX.—¿Qué pueden reprocharle de nuevo? ¿Qué resuelva por sí mismo lo que sólo él comprende? Pues tiene razón para obrar así, y fuerza es que persista. No ha nacido él para plegarse dócilmente á la ajena voluntad; esto sería contrario á su naturaleza. No puede. Dotado de un alma de soberano, ocupa el lugar de un soberano, y no es poca suerte para nosotros que sea así. Puesto que son pocos los que saben gobernarse y usar sabiamente de su inteligencia, gran dicha es para todos nosotros, repito, haber dado con un hombre capaz de ser la piedra angular, el apoyo de muchos miles y como sólida columna á la cual se atan los demás con gusto y confianza. Este es Wallenstein. Si otro existe que parezca mejor á la corte, el ejército sólo quiere á él.

QUESTENBERG.—¡El ejército!... Este sí.

MAX.—Da gusto verle despertar, animar, fortificar cuanto se halla en torno suyo, y cómo á su influjo se manifiesta toda fuerza y se revela toda cualidad. ¡Cómo sabe sacar á luz las facultades particulares y las aumenta todavía! Deja que cada cual luzca por lo que vale, cuida tan sólo de que todos ocupen su verdadero lugar, y así se apropia y se sirve de las cualidades de todos.

QUESTENBERG.—¿Quién le niega el arte de conocer á los hombres y servirse de ellos? Pero engreído con su poder, se olvida de que también él es súbdito y parece creer que sólo á la naturaleza debe el alto puesto que ocupa.

MAX.—¿Y acaso no es así? Sólo á la naturaleza debe toda su fuerza, y con ella el poder de extenderla y conquistar con su talento soberano su soberana jerarquía.

QUESTENBERG.—Con que todo lo que valemos todavía, todo lo que somos, lo que debemos á su generosidad?

MAX.—El hombre extraordinario requiere una confianza extraordinaria. Dadle espacio en que moverse... ya fijará él mismo sus límites.

QUESTENBERG.—Pruebas tenemos de ello.

MAX.—En efecto; cuánto es profundo os espanta. Sólo os place lo superficial y llano.

OCTAVIO (á Questenberg).—Éxcusadle, amigo mío; de otro modo no vais á entenderos nunca con él.

MAX.—En cuanto surge algún conflicto invocáis el auxilio de su genio, para temblar luego de espanto apenas aparece. ¡Cómo si todo lo extraordinario y sublime debiese llevar el mismo camino que lo vulgar! En la guerra las circunstancias suelen ser apremiantes, y hay que ver las cosas con los propios ojos y mandar en persona. El general necesita poseer grandes cualidades; dejadle vivir, pues, en su gran esfera. Su propio oráculo, la palabra viva de la presente realidad, deben ser sus consejeros, y no la letra muerta de rancios papeles y polvorientas ordenanzas.

OCTAVIO.—Permítenos á los viejos, hijo mío, que no menospreciemos por severas las antiguas ordenanzas, que tienen el dón inestimable de poner freno á la impetuosa voluntad. Sí; la arbitrariedad fué siempre temible, hijo mío, mientras el camino del orden conduce siempre á término feliz, á través de sus vueltas y revueltas. En línea recta parte el rayo ó la bala del cañón que lleva el exterminio consigo; pero la senda donde el hombre encuentra la ventura, sigue el curso de los ríos, rodea los valles, serpentea á lo largo de los campos y viñedos, y, respetando los sagrados linderos de la propiedad ajena, llega al término propuesto, más tarde sí, pero con paso más seguro.

QUESTENBERG.—¡Ah! escuchad á vuestro padre, que es un héroe, y un hombre al propio tiempo.

OCTAVIO.—Tú, hijo mío, hablas como un hijo del campamento, que, educado en quince años de guerra, no ha conocido los beneficios de la paz. Hay algo

mejor que la guerra, hijo mío; ella misma no es más que un medio para alcanzar mejores bienes. Los portentosos y rápidos actos de la fuerza, las sorprendentes maravillas de un instante no engendran la dicha real, tranquila, duradera. Alza el soldado, de prisa y con excepcional actividad, sus ciudades de tela; ya reina en torno suyo la animación y la vida; ábrese el mercado; ríos y caminos vacían en ellos sus mercancías y animalos el comercio. Pero, á lo mejor, pliéganse de pronto las tiendas, y la horda se va. El campo que holló con planta brutal queda asolado y mudo como un cementerio, y perdida la cosecha.

MAX.—¡Oh! ¡padre mío!... Firme la paz el Emperador, y he de trocar con júbilo los ensangrentados laureles por la primera violeta que nazca á perfumar la tierra rejuvenecida.

OCTAVIO.—¿Qué te pasa? ¿Por qué te conmueves tan profundamente de golpe?

MAX.—¡Qué no conozco la paz!... ¡Ah sí, padre mío!... vengo de verla. Mis pies me condujeron donde la guerra no ha penetrado todavía. ¡Ah, padre mío! La vida tiene encantos que yo ignoraba. Como piratas de salvajes costumbres, errantes por un mar desierto sobre las sombrías tablas de despedazado navío, sólo vimos hasta ahora las escarpadas playas de esta vida tan hermosa, y las sombrías ensenadas donde atracamos miserables y perseguidos... No, los tesoros que oculta la tierra en sus valles misteriosos no parecieron jamás á nuestra mirada en nuestras tormentosas navegaciones...

OCTAVIO (con atención creciente).—¿Y esto es lo que te ha enseñado este viaje?

MAX.—Fué la primera distracción de mi vida... ¿Cuál será el fin y la recompensa de la penosa tarea que consume mis años juveniles y deja mi corazón vacío é inquieto, sin adornar ni pulir mi inteligencia? Porque en el confuso tumulto de un campamento, entre el relinchar de los caballos y el estruendo

de la trompetería, en la monótona regularidad del mando y del servicio, nada existe que pueda satisfacer un corazón sediento de goces. El alma no entra para nada en tan áridas ocupaciones. Otra ventura, otras alegrías hay en el mundo.

OCTAVIO.—Mucho has aprendido, hijo mío, en tu último viaje.

MAX.—¡Qué feliz, qué hermoso el día en que el soldado vuelve á la vida, á la humanidad, y con banderas desplegadas al són de una marcha de júbilo, torna el ejército á su patria, cantando himnos á la paz! Ciñen los yelmos verdes ramos, último hurto hecho á los campos; se abren por sí mismas las puertas de las ciudades, sin necesidad de derribarlas á cañonazos; los muros se coronan de gente victoreando; las campanas á vuelo, festejan el fin de los sangrientos combates; la multitud, alegre, feliz, se derrama fuera de la ciudad y refarda el paso del ejército con sus muestras de entusiasmo y de cariño... El anciano, gozoso de alcanzar semejante espectáculo, estrecha la mano de su hijo que en-



tra de nuevo en el doméstico hogar. Como extranjero vuelve á sus dominios por tanto tiempo abandonados; el tierno arbolillo que doblaba con la mano, le cubre ahora con su ramaje; la niña, que dejó

en brazos de la nodriza, acude á saludarle ruborosa... ¡Ah! ¡Feliz aquel para quien se abren sus brazos con ternura!

QUESTENBERG (conmovido).—¡Lástima grande que estéis hablando de tiempos tan lejanos, harto lejanos, por desgracia, y no de lo que ocurre y ocurrirá mañana!

MAX (volviéndose á él con viveza).—¿Y quién tiene la culpa de ello sino vosotros, los funcionarios de Viena? Lo confieso con franqueza, Questenberg; en cuanto os he visto aquí, he sentido singular disgusto... Vosotros sois los que oponéis obstáculos á la paz; sí, vosotros. Quien tiene que imponerla es el soldado. Amargáis la vida del príncipe, creáis dificultades á sus proyectos, le calumniáis, y todo ¿por qué? Porque prefiere el bienestar de Europa entera á unas cuantas fanegas más ó menos para el Austria. Le miráis como á un rebelde, y Dios sabe lo que meditáis contra él, porque trata con miramientos á los sajones é intenta ganarse la confianza del enemigo. Y no obstante, éste es el único medio de conseguir la paz, porque si la guerra se prosigue sin tregua ¿cómo vamos á obtenerla? Ah, no, no... Tanto como amor por él, siento por vosotros odio, y antes que verle caído, juro verter por él la última gota de mi sangre. (Se va.)

ESCENA V

QUESTENBERG, OCTAVIO

QUESTENBERG.—¡Ah! ¡qué desdicha tan grande! ¿A este punto han llegado las cosas? (Impaciente y con viveza.) ¿Y le dejaremos en su error? ¿y no le llamaremos al instante para quitarle la venda de los ojos?

OCTAVIO (como saliendo de su ensimismamiento).—

Lo que ha hecho ha sido abrir los míos... veo más de lo que quisiera.

QUESTENBERG.—¿Qué pasa?

OCTAVIO.—¡Maldito viaje!

QUESTENBERG.—¡Cómo!... ¿Pues qué?

OCTAVIO.—Venid... Fuerza es que le siga y me entere por mis propios ojos... Venid.

(Intenta llevárselo.)

QUESTENBERG.—Pero... ¿á dónde vamos?

OCTAVIO.—A verla á ella.

QUESTENBERG.—A...

OCTAVIO (rectificando).—Digo... á ver al duque... Vamos... Todo lo temo... Veo en qué redes ha caído... No es el mismo de cuando se fué.

QUESTENBERG.—Explicadme tan sólo...

OCTAVIO.—Debí preverlo; debí impedir este viaje. ¿Por qué callar con él? Teníais razón; era cosa de advertirle. Ahora es tarde ya.

QUESTENBERG.—¡Cómo, tarde!... Observad que me estáis hablando por enigmas.

OCTAVIO (más tranquilo).—Vamos á ver al duque; es la hora fijada para la entrevista; vamos... ¡Maldito viaje!

(Se lo lleva; cae el telón.)



ACTO II

ESCENA PRIMERA

Una sala en casa del Duque de Friedland

Algunos criados colocan sillas y extienden alfombras. Poco después sale SENI, astrólogo italiano, vestido de un modo extravagante y de negro. Se adelanta hasta el centro de la sala, con una varita blanca en la mano, y con la cual señala los puntos cardinales.

CRIADO 1.^o (trayendo un pebetero.)

¡Listo! ¡Listo!... Ya está el centinela llamando á la guardia... No pueden tardar...

CRIADO 2.^o—¿Por qué han dejado el gabinete rojo del mirador, que tiene tan buenas luces?

CRIADO 2.^o—Pregúntaselo al matemático. Dice que es de mal agüero.

CRIADO 2.^o—¡Qué necedades!... Eso es burlarse de la gente... Una sala es una sala. ¿Qué importa el sitio?

SENI (con gravedad).—Hijo mío, en este mundo na-

da es insignificante; pero lo primero y principal en todo lo terreno, es el lugar y la hora.

CRIADO 3.^o—Déjalo, Nathaniel; hasta el amo se conforma con sus órdenes.

SENI (contando las sillas).—¡Once!... ¡Mal número! Poned doce sillas. Doce signos tiene el zodíaco; cinco y siete; los números sagrados no pasan del doce.

CRIADO 2.^o—Vamos á ver, ¿qué tenéis que decir contra el once?

SENI.—Once es el pecado. Once pasa de diez, y diez son los mandamientos.

CRIADO 2.^o—¿Y por qué llamáis sagrado al cinco?

SENI.—Cinco es el alma humana; así como el hombre se compone de bien y de mal, forman el cinco un número par y otro impar.

CRIADO 1.^o—¡Qué loco!

CRIADO 3.^o—Dejadlo... A mí me gusta oírle; lo que dice da siempre en qué pensar.

CRIADO 2.^o—Vamos; ya están aquí; salgamos por la puerta lateral.

(Se van. Seni los sigue con lento paso.)

ESCENA II

WALLENSTEIN, LA DUQUESA

WALLENSTEIN.—¿Con qué, duquesa, habéis pasado por Viena y visto á la reina de Hungría?

LA DUQUESA.—Y á la emperatriz. Sus Majestades nos concedieron audiencia.

WALLENSTEIN.—¿Y qué dicen de mi resolución de llamaros aquí con mi hija, durante el invierno?

LA DUQUESA.—Como ordenásteis, he dado á comprender que queríais casar á nuestra hija y que deseábais presentarla á su futuro antes de entrar en campaña.

WALLENSTEIN.—¿Sospechan quién es el elegido?

LA DUQUESA.—Desean vivamente que no sea ni extranjero ni luterano.

WALLENSTEIN.—Y vos, Isabel, ¿qué deseáis?

LA DUQUESA.—Ya sabéis que vuestra voluntad ha sido siempre la mía.

WALLENSTEIN (después de una pausa).—Bien... Por lo demás, ¿qué acogida habéis tenido en la corte? (La duquesa baja los ojos y calla.) Nada me ocultéis. ¿Cómo os ha ido?

LA DUQUESA.—¡Ah, esposo mío! No tan bien como antaño. Las cosas han cambiado mucho.

WALLENSTEIN.—¿Cómo es eso! ¿No os han mostrado la misma consideración?

LA DUQUESA.—Consideración, desde luego. Me recibieron con gran aparato y ceremonia, eso sí; pero la confianza y la familiaridad se han trocado en fórmulas solemnes, y los tiernos miramientos que me prodigaron, tenían más de compasivos que de afectuosos... ¡Ah, no!... no merecía eso la esposa del duque Alberto, la noble hija del conde Harrach!

WALLENSTEIN.—Sin duda censuraron mi reciente conducta...

LA DUQUESA.—¡Ojalá lo hicieran! Harto acostumbrada estoy á justificaros y á persuadir y calmar los ánimos irritados contra vos... Pero, no; lejos de criticaros, todos se encerraban en ceremonioso silencio que me oprimía. Lo que ha mediado no es un desacuerdo ordinario, ni un disgusto pasajero, no... algo fatal é irreparable sucede. Antes la reina de Hungría acostumbraba llamarme siempre «su querida prima...» me abrazaba siempre al despedirse.

WALLENSTEIN.—¿Y no lo hizo esta vez?

LA DUQUESA (enjugándose las lágrimas; después de una pausa).—Sí, me abrazó, pero en el momento de irme; estaba ya en la puerta, cuando corrió hacia mí, como si volviese en su acuerdo, y me estrechó contra su pecho conmovida, más que de afecto, de tristeza.

WALLENSTEIN.—Tranquilizaos... ¿Cómo habéis dejado á Eggenberg, á Lichtenstein y á los demás amigos?

LA DUQUESA (meneando la cabeza).— A ninguno de ellos he visto.

WALLENSTEIN.—¿Y el embajador español que solía defenderme con tanto calor?

LA DUQUESA.—Ya no despegaba los labios.

WALLENSTEIN.—¡Con que el sol no luce ya para nosotros! Fuerza será que brillemos con luz propia.

LA DUQUESA.—¿Pero es verdad que dicen aquí en voz alta lo que se murmura en la corte?... Algunas palabras de Lamormain...

WALLENSTEIN (con viveza).—¿Qué dice Lamormain?

LA DUQUESA.—Os acusan de extralimitaros en vuestros poderes y de menospreciar las órdenes del Emperador. Particularmente los españoles, y el orgulloso duque de Baviera, se quejan públicamente de vos. Os amaga una tempestad más formidable todavía de la que estalló en Ratisbona... Dicen... que se habla... no puedo repetirlo.

WALLENSTEIN (impaciente).—¿De qué?

LA DUQUESA.—De una segunda... (Se detiene.)

WALLENSTEIN.—¿De una segunda?

LA DUQUESA.—Y afrentosa... destitución.

WALLENSTEIN.—¡Esto dicen! (Se pasea agitado.)
¡Ah!... Quieren forzarme á ello... me enpujan á ello contra mi voluntad.

LA DUQUESA (se abraza á él mimosa y suplicante).—
¡Oh! esposo mío!... Si es tiempo todavía..., si con la sumisión y la condescendencia podéis desviar el golpe, someteos y dominad vuestro orgullo, os lo suplico... al fin y al cabo, cedéis á vuestro soberano, á vuestro emperador... Evitad que, como hasta ahora, manche la perversidad vuestros nobles intentos con envenenadas y odiosas insinuaciones, y armado con el victorioso poder de la verdad, alzaos á confundir la calumnia y la mentira! ¡Ah! ¡tenemos tan pocos amigos verdaderos!... Harto lo sabéis. Nuestra rápi-

da prosperidad nos hizo blanco del odio de los hombres: ¿qué somos si el Emperador nos retira su protección?

ESCENA III

Dichos. LA CONDESA TERZKY, trayendo de la mano á la PRINCESA TECLA

LA CONDESA.—¡Cómo, hermana mía! Ya le estás hablando de negocios, y, por lo que veo, de negocios molestos, aun antes de regocijarle con la vista de su hija? Los primeros momentos se han de consagrar á la alegría... Mira, papá, á tu hija.

(Tecla se acerca con timidez é intenta besarle la mano. El la abraza, y la contempla un momento embebecido.)

WALLENSTEIN.—Ah, sí; veo realizada mi más cara esperanza. La recibo en mis brazos como prenda de mayor dicha.

LA DUQUESA.—Muy niña era cuando parlisteis á organizar el ejército imperial, y á vuestro regreso de Pomerania, se hallaba ya en el convento, donde ha estado hasta hoy.

WALLENSTEIN.—En efecto, mientras guerreando trabajaba para engrandecerla, y le conquistaba los bienes de la tierra, la benéfica naturaleza derramaba sus favores sobre mi hija querida, entre los muros del claustro, y la embellecía generosa para su brillante destino.

LA DUQUESA (á la princesa).—¿Verdad que no hubieras conocido á tu padre?... Ocho años tendrías cuando lo viste por última vez.

TECLA.—Pero aún así, madre mía, le hubiese conocido á primera vista. Para mí no ha envejecido... Le veo tan hermoso y floreciente!... tan parecido á la imagen grabada en mi alma!

WALLENSTEIN (á la duquesa). — ¡Qué buena es! ¡Cuánta gracia y discreción!... Acusaba al destino

por haberme negado un hijo varón, que heredase mi nombre y mi fortuna, que perpetuase mi linaje con orgullosa sucesión de príncipes después de mi breve existencia, y estaba realmente injusto. Sobre esta sonriente cabeza de doncella depondré mi corona de triunfador; no ha de parecerme inútil y perdida, si puedo trocarla un día en diadema real con que adornar tan hermosa frente.

(La estrecha entre sus brazos todavía, cuando sale Max.)

ESCENA IV

Dichos.—MAX PICCOLOMINI, luego EL CONDE TERZKY

LA CONDESA.—Ahí tenemos al paladín que nos ha protegido.

WALLENSTEIN.—Bien venido seas, Max. Siempre fuiste para mí mensajero de ventura; como la estrella de la mañana, precedes al sol de mi vida.

MAX.—¡Mi general!

WALLENSTEIN.—Hasta ahora el Emperador y no yo, te protegía por mi mano; desde hoy te quedo tiernamente obligado como padre; Friedland en persona ha de pagar la deuda.

MAX.—En lo cual, príncipe, os mostráis harto diligente. Casi pesaroso y confuso llego á vuestra presencia, porque, apenas venido y cuando no he tenido tiempo de poner en vuestros brazos á vuestra hija y á vuestra esposa, me encuentro con un magnífico tren de caza para recompensarme de mi fatiga. ¡De mi fatiga! ¡No fué más bien un favor, que me apresuré á aceptar, y por lo visto que semejante encargo era para mí la mayor dicha.

(Sale Terzky y entrega al duque unas cartas que éste abre en seguida.)

LA CONDESA (á Max).—El no quiere pagar vuestro trabajo sino manifestaros su alegría. Si á vos os

toca portaros con delicadeza, á mi cuñado le corresponde también parecer siempre grande y magnífico.

TECLA.—Entonces también yo debiera dudar de su cariño, porque antes que su ternura me ha mostrado su generosidad con mil regalos.

MAX.—No vive sino haciendo la felicidad de los demás. (Con creciente calor, estrechando la mano á la duquesa.) ¡Todo se lo debo! ¡todo se encierra para mí en su caro nombre, Friedland! Esclavo suyo he de ser mientras viva. En él se contiene toda mi ventura, toda mi esperanza, y la suerte me encadena con mágico poder á este nombre.

LA CONDESA (que tanto habrá observado al duque con atención, nota que le preocupa la lectura de las cartas).—Quiere estar solo; dejémosle.

WALLENSTEIN (se vuelve rápidamente, afecta serenidad, y dice á la duquesa con calma).—Bien venida, princesa, lo repito; esta es vuestra corte. Tú, Max, continúa ejerciendo las funciones que te confié, mientras me ocupo yo en los asuntos del mando. (Max ofrece el brazo á la duquesa; la condesa se va con Tecla.)

TERZKY (llamando á Max).—No dejéis de asistir á la reunión.

ESCENA V

WALLENSTEIN.—TERZKY

WALLENSTEIN (abstraído profundamente, y como hablando consigo mismo).—Lo ha observado todo perfectamente; cuanto dice, concuerda con mis noticias. En Viena han tomado ya su resolución definitiva: ya me han dado sucesor. Ahora esperan su salvación del hijo del Emperador, el rey de Hungría. Este es el nuevo astro que amanece. Cuanto á nosotros, lo dan todo por concluído, y disponen de la

herencia como si estuviera yo difunto... Con que ¡no hay momento que perder! (Se vuelve, advierte que está allí Terzky y le da una carta.) El conde Altringer y Gallas se excusan... ¡Malo!

TERZKY.—Prosigue vacilando y te abandonarán uno tras otro.

WALLENSTEIN.—Altringer ocupa los desfiladeros del Tirol: conviene mandarle un enviado cualquiera para que no vaya á dejarme salir á los españoles de Milán... Senina, nuestro agente ha vuelto, ¿verdad?... ¿Qué nos trae de parte del conde Thurn?

TERZKY.—El conde dice que fué á ver al canciller de Suecia en Halberstadt, donde ahora se halla. Dice que estaba cansado de tratar contigo y no quería entablar ninguna otra negociación.

WALLENSTEIN.—¿Cómo es eso?

TERZKY.—Añade que nadie puede fiar en tu palabra; que pretendes burlar á los suecos, unirte con los sajones contra ellos, y á la postre despedirlos por miserable cantidad.

WALLENSTEIN.—¡Esto es!... ¿Quiere, por ventura, que suelte entre sus uñas como una presa, alguna hermosa comarca de Alemania? quiere que nos despojemos de nuestro propio suelo? ¡Fuera!... ¡fuera! Ninguna necesidad tenemos de tales vecinos.

TERZKY.—Pues yo les acordaría, no obstante, alguna pequeña porción. Al fin y al cabo no es la tuya. ¿Qué te importa quien paga si tú sales siempre ganando?

WALLENSTEIN.—No, no; fuera, fuera. No me comprendes. No han de decir de mí que hice pedazos la Alemania, y la vendí al extranjero para escamotear una porción de ella. Yo quiero que el imperio honre en mí á su protector, y sentarme dignamente entre sus príncipes después de haber mostrado grandeza de alma. No ha de echar raíces aquí ninguna potencia extraña, y mucho menos la hambrienta raza de los godos que contempla con envidia y rapaci-

dad las fértiles campiñas de nuestra tierra alemana. Han de ayudarme, sin sacar nada en cambio.

TERZKY.—¿Y usarás de más lealtad con los sajones?... Te advierto que pierden ya la paciencia con tu tortuosa conducta. ¿Qué intentas hacer con tantos disfraces? Habla claro. Tus amigos dudan y ya no saben qué pensar. Ni Oxerstiern ni Arnheim, ni nadie comprende tus vacilaciones, y en último resultado paso por un embustero. Yo respondo de todo, y ni siquiera tengo un escrito de tu puño y letra.

WALLENSTEIN.—Ya sabes que no doy á nadie un escrito mío.

TERZKY.—¿Y en qué reconocerán tu sinceridad, si tus acciones no corresponden nunca á tus promesas?... Tú mismo debes comprenderlo... Desde que entraste en negociaciones con el enemigo, todo ha ido ocurriendo como si quisieras burlarle.

WALLENSTEIN (tras un momento de silencio, y mirándole fijamente).—¿Y quién te dice que ésta no sea mi intención? ¿Mofarme de ellos y de vosotros todos. ¿Tanto me conoces? Que yo sepa, á nadie he mostrado claramente el fondo de mi alma. Verdad que el Emperador se portó muy mal conmigo y podría, si quisiera, causarle grandes perjuicios; me complazco en ver claramente que lo puedo; pero ni tú ni nadie sabe si realmente quiero causárselos.

TERZKY.—¡Entonces juegas continuamente con nosotros!

ESCENA VI

Dichos.—ILLO

WALLENSTEIN.—¿Qué ocurre por allí...? ¿Están dispuestos?

ILLO.—A todos los hallarás en la disposición de ánimo que deseas. Conocen las exigencias del Emperador, y están que trinan.

WALLENSTEIN.—¿Y qué dice á esto Isolani?

ILLO.—Es tuyo en cuerpo y alma desde que relevaste su crédito.

WALLENSTEIN.—Y Collalto ¿qué partido toma?... ¿Estás seguro de contar con Deodati y Tiefenbach?

ILLO.—Estos harán lo que hagan los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Entonces puedo contar con ellos?

ILLO.—Si estás seguro de los Piccolomini.

WALLENSTEIN.—Como de mí mismo. Estos no me abandonarán jamás.

TERZKY.—Por mi parte quisiera que no confiaras tanto en ese zorro de Octavio.

WALLENSTEIN.—¿Has de enseñarme tú á conocer á los hombres? En diez y seis combates le tuve á mi lado. Fuera de que consulté su horóscopo; nacimos bajo la misma constelación y... en una palabra... (misteriosamente) tengo particulares motivos... Si me respondéis de los otros...

ILLO.—Un solo pensamiento los anima: que no abandonen el mando. Creo que quieren mandarte una diputación.

WALLENSTEIN.—Si he de contraer con ellos algún compromiso, justo es que ellos en cambio se obliguen á algo conmigo.

ILLO.—Por supuesto.

WALLENSTEIN.—Prométanme por escrito y bajo juramento que se consagrarán á mi servicio sin reserva.

ILLO.—¿Por qué no?

TERZKY.—¿Sin reserva? Siempre dejarán á salvo sus deberes para con el Austria y el Emperador.

WALLENSTEIN (moviendo la cabeza).—Quiero esta promesa sin reserva alguna. No acepto ninguna condición.

ILLO.—Me ocurre una idea... Esta noche creo que nos da un banquete el conde de Terzky.

TERZKY.—Sí, y están invitados todos los generales.

ILLO (á Wallenstein).—Dí: ¿quieres concederme ple-

nos poderes? Yo te traeré la promesa de todos los generales, conforme desees.

WALLENSTEIN.—Tráemela por escrito. El modo de obtenerla es cuenta tuya.

ILLO.—Y, si de un modo ú otro pruebo con un documento en la mano que todos los generales aquí reunidos se entregan ciegamente, ¿obrarás entonces con formalidad y tentarás la fortuna con audacia?

WALLENSTEIN.—Tráeme el escrito.

ILLO.—Medita lo que haces. Tú no puedes cumplir las exigencias del Emperador y debilitar el ejército, permitiéndole que se una á los españoles, si no quieres que se te vaya de las manos para siempre tu poder. Por otra parte, si no estás decidido á romper con la Corte, tampoco te es posible despreñar la orden imperial, y seguir con subterfugios y aplazamientos. Decídete: ¿quieres ganarle por la mano? ¿quieres aguardar al último extremo difiriendo el plan una vez más?

WALLENSTEIN.—Esto es lo más conveniente; aguardar antes de tomar una resolución extrema.

ILLO.—¡Oh! Aprovecha la ocasión favorable antes no se te escape. Se ofrece tan rara vez en la vida la hora decisiva!... Cuando llega el momento de tomar una resolución, todas las circunstancias concurren á ella; pero luego, una vez los resortes del hado concurren sobre un punto de la vida formando el difícil germen, se separan y dispersan uno á uno. ¡Observa cómo en torno tuyo todo aparece grave y decisivo!... Los primeros y mejores jefes, congregados alrededor de ti, ¡de ti, su real soberano!... sólo esperan la señal. ¡Oh!... No dejes que se dispersen uno tras otro... Luego te será imposible reunirlos otra vez en todo el curso de la guerra. Esta es la marea alta que levanta el pesado navío y lo lleva lejos de la playa. Cada cual siente crecer su ánimo arrebatado de la corriente de la multitud. Hoy son tuyos, tuyos todavía!... pero bien pronto la guerra los dispersará, y el interés particular y las vulgares

exigencias de la vida se sobrepondrán al interés general. Entonces, quien ahora arrebatado de la corriente se olvida de sí mismo, despertará de su embriaguez, y sintiéndose aislado é impotente, volverá al camino trillado del deber buscando salvación y abrigo.

WALLENSTEIN.—No es tiempo aún.

TERZKY.—Siempre estás repitiendo lo mismo. ¿Y cuándo llegará?

WALLENSTEIN.—Cuando yo lo diga.

ILLO.—¡Eso es!... Y mientras aguardas á que sue-
ne la hora que han de marcar las estrellas, dejas
pasar la de la tierra. Créeme; sólo en tu corazón se
halla el astro del destino; fia en ti mismo y resuelve;
esta es la verdadera estrella. La única influencia
maléfica que debes temer es la duda.

WALLENSTEIN.—Estás hablando según te es dado al-
canzar. ¡Cuántas veces te lo expliqué!... Naciste en
el punto en que tocaba á su ocaso Júpiter, el diós
de la luz, y no te fué dado penetrar el misterio, ni
salir de las tinieblas de la tierra donde vives su-
mergido como un troglodita. Tu ciega mirada sólo
percibe pálidos y tenues fulgores de subterráneo.
Puedes, es verdad, juzgar de lo vulgar y terrestre
con tacto y prudencia, y por eso tengo en ti confian-
za y me inclino siempre á tu parecer. Mas para ver
los misterios que se realizan en las profundidades
de la naturaleza, ó la escala de los espíritus que
arrancando del polvo sube hasta los astros, y por
donde ascienden y bajan las potencias celestes; pa-
ra abarcar los cerrados círculos que se estrechan
alrededor del sol, su centro natural; para esto, hay
que tener los ojos abiertos, hay que ser hijo pers-
picaz de Júpiter. (Después de haber dado algunos
pasos por la sala, se detiene y continúa.) Los as-
tros no sirven sólo para medir el día y la noche, la
primavera y el verano, el tiempo de la siembra ó
de la siega; no. También las acciones de los hombres
son como fecunda simiente sembrada en los oscuros

campos del porvenir, y confiada por la esperanza al poder de la fortuna. Fuerza es conocer, pues, el tiempo propicio de la siembra por los signos del cielo, á fin de saber si se oculta en ellos con su maléfico influjo el enemigo del éxito y de la prosperidad. Dejadme, pues, aguardar, y haced en tanto lo que os toca. Ahora no puedo deciros lo que haré, pero sí que no cederé, eso no: ni yo cederé ni ellos me depondrán. Partid de este supuesto.

UN CRIADO (sale).—Los señores generales...

WALLENSTEIN.—Que pasen.

TERZKY.—¿Quieres que entren todos?

WALLENSTEIN.—No hay necesidad. Pueden entrar los dos Piccolomini, Maradas, Buttler, Forgatsch, Deodati, Caraffa é Isolani. (Terzky se va con el paje. A Illo.) ¿Hiciste vigilar á Questenberg?... ¿Habló á alguien particularmente?

ILLO.—Buen cuidado tuve de observarlo. Sólo ha visto á Octavio.

ESCENA VII

Dichos.—QUESTENBERG, los dos PICCOLOMINI, BUTTLER, ISOLANI, MARADAS, y otros tres generales. A una señal del duque, Questenberg se sienta en frente de él y los demás se colocan por orden de jerarquía.—Pausa.

WALLENSTEIN. — Me he enterado perfectamente, Questenberg, de vuestra comisión, y después de maduras reflexiones he tomado mi partido, que es irrevocable. Conviene, sin embargo, que los generales oigan de vuestros labios la voluntad del Emperador. Dignaos exponer á estos nobles capitanes vuestro encargo.

QUESTENBERG.—Estoy dispuesto á ello; más antes os suplico que recordéis que hablo sólo como representante de la soberanía y dignidad del Emperador, y no por propio impulso.

WALLENSTEIN.—Excusad los preámbulos.

QUESTENBERG.—Cuando Su Majestad el Emperador confirió el mando del valiente ejército al duque de Friedland, experto y coronado de gloria, fué con la esperanza de ver mudarse bien pronto la suerte de la guerra, y tomar un sesgo más favorable. Pareció al principio que iban á realizarse sus deseos. Libertada Bohemia de los sajones, y detenida la invasión de los suecos, este país empezaba á respirar desde el momento en que el duque obligó á reunirse sobre un solo punto al ejército enemigo disperso por Alemania, y forzó al ringrave, á Bernardo, á Banner, á Oxenstern, al mismo rey invencible hasta entonces, á reunirse en Nuremberg, y terminar la lucha con una gran batalla decisiva.

WALLENSTEIN.—Al grano, si os place.

QUESTENBERG.—Bien pronto un nuevo espíritu reveló la presencia de un nuevo jefe. No era ya la guerra el choque brutal de un furor ciego contra otro furor más ciego todavía. En las batallas, sabiamente dirigidas, vióse la firmeza resistiendo á la audacia, la habilidad y la prudencia fatigando al arrojo. En vano intentaba el enemigo forzar el combate; el jefe se parapetaba y fortificaba en su campo, como si hubiese querido fundar en él su morada. Entonces, desesperado el rey, arrastra á un asalto á sus tropas, diezmadas por la peste y el hambre, y acostumbrado á no hallar obstáculo alguno en su marcha, intenta abrirse violento paso á través de aquellas trincheras que vomitan la muerte en torno. ¡Jamás se había visto tal arrojo en el acometer, ni tal firmeza en el resistir!... Vióse forzado á retirarse con el ejército destrozado, y sin que tamaño sacrificio de gente le valiera una sola pulgada de terreno.

WALLENSTEIN.—Excusadnos la relación, leída en los boletines, de lo que vimos con nuestros propios ojos con horror.

QUESTENBERG.—Aunque traigo la comisión de presentar algunos cargos, me complace entretenerme

en el elogio... En esto el rey de Suecia perdió su reputación en Nuremberg, y la vida en Lutzen. ¿Quién no se sorprendió viendo que tras esta gran jornada huía el duque de Friedland á Bohemia, como si hubiese sido derrotado, y abandonaba el teatro de la guerra, mientras el joven héroe de Weimar avanzaba sin obstáculo por la Franconia, se abría camino hasta el Danubio, y parecía de golpe ante Ratisbona con espanto y terror de los fieles católicos? De repente, en su mayor apuro clama por socorros el digno príncipe de Baviera. Siete mensajes envió el Emperador al duque de Friedland, rogándole y conjurándole cuando podía mandar como señor... ¡Todo en vano!... El duque sólo atiende en aquel supremo instante á su rencor, á sus antiguos odios; sacrifica el bien público al deseo de vengarse de su antiguo enemigo, y Ratisbona sucumbe.

WALLENSTEIN.—¿A qué tiempo se refiere, Max?... Lo tengo olvidado...

MAX.—Habla de cuando estábamos en Silesia.

WALLENSTEIN.—¡Ah!... sí... ¿A qué habíamos ido allí?

MAX.—A batir á los sajones y á los suecos.

WALLENSTEIN.—Está bien. Con la descripción me olvido de toda la guerra. (A Questenberg.) Continúa.

QUESTENBERG.—Acaso iba á desquitarse en el Oder de lo perdido vergonzosamente á orillas del Danubio. Todos esperaban ver desplegarse nuevas maravillas sobre aquel nuevo teatro de la guerra, donde Friedland en persona, Friedland, el rival de Gustavo Adolfo, iba á encontrarse frente á frente con un Thurn y un Arnheim. Pero nada ocurrió. Halláronse en efecto muy cerca uno de otro, más fué para tratarse como amigos, y cumplirse recíprocamente los deberes de la hospitalidad. Y mientras Alemania gemía bajo el peso de la guerra, reinaba la paz en el campamento de Wallenstein.

WALLENSTEIN.—Sólo los generales bisoños, necesitados de victorias, suelen librar batallas sin motivo alguno. Cabalmente la ventaja de un general acreditado consiste en que nada le obliga á combatir para mostrar al mundo su valor y su pericia. ¿De qué me hubiera servido ejercer con un Arnheim el ascendiente de mi fortuna? Más ventajosa hubiera sido para Alemania mi moderación, si con ella hubiese logrado desbaratar la funesta alianza de sajones y suecos!

QUESTENBERG.—Pero no lo lograsteis, y estalló de nuevo la guerra... En ella justificó el príncipe su antigua reputación. Sin descargar un solo golpe, el ejército sueco hubo de deponer las armas en los campos de Steinau, y esta vez la justicia divina entregó á la vendanza á Matías de Thurn, el hombre funesto que había encendido con impía mano la tea de la discordia... Pero cayó en poder de un vencedor generoso. Lejos de ser castigado, otorgósele una recompensa. El príncipe libertó y cargó de beneficios al mortal enemigo del Emperador.

WALLENSTEIN (sonriendo).—Ya sé que en Viena habían alquilado ya ventanas y balcones para verle pasar en la fatal carreta. Podía perder vergonzosamente la batalla, sin que nadie alzase el grito, pero ¡privarles de semejante espectáculo!... eso no me lo perdonan nunca.

QUESTENBERG.—Libre ya Silesia, todo llamaba al duque á Baviera oprimida. Emprende en efecto la marcha, y atraviesa lentamente Bohemia tomando el camino más largo. Pero, súbitamente, antes de haber visto al enemigo, retrocede á toda prisa á sus cuarteles de invierno, y viene á oprimir el territorio del Emperador con los mismos ejércitos imperiales.

WALLENSTEIN.—Lástima daba verlos, necesitados de todo, víctimas de las mayores privaciones, y con el invierno en perspectiva. ¿Qué idea se ha formado Su Majestad de sus tropas? ¿Acaso no somos hom-

bres de carne y hueso como los demás, y sujetos por tanto á los rigores del frío y de la lluvia, y á todo género de padecimientos? ¡Qué suerte tan condenada la del soldado! Donde quiera que va, todos huyen delante de él; en cuanto se retira, todos le maldicen. Forzado á tomárselo todo por su mano, puesto que nadie le da nada, acaba por ser objeto de horror de los mismos que se lo niegan todo y que le obligan al despojo. Aquí están mis generales. Caraffa, conde Deodati, Buttler, decidle cuánto tiempo hace que las tropas no reciben su paga...

BUTTLER.—Un año llevamos sin cobrar.

WALLENSTEIN.—Y sin embargo, fuerza es que el soldado reciba la soldada; hasta su mismo nombre trae de ella su origen.

QUESTENBERG.—No era éste el lenguaje del duque de Friedland ocho ó nueve años atrás.

WALLENSTEIN.—Es verdad; he aquí mi falta; yo mismo he acostumbrado mal al Emperador. Nueve años atrás, cuando la guerra de Dinamarca, puse en pie un ejército de cuarenta ó cincuenta mil hombres sin que le costara un ochavo. Aquellas furiosas huestes desencadenaron la guerra sobre Sajonia, é hicieron retemblar las orillas del Belt con el nombre del Emperador. ¡Qué tiempos aquellos! En todo el imperio no había entonces nombre más aclamado y más honrado que el mío. Alberto de Wallenstein era el tercer diamante de la corona imperial. Pero vino la dieta de los Príncipes en Ratisbona, y todo cesó. Allí descubrieron de qué fondos me había valido. ¿Y cuál fué mi recompensa por mi comportamiento de fiel vasallo, por haberme atraído la maldición de los pueblos, y haber hecho pagar á los príncipes los gastos de una guerra que sólo al Emperador engrandecía? Sacrificarme á sus quejas... deponerme!

QUESTENBERG.—Vucencia no ignora cuánto coartó la libertad del Emperador aquel desdichado congreso.

WALLENSTEIN.—¡Mil rayos!... En mis manos estaba el poder de devolvérsela... No, señor, no. Desde que me salió tan mal servir al trono á expensas del país, he aprendido á pensar de otro modo. Es verdad que del Emperador he recibido el mando, pero como general del imperio lo empleo en el bien y la salvación de todos, no en el engrandecimiento de uno solo... Más vengamos á lo que importa. ¿Qué quieren de mí?

QUESTENBERG.—Ante todo quiere el Emperador que el ejército salga sin dilación de Bohemia.

WALLENSTEIN.—¿En la actual estación? ¿Y hacia dónde quiere que nos dirijamos?

QUESTENBERG.—Al encuentro del enemigo. Porque Su Majestad quiere que se purgue de ellos Ratisbona, antes de Pascua, y cesen de resonar en sus catedrales las predicaciones luteranas y las abominaciones de la herejía, que profanan la santidad de aquellas fiestas.

WALLENSTEIN.—¿Es posible, señores?

ILLO.—No, no es posible.

BUTLER.—No es posible.

QUESTENBERG.—El Emperador ha ordenado al coronel Suys que avanzara hacia Baviera.

WALLENSTEIN.—¿Y qué ha hecho Suys?

QUESTENBERG.—Lo que debía: se ha puesto en marcha.

WALLENSTEIN.—¿Se ha puesto en marcha, cuando yo le mandé expresamente que continuara en su puesto?... ¿No está á mis órdenes?... ¿Esta es la obediencia que me deben, y sin la cual no es posible la guerra?... Juzgad vosotros, señores. ¿Qué merece el oficial que viola su juramento y falta á la disciplina?

ILLO.—La muerte.

WALLENSTEIN (viendo que los demás reflexionan, dice alzando la voz).—Conde Piccolomini, ¿qué ha merecido?

MAX (tras largo silencio).—Según la ley, la muerte.

ISOLANI.—La muerte.

BUTTNER.—Con arreglo á ordenanza, la muerte.
(Questenberg se levanta, Wallenstein hace luego lo propio, y los demás le imitan.)

WALLENSTEIN.—Le condena la ley, no yo. Si le indulto, agradézcalo á la consideración que me merece el Emperador.

QUESTENBERG.—Entonces, nada me resta que añadir.

WALLENSTEIN.—Yo no acepté el mando sino con ciertas condiciones: fué la primera, que nadie, absolutamente nadie, ni siquiera el Emperador, pudiese dar una sola orden al ejército, en menoscabo de mis atribuciones, puesto que si respondo de todo con mi honor y mi cabeza, justo es que sea el dueño. ¿Por qué fué irresistible é invencible Gustavo? Porque era el rey de su ejército, y al hombre que es realmente rey, sólo pueden vencerle sus iguales. Pero volvamos al hecho; falta lo mejor.

QUESTENBERG.—El Cardenal-infante desalojará Milán la primavera próxima para llevar un ejército español á los Países-Bajos, atravesando Alemania. Para asegurar su marcha, quiere el Emperador que vaya acompañado de ocho regimientos de caballería.

WALLENSTEIN.—¡Comprendo!... comprendo!... Ocho regimientos... ¡Qué bien imaginado está, padre Lamormain! A no encerrar tan infernal astucia, tentado estaría de calificar de necio el proyecto... ¡Ocho mil caballos!... Sí, sí, perfectamente;... ya veo á dónde se dirigen.

QUESTENBERG.—En esto no hay segunda intención... lo impone la prudencia... la necesidad lo manda.

WALLENSTEIN.—¡Señor embajador! ¿Cómo no queréis que entienda que están cansados de ver entre mis manos la espada del poder, y aprovechan el más insignificante pretexto para desmembrar mi ejército y se valen del nombre español para traer aquí nuevas fuerzas no sometidas á mi mando?... Pero

Schiller—Tomo III—13.

soy muy fuerte todavía para que me den de lado. En mi convenio se establece que todos los ejércitos del Emperador estarán sujetos á mi mando, en toda la extensión del territorio alemán, pero no se habla ¡claro está! de tropas españolas, ni de infantes que atraviesan Alemania de paso, como viajeros... Así trabajan secretamente y en silencio en la obra de debilitar mi poder de día en día, hasta inutilizarme del todo y sentenciarme luego... Pero, ¿á qué semejantes rodeos, señor ministro?... Hablad con toda franqueza. El pacto que el Emperador concluyó conmigo, le pesa, y quisiera que me retirase ¿no es esto? Pues yo le daré este gusto. Antes de vuestra llegada lo había resuelto ya. (Gran agitación entre los generales, que se aumenta por grados.) Por mis capitanes lo siento, porque no veo cómo obtendrán el dinero que anticiparon, ni las recompensas que tan merecidas tienen. Un nuevo jefe se acompaña siempre de hombres nuevos, y envejecen pronto los antiguos servicios. Además, en el ejército figuran muchos extranjeros, y si á mí me bastaba que el soldado fuese hábil y valiente, sin atender para nada ni á su procedencia ni á su religión, en lo futuro será de otro modo; pero esto ya no me concierne. (Se sienta.)

MAX.—Dios nos libre de llegar á tal extremo. El ejército entero se sublevaría con espantoso tumulto... Sin duda se abusa del nombre del Emperador... Esto no es posible.

ISOLANI.—Es imposible; todo se desplomaría de una vez.

WALLENSTEIN.—Pues así será, mi fiel Isolani: cuanto alzamos con nuestra prudencia se hundirá en escombros. Pero ya encontrarán otro general y otro ejército para reunirse en torno del imperio, en cuanto suene el tambor.

MAX (agitado, apasionado, va de uno á otro para apaciguarlos).—Oídme, general; oídme, señores. ¡Calmá, príncipe! Nada resolváis hasta que hayamos ce-



WALLENSTEIN.—¡Señor de Questenberg!

lebrado consejo y dirigido nuestras representaciones... Venid, amigos; creo que aún estamos á tiempo de repararlo todo.

TERZKY.—Venid, venid; á fuera encontraremos á los demás oficiales. (Se van.)

BUTTLE (á Questenberg).—Si queréis seguir un buen consejo, no os presentéis en público ahora; podría ser muy bien que vuestra llave de oro no os preservara de la violencia.

(Suenan rumores dentro.)

WALLENSTEIN.—El consejo es oportuno. Octavio, tú me respondes de la seguridad de mi huésped. ¡Señor de Questenberg!... (Saludándole; Questenberg intenta hablar.) No, ni una palabra más sobre este odioso asunto. Cumplísteis vuestro deber, y sé distinguir perfectamente el hombre de su cargo.

(Questenberg y Octavio intentan retirarse en el punto en que salen Gøtz, Tiefenbach y Collalto, seguidos de otros comandantes.)

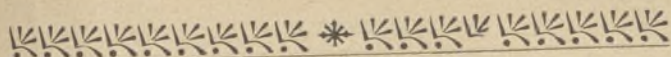
GØTZ.—¿Dónde está quien á nuestro general...?

TIEFENBACH (al mismo tiempo)...—¿Qué acabamos de oír?... ¿Quieres...?

COLLALTO.—Queremos vivir y morir contigo.

WALLENSTEIN (señalando á Illo con dignidad).—El mariscal de campo conoce mi voluntad. (Vase.)





ACTO III

ESCENA I

Una habitación

ILLO, TERZKY

TERZKY

Decidme, ¿qué pensáis hacer con los jefes en el banquete?

ILLO.—Redactaremos un acta, en la cual conste que nos comprometemos en común á seguir adictos al duque, y á verter por él la última gota de sangre, salvo sin embargo el juramento de fidelidad prestado al Emperador... Observad que esta cláusula figurará tan sólo para tranquilizar las conciencias... Ahora bien, así formulado el compromiso, será leído á todos antes del banquete, y no podrá chocar á nadie; pero, fijaos en esto... cuando el vino habrá enturbiado las potencias, presentaremos otro escrito, sin la cláusula, para firmarlo.

TERZKY.—¿Y cómo suponer que se considerarán ligados por un juramento arrancado con astucia?

ILLO.—Bah, cuando estén comprometidos, ya pueden chillar lo que gusten. En la corte darán más crédito á sus firmas que á sus sagradas protestas, y una vez declarados traidores, se verán forzados á serlo; con que harán de la necesidad virtud.

TERZKY.—Perfectamente; me parece bien. Acertemos el golpe, y adelante.

ILLO.—Además, lo que nos importa sobre todo, no es el éxito con los generales, sino persuadir al jefe de que están á su disposición. Obre él resueltamente como si dispusiera de ellos, y suyos serán y los llevará donde quiera.

TERZKY.—Ocasiones hay en que no le comprendo. A veces atiende al enemigo, me hace escribir á Thurn, ó á Arnheim, habla con absoluta confianza de Sesina, y me entretiene horas enteras desarrollando sus planes; y cuando me figuro ser dueño absoluto de su secreto, se me escurre de entre las manos. Me parece que por ahora sólo desea continuar como antes.

ILLO.—¡Renunciar él á sus antiguos proyectos! Os aseguro que ni dormido ni en vela se ocupa en otra cosa. Diariamente consulta los astros acerca del asunto.

TERZKY.—Ah, sí; ¿sabéis que esta noche se encierra con el doctor en la torre para hacer observaciones? Según dicen, esta noche es de gran trascendencia, y han de ocurrir en el cielo grandes fenómenos, esperados mucho tiempo há.

ILLO.—¡Ojalá ocurrieran también en la tierra! Ahora los generales deliran por él y harán cuánto sea dable por no privarse de su jefe. ¡Qué ocasión tan propicia! Vamos á formar una alianza estrecha contra la corte para conservar el mando, y aunque el pretexto es inocente, ya sabéis que en el calor de la acción bien pronto perdemos de vista el punto de partida. Si el príncipe los halla dispuestos á seguir adelante con una empresa audaz, la ocasión le seducirá; una vez haya dado el primer paso, que Viena no podrá perdonarle nunca, la fuerza de las circunstancias le arrebatará en su camino. Para él lo más difícil es decidirse; pero en cuanto apremia el momento, recobra todo su vigor y su buen golpe de vista.

TERZKY.—Esto es lo que aguarda también el enemigo para enviarnos un ejército.

ILLO.—¡Vamos!... Hay que hacer más ahora que no hicimos durante años enteros. Si van las cosas de la tierra como deseamos, ya aparecerán las oportunas estrellas. Vamos á ver á los generales. Machaquemos el hierro ahora que está ardiendo.

TERZKY.—Id vos, Illo... yo me quedo á aguardar á la condesa. No dudéis de que no estaré yo ocioso. Si se rompe una cuerda, ya tengo otra preparada.

ILLO.—Cierto... ví que la condesa sonreía con malicia: ¿qué os proponéis?

TERZKY.—Es un secreto... ¡Silencio!... Ella sale.
(Se va Illo.)



ESCENA II

EL CONDE y LA CONDESA TERZKY saliendo de su gabinete.
Luego un criado.—ILLO luego

TERZKY.—¿Viene ella? No puedo detenerle más.
LA CONDESA.—Pronto estará aquí. Dile que venga.

TERZKY.—No sé si el príncipe nos agradecerá lo que hacemos. Sobre esto, no dijo nunca su opinión de un modo claro. Tú me has persuadido, y sabes hasta dónde puedes aventurarte.

LA CONDESA.—Respondo de todo. (Aparte.) No necesito yo plenos poderes... sin hablar nos comprendemos mi hermano y yo. ¿No he adivinado por qué hizo venir á su hija, y eligió cabalmente á Piccolomini para acompañarla? Los pretendidos compromisos con un novio, á quien nadie conoce, pueden deslumbrar á otros; pero yo adivino su intento. A él no le corresponde mezclarse en estas negociaciones. No, sin duda... Todo lo fía á mi perspicacia... quiero probarle que no se engaña conmigo.

UN CRIADO (sale).—Los generales. (Vase.)

TERZKY.—Cuida de exaltarle y preocupar su ánimo... Que no vacile en firmar cuando se siente á la mesa.

LA CONDESA.—Atiende tú á los convidados, y tráemelo.

TERZKY.—Mira que todo depende de su firma.

LA CONDESA.—Vé...

ILLO (volviendo).—¿Qué estáis haciendo, Terzky? La sala está llena, y todos os aguardan.

TERZKY.—Voy, voy. (A la condesa.) Que no tarde... El padre podría sospechar...

LA CONDESA.—Inútil solicitud. (Terzky é Illo se van.)

ESCENA III

LA CONDESA TERZKY, MAX PICCOLOMINI

MAX (asomando tímidamente).—¿Puedo entrar?... (Se adelanta hasta el centro de la sala y mira en derredor con inquietud.) ¡No está! ¿Dónde está?

LA CONDESA.—Buscad bien... quizás se oculta detrás de aquella mampara.

MAX.—Ahí están sus guantes. (Intenta cogerlos y

la condesa se lo impide.) ¡Qué mala!... ¿Me rehusáis...? Os complacéis en atormentarme.

LA CONDESA.—¿Así agradecéis mi solicitud?

MAX.—¡Oh!... Hacedos cargo de mi intranquilidad!... Desde que estamos aquí... ¡tanto cumplido! no aventurar una sola palabra!... ni una mirada!... No puedo acostumbrarme á ello.

LA CONDESA.—Pues á otros rigores habéis de acostumbraros todavía, mi buen amigo. Debo poner á prueba vuestra docilidad. Sólo con esta condición puedo intervenir en este asunto.

MAX.—Pero ¿dónde está ella?... ¿Por qué no viene?

LA CONDESA.—Es preciso que lo fiéis todo á mi cargo... ¿A quién hallaréis mejor dispuesto en vuestro favor? Nadie ha de saber y menos vuestro padre...

MAX.—Es inútil la recomendación, porque no hay aquí ni una cara simpática á quien pudiera confiarme. ¡Ay, tía mía! O ellos o yo hemos cambiado mucho... Me siento en medio de ellos como extranjero, y no hallo en parte alguna el menor rastro de mis antiguos deseos y alegrías... ¿A dónde han ido á parar? Antes gustaba de esa gente, ¡y ahora me parece todo tan vulgar y tan vacío! A mis compañeros los encuentro insoportables; á mi propio padre no sé qué decirle; el servicio... las armas... todo me importuna... Me pasa exactamente lo mismo que á un alma bienaventurada que volviese del paraíso á sus juegos y pueriles preocupaciones, á sus deseos, á sus amistades, á todas las miserias de la humanidad.

LA CONDESA.—Os ruego, sin embargo, que dirijáis alguna mirada á este mísero mundo, donde cabalmente ocurre en este momento algo importantísimo.

MAX.—Veo en efecto que algo pasa; lo infiero de cierta animación y actividad inusitadas que noto á mi alrededor. Ya lo sabré sin duda, cuando haya terminado... ¿Dónde diréis que estuve, tía?... No os burléis de mí... Me pesaban de tal modo el tumulto del campamento, la importuna multitud de ami-

gos, sus necias chanzas, sus vanas conversaciones, que fuí á buscar el silencio y un asilo para mí dicha... no os riáis... he estado en la iglesia. Cerca de aquí hay un monasterio; entré en el santuario y me hallé cabalmente solo. Hay en el altar una imagen pintada de la Virgen, y aunque bastante mala, fué para mí la amiga que buscaba en aquel momento... ¡Cuántas veces he visto á Dios con todo su esplendor, y observé el fervor de los fieles! pero nunca semejante espectáculo me había conmovido como ahora... No sé cómo, vengo á comprender ahora súbitamente la devoción lo mismo que el amor.

LA CONDESA.—Gozad de vuestra ventura, y olvidad el mundo que os rodea, mientras vela y obra por vos la amistad. Pero obedeced dócilmente á quien os muestre el camino de la dicha.

MAX.—¿Dónde está Tecla? ¡Oh felices tiempos aquellos de nuestro viaje en que el alba naciente nos reunía, y sólo la noche nos separaba! Ni caía la arena en el reloj, ni sonaban las campanas. Parecía que el tiempo había detenido para nosotros, como para los bienaventurados, su eterna carrera... ¡Ah, verse forzado á contar las horas, es ya caer del cielo; la campana no suena nunca para los dichosos!

LA CONDESA.—¿Cuánto hace que le habéis dicho vuestro afecto?

MAX.—Esta mañana he aventurado la primera palabra.

LA CONDESA.—¡Cómo!... ¡hasta esta mañana, después de veinte días de verla!...

MAX.—Nos hallábamos en el castillo donde nos habéis alcanzado, más acá de Nepomuck, última estación de nuestro viaje, y estábamos silenciosos y en pie contemplando desde una ventana la vasta campiña, por donde galopaban los dragones de la escolta. Angustiado con la proximidad de nuestra separación, osé pronunciar estas palabras: «Todo esto me advierte, señorita, que he de despedirme

de mi felicidad. Dentro de breves horas os hallaréis junto á vuestro padre, y rodeada de nuevos amigos; ya sólo seré para vos un extraño perdido entre la multitud.» «Hablad á mi tía,» me dijo rápidamente. Su voz temblaba; se ruborizó, y alzando lentamente los ojos chocaron con los míos... Ya no fuí dueño de mí... (Sale la Princesa y se detiene en la puerta, sin que la vea Max, pero sí la Condesa.) La estreché con audacia entre mis brazos, y mis labios rozaron los suyos... pero sonó ruido en la sala vecina; érais vos... Ya sabéis todo lo ocurrido.

LA CONDESA (tras un momento de silencio, y mirando de soslayo á Tecla)...—¿Y tan reservado ó tan poco curioso sois que no me preguntáis mi secreto?

MAX.—¿Vuestro secreto?

LA CONDESA.—¡Claro que sí!... Entré en la sala inmediatamente después de haber salido vos, y mi sobrina, en aquel primer momento de sorpresa, me dijo...

MAX (con viveza)...—Hablad...

ESCENA IV

Dichos.—TECLA, adelantándose rápidamente

TECLA.—No os molestéis, tía; mejor lo oiré de mis labios.

MAX (retrocediendo).—¡Señorita!... ¡por qué me habéis dejado hablar, Condesa!

TECLA (á la Condesa).—¿Hace rato que está aquí?

LA CONDESA.—Sí, y no puede permanecer mucho con nosotras... ¿Dónde has estado tanto tiempo?

TECLA.—Mi madre volvió á llorar... Veo cuánto padece... y á pesar de todo, me siento dichosa.

MAX (contemplándola extasiado).—¡Ah! puedo volver á miraros! Esta mañana me era imposible... El brillo de vuestros aderezos me ocultaba á mi amada.

TECLA.—¡Será que entonces me mirábais con los ojos, y no con el corazón!

MAX.—¡Ah! Esta mañana, cuando os ví rodeada de los vuestros, y en brazos de vuestro padre; cuando me he sentido extraño á vos, tentaciones me dieron de echarme á su cuello llamándole padre también!... Pero su severa mirada imponía silencio á mis ardientes y vivas sensaciones, y me inspiraban respeto aquellos diamantes que os ceñían la frente como una corona de estrellas. ¿Por qué vuestro padre, al recibirnos, parecía trazar en torno vuestro un círculo mágico? ¿Por qué adornar al angel como una víctima, é imponer á vuestro corazón risueño el triste peso de la jerarquía? El amor osa dirigirse al amor, pero sólo un rey se atreviera á acercarse viéndoos rodeada de semejante aureola!

TECLA.—¡No hablemos de ese disfraz!... Ya veis cuán pronto lo arrojé! (A la Condesa.) Parece agitado é intranquilo. ¿Por qué, tía? ¿Le habéis afligido? Era otro hombre durante el viaje... ¡Estaba tan sereno, tan parlanchín...! Así quisiera verle siempre. ¡

MAX.—En brazos de vuestro padre, en un mundo nuevo que os acata y reverencia, la novedad del cambio, por lo menos, deslumbrará vuestros ojos.

TECLA.—Confieso, en efecto, que hay aquí muchas cosas que me encantan. Me gusta esa vida y esa animación, ese aparato bélico que renueva en mí mis ideas predilectas, y presta cuerpo y realidad á lo que hasta ahora me apareció como un sueño.

MAX.—En cambio yo, como un sueño veo desvanecerse mi positiva ventura. De la etérea región en que he vivido estos últimos días, caigo otra vez á la tierra; el camino que me conduce á mis antiguos hábitos, me separa del cielo.

TECLA.—Tales mudanzas parecen más suaves cuando llevamos en el corazón un tesoro seguro. En cuanto á mí, cuando me fijo en el exterior, vuelvo á gozar con mayor encanto mi mayor posesión...

¡Qué de cosas extraordinarias y nuevas he visto aquí en poco tiempo, y sin embargo nada serán comparadas con las maravillas que encierra este castillo misterioso!

LA CONDESA (reflexionando).—¿Qué hay?... Yo conozco los más oscuros rincones de esta habitación.

TECLA (sonriendo).—A ésta le protegen los espíritus; dos viejos están de centinela junto á la puerta.

LA CONDESA (riendo).—Ah! sí; la torre del astrólogo. ¿Y cómo has podido entrar desde luego en este santuario custodiado con tal severidad?

TECLA.—Un viejecito de blanca cabellera y benévolo aspecto, me ha mostrado cierta predilección y me ha abierto la puerta.

MAX.—Es Seni; el astrólogo del duque.

TECLA.—¡Cuántas preguntas me ha hecho! Cuando había nacido, en qué año, en qué mes; si fué de día, si fué de noche...

LA CONDESA.—Quería hacer tu horóscopo.

TECLA.—Después me ha mirado las manos y ha movido la cabeza, pensativo. Me ha parecido que las rayas no le dejaban muy satisfecho.

LA CONDESA.—¿Y cómo estaba la sala?... Nunca la advertí sino de paso.

TECLA.—De pronto me ha causado extraña emoción pasar, de golpe, de la clara luz del día á las profundas tinieblas, alumbradas tan sólo débilmente por tibios y singulares fulgores. En torno mío, y formando semicírculo, he visto colocadas en fila seis ó siete grandes estatuas de reyes, con un cetro en la mano, y una estrella en la frente, y esas estrellas parecían alumbrar la habitación. «Son—ha dicho mi guía—los planetas que rigen el destino de los hombres, y por eso están representados en figura de reyes. El de más allá, el viejo afligido y ceñudo, que lleva una estrella amarilla oscura, es Saturno; el de enfrente, con la estrella rojiza y revestido de una armadura, es Marte. Ambos son poco

propicios á los hombres. La del lado, en figura de una mujer hermosa cuya frente resplandece con suavísimos fulgores, es Venus, el astro del placer. La de la izquierda, Mercurio con alas en los piés. La de en medio, de serena frente, de continente regio y ceñido de una aureola de plata, Júpiter, el padre de los astros, acompañado del sol y de la luna.»

MAX.—¡Oh! No seré yo quien le reproche su creencia en los astros y el poder de los espíritus. No puebla el hombre de fuerzas misteriosas el espacio cediendo sólo al orgullo; para el corazón que ama, la vida ordinaria parece estrecha y mezquina; los cuentos con que mecieron mi infancia encierran un sentido más profundo que la misma experiencia. Sólo el mundo de lo maravilloso responde á mi corazón embelesado, y me abre los espacios infinitos, y extiende en torno mil fecundos ramos que mecen en éxtasis mi espíritu embriagado. Sí; el mundo de la fantasía es la verdadera patria del amor, que se complace en habitar con las hadas y entre talismanes, y cree en los dioses, porque se siente de naturaleza divina. Pasaron los de la antigua fábula y se desvaneció tras ellos su hechizo, más cuando habla el corazón reaparecen evocados sus nombres, y si un tiempo se asociaron con amor á la vida humana, hoy colocados en la región de los astros, se comunican con los que aman: aún Júpiter nos transmite su poder, y Venus su belleza.

TECLA.—Si en esto consiste la astrología, me convierto de buen grado á tan risueña religión. ¡Qué grato es pensar que en la altura, allá en la esfera infinita, las fúlgidas estrellas tejieron las guirnaldas de nuestro amor en el mismo punto en que nacimos!

LA CONDESA.—Pero esas guirnaldas celestes no son todas de rosas; también se esconden entre ellas algunas espinas. Dichoso aquel que no se lastima con ellas. Los lazos que anuda Venus, el astro de la

ventura, rómpelos á veces con violencia Marte, el planeta fatal de la desgracia.

MAX.—Pronto va á terminar su reinado siniestro. ¡Bendito sea el noble celo del príncipe, que entrelazará el laurel con el olivo, y devolverá la paz al mundo! ¡Qué puede desear ya su gran corazón! Harto hizo por su gloria, y puede vivir para él con los suyos. Se retirará á sus dominios, en su hermosa residencia de Gitschin, ó en Reichenberg y el castillo de Friedland que tiene hermosas vistas, y cuyos parques y montes de caza se extienden hasta el Riesemberge. Allí puede vivir en libertad rodeado de esplendor y ocupado en grandes empresas; proteger con real largueza las artes, y cuanto es digno de un señor poderoso; edificar, cultivar los campos, observar los astros, y si con eso no le basta para saciar su actitud incesante, luchar con los elementos, desviar los ríos, volar las peñas y abrir al comercio nuevas y cómodas vías... En largas veladas del invierno contaremos nuestras campañas y...

LA CONDESA.—No obstante, os aconsejo, caro primo, que no depongáis tan pronto las armas. Una esposa como Tecla merece ser conquistada con la punta del acero.

MAX.—¡Ojalá pudiese hacerlo así!

LA CONDESA.—¿Qué pasa?... ¿No oís?... Me parece que oigo rumores y disputas en la sala del banquete... (Se va.)

ESCENA V

TECLA y MAX

TECLA (en cuanto se va la condesa, se acerca á Piccolomini y la dice en voz baja:)—No te fíes de ellos... Son muy falsos.

MAX.—Podrían...

Schiller—Tomó III—14.

TECLA.—No te fíes de nadie sino de mí. Desde luego he advertido que llevan algún fin.

MAX.—¿Cuál?... ¿Qué ganarían dándonos esperanzas?

TECLA.—No sé, pero créeme;; no se proponen seriamente casarnos y hacernos dichosos.

MAX.—Pero ¿por qué valernos de la condesa Terzky? ¿No tenemos á tu madre?... Es buena, y merece que tengamos en ella plena confianza.

TECLA.—Te ama, y te estima más que á nadie, pero le faltaría valor para callar nuestro secreto á mi padre. En bien de su tranquilidad debemos ocultárselo.

MAX.—¿Y por qué siempre este misterio? ¿Sabes qué quiero hacer? Arrojarne á los pies de tu padre, y que decida él de mi dicha. Es sincero, sin disímulo, y abomina las tortuosidades: ¡es tan bueno, tan noble!

TECLA.—¡Tú eres el bueno y el noble!

MAX.—Tú le conoces de ayer, pero yo he vivido junto á él diez años. No sería esta la primera vez que hiciera algo sorprendente é inesperado. En su carácter está sorprender siempre como si fuera un dios, y causar en torno suyo el asombro y la admiración. ¡Quién sabe si ahora mismo aguarda nuestra declaración para unirnos! ¿Callas?... ¿Me miras como dudando...? ¿Qué tienes contra tu padre?

TECLA.—¿Yo?... nada... Pero le creo demasiado absorto en sus ocupaciones para que tenga tiempo de soñar con nuestra dicha. (Le coge la mano con ternura.) Obedéceme... No esperemos mucho de los demás,... mostrémonos agradecidos á Terzky y á su mujer por los favores que nos dispensen, pero no confiemos en ellos más de lo que merezcan, y abandonémonos á nuestro corazón.

MAX.—¿Pero no hemos de ser felices nunca?

TECLA.—¿No lo somos ya? ¿No soy tuya por ventura? ¿no eres tú mío? El amor me infunde valor... Quizás debiera ser menos franca contigo y guardar



TECLA.—¿No soy tuya, por ventura?

para mí el secreto, según impone el uso; pero ¿dónde hallarías la verdad, si no la oyeras de mis labios? Puesto que nos hemos encontrado, mantengámonos estrecha y eternamente unidos. ¡Créeme! es más de lo que quisieran hacer por nosotros. Ocultemos nuestra dicha en el fondo del alma, como hurto sagrado. Al cielo la debemos y sólo al cielo hemos de agradecerla... Tal vez obre por nosotros un milagro.

ESCENA VI

Dichos, LA CONDESA TERZKY

LA CONDESA (precipitadamente).—Mi marido me envía... Llegó el momento... Es necesario que vayáis al banquete. (Viendo que no la atienden, rompe por medio de ellos.) Separaos...

TECLA.—¡Ah, todavía no!... Si apenas hace un instante que está aquí...

LA CONDESA.—Para vosotros el tiempo vuela, sobrina.

MAX.—No hay prisa, tía...

LA CONDESA.—Salid, salid... Os echan de menos... Vuestro padre ha preguntado ya dos veces dónde estábais.

TECLA.—¡Su padre! ¿De veras?

LA CONDESA.—Ya puedes figurarte... princesa...

TECLA.—Pero ¿ha de estar siempre entre ellos, por ventura? Aquel no es su puesto. Serán muy expertos y venerables, pero él es demasiado joven para estar en su compañía.

LA CONDESA.—Preferirías que no se moviera de aquí, ¿verdad?

TECLA (con viveza).—Habéis acertado; este era mi intento. Sí; dejadle en paz... Decid á los generales...

LA CONDESA.—¿Pero has perdido la cabeza, sobrina?... Conde, ya sabéis nuestras condiciones.

MAX.—Me es fuerza obedecer, señorita; adiós... (Tecla le vuelve la espalda vivamente.) ¿Qué decís?

TECLA (sin mirarle).—Nada; salid.

MAX.—¡Y puedo, por ventura, dejándoos enojada!

(Se acerca á ella; se miran; ella caílla un instante y luego se echa en sus brazos y le estrecha contra su corazón.)

LA CONDESA.—¡Salid!... ¡Si alguien viniera! Oigo ruido; suenan algunas voces desconocidas...

(Max se arranca de los brazos de Tecla. La Condesa le acompaña. Tecla le sigue primero con la mirada, luego se pasea con agitación por la sala, hasta que se detiene absorta en sus pensamientos. Toma un laúd, que habrá sobre una mesa, y después de un triste preludio, canta.)

ESCENA VII

TECLA, tañe y canta

«Ruge el viento en el bosque; las nubes se amontonan en el cielo; la ola agitada se estrella en las rocas. La doncella se adelanta por la orilla, y con los ojos llenos de lágrimas canta en medio de la noche sombría: muerto está mi corazón, vacío para mí el mundo; ningún deseo me inspira. ¡Oh santa madre! Acuérdate de tu hija. Probé la dicha de la tierra; viví, amé.»

ESCENA VIII

LA CONDESA, TECLA

LA CONDESA.—¡Cómo es eso, sobrina! Veo que te adelantas á él... Creí que usarías de más recato.

TECLA (levantándose).—¿Qué queréis decir, tía?

LA CONDESA.—Que no debieras olvidar quién eres, ni quién es... Me parece que no lo has meditado bastante.

LA CONDESA.—Que eres la hija del príncipe de Friedland.

TECLA.—¿Y qué tenemos con esto?

LA CONDESA.—¡Cómo!... Vaya una salida.

TECLA.—La suerte le dió á él lo que nosotros hemos tenido que adquirir. Es de antiguo linaje lombardo, hijo de una princesa.

LA CONDESA.—Pero ¿estás soñando?... ¡De antiguo linaje!... ¡A qué salimos con que habremos de rogarle humildemente se digne conceder su mano á la más rica heredera de Europa!

TECLA.—No será necesario.

LA CONDESA.—Es verdad; no nos exponðremos á tanto.

TECLA.—Su padre le ama; el conde Octavio nada opondrá.

LA CONDESA.—¡Su padre!... ¡su padre!... ¿y el tuyo?

TECLA.—Creí que temíais al suyo, en vista de vuestra conducta misteriosa con el hijo.

LA CONDESA (contemplándola con mirada inquisitiva).—Sobrina, tú no eres franca.

TECLA.—¡Ah tía mía!... lo tomáis á mal, tía; sed buena.

LA CONDESA.—Os figuráis haber ganado la partida, pero no os alegréis tan pronto.

TECLA.—Sed buena, tía...

LA CONDESA.—No están las cosas tan adelantadas.

TECLA.—Lo creo.

LA CONDESA.—¿Te figuras acaso que ha consagrado á la guerra su existencia, que ha renunciado á toda tranquilidad, que apartó el sueño de la cabecera de su cama, siempre inquieto, siempre agitado, únicamente para hacer la felicidad de una pareja amorosa? ¿Crees tú que te sacó del convento para llevarte en triunfo á los brazos del hombre que te place?

Bien podía echar por camino más corto. No. No ha trabajado toda su vida por que tu mano infantil deshoje en flor la planta que ha cultivado, y la convierta en vano adorno.

TECLA.—Pero bien puedo recoger el fruto de lo que no sembraron para mí... y si mi suerte quiere que esa existencia terrible y prodigiosa engendrara mi dicha...

LA CONDESA.—Hablas como niña enamorada. Mira en torno tuyo, y observa donde estás. No viniste á la casa de la alegría, ni están decorados estos muros para una fiesta de bodas, ni los convidados se ciñen de flores. Aquí no relumbra otro fulgor que el de las armas: ¿Crees, por ventura, que se ha congregado á esos millares de hombres para formar tu séquito?... ¿No ves pensativo á tu padre y á tu madre llorosa? Es que el destino de nuestra casa está en la balanza.... Deja, pues, esos pueriles sentimientos de niña, y tus mezquinos deseos, y muestra que eres hija de un grande hombre... La mujer no se pertenece á sí misma sino que su suerte va atada á la agena y vale tanto más cuanto mejor sabe elegir el objeto de su adhesión y su cariño.

TECLA.—Lo mismo me decían en el convento; así es que ni concebí ningún deseo, ni he visto en mí sino la hija del hombre poderoso cuya fama resonando hasta mis oídos me hacía pensar que estaba destinada á padecer por él, y á sacrificarme por él.

LA CONDESA.—Pues tal es tu suerte. Acéptala de buen grado. Tu madre y yo te damos el ejemplo.

TECLA.—El destino me mostró después á quién ha de ser objeto de mi sacrificio, y quiero seguirle con alma y vida.

LA CONDESA.—No la suerte, sino tu corazón fué quién te lo mostró.

TECLA.—La voz del corazón es la voz del destino. Suya soy; por él vivo, de él he recibido mi nueva existencia, y tiene derechos sobre su criatura. ¿Qué era yo antes que su amor vivificara mi alma? No

puedo estimarme en menos de lo que él me estima, ni puede ser un alma vulgar quien posee ese dón inapreciable. No; con la dicha, he sentido apoderarse de mí la firmeza. La vida aparece grave á las almas graves. Ahora sé que me pertenezco, y conozco la firme é incontrastable voluntad que poseo y que he de consagrar toda entera á mi supremo fin.

LA CONDESA.—¿Y te opondrías á la de tu padre, si dispusiera otra cosa de ti? ¿Piensas disuadirle? ¿No sabes, niña, que se llama Friedland?

TECLA.—Y yo también. Hallará en mí una hija digna de su padre.

LA CONDESA.—No logra doblegarle su soberano el Emperador, y quieres luchar con él!

TECLA.—Una hija puede atreverse á lo que no osa nadie.

LA CONDESA.—Bien ajeno está él de lo que le aguarda. ¡Después de haber arrollado tantos obstáculos tropezar en la voluntad de su propia hija! ¡Ay niña, niña! Tú solo conoces su sonrisa; no has visto aún fulgurar la cólera en su mirada. ¡Cómo tu voz temblorosa se atreverá á contradecirle en su presencia! Mientras estás sola, puedes á placer formar grandes proyectos, y preparar floridos discursos y armar tu corazón de paloma con el valor de un león, pero prueba tan sólo de acercarte á él, y cuando se fije su mirada en la tuya, dí, si puedes: No. A su presencia se mustiará tu fuerza como el delicado pétalo de una flor bajo los abrasadores rayos del sol. Pero no quiero asustarte, hija mía... Espero que no se llegará á este caso... Ignoro, además, qué pretende... Quizás se acuerdan sus deseos con los tuyos; pero aún así, nunca querrá que tú, la altiva heredera de su gloria, te portes, como una loca, y te arrojes en brazos de un hombre que, antes de recibir tan alta recompensa, debe hacerse digno de ella á fuerza de muy grandes sacrificios. (Se va.)

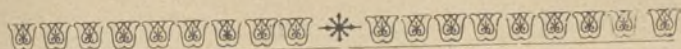
ESCENA IX

TECLA sola

¡Mil gracias por el aviso, que trueca en certidumbre mi siniestro presentimiento. ¡Con que era verdad!... No tenemos aquí un amigo, ni un corazón leal, y sólo podemos contar con nosotros mismos. ¡Cruels combates nos aguardan!... ¡Oh amor, divino amor! danos fuerzas... Sí; me ha dicho la verdad... Malos auspicios presidieron á nuestra unión. Aquí no habita la esperanza, ni suena otro ruido que el de la guerra; hasta el amor se presenta cubierto de su escudo, y como armado para un duelo á muerte. Un espíritu funesto se cierne sobre nuestra raza, y parece pronto á aniquilarnos. Vino á sacarme de mi pacífico retiro, á embelesar mi alma con celestiales imágenes que flotan en torno mío, cada vez más cercanas, para arrojarme luego al abismo con fuerza sobrenatural é irresistible. (Suena á lo lejos la música del festín.) ¡Oh! Cuando una casa debe perecer por el fuego, cúbrese el cielo de nubes, se precipita el rayo, vomitan llamas los abismos y los mismos dioses de la alegría, ciegos de furor, atizan el incendio!

(Vase.)





ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Sala magníficamente iluminada. En el centro hacia el fondo, una mesa ricamente puesta y sentados á ella ocho generales entre los cuales figuran OCTAVIO PICCOLOMINI, MARADAS y TERZKY. A derecha é izquierda, en segundo término el aparador; la parte anterior de la escena quedará despejada para los pajes y criados de servicio. Gran animación. Los músicos del regimiento de Terzky dan la vuelta alrededor de las mesas. Mientras se retiran sale MAX PICCOLOMINI; Terzky, con un papel, é ISOLANI con una copa en la mano, se le acercan.

TERZKY, ISOLANI, MAX

ISOLANI (á Max)

¡Oh amigo mío! ¿Dónde os habíais metido?... Vamos... vamos á la mesa. Terzky nos regala con su mejor vino... Se bebe aquí como en el castillo de Heidelberg... Habéis perdido ya lo mejor. En aquella mesa se reparten las coronas de los principados de Eggenberg, Slawata y Lichtenstein; ya están adjudicados los dominios de Sternberg y los mejores feudos de Bohemia... Daos prisa... quizás os toque algo todavía... Vamos; sentaos.

COLLALTO Y GÖTZ (llamándole desde la segunda mesa.)—¡Conde Piccolomini!

TERZKY.—Pronto será con vosotros... Leed esta fórmula de juramento, y ved si os gusta su redacción. Todos la han leído ya, y están dispuestos á firmarla.

MAX (leyendo).—«*Ingratis servire nefas.*»

ISOLANI.—Eso parece un axioma latino. Camarada, ¿qué quiere decir en alemán?

TERZKY.—Que un hombre honrado no debe servir á ingratos.

MAX.—«Habiéndonos manifestado nuestro poderoso general, Su Alteza el príncipe de Friedland, que se hallaba dispuesto á dejar el servicio del Emperador á consecuencia de numerosas dificultades, y habiendo desistido de sus propósitos persuadido de nuestras súplicas, consintiendo por el contrario en permanecer al frente del ejército y no separarse de nosotros sin nuestro asentimiento; nos comprometemos en justa reciprocidad, juntos y cada uno en particular, á seguir fielmente á sus órdenes, á no separarnos de él en modo alguno y á verter por él hasta la última gota de sangre, si necesario fuere, salvo sin embargo el juramento prestado al Emperador. (Isolani repite estas últimas palabras.) «Y si cualquiera de nosotros, faltando al presente contrato, se separase de la causa común, nos obligamos á declararle traidor y á castigar su deslealtad así en su persona como en sus bienes. En fe de lo cual firmamos el presente escrito.»

TERZKY.—¿Queréis firmar?

ISOLANI.—¿Por qué no? Todo oficial con honor puede y debe hacerlo... ¡A ver!... tintero y pluma.

TERZKY.—Bueno; ¡á los postres!

ISOLANI (llevándose á Max).—Venid conmigo.
(Ambos se van á la mesa.)

ESCENA II

TERZKY, NEUMANN

TERZKY (hace señas á Neumann, que está cerca del aparador. Neumann se adelanta).—¿Traéis ese papel, Neumann?... Dadme; ¿está escrito de modo que pueda sustituirse fácilmente sin que lo noten?



NEUMANN.—Lo he copiado línea por línea, y sólo he quitado la frase relativa al juramento, conforme me ordenó V. E.

TERZKY.—Perfectamente. Ponedlo ahí, y echad al fuego éste; ya hizo su oficio.
(Neumann coloca la copia encima de la mesa, y luego vuelve al aparador.)

ESCENA III

ILLO (saliendo de la segunda sala). TERZKY

ILLO.—¿Qué tal se presenta Piccolomini?

TERZKY.—Muy bien. Nada ha objetado.

ILLO.—El y su padre son los únicos de quien no me ffo. ¡Vigiladlos!

TERZKY.—¿Y cómo va en vuestra mesa? Supongo que les calentáis los cascos.

ILLO.—Son todo corazón. Me parece que ya los tenemos. Como os pronosticaba, no se trata ya tan sólo de conservar al duque en su puesto. Ya que nos hallamos reunidos, dice Montecucculli, debiéramos ir á Viena á imponer condiciones al Emperador. Creedme; si no estuvieran por medio los Piccolomini, hubiéramos podido ahorrarnos esa superchería.

TERZKY.—¿Qué querrá Buttler? ¡Silencio!...

ESCENA IV

Dichos.—BUTTLER

BUTTLER (levantándose de la segunda mesa).—No os molestéis... He comprendido perfectamente, mariscal, y os deseo feliz éxito. Por mi parte (misteriosamente) podéis contar conmigo.

ILLO (vivamente).—¿Es cierto?

BUTTLER.—Con la cláusula y sin cláusula: poco me importa, ¿comprendéis? El príncipe puede poner á prueba mi fidelidad; decídselo de mi parte. Seré oficial del Emperador el tiempo que á él le plazca ser su general, y oficial de Wallenstein el día que se declare independiente.

TERZKY.—No hacéis mal cambio. No serviréis á un avariento, á un Fernando.

BUTTLER (gravemente).—Conste que yo no vendo mi fidelidad, conde Terzky. Seis meses atrás no hubierais obtenido de mí lo que hoy voluntariamente os ofrezco. Me entrego al duque con toda mi gente, y confío en que algunos me seguirán.

ILLO.—¿Quién ignora que el coronel Buttler es el modelo del ejército?

BUTTLER.—¿Tal es vuestra opinión, mariscal? Pues bien; no me pesa haber guardado mi fidelidad durante cuarenta años, si al cabo me procura á los se-

senta la ocasión de vengarme cumplidamente. No os ofendan mis palabras, señores. A vosotros poco os importa saber la causa de mi conversión, pero espero que no la atribuiréis ni á vuestra astucia, ni á ligereza mía, ni á súbita cólera ó á cualquier otro motivo frívolo. Con todo, estoy firmemente resuelto, porque tengo conciencia del motivo de mi determinación.

ILLO.—Decidnos francamente por quién debemos teneros.

BUTTLER.—Por un amigo. Esta es mi mano; soy vuestro con cuanto poseo. El príncipe no tiene sólo necesidad de hombres, sino también de dinero. Le presto cuanto adquiriré á su servicio, y le hago heredero de mis bienes, si me sobrevive. Hace tiempo que tengo arreglado este asunto. Solo en el mundo, sin ninguno de aquellos lazos que atan un hombre á una mujer ó á sus hijos, mi nombre se extingue conmigo, mi vida no se perpetúa más allá.

ILLO.—Vuestro dinero no hace falta. Un corazón como el vuestro bien vale talegas y millones de oro.

BUTTLER.—Vine de Irlanda á Praga, siendo miserable caballerizo de un buen señor á quien ví morir. Del servicio de la caballeriza me alzó el destino de la guerra al elevado puesto que ocupó, juguete de bien extraña fortuna; y como Wallenstein es también hijo de la suerte, siento cariño, á la verdad, por quien tanto se me parece en esto.

ILLO.—Eso es; entre las grandes almas hay cierto parentesco.

BUTTLER.—Vivimos en una época favorable á los resueltos y osados. Las ciudades y castillos pasan en un instante de mano en mano como la moneda ordinaria. Aquí, los propietarios de más antiguo abolengo pierden su patrimonio; más allá surgen nombres desconocidos con nuevos blasones. Un pueblo del Norte malquisto intenta apoderarse por la fuerza de la tierra alemana, y en tanto el príncipe

de Weimar se dispone á fundar orillas del Mein un poderoso principado. ¿Qué les faltó á Mansfeld y á Halberstad para conquistar bravamente con su espada dominios independientes? Nada; un poco más de tiempo. Y, sin embargo, ¿quién de ellos se compararía con nuestro Friedland? No hay altura á la cual no pueda aplicar la escala ese bravo.

TERZKY.—A esto se llama hablar como un hombre.

BUTLER.—Cuidad de aseguráros á los italianos y españoles; yo me encargo del escocés Lessly. Volvamos á unirnos con nuestros camaradas... Vamos.

TERZKY.—¿Dónde está el mayordomo? Dad cuanto tengáis... los mejores vinos... La ocasión es importante... Todo va viento en popa.

(Cada cual se dirige á su mesa.)

ESCENA V

EL MAYORDOMO y NEUMANN se adelantan hacia el proscenio.—Los pajes de servicio van de uno á otro lado

EL MAYORDOMO.—¡Los mejores vinos! Si mi antigua señora, su buena madre, presenciase este desorden, seguro que se volvía del otro lado en la huesa!... Ah sí, señor oficial; mal van las cosas en esta nobilísima casa... No hay aquí ni concierto ni medida... Esa alianza con el duque nos va á costar cara...

NEUMANN.—¡Dios os bendiga!... ¿Qué estáis hablando? Ahora empieza la prosperidad.

EL MAYORDOMO.—¿Os parece? Mucho hay que decir sobre esto.

UN PAJE (que llega).—Vino de Borgoña para la cuarta mesa.

EL MAYORDOMO.—Con ésta van setenta, señor teniente.

EL PAJE.—Es para el señor Tiefenbach, el alemán que está allí. (Se retira.)

EL MAYORDOMO (á Neumann).—¡Quieren subirse á

mayores!... quieren igualar en magnificencia á los electores y los reyes! El conde se empeña en hacer lo que hace el príncipe, y mi muy caro señor no puede quedarse atrás. (A los criados.) ¿Qué estáis escuchando?... ¡Andad!... atended al servicio... Mirad, allí está el conde Palffy con la copa vacía.

PAJE 2.^o—Quieren la gran copa de oro con el escudo de Bohemia. Dice el señor que ya sabéis cuál es.

EL MAYORDOMO.—¿La que hizo maese Guillermo para la coronación del rey Federico? ¿La más hermosa joya del botín de Praga?

PAJE 2.^o—Esta. Quieren brindar con ella por turno.

EL MAYORDOMO (meneando la cabeza, mientras coge la copa y la limpia).—Eso se sabrá en Viena.

NEUMANN.—Enseñadme esta copa... ¡Qué magnífica es!... Toda de oro macizo... ¡Y qué lindas cosas ha grabado en ella el artífice!... Dejadme ver este primer escudo... Aquí veo una altiva amazona á caballo que pisotea una mitra y un báculo, y lleva en la punta de la lanza un sombrero, y un estandarte con un cáliz. ¿Podéis decirme qué significa esto?

EL MAYORDOMO.—Esa mujer simboliza la libre elección del reino de Bohemia, lo cual va figurado por el sombrero redondo y el fogoso caballo. Porque el sombrero es ornato del hombre: quien no osa cubrirse delante de los emperadores y los reyes, no es libre.

NEUMANN.—Y el cáliz del estandarte ¿qué significa?

EL MAYORDOMO.—La libertad de la iglesia de Bohemia, conforme existía en tiempo de nuestros antepasados. En la guerra de los husitas conquistaron el privilegio de servirse del cáliz, que el Papa no otorga á ningún seglar. Los utraquistas estiman el cáliz más que todo; es su precioso tesoro; por él ha vertido Bohemia su sangre.

NEUMANN.—¿Y qué significa ese rollo?

EL MAYORDOMO.—Es la real carta que arrancamos

Schiller—Tomo III—15.

al emperador Rodolfo, y con la cual se aseguró al nuevo culto el derecho de las campanas y de cantar en público. Pero desde que nos gobierna el archiduque de Gratz, eso concluyó. Después de la batalla de Praga, donde perdió la corona imperial el palatino Federico, nos han privado de nuestros púlpitos y altares, nuestros padres abandonaron la patria, y el mismo Emperador rasgó nuestros privilegios.

NEUMANN.—¡Y cómo sabéis todo eso? Se ve que conocéis á fondo las crónicas de vuestro país, señor Mayordomo.

EL MAYORDOMO.—Mis abuelos eran taboritas y estuvieron al servicio de Ziska y Procopio. ¡Que en paz descansen!... Combatieron por una buena causa... (A los criados.) Llevaos la copa.

NEUMANN.—Dejadme ver todavía el otro escudo. Aquí me parece que figuran los consejeros del Emperador, Martinitz y Slawata, precipitados de lo alto del castillo de Praga... Sí, sí; eso es. Este es el conde de Thurn que da la orden.

(Un criado se lleva la copa.)

EL MAYORDOMO.—¡Ah!... No hablemos de ese día... Era el 23 de Mayo de 1618... y me parece hoy... En aquel desdichado punto empezaron las calamidades de nuestro país. Diez y seis años hace, y aún no ha vuelto á haber paz en esta tierra.

(En la segunda mesa, brindando:) ¡Por el príncipe de Weimar!

(En la tercera y cuarta mesa:) ¡Viva el duque Bernardo!

(Música.)

PAJE 1.º—¡Qué gritería!

PAJE 2.º (acudiendo precipitadamente).—¿Habéis oído? ¡Brindan por el de Weimar!

PAJE 3.º—El enemigo de Austria.

PAJE 1.º—El luterano.

PAJE 2.º—Y hace poco el señor Deodati ha brindado por el Emperador y todos se han callado como ratas.

EL MAYORDOMO.—El vino hace decir muchas cosas. En estos casos, un buen criado debe ser sordo.

PAJE 3.º (llamando aparte á otro).—Observa bien todo lo que pasa, Juan; que luego lo contaremos al padre Quiroga y nos dará buenas indulgencias.

PAJE 4.º.—No me muevo en lo posible de cerca de Illo, que dice unas cosazas! (Vuelven á las mesas.)

EL MAYORDOMO (á Neumann).—¿Quién es aquel caballero vestido de negro, y condecorado, que habla confidencialmente con el conde Palffy?

NEUMANN.—Ese es uno en quien fían demasiado. Es Maradas, un español.

EL MAYORDOMO.—Pues no hay que contar mucho con los españoles. Los meridionales no valen nada, creedme.

NEUMANN.—Bah, vos no debiérais hablar así. Cabilmente son los generales en quienes más confía el duque.

(Terzky se adelanta con un papel en la mano. Movimiento.)

EL MAYORDOMO (á los criados).—El teniente general se levanta... Atención... Ya dejan la mesa... Retirad las sillas.

(Los criados se retiran hacia el fondo del teatro; algunos convidados se adelantan.)

ESCENA VI

OCTAVIO PICCOLOMINI se adelanta hablando con Maradas, y ambos se colocan á un lado del proscenio. Por el lado opuesto sale MAX, solo, pensativo y sin tomar parte en la animación general. En el centro, pero algunos pasos atrás, figuran agrupados de dos en dos BUTTLER, ISOLANI, GOETZ TIEFENBACH, COLLALTO, y poco después, el CONDE TERZKY.

ISOLANI (mientras se adelantan los generales).—Buenas noches, buenas noches, Collalto; buenas noches, general, ó mejor dicho, ¡buenos días!...

GETZ (á Tiefenbach).—Amigo, ¡qué aproveche!

TIEFENBACH.—Ha sido un banquete regio.

GETZ.—La Condesa lo entiende; es digna discípula de su señora suegra, que en paz descansa. ¡Aquella sí que era una gran ama de gobierno!

ISOLANI (hace que se va).—¡Luz!... ¡luz!

TERZKY (con un papel).—Aguardad dos minutos, compañeros. Hay algo que firmar.

ISOLANI.—Firmaré lo que queráis. Pero ahorradme la lectura.

TERZKY.—No pensaba fastidiaros con ella; es el compromiso que ya conocéis. Basta una plumada. (A Isolani que presenta el papel á Octavio.) No hay que atender, señores, á categorías. Firme cada cual como vaya viniendo.

(Octavio recorre con la vista el papel, indiferente. Terzky le observa.)

GETZ (á Terzky).—Señor Conde, con vuestro permiso me retiro.

TERZKY.—No os vayáis tan pronto... La última copita. ¡Muchachos! (Llamando á los criados.)

GETZ.—No puedo.

TERZKY.—¿Y echar una partida?

GETZ.—Tampoco; excusadme.

TIEFENBACH (sentándose).—Dispensadme, señores; el estar en pie me fatiga.

TERZKY.—Como gustéis, general.

TIEFENBACH.—Tengo la cabeza libre, y el estómago bueno, pero las piernas me rehusan sus servicios.

ISOLANI (por la obesidad de Tiefenbach).—¡Cómo las habéis cargado con tan grave peso!

(Después de haber firmado, Octavio entrega el papel á Terzky y éste á Isolani, quien se acerca á una mesa para firmar á su vez.)

TIEFENBACH.—Así me puso la guerra de Pomerania... ¡Cómo había que marchar sobre el hielo, y á pesar de la nieve!... Ya no volveré á ser lo que fuí.

GETZ.—¡Ah!... realmente... á los suecos no les preocupaba mucho la estación.

(Terzky presenta el papel á Maradas, y éste firma.)

OCTAVIO (acercándose á Buttler).—No gustáis mucho de festejar á Baco, señor coronel... Lo he estado observando. Me parece que os complacería más el tumulto de una batalla que el de un banquete.

BUTTLER.—Sí, lo confieso; los festines no se han hecho para mí.

OCTAVIO (confidencialmente).—Ni para mí tampoco, os lo aseguro. Me alegra ser de vuestra opinión sobre este particular, mi digno coronel Buttler. Media docena de buenos amigos, todo lo más, alrededor de una mesita circular, una copa de tokay, franca cordialidad, y una conversación discreta, he aquí lo que más me place.

BUTTLER.—Realmente; si pudiera eso conseguirse, de buen grado sería yo de la partida.

(Entregan el papel á Buttler que va á firmarle. Despejado el proscenio, los dos Piccolomini quedan frente á frente á ambos lados.)

OCTAVIO (después de haber contemplado á su hijo en silencio, se acerca á él).—Amigo mío, mucho has tardado en venir.

MAX (se vuelve, con aire de embarazo).—¿Yo?... Asuntos urgentes me han detenido.

OCTAVIO.—Y por lo que veo, tu pensamiento está aún fuera de aquí.

MAX.—Ya sabéis que el mucho bullicio me deja como embobado y mudo.

OCTAVIO (acercándose más á él).—¿No puedo saber yo qué te ha detenido tanto tiempo? Terzky lo sabe, y yo no.

MAX.—¿Qué sabe Terzky?

OCTAVIO (con intención).—Es el único á quien no preocupaba tu ausencia.

ISOLANI (adelantándose).—Así, así; respetable padre; mostradle sus yerros, y metedle en un puño. No se ha portado muy bien.

TERZKY (vuelve con el papel).—¿Falta alguien? ¿Han firmado todos?

OCTAVIO.—Todos.

TERZKY (alzando la voz).—¿Hay alguien que deba firmar todavía?

BUTTLER.—Contad las firmas. Han de ser treinta.

TERZKY.—Aquí hay una cruz.

TIEFENBACH.—La mía.

ISOLANI.—No sabe escribir, pero su cruz es excelente, y será respetada por cristianos y judíos.

OCTAVIO (á Max).—Vámonos, coronel; es tarde.

TERZKY.—Sólo ha firmado uno de los Piccolomini.

ISOLANI (señalando á Max).—Atended. Falta ese convidado de piedra que en toda la noche no ha dicho esta boca es mía.

(Max toma el papel y lo recorre distraído.)

ESCENA VII

Dichos.—ILLO saliendo de la habitación del fondo, con la copa de oro en la mano, y exaltado por la bebida, GOETZ y BUTTLER le siguen é intentan detenerle.

ILLO.—¿Qué me queréis?... Dejadme.

GOETZ Y BUTTLER.—Basta de beber... Illo.

ILLO (se acerca á Octavio bebiendo y le abraza).—
¡Octavio!... á tu salud...! Aneguemos nuestro mutuo resentimiento en ese trago que echaremos juntos. Ya sé que nunca me has querido mucho, como yo, DDios me perdone, tampoco te quise nunca á ti... Pero olvidemos lo pasado... Te estimo con alma entera (le abraza otra vez): soy tu mejor amigo... Sean todos que quien le llame hipócrita tendrá que habérselas conmigo.

TERZKY (llevándolo á un lado).—¿Pero estás loco?...
Repara dónde te hallas, Illo.

ILLO (cordialmente).—¿Qué queréis?... Estamos entre buenos amigos (Mirando en torno muy alegre). No hay un solo bribón entre todos, de lo cual me alegre infinito.



MAX.—¿Qué debo hacer?

TERZKY (á Buttler).—Lleváoslo fuera; os lo ruego, Buttler. (Buttler lo conduce hacia el aparador.)

ISOLANI (á Max que contempla inmóvil y distraído el papel).—Es cosa de un momento, compañero. ¿Lo habéis estudiado bastante?

MAX (como saliendo de un sueño).—¿Qué debo hacer?

ISOLANI Y TERZKY (á un tiempo).—Poner debajo el nombre. (Octavio le mira con angustia.)

MAX (devolviéndole el papel).—Lo dejaremos para mañana. Es grave el asunto, y ahora no me siento dispuesto para eso. Mandádmelo mañana.

TERZKY.—Pero atended á que...

ISOLANI.—Vaya... firmad pronto... ¿Cómo se entiende?... Es el más joven de nosotros y quisiera mostrarse más prudente que todos juntos. Advertid que todos, incluso vuestro padre, hemos firmado.

TERZKY (á Octavio).—Persuadidle; emplead vuestro influjo....

OCTAVIO.—Mi hijo es mayor de edad.

ILLO (dejando el vaso en el aparador).—¿De qué se trata?

TERZKY.—Nada; que no quiere firmar el juramento.

MAX.—Digo sólo que quiero aguardar á mañana.

ILLO.—El asunto no puede aplazarse. Hemos firmado todos, y es fuerza que tú firmes también.

MAX.—Illo, buenas noches.

ILLO.—No, no escaparás. Es necesario que el príncipe conozca á sus amigos.

(Todos se agrupan en torno de ellos.)

MAX.—El príncipe sabe perfectamente cuáles son mis sentimientos; todos lo sabéis;... esas necedades son inútiles.

ILLO.—Esta es la recompensa que obtiene su predilección por los italianos.

TERZKY (muy perturbado, se dirige á los generales que se agolpan al oír aquellas palabras).—No hagáis caso... El vino le hace hablar así.



ISOLANI (riendo).—El vino no inventa nada.. Se limita á sacar fuera lo que se siente.

ILLO.—Quien no está conmigo, está contra mí. ¡Vaya con sus escrúpulos de monja!... Todo porque no le franquean la retirada con una clausulilla...

TERZKY (interrumpiéndole vivamente).— ¡Delira!... ¡Está ebrio!... ¡No le hagáis caso!

ILLO (alzando la voz)... una cláusula para salvar todo compromiso... ¿Para qué esa cláusula?... ¡Vaya al diablo!

MAX (más atento y contemplando de nuevo el papel).— ¡Qué!... ¡Se corre algún peligro! Me inspiráis deseos de mirarlo más despacio.

TERZKY (aparte á Illo).—¿Qué estás haciendo, Illo? nos pierdes...

TIEFENBACH (á Collalto).—Ya he observado que antes de comer decía el papel otra cosa.

GETZ.—También yo.

ISOLANI.—Me tiene sin cuidado. ¿No están los nombres de los demás? Pues bien puede estar el mío.

TIEFENBACH.—Antes de comer se consignaba una salvedad, una cláusula relativa al servicio del Emperador.

BUTTLER (á un compañero).— ¡Bah! Señores, hay que atender al punto á que han llegado las cosas. Hoy por hoy se trata de saber si hemos de conservar nuestro general ó si le dejamos partir. No hay que pararnos en perfiles.

ISOLANI (á un general).—¿Por ventura el príncipe fijó condición alguna cuando os entregó el regimiento?

TERZKY (á Getz).—¿Y cuando os encargó á vos las provisiones que os producen más de mil pistolas anuales?

ILLO.—Declaro que es un pillo quien nos acuse de perjurio. El que no esté contento que lo diga. Aquí estoy yo.

TIEFENBACH.—Bah, bah; esto era pura conversación.

MAX (devolviendo el papel).—Vaya, pues; hasta mañana.

ILLO (fuera de sí, sofocado de ira, le presenta con una mano el papel y con la otra la espada).—¡Firma, Judas!

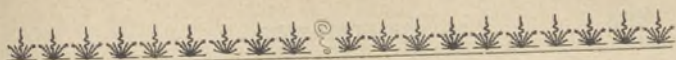


ISOLANI.—¡Demonio!... ¡Illo!

OCTAVIO, TERZKY, BUTTLER (á un tiempo).—¡Abajo la espada!

MAX (coge á Illo, le desarma y dice al conde Terzky):—Que lo lleven á la cama.

(Se va. Illo, enfurecido y gritando; algunos generales le detienen. En medio del tumulto cae el telón.)



ACTO V

ESCENA PRIMERA

Una habitación de la casa de Piccolomini. Es de noche

OCTAVIO PICCOLOMINI.—UN CRIADO, alumbrándole. A poco
co MAX PICCOLOMINI

OCTAVIO

En cuanto regrese mi hijo, decidle que quiero verle... ¿Qué hora es?

EL CRIADO.—Pronto amanecerá.

OCTAVIO.—Colocad allí esa luz. No he de acostarme; podéis retiraros.

(Vase el criado. Octavio se pasea pensativo por la habitación. Sale Max y contempla un instante á su padre en silencio.)

MAX.—¿Estáis irritado conmigo, padre? Sabe Dios que no tengo la culpa de la odiosa disputa. Bien ví que habíais firmado y harto sé también que lo que para vos es conveniente debe serlo para mí; pero en tales asuntos sólo puedo seguir mi propio consejo y no el ajeno.

OCTAVIO (se le acerca y le abraza).—Sigue siempre el tuyo, hijo mío; hoy te ha guiado mejor que el ejemplo de tu padre.

MAX.—Explicaos con claridad.

OCTAVIO.—A eso voy. Después de lo ocurrido esta noche, no deben existir secretos entre ambos. (Ambos se sientan.) Dime, Max; ¿qué opinas de ese compromiso que hemos firmado?

MAX.—Opino que no es de ningún modo peligroso, á pesar de no complacerme del todo la fórmula.

OCTAVIO.—¿No tienes ningún otro motivo para rehusarle la firma?

MAX.—El asunto es grave; estaba distraído y además no me pareció la cosa tan urgente.

OCTAVIO.—Sé franco, Max; ¿nada sospechabas?

MAX.—¿Si sospechaba?... ¿Qué?... Nada absolutamente.

OCTAVIO.—Pues bendice á tu ángel bueno. Sin saberlo te has salvado de caer en un abismo.

MAX.—No entiendo qué decís.

OCTAVIO.—igo que te hubieras hecho cómplice de una acción culpable, y con sólo una plumada renegabas de tus deberes y de tu juramento.

MAX (levantándose).—¡Padre!

OCTAVIO.—Aguarda; siéntate. Tengo que decirte muchas cosas todavía. Largos años há, hijo mío, que vives víctima de inconcebible ceguera. A tu propia vista se trama la más horrible maquinación y un poder infernal perturba tus sentidos. No puedo callar por más tiempo; es forzoso arrancarte de los ojos la venda.

MAX.—Antes de proseguir, medita bien lo que tenéis que decirme. Si os fundáis en simples conjeturas, como me temo, excusadme toda declaración. No me siento dispuesto á oírlo con ánimo tranquilo.

OCTAVIO.—Si tú tienes graves motivos para huir de la luz, yo los tengo también, y muy poderosos y urgentes, para mostrártela. Podría abandonarte á tu propia inocencia y á tu propio criterio, pero tu mismo corazón puede ser víctima de la asechanza, y el secreto que tú me ocultas (mirándole fijamente)... me obliga á revelarte el mío. (Max intenta respon-

der, pero luego se detiene y baja turbado la vista. Tras breve pausa Octavio continúa.) Sábelo ya; te engañan; juegan indignamente contigo y con todos nosotros. El duque finge el propósito de abandonar el mando, mientras, por otra parte, á estas horas se trabaja por sustraer el ejército al Emperador para entregarlo al enemigo.

MAX.—¿Conozco perfectamente esos cuentos de sacristía, más no esperaba oírlos de vuestros labios.

OCTAVIO.—Si mis labios los repiten, bien puedes estar seguro de que no son cuentos de sacristía.

MAX.—Entonces se atribuye al duque una gran locura. ¿A quién se le ocurre que treinta mil hombres probados y honrados, entre los cuales figuran más de mil nobles, serán capaces de faltar á su honor, á su juramento, á sus deberes, por cometer una traición?

OCTAVIO.—No solicita el duque semejante infamia. Lo que de nosotros pretende tiene un nombre más inocente. Sólo desea pacificar el imperio, y como el Emperador odia la paz, quiere forzarle á aceptarla. Sólo ansía apaciguar á los partidos y tomarse, por precio de su fatiga, la Bohemia, donde se halla ya instalado.

MAX.—¿Mereció de nosotros, padre, que tengamos de él tan indigna opinión?

OCTAVIO.—Aquí no se trata de nuestra opinión sino de un hecho claro y probado y de irrefutable elocuencia. Tú ignoras, hijo mío, cuán descontenta está de nosotros la corte; pero lo que sí no has podido soñar siquiera son las astucias, el artificio, los embustes puestos en juego para sembrar la indisciplina en el ejército. Se han roto ya todos los lazos que atan el oficial al Emperador y el soldado á las leyes civiles, y así libertado de sus deberes y de toda sujeción se fortifica contra el mismo Estado que debía defender, y amenaza volver contra él la propia espada. Llegaron las cosas á tal punto que el Emperador tiembla ante su propio ejército; teme, en su

propia capital, en su propio palacio, el puñal de los traidores, y se ve obligado á sustraer su familia querida á las asechanzas, no de los suecos, no de los luteranos, sino de sus mismas tropas.

MAX.—Basta; me lastimáis... me atormentáis... porque, si nada significa un temor vano, desde luego la infundada sospecha trae siempre consigo desdichas ciertas.

OCTAVIO.—Nuestra sospecha no es falsa. La guerra civil, la más terrible de todas, está próxima á estallar, si no acudimos prontamente á prevenirla. Todos los coroneles están comprados hace tiempo; vacila la fidelidad de los subalternos; regimientos enteros flaquean. Y en esto guarnecen nuestras fortalezas los extranejos. Han confiado al sospechoso Schafgotsch las tropas de Siberia, á Terzky cinco regimientos de infantería y caballería, á Illo, á Kinsky, á Buttler, á Isolani los mejor equipados.

MAX.—Y también á nosotros.

OCTAVIO.—Porque nos creen seguros, y piensan seducirnos con brillantes promesas. A mí me confía los principados de Dlatz y de Sagan; á ti... bien sé con qué anzuelo piensa cogerte á ti.

MAX.—No, no, ¡imposible!

OCTAVIO.—¡Ah! ¡Abre los ojos, Max! ¿Por qué piensas que nos ha congregado en Pilsen? ¿Para deliberar con nosotros? ¿Cuándo Friedland ha necesitado nuestros consejos? Nos llama para que nos vendamos á él, ó conservarnos en prenda si rehusamos. Por esto, sólo por esto, no ha venido Gallas, ni verías aquí á tu padre, si más altos deberes no le tuvieran encadenado.

MAX.—No oculta ciertamente que nos convoca, y que necesita de nosotros para sostenerse. Tanto hizo por nosotros, que bien le debemos algo en cambio.

OCTAVIO.—¿Y sabes qué? En los arrebatos de su embriaguez, Illo hizo traición á su secreto. ¡Piensa en lo que viste, y has oído! Ese documento falsificado,

esa cláusula decisiva, tachada, ¿no arguyen claramente que no quieren llevarnos á nada bueno?

MAX.—Para mí lo que pasó anoche con el tal escrito, es una artimaña de mala ley, debida exclusivamente á Illo. Esa raza de intrigantes ambiciona siempre el primer lugar en todo género de gestiones, y no repara nunca en los medios. Ven que el duque está indispuerto con la corte, y creen servirle enconando la llaga, hasta que sea incurable. Creedme; el duque nada sabe de esto.

OCTAVIO.—¡Cuánto siento destruir la robusta confianza que tienes en él! pero el tiempo urge, hay que obrar con prontitud, y no puedo guardar miramiento alguno... Oye... Cuánto te he confiado, cuánto te parece increíble, lo sé de su propia boca; el mismo príncipe me lo ha dicho.

MAX (vivamente agitado).—¡Jamás!

OCTAVIO.—El mismo príncipe ¿oyes bien? el mismo príncipe me ha confiado lo que ya sabía ciertamente por otro conducto: que pensaba pasarse á los suecos, y puesto á la cabeza de las tropas aliadas, forzar al Emperador...

MAX.—Con su carácter irascible, y ofendido tan gravemente por la corte, es fácil que en un momento de mal humor se haya olvidado de sí mismo hasta ese punto.

OCTAVIO.—No; cuando tal me ha confesado estaba muy sereno. Más: como me mostrara sorprendido, tomó mi sorpresa por temor y me enseñó en confianza algunas cartas de los sajones y los suecos que le prometían su auxilio.

MAX.—¡Ah no!... ¡Esto no puede ser!... ¡no puede ser!... Forzosamente le hubierais manifestado vuestro horror, y él se hubiera dejado persuadir... ó no existiríais ya.

OCTAVIO.—Le manifesté mi opinión; usé de mis instancias para disuadirle de su proyecto, pero ocul-

téle también el horror que me causaba, y el fondo de mis sentimientos.

MAX.—¿Con tal falsía hubiérais obrado? No está en vuestro carácter. Si no os creí cuando maldecíais de él, menos os creo ahora que os calumniáis á vos mismo.

OCTAVIO.—Yo no le pedí su secreto.

MAX.—Pero su confianza merecía vuestra sinceridad.

OCTAVIO.—Ya no era digno de mi franqueza.

MAX.—Menos digna de vos era la traición.

OCTAVIO.—Hijo mío; en la vida no siempre es posible obrar con aquella infantil inocencia que la conciencia prescribe. Obligado continuamente á defenderse contra la astucia, el corazón más puro deja de ser sincero. Esta es cabalmente la fatalidad que acompaña al mal, de donde resulta que se engendra y se multiplica al infinito. Yo no trato de investigar nada: cumplo mi deber y en paz. El Emperador ha trazado mi línea de conducta, y aunque sin duda sería mejor seguir la voz del corazón, habría que renunciar muchas veces para ello á más de un honroso deseo. Aquí sólo se trata, hijo mío, de servir al Emperador. Siendo así, ¿qué me importan los reproches del corazón?

MAX.—Está visto que hoy no puedo entenderos. ¡El príncipe os revela francamente el secreto de su alma con mal propósito, y vos, con buen propósito le engañáis! Basta; os lo suplico. No pudísteis arrebatarme un amigo; no me hagáis perder un padre.

OCTAVIO (sofocando su emoción).—Aún no lo sabes todo, hijo mío; algo he de revelarte todavía. (Pausa.) El duque de Friedland ha tomado ya sus precauciones fiando en su estrella;... cree que nos sorprenderá de improviso y presume tener ya en sus manos la corona. Se engaña. También nosotros estamos dispuestos, y camina á su misterioso y funesto fin.

MAX.—No os apresuréis, padre. ¡Os conjuro á ello



OCTAVIO.—¿Qué hay?

por cuanto amáis en la tierra!... No os precipitéis.

OCTAVIO.—Con paso silencioso se acerca por el camino de la perversión, más la venganza le sigue á los alcances precavida. Sin que él la vea, oculta en la oscuridad, le acecha á sus espaldas: un paso más, y caerá en sus manos. Viste conmigo á Quesenberg: tú conoces su comisión ostensible; otra secreta viene á confiarme.

MAX.—¿Puedo conocerla?

OCTAVIO.—Max, con una sola palabra depongo en tus manos la salvación del imperio y la vida de tu padre. Tú quieres á Wallenstein; potente vínculo de amor y veneración te ata estrechamente á él desde los primeros años... Ahora deseas... deja que me anticipe á tu tardía confesión... nutres la esperanza de unirte á él con más estrecho nudo.

MAX.—¡Padre mío!

OCTAVIO.—Confío en ti, pero ¿puedo estar seguro de que sabrás contenerme? ¿Podrás parecer á su vista con tranquila frente, cuando yo te haya revelado la suerte que le espera?

MAX.—¿No me habéis descubierto ya su crimen? (Octavio saca unos papeles de una arquilla y se los presenta.) ¡Cómo!... ¿Una carta del Emperador?

OCTAVIO.—Lee.

MAX (después de haberla hojeado).—¿Sentenciado y proscrito el príncipe?

OCTAVIO.—Así es.

MAX.—¡Oh qué adelantadas están las cosas! ¡Oh deplorable error!

OCTAVIO.—Sigue leyendo. Serénate.

MAX (después de haber leído, mira á su padre con sorpresa).—¡Cómo!... ¿Sois vos quien..

OCTAVIO.—Me confieren interinamente el mando hasta tanto que el rey de Hungría pueda parecer ante el ejército.

MAX.—¿Y presumís poder arrancárselo? No; no penséis tal. ¡Ah padre mío, qué desdichada comisión os han encomendado! ¿Cómo esperáis valeros

de esta orden, desarmar á un general tan poderoso como él, rodeado de sus tropas, de sus miles de valientes?... ¡Estáis perdido, y estamos perdidos todos!

OCTAVIO.—Sé á lo que me expongo. Estoy en manos del Todopoderoso, que cubrirá con su escudo la casa imperial, y aniquilará la obra de las linieblas. Cuenta aún el Emperador con fieles servidores, y existen en el mismo ejército valientes que combatirán con energía por la buena causa. Los fieles están ya advertidos; y los otros, vigilados. Aguardo sólo que dén el primer paso; y entonces, súbitamente...

MAX.—¡Cómo! ¿Con tal precipitación pensáis obrar por una simple sospecha?

OCTAVIO.—Muy lejos está del ánimo del Emperador ejercer un solo acto de tiranía. El hecho, no la intención, quiere castigar. Del príncipe depende todavía su propia suerte; si no ejecuta su crimen, le depondrán sin ruido, cederá su puesto al hijo del Emperador y hallará honroso destierro en sus propios dominios, lo cual más bien que un castigo será para él un beneficio... Pero á la primera gestión... evidente...

MAX.—¿Y á qué llamáis gestión evidente? Ninguna hará que sea criminal. Bien podríais, como ya ha sucedido, dar una interpretación funesta á la más inocente acción.

OCTAVIO.—Por muy culpable que sea el proyecto del príncipe, sus actos públicos hasta ahora pueden interpretarse de un modo inocente; por tanto no haré uso de este escrito hasta que una acción decisiva pruebe su traición y le condene.

MAX.—¿Y quién la juzgará tal?

OCTAVIO.—Tú mismo.

MAX.—¡Siendo así, no emplearéis jamás esa orden! Prometedme que no obraréis sin haberme convenido antes

OCTAVIO.—Pero ¿es posible?... Después de lo que sabes, ¿le crees todavía inocente?

MAX (con viveza).—Vuestro juicio puede engañaros,

pero no mi corazón. (Moderándose.) El genio no se deja comprender tan fácilmente como el talento ordinario. Busca su destino en los astros, y como ellos, se dirige á su fin por sendas misteriosas é incomprensibles. Creedme; sois injustos con él. Todo se explicará al cabo, y un día le veremos salir puro y radiante de entre las negras sospechas.

OCTAVIO.—Lo esperaré.

ESCENA II

Dichos.—UN CRIADO; á poco UN MENSAJERO

OCTAVIO.—¿Qué hay?

EL CRIADO.—A la puerta aguarda un propio.

OCTAVIO.—¿A estas horas? ¿Quién es? ¿De dónde viene?

EL CRIADO.—No ha querido decírmelo.

OCTAVIO.—Que pase. Ni una palabra á nadie. (El criado se va. Sale un corneta.) ¿Eres tú, corneta? ¿Vienes de parte del conde Gallas? Dame la carta.

EL CORNETA.—Traigo sólo un encargo de palabra. El general temió que...

OCTAVIO.—¿Qué ocurre?

EL CORNETA.—Le encargó que os dijese... ¿Puedo hablar con entera libertad?

OCTAVIO.—Mi hijo está enterado de todo.

EL CORNETA.—¡Cayó en nuestro poder!

OCTAVIO.—¿Quién?

EL CORNETA.—El intermediario Sesina.

OCTAVIO (con viveza).—¿Eslá en vuestro poder?

EL CORNETA.—El capitán Mohrbrand le prendió anteayer en el bosque de Bohemia, camino de Ratisbona, á donde iba con algunos despachos para los suecos.

OCTAVIO.—¡Por fin! ¡por fin!... ¡Qué gran noticia! Ese hombre es para nosotros caja preciosa que con-

tiene importantes noticias. ¿Le han encontrado mucho encima?

EL CORNETA.—Cinco paquetes sellados con el escudo del conde Terzky.

OCTAVIO.—¿Nada de mano del príncipe?

EL CORNETA.—Que yo sepa, nada.

OCTAVIO.—¿Y Sesina?

EL CORNETA.—Parece que se espantó mucho cuando le dijeron que le llevarían á Viena. Pero el conde Altringer se ha esforzado en hacerle concebir esperanzas si lo descubría todo.

OCTAVIO.—¿Altringer se halla con el general? Le habían dicho que estaba enfermo en Linz.

EL CORNETA.—Hace tres días que está en Frauen-



berg en casa del general. Han reunido ya sesenta banderas, y escogidas tropas, y os anuncian que sólo aguardan vuestras órdenes.

OCTAVIO.—Muchas cosas pueden suceder en poco tiempo. ¿Cuándo debes regresar?

EL CORNETA.—Estoy á vuestras órdenes.

OCTAVIO.—Aguarda á la tarde.

EL CORNETA.—Está bien.

(Hace que se va.)

OCTAVIO.—¿No te ha visto nadie?

EL CORNETA.—Nadie. Los capuchinos me han franqueado el paso, como siempre, por la puertecita del claustro.

OCTAVIO.—Vé á descansar un poco, y mantente escondido. Me parece que podré despacharte esta misma noche. Los asuntos van á desenlazarse pronto, y antes de terminar el día fatal que apunta ahora, el hado habrá resuelto. (Vase el Corneta.)

ESCENA III

OCTAVIO y MAX PICCOLOMINI

OCTAVIO.—¿Y qué dices á esto, hijo mío? Pronto se aclarará el misterio, porque tengo sabido que todo pasaba por manos de Sesina.

MAX (que habrá estado combatiendo consigo mismo, dice con resolución): Quiero averiguarlo todo por el camino más corto. Adiós.

OCTAVIO.—¿Dónde vas? Aguarda.

MAX.—Voy á encontrar al príncipe.

OCTAVIO (asustado).—¿Qué!

MAX (volviendo).—Si creísteis que aceptaría un papel en esa trama, os habéis engañado. Yo debo obrar con rectitud. No puedo ser sincero con los labios y falso en mi interior. No puedo ver que un hombre se fía de mí como de un amigo y abusar de mi propia conciencia persuadiéndome á que obra de su cuenta y riesgo y que yo no le engaño. Yo debo ser siempre para él, lo que él supone que soy. Voy á ver al duque; hoy mismo le persuadiré á sincerarse á los ojos del mundo de las columnias dirigidas

contra él y á desbaratar con su franca conducta vuestras artificiosas maquinaciones.

OCTAVIO.—¡Cómo!... Querías...

MAX.—Sin duda alguna; eso quiero.

OCTAVIO.—¡Ah sí! Me equivoqué contigo. Esperé hallar en ti al hijo prudente que bendeciría la mano bienhechora que le arrancaba del abismo, y me encuentro con un hombre cegado y extraviado por la pasión amorosa, y obstinado en cerrar los ojos á la luz. Vé; preguntale; sé lo bastante insensato para librarle el secreto de tu padre y tu Emperador, obligame á reñir con él abiertamente antes de tiempo. ¡Sí! cuando por un milagro del cielo mi secreto ha permanecido oculto hasta hoy, y los penetrantes ojos del recelo y la sospecha permanecieron dormidos, vea yo abrumado de pesar, cómo mi propio hijo aniquila, con su imprudencia y su locura, la obra penosa de la política.

MAX.—¡Ah!... ¡la política!... ¡Cómo la maldigo! Con vuestra política le empujaréis á una resolución extrema... Sí; puesto que queréis que sea culpable, bien podéis hacerle tal... ¡Oh! Esto no puede parar en bien... Cualquiera que sea la decisión de la suerte, presiento un desenlace próximo y deplorable. Porque si sucumbe ese hombre magnánimo, precipitará un mundo entero en su caída. Como al incendiarse una nave en alta mar, vuela con ella la tripulación, así pereceremos con él cuantos vamos embarcados en su fortuna... Obrad vos como gustéis, más permitidme portarme también como tenga por conveniente... Fuerza es que no exista la más ligera nube entre él y yo, y antes que anochezca he de saber si he perdido un padre ó un amigo.

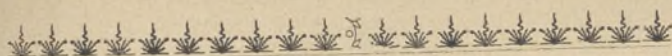
(Vase. Cae el telón.)

PARTE TERCERA

La Muerte de Wallenstein

PERSONAS

WALLENSTEIN.
OCTAVIO PICCOLOMINI.
MAX PICCOLOMINI.
TERZKY.
ILLO.
ISOLANI.
BUTTLER.
NEUMANN.
UN AYUDANTE.
WRANGEL, coronel enviado por los suecos.
GORDON, comandante de Egra.
GERALDIN, comandante.
DEVEROUX, { capitanes en el ejército de Wallenstein.
MACDONALD, {
UN CAPITAN sueco.
Una Diputación de Coraceros.
CORREGIDOR de Egra.
SENI.
LA DUQUESA DE FRIEDLAND.
LA CONDESA DE TERZKY.
TECLA.
LA SEÑORITA DE NEUBRUNN, dama de la princesa.
ROSENBERG, caballero de la princesa.
Dragones.
Criados, pajes, pueblo.
La escena en Pilsen durante los tres primeros actos, y en Egra en los restantes.



ACTO I

ESCENA PRIMERA

Una habitación dispuesta para experimentos astrológicos, con esferas, mapas, cuadrantes y otros instrumentos de astronomía. En el fondo, descornado el cortinaje de la puerta, se ve una rotonda en la cual se hallan las figuras de los siete planetas, en nichos, y alumbradas con extraño fulgor. SENI estará observando las estrellas; WALLENSTEIN, en pie, ante un tablero negro donde está dibujado el aspecto de las mismas.

WALLENSTEIN.—SENI

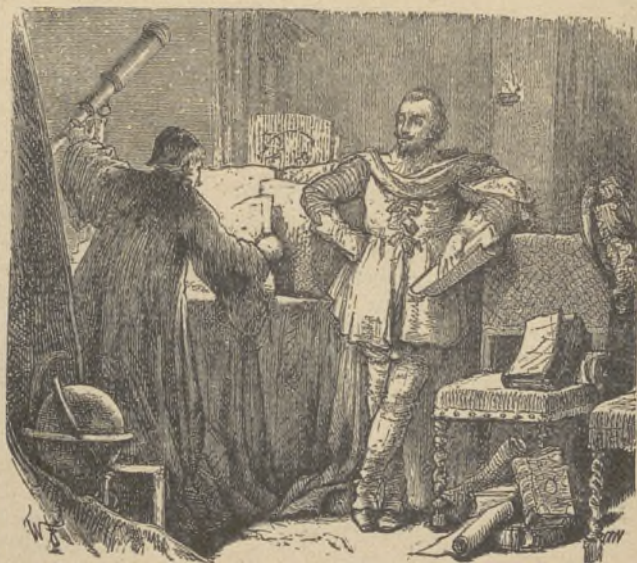
WALLENSTEIN

Bien, Seni, baja. Amanece ya; la hora está bajo la influencia de Marte, y el momento no es oportuno para operar. Ven. Ya sabemos bastante.

SENI.—Permitidme observar á Venus. Mirad cómo despunta y brilla por Oriente como un sol!

WALLENSTEIN.—Sí; se halla cerca de la tierra y ejerce todo su poderoso influjo. ¡Oh feliz espectáculo! Así se dibuja el gran triángulo del cual pende tan misterioso poder! Los dos benéficos astros, Júpiter y Venus, traen preso entre ellos al pérfido Marte y le fuerzan á servirme á ese antiguo artífice de des-

dichas. ¡Cuánto tiempo me ha sido infausto! Ya en posición directa ú oblicua, ya con duplicados ó cuadruplicados reflejos, lanzaba sus rayos de fuego sobre mis astros y destruía su favorable influjo... Por fin vencieron á mi antiguo enemigo, y me lo tienen prisionero en el cielo.



SENI.—Esas dos grandes estrellas no han de temer maleficio alguno. Saturno impotente declina.

WALLENSTEIN.—Su reinado pasó. ¡Sólo preside á los secretos gémenes ocultos en la tierra, ó dormidos en las profundidades del alma; á cuanto, en fin, huye de la luz... Ya no es tiempo de reflexionar ni de meditar. Júpiter atrae á ella la obra preparada en la oscuridad... Ahora, conviene obrar prontamente antes que se extingan esos signos de dicha, porque las esferas del cielo experimentan perpétua mudanza. (Llaman á la puerta.) Llaman; mirad quién es.

TERZKY (dentro).—Abrid.

WALLENSTEIN.—¿Es Terzky? ¿Qué ocurre que urge tanto?... Estamos ocupados.

TERZKY.—Dejadlo todo; os lo suplico... No cabe dilación.

WALLENSTEINK.—Abre, Seni.

(Mientras éste abre, Wallenstein corre la cortina que tapa las figuras de los planetas.)

ESCENA II

WALLENSTEIN.—TERZKY

TERZKY (saliendo).—¿Sabes ya lo que ocurre? Ha caído prisionero, y fué entregado por Gallas al Emperador.

WALLENSTEINK.—¿Quién cayó prisionero? ¿Quién ha sido entregado al Emperador?

TERZKY.—Quien posee nuestro secreto y fué encargado de nuestras negociaciones con los sajones y los suecos, y tuvo en sus manos todos los hilos de la trama.

WALLENSTEINK (retrocediendo). — ¿No es Sesina?... Dime que no es Sesina, te lo ruego.

TERZKY.—Iba al encuentro de los suecos, cuando cayó en manos de algunos hombres apostados por Gallas, que le espiaban hacía tiempo. Llevaba consigo mis despachos para Kinsky, Mateo Thurn, Exenstiern, Arnheim... ¡Todo está en su poder!... Ahora poseen ya la revelación de cuánto ha ocurrido.

ESCENA III

Dichos.—ILLO

ILLO (á Terzky).—¿Lo sabe ya?

TERZKY.—Sí.

ILLO (á Wallenstein).—¿Piensas todavía en reconciliarte con el Emperador, y ganarte de nuevo su confianza? Aunque renunciaras al proyecto conocen ya tus designios, y fuerza es marchar adelante, ya que es imposible retroceder.

TERZKY.—Tienen en sus manos, contra nosotros, documentos irrecusables.

WALLENSTEIN.—Pero nada de mi puño. Te acusaré de impostor.

ILLO.—¡En vano será! ¿Crees que, siendo tu cuñado quien negoció en nombre tuyo, no te atribuirán todas las negociaciones? Si los suecos aceptaron su palabra, por ser la tuya, ¿no harán otro tanto los enemigos de la Corte?

TERZKY.—Verdad que nada escribiste, pero recuerda cuán explícitamente hablaste á Sesina. ¿Es verosímil que se calle? Si le prometen la salvación á cambio de sus secretos ¿no los revelará?

ILLO.—Harto lo comprendes. Puesto que conocen lo adelantado de tus gestiones, habla, ¿á qué aguardas? Ya no puedes conservar mucho tiempo el mando, y estás perdido sin recurso si dimites.

WALLENSTEIN.—El ejército es mi seguridad; y este no me abandonará nunca. ¿Qué importa lo que sepan? La fuerza está de mi lado, y les será necesario pasar por lo que quisiera. Si les garantizo mi fidelidad, tendrán que resignarse á admitirla.

ILLO.—El ejército es tuyo ciertamente; hoy por hoy es tuyo; pero desconfia de la lenta y sorda acción del tiempo. Si el prestigio que ejerces en las tropas te protege hoy y aún mañana, contra un acto fuerza, una vez acuerdes al enemigo un plazo, minará ese pedestal, te quitará uno por uno tus soldados hasta que al fin, cuando llegue el cataclismo, se derrumbe el engañoso y socavado edificio.

WALLENSTEIN.—¡Qué funesto contratiempo!

ILLO.—Dichoso le llamaría, si ejerciese en tu ánimo el influjo que debe, y te decidiera á obrar con rapidez... El coronel sueco...



WALLENSTEIN.—¡Te acusaré de impostor!

Schiller—Tomo III—17.

WALLENSTEIN.—¿Ha llegado ya? ¿Sabéis qué encargo trae?

ILLO.—No quiere confiarlo sino á ti.

WALLENSTEIN. — ¡Ah qué funesto contratiempo! ¡Qué desgracia! Es verdad; sabe demasiado y no va á callarse.

TERZKY.—Es un rebelde de Bohemia, un desertor condenado á muerte; si puede salvar la vida á expensas tuyas, claro que no se andará con chiquillas; si le sujetan al tormento, no creo que tenga suficiente fuerza para soportarlo.

WALLENSTEIN (absorto en sus reflexiones).—No; no puedo resucitar su confianza; por más que haga, pasaré á sus ojos por traidor;... aunque vuelva á mi deber con entera lealtad y abiertamente, de nada ha de servirme.

ILLO.—Todo lo contrario; será tu perdición, Atribuirán á impotencia semejante fidelidad.

WALLENSTEIN (vivamente agitado, y paseándose á grandes pasos).—¡Oh! ¿Habré de realizar lo que fué hasta aquí un simple proyecto que entretenía mi mente? ¡Maldito sea quien juega con el diablo!

ILLO.—Si fué un simple juego tan sólo, créeme, no te queda otro partido que expiarlo en serio.

WALLENSTEIN.—He de ponerlo en ejecución hoy mismo. Hoy mismo, cuando tengo todavía la fuerza en mi poder.

ILLO.—Si es posible, claro está; antes no vuelvan en sí del golpe los de Viena, y acudan á prevenirse.

WALLENSTEIN (mirando las firmas del compromiso).—Cuento con las firmas de los generales... ¿Por qué no está entre ellos Max?

TERZKY.—Fué que... creyó que...

ILLO.—¡Puro afán de singularizarse! Dijo que entre ambos esas fórmulas están de más.

WALLENSTEIN.—Tiene razón... Las tropas no quieren ir á Flandes; me han escrito y rehusan obedecer. El primer paso de la insurrección está dado.

ILLO.—Créeme; más fácil te será aliarlas con el

enemigo que ponerlas á las órdenes de un general español.

WALLENSTEIN.—Quiero saber antes qué viene á decirme ese coronel sueco.

ILLO (vivamente).—¿Tendréis la bondad de llamarle, Terzky?... Ahí fuera está.

WALLENSTEIN.—Aguardad un poco... ¡Tanto me ha sorprendido lo que ocurre!... ¡Vino con tal precipitación!... No estoy acostumbrado á dejarme dominar y conducir ciegamente por el acaso.

ILLO.—Oyele primero y resuelve después.

(Vanse Illo y Terzky.)

ESCENA IV

WALLENSTEIN

WALLENSTEIN (hablando consigo mismo).—¿Es cierto? ¿Me será imposible obrar con entera libertad, retroceder en mi empresa, si tal fuera mi deseo? ¿He de realizarla puesto que la he concebido? ¿Habré de llevarla á cabo porque no alejé la tentación, porque apacenté con ella mis sueños, porque preparé los medios de una ejecución incierta, porque tuve simplemente abierto ante mis ojos el camino? ¡Cielos!... ¡Pero si no fué nunca este mi designio!... ¡si nunca me resolví fijamente! Mi imaginación se complacía en esa idea: esto era todo. La libertad... el poder... me atraían, ¿era crimen, por ventura, embelesarme con la esperanza de una ambición real? ¿Acaso no seguía siendo libre? ¿No continuaba abierta á mis ojos la buena senda para la retirada?... ¡Ah! ¡Adónde me veo llevado súbitamente! Cerróse á mis espaldas toda salida; mis propias obras alzaron en torno un muro que me aprisiona y me impide retroceder. (Permanece breve momento pensativo.) Parezco culpable; esta es la verdad; haga lo

que quiera, no puedo alejar el crimen de mí. Porque mi vida se muestra bajo doble aspecto que denuncia mi falta, y la sospecha envenenará, en su propio y puro manantial, mis más inocentes acciones! Si fuera lo que parezco... si fuera traidor, velara con mejores apariencias mi conducta; cubierto de espeso manto, hubiera impuesto silencio á mis quejas. Pero, firme en mi inocencia, seguro de mi lealtad, dí suelta á mis caprichos y á mis pasiones; era osado mi lenguaje, cabalmente porque no lo era mi acción... Y ahora... ahora cuánto ocurre han de atribuirlo á un plan premeditado; cuánto profería la cólera, y desbordaba del corazón en un arrebato de ira, denunciará una hábil trama; y armados de su terrible acusación con tales indicios, habré de enmudecer ante ella. Así he fabricado mi propia pérdida y he tejido mis propias redes. ¡Sólo un acto enérgico puede romperlas! (Se detiene de nuevo.) ¡Cómo obrar de otro modo! Librementemente, impulsado por mi propio valor, me arrojé á bien audaces empresas, ¡cómo retroceder ahora que la necesidad las impone y mi conservación las exige! Pero ¡ah! ¡que el aspecto de la necesidad es severo, y no sin terror introduce el hombre la mano en la urna misteriosa del destino! Encerradas en mi alma, era todavía señor de mis acciones; una vez escapadas del asilo donde se engendraron, lanzadas de allí á la corriente de la vida, son juguete de las malélicas divinidades que nada puede ablandar. (Atraviesa á grandes pasos la escena y luego se detiene de golpe.) ¿Y cuál es tu proyecto? ¿Le conoces tú mismo, por ventura? Intentas derribar un poder afirmado en el trono, consagrado por el hábito y el tiempo, arraigado con profundísimas raíces en la pia y candorosa creencia de los pueblos. No es este el combate de la fuerza con la fuerza, que no fuera temible para mí. Con ánimo sereno arrostraré el empuje de todo rival á quien pueda mirar frente á frente, y cuyo valor inflamaria el mío. No. A quien temo es al invisible

enemigo que se alza contra mí en la conciencia de los hombres: éste es el terrible; éste quien me acobarda. No fué nunca realmente peligroso el vigor violento y la fuerza vivaz, sino la eterna y ordinaria marcha de las cosas, lo que siempre fué, lo que siempre será, lo que subsistirá mañana porque subsiste hoy; el hombre tuvo por nodriza la costumbre, y ¡ay de aquel que pone la osada mano en la preciosa herencia de sus mayores, en el antiguo y venerando depósito de sus afectos! Porque el tiempo ejerce una suerte de consagración, y cuanto envejeció se reviste de un carácter divino. La posesión lleva consigo el dominio, el respeto del vulgo es su salvaguardia. (Al paje que sale.) ¿Está aquí el coronel sueco? Que entre. (Vase el paje. Wallenstein fija una mirada pensativa en la puerta.) ¡No fué todavía profanada!... Todavía no... ¡El crimen no pasó aún el dintel!... ¡Cuán breve el límite que separa los dos caminos de la vida!

ESCENA V

WALLENSTEIN, WRANGEL

WALLENSTEIN (después de haber fijado en él una mirada penetrante).—¿Os llamáis Wrangel, no es eso?

WRANGEL.—Gustavo Wrangel, coronel del regimiento azul de Südermannland.

WALLENSTEIN.—Un Wrangel fué quien, con su valerosa defensa, me causó bastantes pérdidas en el sitio de Stralsund, é impidió la rendición.

WRANGEL.—No se debió á mi valor, más el poder de los elementos que lucharon contra vos aquel día, señor duque. Salvó la plaza la violenta tempestad del Belt. El mar y la tierra no podían obedecer á un solo hombre.

WALLENSTEIN.—Me arrebatásteis de la cabeza el sombrero de almirante.

WRANGEL.—Ahora vengo á poner sobre ella una corona.

WALLENSTEIN (le hace seña de que se siente y hace lo propio).—¿Traéis vuestras credenciales? ¿venís con plenos poderes?

WRANGEL (pensativo).—Quedan por aclarar algunas dudas.

WALLENSTEIN (después de haber leído la carta).—La carta está en regla. Señor Wrangel, vuestro soberano es hombre prudente. El carçiller me dice que con ayudarme á ceñir la corona de Hungría, sólo cumple un designio del difunto rey.

WRANGEL.—Dice la verdad. El rey, de gloriosa memoria, tuvo siempre alta opinión del talento militar de V. A. Se complacía en repetir que quien sabía mandar debía reinar.

WALLENSTEIN.—Así podía decirlo. (Le toma la mano confiado.) Hablando con toda franqueza, coronel, siempre he sido en el fondo afecto á los suecos; bien lo experimentásteis en Silesia y Nuremberg. ¡Cuántas veces os tuve en mi poder, y siempre os facilité la retirada! Cabalmente esto es lo que no me perdonan en Viena, y me obliga á tomar ese partido... Ahora bien;; puesto que nuestros intereses son los mismos, tratémonos con mutua confianza.

WRANGEL.—La confianza nacerá por sí sola de nuestras garantías.

WALLENSTEIN.—A lo que parece, el carçiller no se fía aún completamente de mí. Realmente, lo confieso... el negocio no habla mucho en favor mío. Su Alteza discurre que quien engaña á su propio Emperador, bien puede engañarle á él mañana; traición más excusable que la primera. ¿No es ésta también vuestra opinión, coronel?

WRANGEL.—Yo he venido aquí para cumplir mi cometido, no para manifestar mi opinión.

WALLENSTEIN.—El Emperador me ha puesto en el

caso de tomar una resolución extrema. En realidad no puedo continuar á su servicio honrosamente, y sólo acudiendo á mi seguridad y á mi legítima defensa, doy ese paso difícil que mi conciencia reprueba.

WRANGEL.—Lo creo. Nadie se determina á tan extrema acción sin verse forzado á ello. (Pausa.) Pero no nos toca á nosotros interpretar y juzgar lo que haya pasado entre el Emperador y su general. El hecho es que mientras Suecia combate por una buena causa armada de su conciencia y de su espada, se le ofrece una ocasión favorable. En la guerra, de toda ventaja suele sacarse partido, y nosotros aprovechamos éste. Si logramos ponernos de acuerdo...

WALLENSTEIN.—¿De qué dudan todavía?... ¿De mi voluntad?... ¿De mis fuerzas?... Yo he dado palabra al canciller de que, si ponía á mis órdenes diez y seis mil soldados, con los diez y ocho mil del ejército imperial, podría...

WRANGEL.—Vuestra Alteza goza la reputación de un talento de primer orden, de un Atila, de un Pirro. Aún se hace lenguas la admiración de cómo, pocos años há, contra lo que todos creían, logró sacar Vuestra Alteza de la nada un ejército poderoso... Pero...

WALLENSTEIN.—¿Pero qué?

WRANGEL.—Pero el canciller opina que es más fácil crear un ejército de sesenta mil hombres sin recursos, que persuadir á la sexta parte...

WALLENSTEIN.—Hablad con entera libertad.

WRANGEL.—... A cometer un perjurio.

WALLENSTEIN.—¿Esto cree? En esto discurre como sueco y protestante que es. Vosotros los luteranos combatís por vuestra Biblia, y os preocupáis de vuestra causa; de modo que seguís adictos á la bandera con entera buena fe y corazón, y quien desertase de ella para pasarse al enemigo, rompería un lazo que os atá á un doble deber; pero entre nosotros no se trata de nada de eso.

WRANGEL.—¡Cómo! ¿No existe en este país, ni patria, ni familia, ni religión?

WALLENSTEIN.—Voy á deciros lo que hay... Sí; el austriaco tiene patria, y la ama con motivo. Pero ese ejército que decimos imperial, acuartelado hoy en Bohemia, no la tiene, ni mucho menos; formado por la escoria de las naciones extranjeras, nada posee bajo la capa del sol. La tierra de Bohemia, además, por la cual combatimos, no guarda ningún afecto á un soberano que le impuso la suerte de las armas, y no la libre elección. Si soporta en apariencia murmurando la tiranía de las ajenas creencias, en el fondo está subyugada pero no sometida; el recuerdo de las inícuas crueldades que se cometieron, mantiene viva y fomenta en los corazones el deseo de la venganza. ¿Puede acaso olvidar el hijo que acusaron á su padre con perros para que fuese á la iglesia? Un pueblo que ha sufrido tamaños tratos es terrible cuando los soporta, y terrible cuando se venga.

WRANGEL.—Pero ¿y la nobleza? ¿y la oficialidad? De semejante deserción, de tan grande felonía, príncipe, no hay ejemplo en la historia del mundo.

WALLENSTEIN.—La nobleza y la oficialidad están á mis órdenes en cuerpo y alma. Si no queréis creerme á mí, creed al menos el testimonio de vuestros ojos. (Le presenta la fórmula del juramento. Wrangel la lee y luego la deja sobre la mesa sin decir palabra.) ¿Comprendéis, ahora?

WRANGEL.—Compréndalo quien pueda. Príncipe, voy á quitarme la máscara... sí, traigo plenos poderes para terminar el asunto. El conde palatino del Rhin se halla con quince mil hombres á cuatro jornadas de aquí, y sólo espera una orden para reunirse con vuestro ejército. Puedo expedírsela en cuanto nos pongamos de acuerdo.

WALLENSTEIN.—¿Qué pide el canceller?

WRANGEL (con más grave acento).—Se trata de doce

regimientos suecos, de los cuales respondo con mi cabeza. Bien pudiera ser todo eso un añagaza.

WALLENSTEIN.—¡Señor coronel sueco!

WRANGEL (con tranquilidad).—Es preciso por tanto que el duque de Friedland rompa formalmente y sin posibilidad de reconciliación, con el Emperador; de lo contrario, no se le confiará ni un solo soldado sueco.

WALLENSTEIN.—¿Qué queréis? Hablad con entera claridad y en pocas palabras.

WRANGEL.—Que se desarmen los regimientos españoles, que se tome á Praga, y que tanto esla como la fortaleza de Egra, sean entregadas á los suecos.

WALLENSTEIN.—Esto es pedir demasiado. ¡Praga! ¡Egra, pase!... ¡pero Praga!... es imposible... Estoy dispuesto á concederos cuantas garantías racionales me pidáis; pero... ¡Praga!... ¡Bohemia!... me basto yo para defenderla.

WRANGEL.—¿Quién lo duda? Nosotros no pensamos únicamente en su defensa; lo que queremos es no haber sacrificado en vano hombres y dinero.

WALLENSTEIN.—Justo es.

WRANGEL.—Y mientras no se nos indemnice, Praga será para nosotros una prenda.

WALLENSTEIN.—¿Tan poco os fiáis de nosotros?

WRANGEL (levantándose).—Los suecos deben estar en guardia contra los alemanes. Llamados de la otra ribera del Báltico, vinimos aquí á salvar el imperio de su ruina y á sellar con nuestra sangre la libertad de conciencia y las enseñanzas de las Escrituras. Y hoy ya nadie se acuerda de tales beneficios, y sólo se siente su peso. Todos miran con malos ojos á esos extranjeros acampados en medio del imperio... Si pudieran, nos mandarían regresar á nuestros bosques con un puñado de oro... No, no dejamos á nuestro rey en el campo de batalla por el salario de Judas... No derramaron los suecos su noble sangre por dinero... ni queremos regresar á nuestro país con estériles laureles. Queremos seguir siendo ciu-

dadanos de una tierra que nuestro rey conquistó á costa de su vida.

WALLENSTEIN.—Ayudadme á derribar al enemigo común, y la tierra que tanto deseáis será vuestra sin falta.

WRANGEL.—Y cuando hayamos vencido á ese enemigo ¿cuál será el lazo de la nueva alianza? Príncipe, nosotros sabemos (á pesar de que los suecos debiéramos ignorarlo) que estáis secretamente en tratos con los sajones. ¿Quién nos garantiza que no seamos víctimas de ese tratado que juzgáis prudente ocultarnos?

WALLENSTEIN.—Veo que el canciller sabe elegir sus procuradores. No podía enviarme otro más obstinado. (Se levanta.) Buscad otra condición, señor coronel, pero no hablemos de Praga.

WRANGEL.—Mis poderes no se extienden á tanto.

WALLENSTEIN.—¡Entregaros mi capital!... Preferiría reconciliarme con el Emperador.

WRANGEL.—Si es tiempo todavía.

WALLENSTEIN.—Es tiempo ahora, y siempre que quiera.

WRANGEL.—Tal vez lo fué algunos días atrás, pero hoy no, desde que cayó prisionero Sesina. (Wallenstein se calla y parece estupefacto.) Príncipe, no dudamos de vuestra sinceridad; desde ayer, estamos seguros de ella. Puesto que este papel nos responde del ejército, no hay razón para desconfiar más... No riñamos por Praga... El canciller se contenta con la cesión de la parte antigua de la capital, y cede á Vuestra Alteza el Rastschin y el pequeño barrio... Pero, ante todo, nos entregaráis Egra. Sin esto sí que es imposible llegar á un acuerdo.

WALLENSTEIN.—Por lo visto, yo debo fiar de vosotros, y vosotros no de mí. Lo pensaré.

WRANGEL.—Ruego á Vuestra Alteza que no ande remiso en ello. Dos años llevamos ya de gestiones. Si esta vez no dan ningún resultado, el canciller las declarará definitivamente terminadas.

WALLENSTEIN.—Me apremiáis harto. Tan grave resolución debe ser pesada con tiento.

WRANGEL.—Es verdad, Alteza; pero sólo la pronta ejecución puede asegurar su éxito. (Vase.)

ESCENA VI

WALLENSTEIN, TERZKY, ILLO

ILLO.—¿Habéis concluido?

TERZKY.—¿Estáis de acuerdo?

ILLO.—Salió muy contento... Sí, os habréis entendido.

WALLENSTEIN.—Oíd. Nada está resuelto aún. Todo bien considerado, prefiero no hacer nada.

TERZKY.—¡Cómo!... ¿Qué dices?

WALLENSTEIN.—¡Vivir por gracia de esos arrogantes suecos!... Vaya... ¡no puedo sufrirlo!

ILLO.—¿Acaso les mendigas un asilo, como un prófugo? Más les das en cambio de lo que recibes.

WALLENSTEIN.—¿Cuál ha sido el fin de aquel condestable de Borbón que se vendió á los enemigos de su patria, y volvió sus armas contra el propio país? Morir maldecido de todos, en justo castigo de su desnaturalizada y culpable conducta.

ILLO.—Pero ¿estás en el mismo caso?

WALLENSTEIN.—Creedme; el hombre respeta la fidelidad como el más estrecho parentesco que existe; nadie hay que no se crea nacido para castigar á los que la ultrajan. El odio de las sectas, el furor de los partidos, la envidia, la rivalidad, todo cede, todo se aplaca, todo se reconcilia para perseguir al enemigo común de la humanidad, á la bestia feroz que viola el pacífico asilo donde el hombre se retira en busca de seguro. Porque la prudencia individual no le basta. Naturaleza púsole ojos debajo de la frente, pero á su espalda, sólo la buena fe le sirve de escudo.

TERZKY.—No te juzgues con más rigor que los mismos enemigos que te tienden alegremente la mano. ¿Se anduvo con tantos escrupulos el mismo Carlos, el tío del Emperador? Con los brazos abiertos recibió á ese Borbón... El gran motor del mundo es el interés.

ESCENA VII

Dichos.—LA CONDESA TERZKY

WALLENSTEIN.—¿Quién te manda venir?... Aquí no estamos tratando cosas de mujeres.

LA CONDESA.—Venía á felicitarte. Supongo que no me habré precipitado...

WALLENSTEIN.—Ruégale que se vaya, Terzky.

LA CONDESA.—Quería ver al rey de Bohemia.

WALLENSTEIN.—No está todavía decidido.

LA CONDESA (á los otros).—Bien;... ¿en qué estado se hallan las gestiones?... Hablad.

TERZKY.—El duque no quiere.

LA CONDESA.—¿Cómo que no quiere!... ¿No quiere lo que debe?

ILLO.—A vos, señora, loca persuadirle. Por mi parte ya hice lo que pude... Salé hablándonos de fidelidad y de conciencia.

LA CONDESA.—Pero ¿cómo es eso?... Cuando el plazo estaba lejano y se tendía á tus ojos el camino, te mostrabas muy decidido y valiente... y ahora que el sueño se trueca en realidad y se acerca el momento de la ejecución; ahora que se ofrece cierto el resultado... ¿te pones á temblar! ¡Por lo visto eres osado en los proyectos, y cobarde en la acción! Con esto das la razón á tus enemigos, que es cabalmente lo que aguardan. Están seguros de que el proyecto existe, y pueden convencerte de ello con papeles sellados y firmados, pero no creen en su ejecución porque entonces debieran temerte y estimarte... ¿Es posible? Después de haber ido tan

lejos, cuando ya se sabe lo peor, cuando te acusan de haber comenzado la empresa, ¿retrocedes y malogras el fruto de tales combinaciones? Concebirla es crimen vulgar; ejecutarla, obra inmortal; si el éxito la corona, todos la tienen por legítima, porque el éxito es el juicio de Dios.

UN PAJE.—El coronel Piccolomini.

LA CONDESA (vivamente).—Que aguarde.

WALLENSTEIN.—Ahora no puedo recibirle. Que vuelva otra vez.

UN PAJE.—Pide tan sólo un momento de audiencia para un asunto urgente.

WALLENSTEIN.—¿Qué querrá decirme? Quiero verle.

LA CONDESA (sonriendo).—Será urgente para él; pero tú bien puedes aguardar.

WALLENSTEIN.—¿De qué se trata?

LA CONDESA.—Más tarde lo sabrás; ahora piensa tan sólo en despachar á Wrangel. (El Paje se va.)

WALLENSTEIN.—Si aún me fuera posible elegir y hallar una salida menos cruel, de buen grado la aprovecharía para evitar toda violencia.

LA CONDESA.—Nada más fácil. Despide á Wrangel, olvida tus sueños, abdica completamente el pasado y decídate á emprender nueva ruta. También la virtud tiene sus héroes, como la gloria y la fortuna. Vé á Viena al punto con tus tesoros, y declara sencillamente que quisiste poner á prueba la fidelidad de tus servidores y burlar á los suecos.

ILLO.—Hasta para tomar este partido es tarde ya. Están muy enterados de lo ocurrido. Esto sería poner la cabeza en el tajo.

LA CONDESA.—Nada temo por esta parte. Fáltanles pruebas para juzgarle según las leyes, y no querrán incurrir en un acto de arbitrariedad; con que dejarán que se retire tranquilamente. Ya veréis lo que va á pasar á mi juicio. Se presentará el rey de Hungría, y dejarán que el duque se retire, como es natural, sin necesidad de explicación alguna. Luego

el rey recibirá el juramento de las tropas, y todo seguirá como hasta aquí, y como si nada hubiese ocurrido. En esto, el mejor día el duque se retira á sus castillos, trae á ellos la animación, caza, edifica, fomenta la cría caballar, se rodea de una corte, da suntuosos banquetes, distribuye condecoraciones... es en una palabra un rey... ¡en pequeño!... Y como se ha mostrado bastante juicioso para abdicar su importancia real, dejan que brille cuanto quiera... Ya le tenemos convertido en gran príncipe de por vida... ¿Y qué? Será uno de tantos hombres de nuevo cuño que alzó la guerra, hechuras de la corte, que fabrica con la misma facilidad duques y príncipes.

WALLENSTEIN (levantándose; vivamente agitado).— ¡Oh Dios de misericordia, muéstrame el mejor camino para salir de esta angustia! ¡Ah! Yo no puedo, con alharacas de hombre virtuoso, satisfacerme con mis intenciones, ni decirle tampoco á la suerte que me abandona, haciendo del magnánimo, «vé, no te necesito»... ¡Ah no; si me cruzo de brazos soy muerto... Lo que me suspende y detiene no es el peligro, ni el sacrificio, sino el deseo de evitar tan grande extremidad. Pero antes que hundirme en la nada, después de haber sido tanto; antes que ser confundido con aquellos miserables que en un día se alzan y caen, prefiero que la posteridad pronuncie mi nombre con horror y Friedland sea mote de aborrecimiento.

LA CONDESA.—¿Pero qué hay, en todo esto, contrario á la naturaleza?... porque yo no sé verlo... ¡Ah!... no permitas que los siniestros fantasmas de la superstición extingan la luz de tu inteligencia. ¡Qué! Te acusan de alta traición; con razón ó sin ella... Pues bien; ahora no se trata de esto. Lo cierto es que estás perdido si no empleas en tu defensa el poder que posees... ¿Y dónde hallarás una criatura inofensiva que no use, para defender su vida,

todas sus fuerzas? ¿Qué habrá tan osado que no justifique la necesidad?

WALLENSTEIN.—¡Fué tan bueno el Emperador para mí, en tiempos!... ¡Me amaba, y me estimaba tanto! ¡Nadie poseyó su corazón como yo! ¿A quién honró como á mí?... ¡Y parar en eso!

LA CONDESA.—Si con tal fidelidad recuerdas sus más ligeros obsequios, ¿por qué no tienes cuenta de las ofensas recibidas?... ¿Hemos de recordarte cómo recompensó tus leales servicios en Ratisbona? Para engrandecer al Emperador, te indispusiste con todos los príncipes, y atrajiste sobre tu cabeza la maldición del mundo entero. Tu amistad con Fernando, te enemistaba con toda Alemania. Y cuando en medio de la deshecha borrasca no podías contar con otro apoyo ¿te lo prestó acaso?... No, te dejó sucumbir, ¡te dejó sucumbir!... qué digo? ¡te sacrificó al orgullo del bávaro!... No digas que con devolverte tu dignidad reparó tamaña injuria, porque no fué él quien te la devolvió sino la imperiosa ley de la necesidad.

WALLENSTEIN.—Cierto; no debo ni á su voluntad, ni á su afecto mi poder; si de él abuso, no abuso de su confianza.

LA CONDESA.—¡Afecto!... confianza! Palabras ¡que tenían necesidad de ti!... ni más ni menos. La necesidad, el déspota rudo á quien poco importan los figurones y los vanos nombres, que quiere hechos y no apariencias, que busca en todas partes al más experto para fiarle el timón, así deba sacarlo del populacho, esa fué quien te colocó á la cabeza, esa quien firmó tu nombramiento. Mientras puede, y por el tiempo que puede, esa raza de los príncipes llama en su auxilio sus propios y artificiosos esfuerzos, y emplea á los serviles; más cuando las circunstancias extraordinarias se acercan, y se desvanecen los impotentes fantasmas, todo va á parar en manos de la poderosa naturaleza, de aquellos gigan-

tes que no aceptan ninguna convención, y obran sólo por propio impulso, no por impulso ajeno.

WALLENSTEIN.—Cierto que siempre me vieron tal como soy. Nunca les engañé en mis tratos. Nunca les he ocultado mi carácter osado y audaz.

LA CONDESA.—Todo lo contrario.... Si te mostraste siempre temible y fiel á ti mismo, la culpa fué suya en fiar el poder á quien tanto temían. El carácter siempre acorde consigo mismo, no merece ningún reproche; sólo yerra cuando se contradice. ¿No eres acaso el mismo que, ocho años ha, recorrías Alemania á sangre y fuego, azote de los pueblos, burlando las ordenanzas, ejerciendo la fuerza, hollando todo dominio por engrandecer á tu déspota? Entonces era ocasión de romper contigo y llamarte al orden. Pero entonces tal conducta era útil al Emperador y ¡claro está! sancionaba en silencio la violencia con su sello imperial! Y lo que entonces era justo, porque obraba en su favor, ¿sería odioso ahora porque recae en su perjuicio?

WALLENSTEIN (levantándose).—Nunca había mirado las cosas desde este punto de vista. Realmente, cuanto ejecuté en pró del Emperador era contrario al orden, y á verdaderos crímenes debo mi manto de príncipe.

LA CONDESA.—Convengamos, pues, en que entre tú y él no se trata de justicia ni de deberes, y atendamos á la fuerza y á la ocasión. Llegó el momento de fijar los grandes cálculos de tu vida; los mismos astros se muestran propicios y te anuncian que ha llegado la hora. ¿Para qué habrás pasado tu vida midiendo su curso, trazando círculos y cuadrantes, dibujando en las paredes zodiácos y esferas? ¿Para qué rodearte de mudas imágenes? ¿Será esto un juego infantil que á nada te conduzca? ¡Qué ineficaz sería tanta ciencia, si ningún influjo ejerciera en un momento decisivo!...

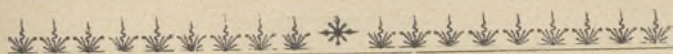
WALLENSTEIN (durante estas últimas palabras, se
Schiller—Tomo III—18.

pasea con viva agitación y luego se detiene de pronto é interrumpe á la condesa).—¡Llamad á Wrangel!... Salgan inmediatamente tres correos.

ILLO.—¡Gracias á Dios! (Se va corriendo.)

WALLENSTEIN.—¡Lo quieren su ángel malo y el mío! De mí se sirve para castigarle. ¡De mí, el instrumento de su ambición! Cuanto á mi suerte, párceme que se halla afilado el hierro de la venganza que ha de traspasarme. Quien siembra los dientes del dragón no puede esperar muy feliz cosecha. Todo crimen lleva consigo su cruel vengador en la desesperación... Ni él puede fiar de mí, ni puedo yo retroceder... Suceda pues lo que quiera... El destino decide de todo y nosotros no hacemos más que ejecutar sus imperiosas decisiones. (A Terzky.) Conduce á Wrangel á mi despacho; quiero hablar yo mismo á los mensajeros... Haz llamar á Octavio. (A la condesa que manifiesta su regocijo.) No te alegres tan pronto, que el destino es celoso y le ofende la prematura alegría. Depongamos la semilla en sus manos y aguardemos á que el tiempo nos muestre si germinó para nuestra ventura ó para nuestra perdición. (Vase.—Cae el telón.)





ACTO II

ESCENA PRIMERA

Una habitación

WALLENSTEIN, OCTAVIO PICCOLOMINI; luego MAX

WALLENSTEIN

Me escribe desde Linz que está enfermo, cuando sé positivamente que se halla escondido en casa del conde Gallás, en Frauenberg. A ambos debes prender y traérmelos aquí. Toma el mando de los regimientos españoles; te entretendrás en hacer siempre preparativos, sin hallarte nunca pronto. Si intentan forzarte á obrar contra mí, muéstrate dispuesto, y continúa sin hacer nada. Entiendo que este partido es el que más conviene á tu carácter, porque bien querrás salvar las apariencias. Como no se hicieron para ti las resoluciones extremas te elegí ese papel: tu inacción me será esta vez utilísima. Si en esto la suerte se decide en favor mío, ya sabes lo que te toca hacer. (Sale Max.) Ahora vé, mi buen amigo, parte esta misma noche; toma mis propios caballos. No hay que alargar la despedida.

Espero que volveremos á vernos, satisfechos y alegres.

OCTAVIO (á su hijo).—Tenemos que hablar.

(Vase.)

ESCENA II

WALLENSTEIN, MAX PICCOLOMINI

MAX (acercándose á él).—Mi general!

WALLENSTEIN.—Ya no lo soy, si te llamas todavía oficial del Emperador.

MAX.—Entonces es cosa resuelta; ¿queréis abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—He renunciado al servicio del Emperador.

MAX.—¿Y queréis abandonar el ejército?

WALLENSTEIN.—Todo lo contrario. Espero atarlo á mi fortuna con lazos más estrechos y durables. (Se sienta.) Sí, Max; no quise franquearte mi secreto hasta el momento de ponerlo en acción. Los jóvenes soléis tener un instinto certero y rápido, y es grato obedecer al propio juicio cuando se trata de dar honroso ejemplo. Mas, cuando hemos de elegir entre dos males igualmente positivos, en que el corazón ha de salir vencido en la lucha por el deber, gran dicha es no haber de elegir, y singular favor la necesidad... Esta existe en nuestro caso... No vuelvas la vista atrás; sería inútil, mira hacia delante. No juzgues; disponte á obrar; la corte ha resuelto perderme, y acudo á prevenirme... Vamos á aliarnos con los suecos; valientes soldados y magníficos aliados. (Se detiene, aguardando la respuesta de Piccolomini.) ¡Te sorprende!... ¡No me contestes!... quiero que te tomes tiempo para serenarte.

(Se levanta y se dirige al foro. Max permanece largo rato inmóvil, sumido en violento dolor, y á un

gesto suyo, Wallenstein vuelve á ponerse delante de él.)

MAX.—Mi general, hoy me emancipáis de vuestra tutela, porque, hasta hoy, me evitabais el pesar de elegir mi camino. A todas partes os seguía sin condiciones; me bastaba miraros, para estar seguro de caminar por la buena senda. Hoy por primera vez me ponéis en el caso de apelar á mi propia conciencia y de elegir entre ella y vos.

WALLENSTEIN.—Hasta hoy, Max, mecido por la fortuna, pudiste cumplir, como jugueteando, tus deberes, entregarte á tus nobles impulsos, y obrar con entero corazón. Hoy ya no es posible. Dos caminos opuestos se abren á tu vista; los deberes combaten contra los deberes. Fuerza es tomar partido en la guerra que arde entre tu amigo y el Emperador.

MAX.—¡La guerra! ¿Este es el nombre que le conviene, por ventura? La guerra es temible, como azote de Dios; pero como todo azote, puede ser justa y útil. ¿Es justa la guerra que haréis al Emperador con sus propias armas?... ¡Ah Dios mío! ¡qué mudanza! Hablaros yo así á vos!... á vos, que fuísteis como mi estrella polar, fija é invariable!... ¡el dechado de mi vida! ¡Ah, qué modo de desgarrarme el corazón!... ¡Cómo renunciaré á ver encarnado en vuestro nombre mi arraigado respeto! Cómo perder la santa costumbre de la obediencia!... No volváis el rostro: fué siempre para mí como la faz de Dios mismo, y no puede perder de un solo golpe su influjo. Mi alma se liberta con sangrientos esfuerzos, pero aún detiene mis sentidos el antiguo lazo.

WALLENSTEIN.—Oye, Max.

MAX.—¡Ah! no lo hagáis! ¡no lo hagáis por Dios!... Ved; tan fatal resolución no se ha impreso aún en vuestra noble y pura fisonomía, no; sólo la imaginación ha contaminado... La inocencia rehusa abandonar vuestra frente donde resplandece el honor... ¡Oh! alejad tan negro proyecto, enemigo de vuestra

tranquilidad... Fué una pesadilla que vino á perturbar vuestra austera virtud: á esas pasajeras sugestiones vivimos sometidos, pero el ánimo generoso ha de saber sojuzgarlas. No acabaréis así; esto sería infamar en faz de los hombres á los grandes caracteres, á las naturalezas poderosas; esto sería dar la razón al vulgo que desconfía siempre de ellas cuando libres, y sólo deja de temerlas cuando impotentes.

WALLENSTEIN.—El mundo me condenará severo; lo sé. Ya me he dicho cuánto podía decirme. ¿Quién no rehusaría la violencia, cuando puede prescindir de ella? Pero aquí no queda alternativa: ó usarla, ó soportarla. A este punto he llegado.

MAX.—Pues bien, sea. Conservad vuestro puesto á mano armada; resistid al Emperador, y puesto que es forzoso, declaraos en abierta rebelión. Ya que no pueda aplaudirlo, he de excusarlo, y aunque lo censure me asociaré á vuestra conducta... Pero no seáis traidor... he pronunciado la palabra... no seáis traidor... Porque ya no es un arrebató, ya no es una falta cometida por la exacerbación de las pasiones, no, es algo distinto, una acción negra, negra como el infierno.

WALLENSTEIN (sombrió y reprimiéndose).— ¡Con qué ligereza hablan los jóvenes, y pronuncian frases que deben manejarse con la prudencia del filo de una espada! Con su ardiente imaginación miden cosas que no están todavía á su alcance, y usan las palabras de bien y mal, dignidad y oprobio, como si tal cosa, y aplican á los hombres y á sus actos las ideas fantásticas que ocultan esos conceptos imponentes! La inteligencia es vasta, Max, pero el mundo es estrecho. Las ideas cohabitan fácilmente, sin embarazarse, una junto á otra; pero en el mundo real las cosas chocan entre sí, y para que una ocupe su lugar, es forzoso que otra se retire. Quien no quiere ser rechazado, debe rechazar á los demás; la lucha es la suprema ley, y la victoria pertenece á

la fuerza. Sí; en buen hora logrará mantenerse puro en puro elemento y habitar entre tenues llamas como la salamandra, quien cruza el camino de la vida sin deseos, sin dirigirse á un término, pero á mí naturaleza me sacó de más ruda astilla; la ambición me encadena á la tierra, y la tierra es patrimonio del espíritu del mal, no del bien. Cuantos dones debemos al cielo, comunes son á todos; su luz nos alegra, más no nos enriquece, y nadie adquiere de ellos posesión; pero el oro y las piedras preciosas hay que arrancarlas á las falsas y perversas divinidades que habitan en el seno de la tierra. Sólo con sacrificios se muestran propicias, y no hay mortal que salga de la lucha conservando su pureza.

MAX (con expresión).—¡Ah, temed, temed á esas falsas divinidades, infieles á su palabra! ¡Falaces espíritus que os arrastran al abismo con artificiosas mentiras!... ¡Ah, no os fiéis de ellas, os repito!... Volved al camino del deber... ¡Sí!... os será posible todavía; mandadme á Viena... Dejadme negociar la paz con el Emperador... No os conoce bien, pero os conozco yo, y sabrá veros á través de mis ojos y renacerá su confianza.

WALLENSTEIN.—Estarde ya. Tú ignoras lo ocurrido.

MAX.—Si han llegado las cosas á tal punto que sólo el crimen pueda preservaros de la ruina, caed al menos dignamente como habéis vivido hasta ahora. Dejad el mando; abandonad el campamento. Puesto que podéis hacerlo con gloria, sea también con inocencia; ya que tanto vivisteis para los demás, vivid, en fin, por vos; yo os acompañaré; yo encadenaré mi suerte á la vuestra.

WALLENSTEIN.—Es tarde. M'entras hab'as tú inútilmente, mis rápidos mensajeros vuelan hacia Praga y Egra. Ponte de mi lado; hacemos lo que debemos, y marchamos con dignidad y paso firme y seguro por el camino de la necesidad. ¿En qué soy yo más culpable que el gran César cuyo nombre resuena aún por el universo entero? Contra la misma

Roma dirigió aquellas legiones que de Roma había recibido para su defensa. Si hubiese soltado la espada, estaba perdido, como lo estaría yo actualmente. Siento en mí algo de su genio. Protéjame como á él la fortuna, y me encargo del resto.

(Max, que hasta aquí ha sido víctima de viva agitación, se va rápidamente. Wallenstein le contempla sorprendido, y queda absorto en sus pensamientos.)

ESCENA III

WALLENSTEIN.—TERZKY; luego ILLO

TERZKY.—¿Estabas hablando con Max?

WALLENSTEIN.—¿Dónde está Wrangel?

TERZKY.—Se fué.

WALLENSTEIN.—¿Tan pronto?

TERZKY.—¡Cómo si lo hubiese tragado la tierra! Apenas te dejó, fui en su busca para hablarle, y ya se había marchado, sin que nadie pudiera decirme dónde estaba. Crearía que es el diablo en persona; un hombre no puede evaporarse así tan de repente.

ILLO (saliendo).—¿Es verdad que has fiado una comisión al padre?

TERZKY.—¡Cómo! ¡á Octavio! ¿En eso piensas?

WALLENSTEIN.—Va á Frauenberg al frente de los regimientos españoles é italianos.

TERZKY.—Dios quiera que no realices este proyecto.

ILLO.—¿Piensas en confiar las tropas á ese pérfido y permites que se aleje en el momento decisivo?

TERZKY.—¡No lo hagas, por Dios, no lo hagas!

WALLENSTEIN.—¡Vaya que sois singulares!

ILLO.—Atiende á mi consejo, siquiera una vez; no le dejes partir.

WALLENSTEIN.—¿Y por qué no fiaré en él esta vez como todas? ¿Qué ha pasado que destruya la

buena opinión en que le tengo? No sé que deba mudar mi sentir con respecto á él, según quiera vuestro capricho. ¡Si creeréis que soy voluble como una mujer! Cabalmente porque he fiado en él hasta hoy, quiero seguir fiándome de él hoy.

TERZKY.—Mas ¿por qué comisionarle á él? Que vaya otro.

WALLENSTEIN.—No. Ha de ser Octavio, y basta. Es el más apto. Por esto le elegí.

ILLO.—No, sino porque es italiano.



WALLENSTEIN.—Ya sé que nunca tuvisteis gran afición al padre ni al hijo. Como sabéis que los estimo y quiero, y los prefiero ostensiblemente á vosotros, los celos os ciegan; ¿pero á mí qué me importan vuestros celos? ¡Que los odiáis! Bueno; no por esto desmerecerán á mis ojos. Amaos ó aborreceos como gustéis; á todos dejo en libertad para sentir lo que

gusten, mas yo conozco perfectamente la valía de cada uno de vosotros.

ILLO.—Pues yo te juro que no saldrá, así deba romper tñu carruaje.

WALLENSTEIN.—Modérate, Illo.

TERZKY.—Mientras estuvo aquí Questenberg, le acompañó constantemente; no se dejaron un minuto.

WALLENSTEIN.—Lo sabía y lo permitía.

TERZKY.—¡Y los mensajes secretos que recibió de Gallas!... ¿sabes esto?

WALLENSTEIN.—Esto es falso.

ILLO.—¡Oh qué ciego estás, á pesar de tu perspicacia!

WALLENSTEIN.—No derribaréis mi confianza, porque se basa en la más alta ciencia. Si me engaña él, la astrología es una mentira. El destino me dió una prenda segura de la fidelidad de Octavio.

ILLO.—¿Y quién responde de que esa prenda no te engaña?

WALLENSTEIN.—Hay momentos en la vida del hombre que le acercan al espíritu que lo gobierna, y durante los cuales puede interrogar al acaso. En uno de esos momentos, la víspera de la batalla de Lutzen, y después de anohecido, me hallaba pensativo y recostado en un árbol contemplando con errante mirada la llanura. Brillaban á lo lejos con siniestro resplandor á través de la niebla las hogueras del campamento, y sólo interrumpía el silencio el grito monótono de los centinelas y el sordo rumor de las armas. En aquel punto, mi vida entera, con su pasado y su porvenir, discurría por delante de mi vista; mi espíritu soñador se complacía en atar á los próximos sucesos del día siguiente los más lejanos y futuros. Y me decía á mí mismo: «¡Cuántos hombres, sujetos á tu mando! Como sobre un número de la lotería, pusieron su fortuna sobre tu cabeza; se embarcaron contigo en la nave de la suerte. Y no obstante, si un día esta los disper-



W ALLENSTEIN.—Hermano—me dijo—no montes el caballo...

sara, ¡cuán pocos permanecerían fieles á ti!... Esto quisiera saber: ¿cuál de ellos, entre cuantos encierra este campamento, será el más fiel? Dámelo á conocer por un signo ¡oh hado! Sea el primero que mañana por la mañana me dé una prueba de adhesión.» Y me dormí pensando en esto, y soñé: soñé que me hallaba entre el fragor de la batalla, cuando una bala mató á mi caballo, y vine al suelo. Jinetes y caballos pasaron sobre mí sin concederme siquiera una mirada compasiva; yacía en tierra ahogado, moribundo, pisoteado. De pronto acude en mi auxilio un brazo poderoso; era Octavio. Despierto, era ya de día, miro: Octavio estaba ante mí. «Hermano—me dijo—no montes hoy el caballo pío que acostumbras, sino éste que he elegido para tí. Hazlo por el cariño que me tienes; un sueño me ha sugerido esta idea.» Y á la velocidad del caballo que me dió debí el escapar á los dragones de Banner, que me perseguían. En cambio, mi primo montó aquel día el que yo solía montar y no he vuelto á ver ni al caballo ni al jinete.

ILLO.—¡Pura casualidad!

WALLENSTEIN (con gravedad).—La casualidad no existe; cuanto nos parece ciego y fatal proviene directamente de las más profundas causas. Tengo la seguridad de que Octavio es mi ángel bueno; ahora, ni una palabra más. (Se retira.)

TERZKY.—Consuélame ver que nos queda Max en rehenes.

ILLO.—Y éste no saldría vivo de aquí.

WALLENSTEIN (volviendo).—Sois como las mujeres que vuelven siempre á lo mismo tras haberles hablado en razón durante horas enteras. Las acciones y pensamientos humanos no son como las olas del mar que se agitan fatalmente; parten de un mundo interior, y manan de él como de profunda mina; su desenvolvimiento necesario es como el de los árboles, sin que pueda desnaturalizarlo la suerte.

He penetrado hasta el fondo del alma humana, y conozco perfectamente sus voluntades y acciones.
(Vanse.)

ESCENA IV

Aposento en la casa de Piccolomini

OCTAVIO PICCOLOMINI, dispuesto á partir.—UN AYUDANTE

OCTAVIO.—¿Están en sus puestos los hombres que ordené?

EL AYUDANTE.—Abajo esperan.

OCTAVIO.—¿Es gente de fiar, verdad? ¿De qué regimiento son?

EL AYUDANTE.—Del de Tiefenbach.

OCTAVIO.—Este es fiel. Que aguarden tranquilamente en el patio trasero, y que no salgan hasta que suene la campana. Entonces cerraréis la puerta y la custodiaréis, y quedará preso todo el que se hallé dentro. (Vase el Ayudante.) Cierto que no creo necesitar sus servicios, porque estoy seguro de mi cálculo. Pero se trata de servir al Emperador, y el juego es de importancia, con que vale más pecar por exceso de precauciones.

ESCENA V

OCTAVIO.—ISOLANI

ISOLANI.—Aquí estoy. ¿Ha de venir alguien más de los nuestros?

OCTAVIO (con misterio).—Antes, una pa'abra, conde Isolani.

ISOLANI (también con misterio).—¿Se da el golpe? ¿Está decidido el príncipe? Fíad en mí. Ponedme á prueba.

OCTAVIO.—Podría ser.

ISOLANI.—Camarada, no soy de los que hablan mucho, y luego se escurren llegado el momento. El duque se portó conmigo como bueno. Dios lo sabe; se lo debo todo. Puede contar con mi fidelidad.

OCTAVIO.—Esto hemos de ver.

ISOLANI.—Pero, estad sobre aviso, porque no todos piensan como yo. Muchos hay que son todavía partidarios de la corte y que opinan ser nulas y de ningún valor las firmas arrancadas por sorpresa poco há.

OCTAVIO.—Decidme sus nombres.

ISOLANI.—¡Por vida! Todos los alemanes son de ese parecer... También Sterhazy, Kaunitz, Deodati, declaran ahora que es fuerza obedecer á la corte.

OCTAVIO.—Me alegro.

ISOLANI.—¡Cómo que os alegráis!

OCTAVIO.—Sí; me place ver que el Emperador cuenta con tan buenos amigos y bravos servidores.

ISOLANI.—No os chanceéis, amigo, que no es gente para todo.

OCTAVIO.—Cierto que no. Dios me libre de tomarlo á chanza. Me place sinceramente ver tan fuerte la buena causa.

ISOLANI.—¡Diablo!... ¿Qué significa esto?... ¿No sois vos?... Entonces, ¿á qué he venido yo?

OCTAVIO.—A declarar lisa y fracamente si queréis ser amigo ó enemigo del Emperador.

ISOLANI (con allivez).—Contestaré á quien tenga derecho á preguntármelo.

OCTAVIO.—Este papel os dirá si tengo ese derecho.

ISOLANI.—¡Cómo!... ¡el sello y la firma del Emperador! (Leyendo.) «Todos los jefes de nuestro ejército obedecerán á las órdenes de nuestro fiel y muy amado teniente general Octavio Piccolomini, como á nuestra propia persona.» ¡Ah!... realmente... Sí... señor general, os felicito.

OCTAVIO.—¿Os sometéis á esa orden?

ISOLANI.—¿Yo?... ¡Así tan de sorpresa! Supongo

que me acordaréis algún tiempo para reflexionar.

OCTAVIO.—Dos minutos.

ISOLANI.—¡Por Dios!... me parece que el asunto es...

OCTAVIO.—Muy claro y sencillo. Se trata de saber si queréis hacerle traición á vuestro soberano, ó servirle fielmente.

ISOLANI.—¿Hacerle traición?... ¿Quién habló de hacerle traición?

OCTAVIO.—He aquí los hechos: El príncipe es un traidor, y quiere pasarse con su ejército al enemigo. Hablad, pues, llanamente y sin demora. ¿Sois perjuro? ¿queréis venderos al enemigo?... Decid.

ISOLANI.—¡Qué ocurrencia!... Faltar yo á mi juramento al Emperador!... ¿He dicho esto? ¿Cuándo he dicho esto?

OCTAVIO.—Nada habéis dicho todavía, es verdad. Aguardo lo que digáis.

ISOLANI.—Observad una cosa que me complace. Vos mismo sois testigo de que no he dicho nada que se le parezca.

OCTAVIO.—Quedamos, pues, en que os separáis del príncipe.

ISOLANI.—¡Si urdió una traición!... La traición rompe todo lazo.

OCTAVIO.—¿Estáis resuelto á combatir contra él?

ISOLANI.—Se portó conmigo muy generosamente; pero si es traidor, castíguele el cielo. Queda saldada nuestra cuenta.

OCTAVIO.—Celebro que os resignéis sin oposición. Esta misma noche saldréis de aquí al frente de las tropas ligeras... como si la orden partiera del duque. El punto de reunión es Frauenberg; allí recibiréis de Gallas nuevas instrucciones.

ISOLANI.—Está bien. Acordáos de recomendarme al Emperador. Deseo que le conste que me hallásteis bien dispuesto.

OCTAVIO.—Elogiaré vuestra conducta. (Vase Isolani. Sale un criado.) ¡El coronel Buttler! Bien.

ISOLANI (volviendo).—Excusad, mi viejo camarada, mis modales. ¡Dios! ¡Quién podía figurarse que se las había con tan gran personaje!

OCTAVIO.—Bien, bien.

ISOLANI.—Soy, aunque viejo alegre de cascos. Si con el calor del vino se me escapó alguna frasecilla contra la corte, conste que fué sin mala intención.

(Vase.)

OCTAVIO.—Cuanto á eso, tranquilizáos. Todo pasó... ¡Ojalá tenga tan buena mano con el otro!

ESCENA VI

OCTAVIO PICCOLOMINI, BUTTLER

BUTTLER.—A la orden, general.

OCTAVIO.—Bien venido, mi digno camarada y excelente amigo.

BUTTLER.—Mucho me honráis.

OCTAVIO (después de haberse sentado ambos).—Ayer no respondísteis á algunas insinuaciones mías, considerándolas sin duda vana fórmula de cumplimiento. Mi deseo era, sin embargo, muy serio y partía del corazón, porque estamos en unos tiempos en que los buenos deben unirse estrechamente.

BUTTLER.—Sí, pero sólo cabe alianza entre los que son de un mismo parecer.

OCTAVIO.—Siempre fueron de un mismo parecer los buenos. Para juzgar á los hombres sólo atiendo á los actos que realizan libremente á impulsos de su propio carácter; con frecuencia arrastran á los mejores fuera del buen camino la violencia y la preocupación... Pasásteis por Frauenberg... ¿nada os confió el conde Gallas? Hablad claro; es mi amigo.

BUTTLER.—Sólo me insinuó algo.

OCTAVIO.—Lo siento; sus consejos hubieran sido muy buenos, y me veo obligado á darlos.

Schiller—Tomo III—19.

BUTTLER.—Excusad tal molestia, y á mí el embarazo de mostrarme indigno de la opinión que os merezco.

OCTAVIO.—Los momentos son preciosos. Habl'emos francamente. Ya sabéis á qué punto han llegado las cosas. El duque proyecta una traición; más puedo deciros: la ha ejecutado ya. Hace algunas horas firmó el tratado de alianza con los enemigos y salieron correos de gabinete para Egra y Praga. Mañana quieren llevarnos al campamento enemigo. Pero el duque se engaña, porque la prudencia vela por el Emperador, y éste cuenta aún con amigos fieles que forman una liga poderosa, aunque ignorada. Semejante acto condena al duque á la proscripción, exime á las tropas de la obediencia y agrupa á mis órdenes á todos los hombres de buena voluntad. Ahora, elegid: ¿queréis defender á nuestro lado la buena causa, ó compartir con él la suerte de los malvados?

BUTTLER.—Su suerte será la mía.

OCTAVIO.—¿Esta resolución es irrevocable?

BUTTLER.—Sí.

OCTAVIO.—Meditadlo, coronel; todavía es tiempo. La frase que habéis pronunciado con harta precipitación, queda sepultada en mi pecho. Recogedla, si queréis; elegid mejor partido, porque ese no es bueno.

BUTTLER.—¿Tenéis algo más que mandarme?

OCTAVIO.—¡Pensad en vuestras canas!... ¡Retroceded!

BUTTLER.—Quedad con Dios.

OCTAVIO.—¿Con que vais á desenvainar vuestra leal espada? ¿Trocaréis por la maldición la gratitud del Austria por vuestros cuarenta años de fidelidad?

BUTTLER (con amarga sonrisa).—¿La gratitud del Austria!

(Hace que se va. Octavio le deja llegar hasta la puerta y luego le llama.)

OCTAVIO.—¡Buttler!

BUTTLER.—¿Qué queréis?

OCTAVIO.—¿Me diréis qué pasó con lo del condado?

BUTTLER.—¿Con el condado?... ¿Qué?

OCTAVIO.—Sí, me refiero al título de conde que vos...

BUTTLER (colérico).—¡Ah!... ¡Mil rayos!

OCTAVIO (friamente).—Parece que lo solicitásteis y os lo negaron.

BUTTLER.—No me insultaréis impunemente. ¡En guardia!

OCTAVIO.—Envainad vuestra espada, y contadme tranquilamente cómo fué. No he de rehusaros después una satisfacción.

BUTTLER.—Sea. Sepa el mundo mi flaqueza, que no me perdono. Sí, general; yo soy ambicioso, y en mi vida he podido soportar el desprecio. Me lastima en el alma que en el ejército merezcan mayor consideración el abolengo y los títulos que el mérito personal, y no paso de ningún modo por que se me trate peor que á mis iguales. En mal hora cedí á la tentación. ¡Era una locura, lo sé, mas no merecía expiarla tan duramente. Bastaba una negativa. ¿Por qué hacerla más cruel con el insulto y el desprecio? ¿por qué pisotear con amargas burlas á un pobre viejo, á un fiel servidor? ¿por qué recordarle tan duramente su baja cuna? Porque tuvo la flaqueza de olvidarla un instante... Pero la naturaleza armó con venenoso dardo al reptil para vengarse del que le aplasta orgulloso.

OCTAVIO.—Seguramente os calumniaron. ¿Adivináis quién pudo haceros tan flaco servicio?

BUTTLER.—¿Qué me importa? Algún miserable cortesano, algún español linajudo que temió, envidioso, verse ofuscado por mis servicios.

OCTAVIO.—Decidme, ¿aprobaba el duque ese paso?

BUTTLER.—El mismo me indujo á él, é intervino sólicito en mi favor con noble y ardoroso celo.

OCTAVIO.—¿De veras? ¿Estáis seguro de ello?

BUTTLER.—Yo mismo leí la carta.

OCTAVIO.—También yo, pero era de muy distinta naturaleza. (Buttler se sonprende.) El acaso la puso en mis manos; podéis enteraros de ella con vuestros propios ojos. (Le da la carta.)

BUTTLER.—¿Qué es esto?

OCTAVIO.—Mucho temo, coronel, que se burlaron vergonzosamente de vos. Decís que el duque os movió á presentar vuestra instancia... y en esta carta habla de vos con desdén y aconseja al ministro que castigue vuestra imprudencia, como él la llama. (A Buttler, después de haber leído la carta, le flaquean las piernas, y se sienta en una silla.) Conste, pues, que nadie os quiere mal, ni os persigue otro enemigo que el mismo duque. De él partió la ofensa, y harto se ve su designio: quiso separaros de vuestro emperador y obtener del rencor lo que nunca consiguiera de vuestra lealtad acrisolada, con ánimo tranquilo. Os convertía en ciego instrumento de sus culpables maquinaciones; por desgracia harto lo alcanzó.

BUTTLER (CON VOZ TEMBLONA).—¿El Emperador me perdona?

OCTAVIO.—Hace más: repara la injusticia afrenta inferida á un digno soldado, y confirma el favor que con criminal intención os acordaba el príncipe. Vuestro regimiento os pertenece. (Buttler intenta levantarse, pero cae otra vez desplomado sobre la silla; su agitación le impide hablar: por fin toma la espada y la entrega á Piccolomini.) ¿Qué hacéis?... Serenaos.

BUTTLER.—Tomad.

OCTAVIO.—¿Por qué?... Serenaos repito.

BUTTLER.—Tomad esta espada; ya no soy digno de ceñirla.

OCTAVIO.—Recibidla de nuevo de mi mano, y ser-víos de ella para defender la buena causa.

BUTTLER.—Hice traición al Emperador, tan bueno y generoso para mí.

OCTAVIO.—Reparad vuestra falta; separaos del duque.

BUTTLER.—¡Separarme de él!

OCTAVIO.—¡Cómo!... ¿En qué estáis pensando?

BUTTLER (con acento terrible).—¡Sólo separarme de él!... Morirá.

OCTAVIO.—Seguidme á Frauenberg, donde todos los súbditos fieles se reunen con Gallas y Altringer. A muchos otros traje de nuevo á su deber, y esta noche salen de Pilsen.

BUTTLER (hondamente conmovido, se adelanta hacia Octavio mirándole de hito en hito).—Conde Piccolomini, el hombre que ha violado su fe, ¿puede hablaros de honor?

OCTAVIO.—Puede, si se arrepiente con alma entera.

BUTTLER.—Pues bien; dejadme aquí, bajo mi palabra de honor.

OCTAVIO.—¿Qué estáis tramando?

BUTTLER.—Dejadme aquí con mi regimiento.

OCTAVIO.—Fío en vos; pero decidme qué os proponéis.

BUTTLER.—Los hechos lo dirán. Por de pronto, no queráis saber más. Bien podéis fiar en mí. ¡Mil rayos! No lo confiáis precisamente á su ángel bueno. Adiós.

(Vase.)

UN CRIADO (trayendo un billete).—Un desconocido trajo este billete y ha desaparecido. Los caballos del príncipe aguardan á la puerta.

(Vase.)

OCTAVIO.—«Procurad salir cuanto antes. Vuestro fiel Isolani.» ¡Ah, qué ganas tengo de dejar esta ciudad! Naufragar á la vista del puerto! Partamos, partamos. Aquí no estoy ya seguro. ¿Pero, dónde está mi hijo?

ESCENA VII

LOS DOS PICCOLOMINI.—Max, vivamente agitado, ceñudo, extraviados los ojos, con paso inseguro, al parecer sin ver á su padre, que le contempla de lejos compasivo. Se adelanta á grandes pasos, se detiene de nuevo, y luego se echa sobre una silla, fija é inmóvil la mirada.

OCTAVIO (acercándose á él).—Hijo mío... yo parto. (Su hijo no contesta. Le toma la mano.) Hijo mío, adiós.

MAX.—¡Adiós!

OCTAVIO.—Pronto me seguirás.

MAX.—¡Seguiros yo!... Vuestro camino es tortuoso, y no es el mío. (Octavio retira la mano y retrocede.) ¡Oh! A ser vos más leal y sincero, las cosas no hubieran llegado á este punto, y serían muy otras. No hubiera tomado él su terrible decisión; los buenos conservaran todavía su imperio, y no hubiese caído en las redes de los malos. ¿Por qué os deslizásteis secretamente y con astucia detrás de él para espiarle, á guisa de ladrón ó malhechor? ¡Fatal falsedad, madre de todos los males! tú nos arrojas á la desolación, tú nos pierdes, cuando la noble verdad, protectora de los hombres, nos hubiera salvado. ¡Ah padre mío!... no puedo disculparos... no puedo. El duque me engañó cruelmente, muy cierto, pero vos no obrásteis algo mejor que él.

OCTAVIO.—¡Hijo mío! perdono á tu aflicción estas palabras.

MAX (levantándose y contemplándole con expresión de sospecha).—¿Será posible, padre mío? Obrasteis acaso con deliberado designio? Porque la verdad es que sobre su caída se funda vuestra elevación. ¡Qué pena me causa esto!

OCTAVIO.—¡Dios del cielo!

MAX.—¡Ay de mí! ¡Cómo se trueca la naturaleza á mis ojos y se hinca la sospecha en mi alma, tan

feliz hasta hoy! Confianza, esperanza, fe... ¡todo se ha perdido, puesto que todo me engañó!... Pero no... no todo. Ella vive aún, ¡ella, todo verdad y pureza como el cielo! En todas partes reina la traición y la hipocresía, el asesinato, el veneno, el perjurio y la falsedad; nuestro amor es el único sentimiento puro, el único santuario no profanado todavía.

OCTAVIO.—Sígueme, Max... es lo mejor.

MAX.—¡Qué! ¿sin darle el último adiós?... Jamás.

OCTAVIO.—Excusa el dolor de una separación necesaria. Ven conmigo, hijo mío. (Quiere llevarseelo.)

MAX.—No quiero, como hay Dios.

OCTAVIO (insistiendo).—Vente; tu padre te lo manda.

MAX.—Mandadme lo que sea humanamente posible. Yo me quedo.

OCTAVIO.—Sígueme; en nombre del Emperador.

MAX.—El Emperador no manda en mi corazón. ¿Queréis arrebarme el único consuelo que me resta: su compasión? ¿He de cumplir cruelmente una resolución ya cruel de suyo? ¿He de esconderme de ella, como si me fugara como un cobarde? ¡Ah no! Quiero que vea mi dolor y sienta mis sollozos y vierta lágrimas por mí. Los hombres son crueles, pero ella es un ángel, y me salvará de la desesperación y vertará el bálsamo de sus consuelos sobre mis mortales heridas.

OCTAVIO.—Mira que no podrás separarte de ella; salva tu virtud.

MAX.—Cesad de hablarme en vano. Obedezco á la voz de mi corazón, la única que me inspira confianza.

OCTAVIO (temblando y fuera de sí).—¡Max! ¡Max! Si ha de herirme tan cruento dolor... si tú, mi propio hijo... mi sangre... no quiero pensarlo... si fueras tú capaz de semejante ignominia, ¿infligieras tamaña afrenta al honor de mi casa, el mundo vería con espanto y en hórrido combate gotear la sangre del padre en la espada del hijo.

MAX.—Otra fuera vuestra conducta, á tener mejor opinión de los hombres. ¡Malditas sospechas! ¡Deplorable duda! Todo vacila, todo se hunde cuando cesa la confianza.

OCTAVIO.—Y si confío en ti ¿te será posible siempre seguir tus inspiraciones?

MAX.—Cuando vos no habéis podido sofocar mis impulsos, no ha de poderlo el duque.



OCTAVIO.—¡Oh, Max, ya no te volveré á ver jamás!

MAX.—Jamás indigno de vos.

OCTAVIO.—Yo salgo inmediatamente en dirección á Frauenberg; te dejo para tu defensa los regimientos de Pappenheim, de Lorena, de Toscana y de Tiefenbach, que te aman, y preferirían sucumbir con valor antes que faltar á su jefe y á su juramento.

MAX.—Prometo morir en el combate ó sacarlos de Pilsen.

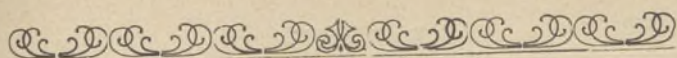
OCTAVIO.—Adios, hijo mío!

MAX.—Adiós.

OCTAVIO.—¡Qué!... ni una mirada de afecto, ni un apretón de manos por despedida, cuando marchamos á una guerra cruenta de incierto resultado!... No nos separábamos así otras veces. ¡Entonces, es verdad que he perdido á mi hijo!

(Max se arroja en sus brazos, y ambos permanecen largo tiempo abrazados en silencio. Luego se va cada cual por diferente lado.)

*



ACTO III

ESCENA PRIMERA

Habitación de la duquesa de Friedland

LA CONDESA TERZKY.—TECLA.—LA SEÑORITA DE NEUBRUNN; las dos últimas trabajando en la labor

LA CONDESA

¿Nada tienes que preguntarme, sobrina?... nada absolutamente? Mucho há que aguardo una pregunta... ¿Cómo puedes pasarte tantas horas sin pronunciar su nombre una sola vez? Sin duda te parece ya superfluo mi auxilio ó hallásteis otro medio de comunicaros... Confiésalo: ¿le has visto?

TECLA.—Ni ayer, ni hoy.

LA CONDESA.—¿Sabes algo de él? Nada me ocultes.

TECLA.—Ni una palabra.

LA CONDESA.—¡Y sigues tan tranquila!

TECLA.—Tan tranquila.

LA CONDESA (á la Neubrunn).—Dejadnos solas.

(Vase la Neubrunn.)

ESCENA II

LA CONDESA.—TECLA

LA CONDESA.—Francamente, no me gusta verle guardar tal silencio en los momentos actuales.

TECLA.—Pues ahora es oportuno; en los momentos actuales.

LA CONDESA.—¿Ahora que lo sabe todo?

TECLA.—Hablad más claro, si queréis que os comprenda.

LA CONDESA.—Por eso he querido quedar sola contigo. Ya no eres una niña, Tecla. Tu corazón no necesita ya tutor, porque amas y el amor da fuerza y energía, de lo cual has dado ya pruebas: en esto te pareces más á tu padre que á tu madre. Puedes, por tanto, oír cosas que ella no sería capaz de soportar.

TECLA.—Os ruego que abreviéis. Poco importa lo que tengáis que decirme; hablad. Seguro que no me atormentará tanto como ese exordio. Decídmelo todo en pocas palabras.

LA CONDESA.—No te asustes, por Dios!

TECLA.—Hablad, por compasión.

LA CONDESA.—De ti depende hacer un gran servicio á tu padre.

TECLA.—¿De mí? ¿Qué puedo hacer yo?

LA CONDESA.—Max te ama, y tú puedes atarle á tu padre con lazo indisoluble.

TECLA.—¿Qué necesidad hay de mí para eso, si el lazo existe ya?

LA CONDESA.—Existía.

TECLA.—¿Y por qué no subsistirá ahora?

LA CONDESA.—Porque sigue adicto al Emperador.

TECLA.—Cuanto lo exijan su honor y lealtad.

LA CONDESA.—Pero ahora se trata de probar no su lealtad, sino su amor. Estas palabras son muy elás-

licas y equívocas, y es fuerza que así lo comprenda. El amor de enseñarle en qué consiste el honor.

TECLA.—¿Cómo?

LA CONDESA.—Es fuerza que renuncie al Emperador ó á ti.

TECLA.—Se retirará del servicio, y seguirá al lado de mi padre. Ya sabéis cuánto desea dejar las armas.

LA CONDESA.—Es fuerza, no que las deponga, sino que se sirva de ellas en pró de tu padre.

TECLA.—La vida dará por él... si hay quien se le atreve.

LA CONDESA.—Veo que no quieres comprender.... ¡Pues bien!... Sabe que tu padre ha roto con el Emperador y que va á reunirse al frente de su ejército con los enemigos.

TECLA.—¡Oh, madre mía!

LA CONDESA.—Necesita un gran ejemplo que decida á las tropas. Los Piccolomini ejercen sobre ellas gran influjo, y su partido será decisivo. Nos aseguramos al padre por medio del hijo.... Mucho puedes hacer tú.

TECLA.—¡Oh, madre mía! ¡Qué golpe mortal te amenaza!... ¡Ah!... no sobrevivirá á él.

LA CONDESA.—Se someterá á las circunstancias: la conozco mucho. Lo lejano é indeciso la abruma, pero lo real é irreparable lo soporta con resignación.

TECLA.—¡Cómo presentía todo eso!... Ya llegó, ya está aquí la fría mano de la suerte que me arrebató todas mis esperanzas!... Harto lo sabía! En el mismo punto en que pisé esta casa, advertí sobre mi cabeza los astros de la desventura... Mas, ¿por qué pensar en mí antes que en mi madre? ¡Oh, madre mía, madre mía!

LA CONDESA.—Serénate, hija, y no te deshagas en lamentaciones. Conserva para tu padre un amigo, y un amante para ti. Todo puede tener buen fin todavía.

TECLA.—¡Buen fin!... ¿Y cómo?... Estamos separa-

dos para siempre, ¡ay de mí! No hay que hablar más en ello.

LA CONDESA.—No te abandonará; no puede abandonarte.

TECLA.—¡Desventurado!

LA CONDESA.—Si te ama de veras, pronto lo tendrá resuelto.

TECLA.—Pronto lo tendrá resuelto; seguro. ¿Pero qué?... ¿Cabe siquiera que haya de resolverse todavía?

LA CONDESA.—Serénate... siento que se acerca tu madre.

TECLA.—¿Cómo soportaré su vista?

LA CONDESA.—Serénate.

ESCENA III

Dichas.—LA DUQUESA

LA DUQUESA (á la condesa).—¿Quién estaba aquí? Me pareció haber oído hablar á alguien con viveza.

LA CONDESA.—Estoy tan asustadiza!... Al más leve ruido me figuro ver entrar a'gún mensajero de desgracia.... Dime, ¿qué ocurre? ¿Obedecerá al Emperador? ¿Enviará la caballería al cardenal? ¿Despidió á Questenberg con favorable mensaje? Habla.

LA CONDESA.—No; no es este el partido que tomó.

LA DUQUESA.—Entonces, esto es hecho. ¡Presiento una gran desventura!... Le destituirán, y tendremos otra vez lo de Ratisbona.

LA CONDESA.—Tranquilízate; esta vez las cosas llevarán otro camino, yo te lo aseguro.

(Tecla, vivamente conmovida, se echa en brazos de su madre, sollozando largo rato.)

LA DUQUESA.—¡Ah, hombre inflexible é intratable! Cuánto he debido padecer y sufrir en mi matrimonio! Toda mi vida con él ha sido una continua angustia, como si me hubiesen encadenado á un carro

de fuego siempre girando, siempre despeñado con violencia! Me arrastró al borde de un abismo escarpado, donde vivo siendo víctima del espanto y el vértigo. Hija mía, no llores... No temas que mis penas sean presagio de las tuyas. No hay otro Friedland en el mundo; con que no has de temer la suerte de tu madre.

TECLA.—Huyamos, madre mía, huyamos: no se hizo para nosotros esta casa. Cada hora que se acerca trae un nuevo sobresalto.

LA DUQUESA.—¡Más tranquila será tu suerte, hija mía! Yo misma, tu padre y yo, hemos visto días mejores, que á veces recuerdo con placer. Entonces se mostraba activo y sereno á la par; su ambición era como el fuego moderado que calienta, no la violenta llama que devora. Amado del Emperador, gozaba de su confianza; el Emperador le consultaba en todas sus empresas; mas desde el día desdichado de Ratisbona, en que fué depuesto, se volvió desconfiado, suspicaz, misántropo, sombrío, y, siempre inquieto, perdida la fe en su antigua fortuna, se arrojó á oscuros manejos, funestos á sus autores.

LA CONDESA.—Esta es vuestra opinión, pero no me parece muy propia de este momento, mientras le estamos aguardando. Pronto estará aquí y no conviene que os vea en semejante estado.

LA DUQUESA.—Ven, hija mía, enjuga tus lágrimas, muéstrate á tu padre con la frente serena. Mira, que traes en desorden el pelo; recoge esas trenzas... Ven, seca tus lágrimas, que empañan tu dulce mirada... ¿Qué iba á decir?... ¡Ah!... ya sé... ¿Sabes que Piccolomini me parece un joven de mucho talento y muy distinguido?

LA CONDESA.—¡Verdad!

TECLA (á la condesa, con ansiedad).—Tía, hazme el favor de excusarme. (Hace que se va.)

LA CONDESA.—¿Adónde vas?... Tu padre está aquí.

TECLA.—Ahora no puedo verle.

LA ONDESA.—Pero te echará de menos, y te llamará.

LA DUQUESA.—¿Por qué te vas?

TECLA.—Me es imposible verle.

LA CONDESA (á la duquesa).—Se siente indispuesta.

LA DUQUESA (inquieta).—¿Qué tienes, hija mía?
(Ambas la siguen y procuran detenerla. En esto sale Wallenstein hablando con Ilo.)

ESCENA IV

Dichas.—WALLENSTEIN.—ILLO

WALLENSTEIN.—¿Nada ocurre en el campamento?

ILLO.—Todo está tranquilo.

WALLENSTEIN.—En breve tal vez recibiremos la noticia de que Praga es nuestra; entonces podremos arrojar la máscara y anunciar á las tropas el paso que dimos y sus resultados. En estos casos el ejemplo es el gran agente; el hombre es un sér imitador, y quien marcha á la cabeza, conduce el rebaño. Las tropas de Praga sólo saben que Pilsen se alzó por nosotros, y bastará que Praga dé el ejemplo para que Pilsen nos jure fidelidad. Dime, ¿se declaró Buttler?

ILLO.—Espontáneamente, y sin previa invitación, vino á ofrecerme sus tropas.

WALLENSTEIN.—Por lo visto, no hay que fiar de sentimientos. ¡Cuántas veces el espíritu de la mentira imita por engañarnos el acento de la verdad con impostores oráculos? Perdóneme mi bravo compañero mi secreta injusticia, pero el caso es que un sentimiento que no puedo dominar, y que no quiero llamar miedo, me sobrecoge á su vista y detiene el libre impulso de la amistad. ¡Y pensar que él me ofrece la primera prenda de ventura!

ILLO.—No dudes que su ejemplo seducirá á los demás jefes del ejército.

WALLENSTEIN.—Ahora vé, y tráeme aquí á Isolani. Hace poco le hice un favor, y quiero empezar por él. (Vase Illo.—Se adelantan las tres mujeres.) ¡Ah!... ¡aquí mi esposa y mi hija! Descansemos un instante de nuestros cuidados. Acercaos, que necesito pasar una hora de calma en brazos de los míos.

LA CONDESA.—Tiempo há que no nos habíamos visto reunidos como hoy, hermano mío.

WALLENSTEIN (á parte á la condesa).—¿Está ya preparada para oirme?

LA CONDESA.—Todavía no.

WALLENSTEIN.—Ven, hija mía; siéntate junto á mí. Me ponderó tu madre tu talento; dice que fluye de tus labios bálsamo saludable con tu voz tierna y melodiosa. Una voz así necesito yo ahora para alejar el maléfico espíritu que se cierne sobre mi cabeza.

LA DUQUESA.—¿Dónde está tu laúd, Tecla? Ven acá; dale á tu padre una prueba de tu habilidad.

TECLA.—¡Oh, madre mía! ¡oh, Dios mío!

LA DUQUESA.—Ven, Tecla, dale esta alegría á tu padre.

TECLA.—No puedo, no puedo, madre mía!

LA CONDESA.—¿Qué dices?... ¿Qué te pasa?

TECLA (á la condesa).—¡Compasión!... Cantar en este momento!... en tal angustia!... delante de él, que empuja á mi pobre madre á la muerte!

LA DUQUESA.—Vamos, Tecla!... ¿caprichitos tenemos?... Tu padre no puede desear en vano...

LA CONDESA.—Aquí está el laúd.

TECLA.—¡Dios mío!... ¿cómo podre?...

(Coge el laúd con mano temblorosa y lucha consigo misma; pero apenas se dispone á empezar, con súbito terror lo echa al suelo y se va corriendo.)

LA DUQUESA.—¡Hija mía!... Está enferma, sin duda.

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué tiene?... ¿le ocurre eso á menudo?

LA CONDESA.—Ya que ella se vende, no quiero callar más.

WALLENSTEIN.—¡Pues!... ¿qué hay?

LA CONDESA.—Le ama.

WALLENSTEIN.—¿Le ama?... ¿A quién?

LA CONDESA.—A Piccolomini. ¿No lo has notado? ¿Ni tú tampoco?

LA DUQUESA.—¡Con que esto es lo que la trae perturbada de ese modo!... Dios te bendiga, hija mía; no tienes por qué ruborizarte de tu elección.

LA CONDESA.—Ese viaje... Si era otro tu designio, tú tienes la culpa; debiste elegir otro guía.

WALLENSTEIN.—¿Y él lo sabe?

LA CONDESA.—Confía hacerla suya.

WALLENSTEIN.—¡Cómo suya!... ¡Ese muchacho está loco!

LA CONDESA.—Pues díselo á ella misma.

WALLENSTEIN.—¡Figurarse obtener la hija de Friedland!... Pues me gusta... No es corto de genio.

LA CONDESA.—¡Como siempre te le has mostrado tan amigo!...

WALLENSTEIN.—¿Y con eso basta para que aspire á heredarme? Sí, lo confieso, le quiero mucho y le tengo en mucho, pero ¿qué tiene eso que ver con la mano de mi hija? ¿Sólo concediéndola se demuestra á uno la estimación?

LA DUQUESA.—Su noble carácter, sus costumbres...

WALLENSTEIN.—Le darán derechos sobre mi corazón, pero no sobre mi hija.

LA DUQUESA.—Su jerarquía, su alcurnia...

WALLENSTEIN.—¡Su alcurnia!... Después de todo no es más que un vasallo, y yo quiero buscarme un yerno en los tronos de Europa.

LA DUQUESA.—¡Ah, esposo mío!... ¡Más nos va'iera no subir tan alto por miedo á más honda caída!

WALLENSTEIN.—¡Y tú quieres que tantos sacrificios como hice por alzarme hasta el lugar en que me hallo, y dejar á la zaga al vulgo, parasen en un enlace ordinario! Ah, no... (Calla de pronto y dice se-

renándose:) Es cuanto sobreviviera de mí en este mundo. Quiero ceñir á su frente una corona, ó perecer en la demanda. ¡Pues qué! cabalmente ahora en que lo arriesgo todo, absolutamente todo, para darle más alto destino. (Se detiene pensativo)... secundar ahora ese amor, como padre sin carácter y contraer esa alianza común... ¡hoy cabalmente consentir!... ¡hoy que se va á consumir mi obra!... No, no... es mi mayor y más guardado tesoro, el lote más precioso de mi riqueza, y no he de trocarlo sino por un cetro real.

LA DUQUESA.—¡Ah, esposo mío! Así construyes tu edificio, y le elevas hasta las nubes con creciente afán, sin pensar que sus mezquinos cimientos no soportan la frágil y vacilante fábrica.

WALLENSTEIN (á la condesa).—¿Le dijiste á dónde quiero que se retire?

LA CONDESA.—Todavía no. Tú mismo se lo dirás.

LA DUQUESA.—¡Cómo!... ¿No volvemos á Carintia?

WALLENSTEIN.—No.

LA DUQUESA.—¡O á cualquiera de nuestras tierras!

WALLENSTEIN.—No estaríais seguras.

LA DUQUESA.—¿En los estados del Emperador no no estaríamos seguras?

WALLENSTEIN.—La esposa de Friedland no debe esperar nada del Emperador.

LA DUQUESA.—¡Ah, Dios mío! ¡A tal punto habéis llevado las cosas!

WALLENSTEIN.—En Holanda hallaréis un asilo.

LA DUQUESA.—¿A un país luterano nos mandas?

WALLENSTEIN.—El duque de Lauenburg os acompañará.

LA DUQUESA.—¡Lauenburg! ¡el aliado de los suecos!... ¡el enemigo del Emperador!

WALLENSTEIN.—Los enemigos del Emperador ya no loson míos.

LA DUQUESA (mirando con espanto al duque y á la condesa).—¡Entonces es cierto y está decidido que

caíste en desgracia y perdiste el mando! ¡Dios mío, Dios mío!

LA CONDESA (al duque).—Dejémosla en esta idea; ya ves que no podría soportar la verdad.

ESCENA V

Dichos.—EL CONDE TERZKY

LA CONDESA.—¿Qué tienes? Pareces asombrado como si acabarás de ver un fantasma.

TERZKY (llevándose á Wallenstein á un lado).—¿Ordenaste que partieran los croatas?

WALLENSTEIN.—No sé nada.

TERZKY.—Estamos vendidos.

WALLENSTEIN.—¡Cómo!

TERZKY.—Salieron esta noche... lo propio han he- los cazadores... Todos los retenes están desalojados.

WALLENSTEIN.—¿Y qué hace Isolani?

TERZKY.—Tú le mandaste que se fuera.

WALLENSTEIN.—¡Yo!

TERZKY.—¿Cómo no?... ¿Ni á Deodati tampoco? Los dos han desaparecido.

ESCENA VI

Dichos.—ILLO

ILLO.—¿Te ha dicho Terzky...

TERZKY.—Todo lo sabe.

ILLO.—¿Sabe también que Maradas, Esterhazy, Gøtz, Collalto y Kaunitz le abandonaron?

TERZKY.—¡Demonio!

WALLENSTEIN (haciéndole una seña).—¡Silencio!

LA CONDESA (que los habrá observado inquieta y á distancia, se acerca á ellos).—Terzky... ¡gran Dios!... ¿qué pasa?

WALLENSTEIN.—Nada. Salgamos.

TERZKY (siguiéndole).—Nada, nada, Teresa.

LA CONDESA (le detiene).—¡Cómo nada! ¡no veo por ventura que estás pálido como un difunto y que mi hermano se esfuerza en parecer tranquilo!

UN PAJE (saliendo).—Un ayudante desea hablar al señor conde. (Terzky se va con el paje.)

WALLENSTEIN.—Vé á saber qué quiere. (A Illo.) sublevado todos. ¿Quién está de guardia en las puertas?

ILLO.—Tiefenbach.

WALLENSTEIN.—Pues que sea relevado inmediatamente por los granaderos de Terzk... Oye; ¿qué noticias tenéis de Buttler?

ILLO.—Acabo de encontrarle; aquí estará luego; ese permanece adicto.

(Vase Illo. Wallenstein hace que se va trás él.)

LA CONDESA.—No le dejes salir, hermana... deténle... una catástrofe...

LA DUQUESA.—¡Dios mío! ¿qué pasa!

(Le detiene.)

WALLENSTEIN (desprendiéndose de sus manos).—Dejadme, serenaos.... En un campamento, así van siempre las cosas; el sol y la tormenta se suceden sin interrupción. Toda esa gente impetuosa es difícil de gobernar, y el general no puede disfrutar de un instante de reposo. Quedaos aquí... Yo salgo... los sollozos de las mujeres mal se acuerdan con la actividad de los hombres.

(Intenta irse. Vuelve Terzky.)

TERZKY.—Quédate aquí. Desde esta ventana podrás verlo todo.

WALLENSTEIN.—Sal, hermana.

LA CONDESA.—Jamás.

WALLENSTEIN.—Yo lo quiero.

TERZKY (se la lleva á un lado y le señala á la duquesa).—¡Teresa!

LA DUQUESA.—Salgamos, hermana mía, puesto que así lo manda. (Vanse.)

ESCENA VII

WALLENSTEIN, TERZKY

WALLENSTEIN (á la ventana).—Pues... ¿qué ocurre?

TERZKY.—Reina gran agitación y movimiento entre las tropas sin que nadie sepa el motivo, y... cada cuerpo acude á agruparse en torno de sus banderas con misterioso silencio. Los regimientos de Tiefenbach ponen mala cara. Los valones son los únicos que se mantienen separados en sus puestos sin permitir la entrada á nadie, y tranquilos como de costumbre.

WALLENSTEIN.—¿Está con ellos Piccolomini?

TERZKY.—Por más que le han buscado, no se le encuentra en parte alguna.

WALLENSTEIN.—¿Qué os dijo el ayudante?

TERZKY.—Le comisionaron mis regimientos para renovarles su juramento. Aguardan con impaciente ardor la señal del combate.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo estalló el tumulto? El ejército nada debía saber antes que la fortuna se decidiera por nosotros en Praga.

TERZKY.—¡Ah si me hubieses creído!... Ayer mismo te conjurábamos todavía á que no dejaras salir á Octavio, esa serpiente... y tú mismo le das caballos para la fuga.

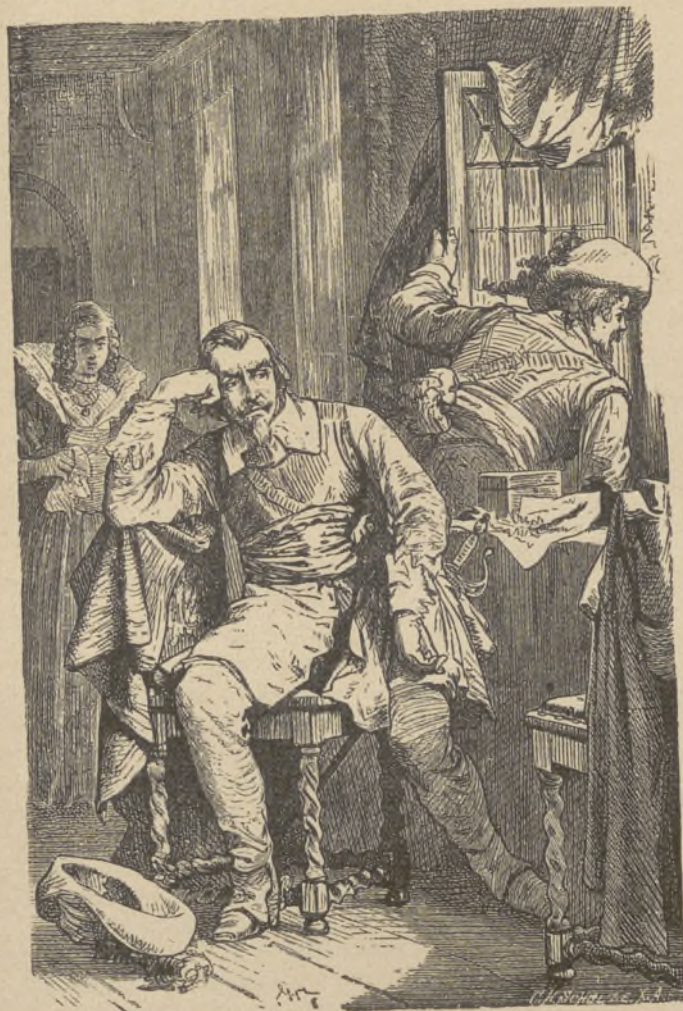
WALLENSTEIN.— ¡Vuelta al estribillo!... Resueltamente, no hablemos más de tan absurdas sospechas.

TERZKY.—Fiaste igualmente en Isolani, y es el primero que te abandona.

WALLENSTEIN.—Ayer le saqué de la miseria... ¡Vaya mucho con Dios!... Jamás conté con la gratitud.

TERZKY.—Todos son iguales.

WALLENSTEIN.—Después de todo, está en carácter abandonándose. Sigue fiel al acaso, su señor en la mesa de juego. No á mí, sino á mi fortuna era adic-



WALLENSTEIN

to, y por tanto á ella y no á mí abandona. ¿Quién era yo para él, ni él para mí? Yo era la nave cargada de esperanzas en la cual navegaba alegremente en alta mar; ve ahora que nos dirigimos á un escollo y se da prisa á retirar la mercancía. ¿Qué lazo de afecto nos unió? Ninguno; huye como deja el pájaro la rama inútil. Quien fía en los hombres frívolos merece realmente ser engañado. Sobre su estrecha y movable frente, se pintan en fugaces rasgos las imágenes de la vida, más puedes estar seguro de que nada echará raíces en su mudo corazón, y si el fácil bienestar les mueve blandamente, fáltales el alma que abraza sus entrañas.

TERZKY.—Y sin embargo, prefiero fiarme de esas frentes tersas que de las ceñudas.

ESCENA VIII

WALLENSTEIN.—TERZK.—ILLO enfurecido

ILLO.—Traición... se sublevan.

TERZKY.—¿Qué ocurre?

ILLO.—Al dar la orden de retirarse á los regimientos de Tiefenbach... ¡Canallas! ¡olvidar así sus deberes!...

TERZKY.—Pero ¿qué?

WALLENSTEIN.—¡Qué!

ILLO.—Se han negado á obedecer.

TERZKY.—¡Fuego en ellos!... Mándalo.

WALLENSTEIN.—Calma. ¿Qué pretexto dan para eso?

ILLO.—Dicen que ellos sólo deben obedecer á su teniente general Piccolomini.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

ILLO.—Que tal es su orden, que él les ha mostrado con la firma del Emperador.

TERZKY.—Con la firma del Emperador... Ya lo oyes.

ILLO.—Por su mandato se fugaron también ayer los coroneles.

TERZKY.—Ya lo oyes.

ILLO.—Montecucculi, Caraffa y seis generales más, están ya muy lejos, y también él les persuadió. Tiempo há se guardaba la orden en el bolsillo, y últimamente se concertó con Questenberg.

(Wallenstein cae en una silla, ocultando el rostro entre las manos.)

TERZKY.—¡Ah, si me hubieses creído!

ESCENA IX

Dichos.—LA CONDESA

LA CONDESA.—Yo no tengo más paciencia... Decidme qué pasa, por Dios!

ILLO.—Las tropas nos abandonan; el conde Piccolomini es un traidor.

LA CONDESA.—¡Bien lo presentía!

(Se va corriendo.)

TERZKY.—¡Ah, si me hubieses creído! Ya ves cómo las estrellas te han mentido.

WALLENSTEIN (levantándose).—No; las estrellas no mienten; cuanto ocurre es contrario á su curso y al destino. La ciencia y las profecías descansan en la verdad, pero la doblez de un corazón hipócrita desmintió al mismo cielo, que cuando la naturaleza se sale de las vías comunes, toda la ciencia se extravía. Si fué una superstición quien me impidió deshonrar la naturaleza humana con tales dudas ¡oh! nunca jamás me sonrojará mi flaqueza. Hasta en el instinto de los animales existe una suerte de religión; hasta los salvajes evitan compartir el pan con su víctima. ¡Ah, no es un rasgo de heroísmo lo que has hecho, Octavio! No fué tu prudencia quien venció la mía, sino tu vileza quien triunfó indignamente de mi noble confianza. ¿Qué escudo podía resguardarme de tu golpe mortal, si le descargaste sobre un pecho

indefenso, y contra semejantes armas soy débil como un niño?

ESCENA X

Dichos.—BUTTLER

TERZKY.—Aquí está Buttler. Aún nos queda un amigo.

WALLENSTEIN (se dirige hacia él con los brazos abiertos y le abraza cordialmente).—¡Ven á mis brazos, ven, mi antiguo compañero de armas! No son tan suaves en primavera los rayos del sol, como la presencia de un amigo en tales momentos.

BUTTLER.—General... vengo...

WALLENSTEIN (apoyándose en el hombro de Buttler).—¿Sabes ya que Piccolomini, el padre, me ha vendido al Emperador?... ¿Qué dices á eso? Treinta años hemos vivido juntos y soportado las mismas penalidades; en campaña, uno fué nuestro lecho, en la misma copa bebimos, nos partimos el mismo pan. En él me apoyaba como ahora en tus fieles hombros, y en el propio instante en que mi corazón latía confiado junto al suyo, advierte la ventaja, espía el momento favorable y me parte el pecho de una puñalada.

BUTTLER.—Olvidad ahora al pérfido, general; decidme ¿qué partido pensáis tomar?

WALLENSTEIN. — Dices bien ¡vamos! no pensemos más en él. Amigos me quedan todavía, ¿no es verdad? el destino se me muestra afectuoso, puesto que al desmascarar á un hipócrita, me favorece con un hombre leal. No hablemos más de él, ni penséis que lo eche de menos. Lo que me aflige es su traición, porque yo los amaba, los estimaba á los dos... Y Max me amaba también de verdad... Este no me fué traidor, no... Basta, basta... Lo que ahora conviene es tomar prontas medidas. El correo del

conde Kinzky puede llegar de un momento á otro y no ha de caer su mensaje en manos de los sublevados. Con que mandad corriendo un propio que salga á recibirle... un hombre de confianza que me lo traiga en secreto.

(Illo hace que se va. Buttler le detiene.)

BUTTLER.—¿A quién aguardáis, mi general?

WALLENSTEIN.—El correo de Praga, con la nueva de lo que allí haya ocurrido.

BUTTLER.—¡Hum!

WALLENSTEIN.—¿Qué os pasa?

BUTTLER.—Entonces, no sabéis...

WALLENSTEIN.—¡Qué!

BUTTLER.—Cómo fué el tumulto.

WALLENSTEIN.—¿Cómo?

BUTTLER.—El correo...

WALLENSTEIN (con inquietud).—¿Qué?

BUTTLER.—... Ya está aquí.

TERZKY É ILLO.—¿Está aquí?

WALLENSTEIN.—¿Mi correo?

BUTTLER.—Algunas horas há.

WALLENSTEIN.—¡Y yo nada sé!

BUTTLER.—La guardia le ha preso.

ILLO (dando con el pie en el suelo).—¡Maldición!

BUTTLER.—Su carta ha sido abierta y corre de mano en mano por el campamento.

WALLENSTEIN.—¿Sabéis qué dice?

BUTTLER (indeciso).—No me lo preguntéis.

TERZKY.—¡Desdichados de nosotros, Illo!... Todo se derrumba á un tiempo!

WALLENSTEIN.—Nada me ocultéis. Tengo suficiente ánimo para oír la más terrible noticia. ¿Se perdió Praga? Decidlo francamente.

BUTTLER.—¡Se perdió! Todos los regimientos apostados en Budweis, Tabor, Braunau, Konigingratz, Brun, Snam, os abandonaron y renuevan su juramento al Emperador. Hay orden de arrestaros á vos, á Kinsky, Illo, Terzky.

(Terzky é Illo se manifiestan desesperados y ate-

rorizados. Wallenstein permanece firme y tranquilo.)

WALLENSTEIN (pausa). — ¡Por fin!... Así es mejor. Pronto me libertaron de las angustias de la duda; libre ya, todo se aclara para mí. La estrella de Friedland fulgura con mayor brillo entre las sombras de la noche. Perplejo é irresoluto tiré de la espada, y sujeto á violentas contradicciones mientras me fué dable elegir, pero ahora la necesidad se impone y las dudas se desvanecen. Combato por mi vida y por mi cabeza.

(Vase, seguido de los demás.)

ESCENA XI

LA CONDESA TERZKY

LA CONDESA (sale por una puerta lateral).—No, no puedo soportar más. ¿Adónde fueron? Me deja sola, sola en tan horrible ansiedad, y obligada á parecer tranquila y sepultar mis sufrimientos delante de mi hermana. No puedo soportar esta idea; si nuestra empresa aborta y ha de pasarse á los suecos, con las manos vacías y fugitivo, y no como respetable aliado, ó andar errante como el Palatino, siendo en todas partes monumento de nuestra caída grandeza... ¡ah, no puedo pensarlo!... si él mismo fuese capaz soportarlo, yo no sufriría verle caer de tal modo.

ESCENA XII

LA CONDESA.—LA DUQUESA —TECLA

TECLA (queriendo detener á la duquesa).—¡Oh, madre mía... aguardad!

LA DUQUESA.—No, algo terrible me ocultan. ¿Por qué me hermana huye de mí? ¿Por qué se mueve

ansiosa? ¿Por qué tú estás asustada? Qué significan esas señas misteriosas que os hacéis?

TECLA.—Nada, madre mía.

LA DUQUESA.—Quiero saberlo, hermana.

LA CONDESA.—¡A qué andarse con misterios, si no es posible ocultárselo, y á la larga tendrá que saberlo y sufrir! No es ocasión de abatirse, sino de mostrar valor, hermana mía; hay que ejercitar la fuerza de ánimo. Y es preferible decidir con una palabra. Te están engañando; tú crees que el duque ha caído en desgracia y no es eso. El duque...

TECLA (acercándose á la condesa).—¿Queréis matarla?

LA CONDESA.—El duque...

TECLA (cogiendo á su madre).—¡Valor, madre mía!

LA CONDESA.—El duque es rebelde; pretendió pasarse al enemigo, y el ejército le ha hecho traición. La empresa ha fracasado.

(La duquesa cae desmayada en brazos de su hija.)

ESCENA XIII

Gran sala en el palacio de Friedland

WALLENSTEIN

WALLENSTEIN (revestido de su armadura).—Venciste, Octavio. Heme aquí en mayor abandono que en el consejo de Ratisbona. Entonces, sólo contaba conmigo mismo; más viendo lo que podía un hombre, despojásteis al árbol de sus ramas, y me habéis convertido en desnudo tronco. Pero en él subsiste todavía la fuerza creadora, capaz de engendrar un mundo. Ya en otra ocasión yo solo valí por todo un ejército ¡yo sólo! cuando deshechas las tropas por los suecos, y vencido en Lech, Tolly, vuestra última esperanza, Gustavo inundaba la Baviera, y temblaba el Emperador en su palacio de

Viena. Los soldados eran caros. ¿Dónde reclutar nueva gente si la multitud se va siempre con la fortuna? Entonces volvísteis los ojos á mí, á mí, el salvador en el peligro, y el orgullo imperial se humilló ante el hombre á quien había ofendido cruelmente. Forzoso les fué alzarme para pronunciar la gran palabra, y congregar formidables huestas en un campamento desierto. Aparezco yo, redobla el tambor, suena mi nombre como el del dios de la guerra, abandona este arado, aquél su taller, y la multitud acude en tropel á mis banderas que infunden la esperanza. ¡Ah, me siento fuerte como entonces! El espíritu da forma al cuerpo; Friedland poblará de nuevo su campo. ¡Cómo vencerme con esos millares de soldados, si están acostumbrados á la victoria bajo mis órdenes, pero no contra mí? Separáis los miembros de la cabeza; ahora veremos dónde residía el alma. (Salen Illo y Terzky.) ¡Valor, amigos, valor!... Todavía no dieron con nosotros en tierra. Disponemos de los cinco regimientos de Terzky y las valientas tropas de Buttler; y mañana un ejército de diez y seis mil suecos vendrá á reunirse con nosotros. De menos fuerzas disponía, nueve años há, cuando reconquisté Alemania para el imperio.

ESCENA XIV

Dichos.—NEUMANN, hablando aparte con TERZKY

TERZKY (á Neumann).—¿Qué quieren?

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

TERZKY.—Diez coraceros de Pappenheim desean hablarte en nombre de su regimiento.

WALLENSTEIN (á Neumann).—Que entren. (Vase Neumann.) Algo espero de ese paso. Se hallan perplejos todavía, y podemos ganarlos.

ESCENA XV

WALLENSTEIN.—TERZKY, ILLO, DIEZ CORACEROS, á las órdenes de UN ALFÉREZ. Se colocan en fila delante del buque, y saludan y se cuadran militarmente.

WALLENSTEIN (después de haberlos examinado un momento, dirigiéndose al alférez).—A ti te conozco yo; eres flamenco... de Bruges, y te llamas Mercy.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general: Enrique Mercy.

WALLENSTEIN.—Recuerdo que te coparon en una marcha las tropas de Hesse, y supiste abrirte paso á través de millares de enemigos con sólo ciento ochenta hombres.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general.

WALLENSTEIN.—¿Qué recompensa obtuviste por este acto de bravura?

EL ALFÉREZ.—Lo que pedí, mi general; el honor de pasar á coraceros.

WALLENSTEIN (á otro).—Tú eras de los voluntarios que hice salir de Altenberg para apoderarse de una batería sueca.

EL CORACERO 2.^o—Sí, mi general.

WALLENSTEIN.—Al que me habló una vez, ya no vuelvo á olvidarle en la vida. Decidme ahora, ¿qué os trae aquí?

EL ALFÉREZ (voz de mando).—¡Presenten armas!

WALLENSTEIN (á otro).—Tú te llamas Risbeck, y eres de Colonia.

EL CORACERO 3.^o—Risbeck, de Colonia.

WALLENSTEIN.—Llevaste prisionero al coronel sueco Dubald al campamento de Nuremberg.

EL CORACERO 3.^o—No fui yo, mi general.

WALLENSTEIN.—Es verdad, fué tu hermano mayor. Otro tenías más joven que tú. ¿Qué ha sido de él?

EL CORACERO 3.^o—Está en Olmutz, con el ejército imperial.

WALLENSTEIN (al alférez).—Vamos; os escucho.

EL ALFÉREZ.—Ha llegado á nuestras manos una carta del Emperador, que...

WALLENSTEIN (interrumpiéndole). — ... Y decidme, ¿quién os ha elegido?

EL ALFÉREZ.—Cada escuadrón ha sacado un nombre á la suerte.

WALLENSTEIN.—Vamos al asunto.

EL ALFÉREZ.—Hemos visto una carta del Emperador en la cual nos releva de la obediencia, por consideraros traidor y enemigo de la patria.

WALLENSTEIN.—¿Y qué habéis resuelto?

EL ALFÉREZ.—Nosotros camaradas de Braunau, / nuestros Budweis, Praga y Olmutz han obedecido la orden, y los regimientos de Tiefenbach y Toscana siguieron su ejemplo... pero nosotros no creemos que seáis traidor y enemigo de la patria... nos parece calumniosa invención de los españoles. (Con cordialidad.) Vos mismo nos diréis vuestros proyectos, porque nos habéis tratado siempre con sinceridad y tenemos en vos plena confianza; no ha de interponerse un tercero entre un buen general y sus valientes soldados.

WALLENSTEIN.—En esto reconozco á mis hombres de Pappenheim.

EL ALFÉREZ.—El regimiento os pregunta, pues, si pensáis limitaros tan sólo á conservar el mando que os confió el Emperador, y servir al Austria lealmente. Siendo así, nosotros estamos resueltos á sostener vuestros derechos, y aunque todas las tropas os abandonaran, nosotros permaneceremos fieles y vertemos por vos la última gota de sangre, porque nuestro deber es morir antes que dejaros sucumbir. Pero si el Emperador dice verdad y queréis entregarnos pérfidamente al enemigo ¡lo que Dios no quiera! entonces nos vamos y obedeceremos al Emperador.

WALLENSTEIN.—Oídme, muchachos.

EL ALFÉREZ.—No es necesario emplear muchas pa-

labras. Decidnos sí ó no, y nos daremos por satisfechos.

WALLENSTEIN.—Oídmе. Sé que sois inteligentes, y queréis pensar y juzgar por vosotros mismos, sin dejaros llevar de la corriente de la multitud. Por esto os he distinguido siempre, como ya sabéis. La mirada rápida del general sólo atiende á las banderas, y no se fija en los individuos; fuerza es obedecer sus órdenes ciegamente sin que importe nada el hombre al hombre... pero con vosotros nunca obré así. Tan pronto como tuvisteis conciencia propia de vuestro rudo oficio, y ví brillar en vuestra frente la varonil inteligencia, os traté como hombres libres, y os concedí el derecho de tener opinión propia.

EL ALFÉREZ.—Sí, mi general; nos habéis tratado siempre con dignidad y honrado con vuestra confianza y favores por encima de los demás regimientos. A esto correspondemos con no seguir al resto de las tropas. Decidnos una sola palabra, una sola nos bastará: decidnos que no pensáis en traición alguna, ni en entregarnos al enemigo.

WALLENSTEIN.—¡Cómo así, cuando la víctima de la traición soy yo, muchachos! El Emperador me sacrifica á mis enemigos, y he de sucumbir si no me salvan mis valientes. En vosotros quiero descansar, en vuestro corazón hallar mi fortaleza... Contra esta encanecida cabeza, contra este pecho, asesta sus golpes España. Así me paga mis victorias en las llanuras de Lutzen... Por alcanzar al fin tal recompensa ofrecimos el pecho desnudo á las armas enemigas, y dormimos sobre el hielo y las duras piedras; cuando nuestra marcha era más rápida que un torrente y no había bosque impenetrable á nuestro paso... Nosotros perseguimos al infatigable Mansfeld por las intrincadas revueltas de su fuga, sin que nos permitiéramos descanso, atravesando el mundo agitado por la guerra, como torbellino de viento que no pára en ninguna parte. Y ahora que realizamos tan ásperas y malditas hazañas, y nuestro brazo fiel

é infatigable alivió el peso de la guerra, viene el hijo del imperio á firmar la paz y á arrancarnos el ramo de olivo que debía ceñir nuestra frente, para enlazarlo á su rubia cabellera!

EL ALFÉREZ.—¡Ah no!... esto no será mientras podamos impedirlo. Nadie sino vos debe concluir esa guerra que dirigisteis con tanta gloria. Vos nos guiásteis á la muerte, y sólo vos debéis llevarnos á la paz y compartir con nosotros el fruto de tanta fatiga.

WALLENSTEIN.—¡Cómo! ¿Pensáis acaso regocijar con él vuestra vejez? ¡Ah no lo creáis! no veréis vosotros el fin de esta lucha; esta guerra nos devorará á todos. El Austria no quiere la paz. ¡Cabalmente sucumbo por haberla querido! ¡Qué le importa al Austria que tan prolongados combates dejen extenuado al ejército y desierto el mundo, mientras se engrandezcan sus dominios?... Veo que eso os conmueve, y chispea la cólera en vuestros ojos. ¡Ah si mi hábito pudiera animaros como antaño cuando os llevaba al combate! Queréis venir en mi ayuda, y defender mis derechos: ¡generoso proceder! pero ¿qué podéis hacer por mí, siendo tan pocos, si os sacrificaríais en vano por vuestro general? (En tono de confianza.) No, dejadme buscar auxiliares para garantizar mi seguridad, y puesto que los suecos nos ofrecen su apoyo, aparentemos utilizarlo hasta que, temibles para ambos partidos, y teniendo en nuestras manos los destinos de Europa, podamos ofrecer, desde el campamento, la dulce paz al mundo regocijado.

EL ALFÉREZ.—De modo que vuestra alianza con los suecos es tan sólo aparente, y no fué vuestro designio hacer traición al Emperador ni hacer de nosotros súbditos de Suecia! Es lo único que deseamos saber.

WALLENSTEIN.—¿Qué me importan los suecos? Los odio como al infierno, y con la ayuda de Dios espero arrojarlos muy pronto al otro lado del Bálti-

co... Porque, la verdad... me conmueve la miseria del pueblo alemán... Aunque simples soldados, como tenéis conciencia de vuestro valer, siempre os he preferido á todos, y os he juzgado dignos de hablaros con toda franqueza... voy á revelaros un secreto. Veamos; quince años há que arde la guerra, sin que haya tregua en parte alguna. Ni alemanes, ni suecos, ni papistas ni luteranos, nadie quiere ceder, todos alzan su brazo armado; en todas partes, facciones, y en ninguna el juez: ¿cuándo cesará esto? ¿quién desenredará la madeja que se embrolla cada vez más? No hay más remedio que cortarla. Me siento elegido por la suerte y con vuestro auxilio cumpliré sus decretos.

ESCENA XVI

Dichos.—BUTTLER

BUTTLER (sale corriendo).—Eso no está en el orden mi general.

WALLENSTEIN.—¿Qué?

BUTTLER.—Eso dañará vuestra reputación á los ojos de los sensatos.

WALLENSTEIN.—¿Pero qué es?

BUTTLER.—A eso se le llama sublevarse abiertamente.

WALLENSTEIN.—¿Qué pasa?

BUTTLER.—Los regimientos del conde de Terzky arrancan de sus banderas las águilas imperiales para poner en su lugar vuestro escudo.

EL ALFÉREZ (á los coraceros).—Media vuelta á la derecha... Mar...

WALLENSTEIN.—¡Maldito acto, y maldito quien lo aconsejó! (A los coraceros que se van.) Deteneos, muchachos; es una mala inteligencia. Oídme; voy á castigarlos severamente... aguardad! No me oyen. (A Illo.) Seguidlos, y tratad de persuadirlos y traer-

los aquí, cueste lo que cueste... (Vase Illo.) ¡Esto nos precipita; Buttler, Buttler!... Sois mi angel malo... ¿Por qué anunciarme la noticia en su presencia? ya estaba todo en buen camino... los tenía medio de mi parte... ¡Locos! ¡Oh, la suerte juega conmigo! Ya no es el odio de mis enemigos, sino el celo de mis leales quien me arroja al abismo.

ESCENA XVII

Dichos. —LA DUQUESA, saliendo con precipitación; TECLA y LA CONDESA la siguen; luego ILLO

LA DUQUESA.—¿Qué has hecho, Alberto?

WALLENSTEIN.—¡Esto más!

LA CONDESA.—Perdóname, hermano mío; no pude obrar de otro modo; todo lo sabe.

LA DUQUESA.—¿Qué has hecho?

LA CONDESA (á Terzky).—¿No hay esperanza?... ¿Todo está perdido?

TERZKY.—Todo: Praga cayó en poder del Emperador, y las tropas han renovado su juramento de fidelidad.

LA CONDESA.—¡Pérfido Octavio! ¿Y el conde Max ha partido?

TERZKY.—¿A dónde podía ir sino con su padre, al lado del Emperador?

(Tecla se arroja en brazos de su madre, y oculta el rostro en su seno.)

LA DUQUESA (estrechándola en sus brazos).—¡Ah desdichada hija, y más desdichada madre!

WALLENSTEIN (llevándose aparte á Terzky).— Que enganchen en el segundo patio un coche para sacarlas de aquí. (Señalando á las mujeres.) Scherfenberg, que es fiel, las acompañará hasta Egra, donde nos reuniremos luego. (A Illo que sale.) ¿No los traéis?

ILLO.—¿Oís ese tumulto? Todo el cuerpo de Pap-

penheim está agitado, y clamando por su coronel Max, que dicen hallarse en este castillo prisionero en tu poder; amenazan con libertarle á viva fuerza si no se lo entregas. (Sorpresa general.)

TERZKY.—¿Qué hacemos?

WALLENSTEIN.—¿No lo dije? Harto lo presentía. Aquí está aún, no me hizo traición, no ha podido. Jamás lo puse en duda.

LA CONDESA.—¡Está aquí! Entonces nos hemos salvado... yo sé quien le detendrá eternamente. (Abraza á Tecla.)

TERZKY.—Eso no puede ser. ¿No veis que su padre nos hizo traición y se declaró por el Emperador? ¿Cómo el hijo osaría quedarse aquí?

ILLO (á Wallenstein).—Hace poco que ví pasaban el tren de caza que le regalaste.

LA CONDESA.—Entonces, sobrina mía, no está muy lejos...

TECLA (fijando los ojos en la puerta).—Helo aquí.

ESCENA XVIII

Dichos.—MAX PICCOLOMINI

MAX (adelantándose hasta el centro de la sala).—Sí, aquí estoy. No puedo seguir por más tiempo errando con tímido paso en torno de esta casa, y espiondo á hurtadillas un momento oportuno... No... semejante ansiedad es superior á mis fuerzas... (Se acerca á Tecla que permanece abrazada á su madre.) Oh, mírame, no vuelvas los ojos, ángel del cielo!... confiésalo abiertamente á la vista de todos, sin temor á nadie, y sepa quien quiera oirlo, que nos amamos. ¿Por qué ocultarlo? El secreto se hizo para los dichosos, pero la desgracia sin esperanza no requiere ningún velo y puede obrar libremente á la faz del mundo. (En esto advierte que la Condesa dirige á su sobrina una mirada de satisfacción.) No, Conde-

sa, nada esperéis: no vengo para quedarme, sino para despedirme... Esto es hecho; es fuerza que me separe de ti, Tecla, ¡es fuerza! Acuérdate tan sólo una mirada de compasión... no puedoirme cargado con tu odio. Dime que no me aborreces, dí-melo, Tecla. (Le coge la mano con viva emoción.) ¡Dios mío! ¡Dios mío! Me es imposible abandonar estos lugares... me es imposible soltar esta mano... Dime, Tecla, que me compadesces, y que estás persuadida de que no puedo obrar de otro modo. —Tecla evita su mirada, y le señala al duque, á quien él no había visto aún; entonces se vuelve hacia él.) ¡Vos aquí!... No vine á buscaros; ni debía veros otra vez, sino á vuestra hija; sólo á ella quería hablar, sólo de ella esperata el permiso para romper ese lazo. Nada tengo que ver con los otros.

WALLENSTEIN.—¿Crees acaso que llevaré mi bondad al extremo de dejarte partir, y hacer del magnánimo contigo? Tu padre me hizo traición indignamente, y como ya sólo eres para mí su hijo, no habrás caído en vano en mi poder. Si imaginas que he de respetar la antigua amistad, tan vergonzosamente ultrajada, te engañaste. Pasó el tiempo de la afección y los miramientos y le ha llegado su vez al odio y á la venganza. También yo puedo ser inhumano.

MAX.—Obrad conmigo como gustéis; ni desafío ni temo vuestra cólera. Harto sabéis lo que aquí me deliene. (Coge la mano de Tecla.) Mirad; yo hubiese querido debéroslo todo, y recibir de vuestra mano paternal la eterna ventura. Poco os importa haberla destruído; indiferente holláis en el polvo la felicidad de los vuestros, que vuestro dios no es dios de clemencia, y como elemento ciego y terrible, desencadenado é ingobernable, sólo obedecéis al impetuoso movimiento de vuestro corazón. ¡Desdichados aquellos que ponen en vos su confianza, y seducidos por vuestro afecto, afianzan en vos el edificio de su dicha! De súbito, en medio de la tranquila no-

che, ábreanse los abismos de fuego, hierve el torrente devastador, y barre impetuoso los trabajos de los hombres.

WALLENSTEIN.—Nos estás pintando el corazón de tu padre, su negra hipocresía y sus malas entrañas. ¡Ah! el astuto infierno me engañó; el abismo me envió al más pérfido y embustero demonio y lo sentó á mi lado. ¡Quién podía resistir á la infernal arteria! En mi propio seno estreché y alimenté al basilisco con sangre de mi corazón hasta saciarle. Ni una sola vez sospeché de él; soltando toda prudencia y precaución, dejé abierta de par en par la puerta de mis pensamientos, y en su santuario se introducía el enemigo, mientras yo lo iba buscando ¡necio! por la bóveda estrellada. ¡Ah! si Fernando hubiese sido para mí lo que yo fui para Octavio, jamás le declarara la guerra; no hubiese podido. Pero fué injusto soberano antes que amigo, y dudoso de mi fidelidad, cuando me devolvía mi bastón de mando, existía entre ambos la guerra ¡la guerra eterna entre la astucia y la sospecha! porque sólo en la confianza y la buena fe pueda reinar la paz. ¡Ah! quien envenena la confianza ahoga las futuras razas en el mismo seno maternal!

MAX.—No quiero defender á mi padre, porque, por desgracia mía, me es imposible, y ocurrieron ya algunos desventurados sucesos; que toda acción criminal engendra otra. Pero nosotros, ¿á quién hicimos traición? ¿Por qué las culpas de los padres han de enroscarse á nuestro cuerpo como sierpes? ¿Por qué nos separa cruelmente su irreconciliable odio, á nosotros unidos por el amor?

(Abraza á Tecla estrechamente con vivo dolor.)

WALLENSTEIN (le contempla en silencio y se acerca á él.)—Max, quédate; no te vayas, Max. Acuérdate del día que fuiste llevado á mis cuarteles de invierno, en el campamento de Praga. Eras aún entonces tierno niño no avezado al frío del norte; tus manos ateridas apenas podían sostener el estandarte que

tú te empeñabas en llevar. Entonces yo te cogí, te arrojé con mi capa, me constituí en tu enfermero, y no tuve reparo en prodigarte los más nimios cuidados con la solicitud de una mujer, hasta que, reanimado con el calor de mi seno, renació la alegría y la viveza de tu edad! Dime ahora, si desde aquel día mudó algo mi afecto por tí. A muchos he enriquecido con donaciones y brillantes oficios; pero á tí te amé... á tí he dado mi corazón entero! Mientras los demás me fueron extraños, tú eras el hijo de la casa!... Ah, Max, tú no puedes abandonarme; no ha de ser... No puedo, no quiero creer que Max me abandone.

MAX.—¡Oh, Dios mío!

WALLENSTEIN.—Desde tu niñez he sido tu apoyo y tu guía. ¿Qué hizo tu padre que yo no haya hecho también? Yo te he rodeado con red de amor; rómpe-la si puedes. Te atan á mí todos los tiernos lazos que unen á los hombres... Vé, déjame para servir al Emperador... que su piel de carnero y su cadeni-lla de oro te recompensen de prescindir de tu amigo, el padre de tus primeros años; del sentimiento más sagrado!

MAX (víctima de violenta agitación).—¡Oh Dios mío! ¡Cómo hacerlo!... ¿Acaso no debo?... Mi juramento... mi deber...

WALLENSTEIN.—¡Tu deber! ¿Hacia quién?... ¿Quién eres tú? Si mi rebeldía es delito, el criminal soy yo, no tú. ¿Acaso te perteneces, y eres árbitro de tus acciones? Aquí tu emperador soy yo. Ser mío, y obedecer: esto te impone el honor y la ley de la naturaleza. Si el planeta que habitas salta de su órbita, y se precipita ardiendo hacia otro y le abrasa, ¿dependerá de tí sustraerte á ese movimiento? No, sino que ha de arrebatarte por la fuerza de su impulsión con sus círculos y sus satélites. En nuestro caso, tu pecado es bien venial; el mundo, lejos de censurarte, elogiará tu acto de afecto.

ESCENA XIX

Dichos.—NEUMANN

WALLENSTEIN.—¿Qué hay?

NEUMANN.—Los coraceros de Pappenheim se han apeado; y están resueltos á tomar por asalto esta casa para libertar al conde.

WALLENSTEIN (á Terzky).—Que bajen el puente, y dispongan los cañones. Los recibiré á metrallazos. (Vase Terzky.) ¡Imponerme ellos condiciones con las armas en la mano! Salid, Neumann; que se retiren al instante; lo mando. Aguarden en silencio mi resolución.

(Vase Neumann. Illo se asoma á la ventana.)

LA CONDESA.—¡Soldadle!

ILLO (desde la ventana).—¡Muerte y condenación!

WALLENSTEIN.—¿Qué pasa ahora?

ILLO.—Escalan el Ayuntamiento, abren boquetes en la techumbre y apuntan los cañones hacia aquí.

MAX.—¡Insensatos!

ILLO.—¡Van á disparar!

LA DUQUESA y la CONDESA.—¡Dios mío!

MAX (á Wallenstein).—Dejadme bajar; yo les diré...

WALLENSTEIN.—No dés un solo paso.

MAX (señalando á la Duquesa y á Tecla).—Se trata de su vida, de la vuestra...

WALLENSTEIN.—¿Qué noticias traes, Terzky?

ESCENA XX

Dichos.—TERZKY

TERZKY.—Un mensaje de nuestros so'dados: piden permiso de atacar; no es posible ya enfrenar su ardimiento. Ocupan ya la puerta del molino, y á una simple orden tuya atacarán al enemigo por la reta-

guardía; acorralado dentro de la ciudad, les será fácil domeñarle.

ILLO.—No dejes que se enfríe su celo. También las tropas de Buttler permanecen fieles; siendo nosotros en mayor número, hemos de vencerlos y sofocar la sedición aquí mismo.

WALLENSTEIN.—¿Y habrá que convertir á Pilsen en campo de batalla, y desencadenar la abrasadora discordia civil en sus calles? ¡Fiar así la decisión de la suerte al ciego coraje que no atiende á la voz del jefe! Aquí no hay sitio para batirse, sino para degollarse. La voz del general no podría reprimir á esa furia desenfundada... Pero sea. Tiempo há que me digo que todo ha de terminar con una lucha pronta y sangrienta. (Volviéndose á Max.) ¡Pues qué! ¿quieres combatir contra mí? Vé; parte; libre eres. Vé á ponerte frente á mí, y guíales al combate, que ya eres hábil en el arte de la guerra... ¡Algo aprendiste conmigo!... No me sonroja tenerte por adversario; ni ha de ofrecérsenos mejor ocasión para pagarme mis lecciones.

LA CONDESA.—¡A qué punto hemos llegado! Max... ¿podéis soportar estas palabras?

MAX.—He prometido mantener fieles al Emperador los regimientos que me confió, y cumpliré mi palabra ó sucumbiré. Este es mi único deber. Cuanto á lo demás, no he de combatir contra vos si puedo evitarlo: vuestra cabeza, aunque de un enemigo, será sagrada para mí.

(Suenan dos disparos. Illo y Terzky corren á la ventana.)

WALLENSTEIN.—¿Qué pasa?

TERZKY.—Cayó.

WALLENSTEIN.—Cayó. ¿Quién?

ILLO.—Los soldados de Tiefenbach son los que dispararon.

WALLENSTEIN.—Pero ¿contra quién?

ILLO.—Contra Neumann, tu enviado.

WALLENSTEIN.—¡Mil rayos! Yo mismo voy.
(Intenta irse.)

TERZKY.—¡A exponerte á su ciego furor!...

LA DUQUESA y la CONDESA.—¡Por el cielo!

ILLO.—No salgas ahora.

LA CONDESA.—¡Detenedle!... ¡Detenedle!

WALLENSTEIN.—¡Dejadme!

MAX.—No salgáis ahora, por Dios. Esta acción acrecienta su furor. Aguardad su arrepentimiento.

WALLENSTEIN.—Retiraos; harto esperé. Cedieron á su criminal audacia porque no me han visto cara á cara. Han de verme... han de oirme... ¿No son mis tropas? ¿No soy su general, y su temido jefe?... Veremos si desconocerán mi presencia que fué para ellos como el sol entre la humareda de la batalla. No hay necesidad de acudir á las armas; con que me asome á ese balcón, el ímpetu rebelde volverá á su antiguo cauce.

(Vase seguido de Ilo, Terzky y Buttler.)

ESCENA XXI

LA CONDESA.—LA DUQUESA.—MAX.—TECLA

LA CONDESA.—(A la Duquesa.) ¡Apenas le vean!... no se ha perdido toda esperanza, hermana mía.

LA DUQUESA.—Ninguna tengo ya..

MAX (que durante la anterior escena habrá permanecido á un lado, se adelanta.)—¡Ah no puedo soportar más! Vine aquí con ánimo resuelto y firme, creído de que mi conducta era justa é intachable, y ahora parezco odioso, inhumano, maldito, objeto de horror para los mismos que quiero con todo mi corazón. Y he de ver cómo los abrumba el dolor... á ellos que con una sola palabra podrían hacerme feliz. ¡Ah! me sublevo contra tamaño espectáculo: dos voces contradictorias se alzan en mi pecho: perdido entre tinieblas no sé dar con el verdadero

camino. ¡Ah, razón tuviste, padre mío; fié demasiado en mis propias fuerzas!... heme vacilante y perplejo ignorando qué partido tomar.

LA CONDESA.—¡Cómo! ¿No os lo señala vuestro corazón? Pues yo voy á decíroslo. Vuestro padre cometió con nosotros una traición repugnante, atentó á la vida del príncipe, nos ha librado á la vergüenza; su conducta os muestra bien claro cuál sea el deber de su hijo: reparar tal infamia y resucitar el ejemplo de la fidelidad, de modo que el nombre de Piccolomini cese de ser ignominioso y maldito eternamente en la familia de Wallenstein.

MAX.—¿Dónde oír la verdad?... El único móvil de todos nosotros es la pasión. ¡Cómo no baja un ángel del cielo para mostrarme el verdadero camino, y alumbrarme con immaculado rayo! (Contempla á Tecla.) ¡Y qué! otro ángel busco? ¡á otro aguardo? (Se acerca á ella, y la cogé entre sus brazos.) ¡Ah!... De este corazón puro é infalible, aguardo mi decisión; tu amor quiero interrogar, el único que puede hacerme feliz, y que huiría de mí si fuese culpable. ¿Podrás tú amarme, si me quedo? Dime que sí y me quedo.

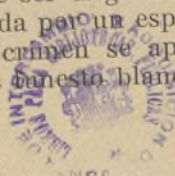
LA CONDESA (con expresión).—Piensa...

MAX (interrumpiéndola).—No; no te detengas á pensar; habla según sientas.

LA CONDESA.—Piensa en tu padre.

MAX (interrumpiéndola).—No me dirijo á la hija de Friedland sino á ti, á ti á quien amo con toda mi alma. No se trata de una corona... entonces bien estaría la prudencia... sino de la tranquilidad de tu amante, y de la suerte de mil héroes que seguirán mi ejemplo. ¿He de ser perjuro al Emperador? ¿Dispararé contra Octavio una bala parricida? Porque una vez disparada, cesa la bala de ser ciego instrumento de muerte; vive, y va dirigida por un espíritu fatal. Las furias vengadoras del crimen se apoderan de ella, y la clavan en el más honesto blanco.

TECLA.—¡Oh Max!



MAX (interrumpiéndola).—¡Ah! no, no te apresures á responder; te conozco; tu noble corazón confundiría el deber más cruel con el más sagrado. Cumplamos no lo magnánimo, sino lo más humano. Piensa cuánto debo á tu padre, y cómo le correspondió el mío; piensa que los nobles y hermosos afectos, la pía fidelidad en las amistades, son también una religión sagrada cuya bárbara profanación castiga cruelmente la naturaleza. Ponlo todo en la balanza, y deja que tu corazón pronuncie el fallo.

TECLA.—Tiempo há que el tuyo ha decidido; sigue su primer impulso.

LA CONDESA.—¡Desdichada!

TECLA.—¿Habrás otro sentimiento más justo que el primero que anima á ese corazón leal? Vé; cumple con tu deber: yo te amaré eternamente. Cualquiera que fuese tu elección, sería siempre noble y digna de ti... pero el remordimiento no debe turbar la paz de tu alma.

MAX.—¡Entonces he de abandonarte!

TECLA.— Permaneciendo fiel á ti mismo, sigues siéndome fiel á mí. Si la suerte nos separa, nosotros seguimos unidos. Y aunque el odio divida para siempre á los linajes de Friedland y Piccolomini, nosotros no pertenecemos á nuestra casa... vé, apresúrate á separar la buena causa de nuestra desdichada suerte. La maldición del cielo pesa sobre nuestras cabezas, y estamos condenados á la perdición... La falta de mi padre me arrastra á la ruina; no llores por mí; pronto habré decidido sobre mi suerte.

(Max la abraza con viva emoción. Suenan dentro prolongadas aclamaciones: «¡Viva Fernando!» y músicas guerreras. Max y Tecla siguen abrazados.)

ESCENA XXII

Dichos. Terzky

LA CONDESA (yendo á su encuentro).—¿Qué ha pasado? ¿Qué significan esos gritos?

TERZKY.—Todo está perdido.

LA CONDESA.—¿Qué! ¿Ninguna impresión les ha causado su presencia?

TERZKY.—Ninguna; todo ha sido inútil.

LA DUQUESA.—Han gritado «¡viva!»

TERZKY.—Sí; por el Emperador.

LA CONDESA.—¿Qué modo de olvidar sus deberes!

TERZKY.—No le han dejado pronunciar una sola palabra. Apenas empezó, le interrumpieron con una música guerrera. Aquí está.

ESCENA XXIII

Dichos.—WALLENSTEIN, ILLO, BUTTLER; luego algunos coraceros

WALLENSTEIN (adelantándose).—¿Terzky!

TERZKY.—Príncipe.

WALLENSTEIN.—Mandad que los regimientos estén dispuestos á marchar hoy mismo. Saldremos de Pilsen antes de anoecer. (Vase Terzky.) Buttler!

BUTTLER.—¿Mi general!

WALLENSTEIN.—Escribid inmediatamente al comandante de Egra, vuestro amigo y compatriota, que se disponga á recibirnos mañana en su fortaleza; vos nos acompañaréis con el regimiento.

BUTTLER.—Está bien, mi general.

WALLENSTEIN (interponiéndose entre Max y Tecla, que durante esto, habrán continuado abrazados).—Separaos.

MAX.—¿Oh Dios mío!

(Salen algunos coraceros armados y se colocan en el fondo de la sala. Suena dentro, debajo de las ventanas, la marcha del regimiento de Pappenheim, como para advertir á Max.)

WALLENSTEIN (á los coraceros).—Aquí está. Libre es; no le detengo más. (Se dirige á un lado de la escena, de modo que Max no pueda acercarse ni á él ni á Tecla).

MAX (á Wallenstein).—Me odiáis, me arrojáis lleno de cólera. Rotos los lazos del antiguo afecto, no queréis desatarlos suavemente sino hacerme más dolorosa la separación, porque yo no aprendí todavía á vivir sin vos... Realmente puedo decir que me voy á un desierto, y que dejo aquí cuanto me es querido. ¡Oh! yo no ceso de miraros; mostradme por última vez siquiera ese rostro que será para mí eternamente sagrado. No me rechacéis. (Intenta tomarle la mano. Wallenstein la retira. Max se vuelve hacia la condesa). ¡No hallaré una mirada de piedad!... Señora... (á la condesa, ésta vuelve también el rostro)... ¡Y vos, madre querida!

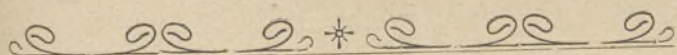
LA DUQUESA.—Partid, conde, á donde el deber os llama. Quizás un día seréis nuestro abogado y ángel bueno, junto al trono del Emperador.

MAX.—¡Ah, señora! queréis consolarme con dulces ilusiones y arrancarme á la desesperación... ¡Ah! no me engañéis con vanas palabras; mi desdicha es segura; por fortuna, hay medio de acabar con ella. (Suena de nuevo la música, y la sala va llenándose de soldados. Max advierte á Buttler). ¡Vos aquí, coronel!... ¿No queréis seguirme? Bien está, sed más fiel á vuestro nuevo soberano de lo que lo fuísteis al primero. Prometedme proteger su vida y preservarla de cualquier atentado; dadme la mano en prenda de vuestra promesa (Buttler rehusa tomarla). Pesa sobre él la sentencia del Emperador, que libra su cabeza al primero que codicie el premio... Ahora más que nunca necesita quien con celo y afecto guarde su vida... y los que

veo en torno suyo, al dejarle... (Mira con desconfianza á Buttler y á Illo).

ILLO.—Buscad á los traidores en el campamento de vuestro padre y de Gallas; aquí, sólo existe uno. Salid, y libertadnos de su odioso aspecto. Salid. (Max intenta otra vez acercarse á Tecla; Wallenstein se lo impide. Un momento parece vacilar, víctima de vivísimo dolor. En esto la sala se va llenando cada vez más, y suenan de nuevo las cornetas como para advertirle.)

MAX.—Sonad, sonad... ¡Así fuera la corneta de los suecos... tocando á llamada en el campo de la muerte! ¿Por qué no se me clavan en el pecho todas esas espadas?... ¿Qué me queréis? ¿Venís á arrancarme de aquí?... ¡Ah! ¡no me empujéis á la desesperación!... Podríais arrepentiros de ello... (La sala se habrá llenado completamente de tropas.) ¿Más?... un peso se añade á otro todavía!... ¡Cómo se reúnen los soldados! Así esa masa imponente me arrastra consigo. Pensad en lo que hacéis... Error grande es elegir por jefe á un hombre desesperado... ¡Me arrancáis de los brazos de mi dicha! Pues bien, sea; os consagro á la diosa de la venganza... Me elegisteis para vuestra perdición. ¡Quién me siga, dispóngase á morir!
(Se dirige al fondo del teatro, y los coraceros le rodean y acompañan en tumulto. Wallenstein permanece inmóvil. Tecla cae desmayada en brazos de su madre. Telón.)



ACTO IV

ESCENA PRIMERA

Habitación del burgomaestre de Egra

BUTTLER (saliendo)

Aquí está; aquí le condujo el hado. Cayó en la trampa; alzado el puente por donde entró, no le queda escape. De aquí no pasarás, Friedland, ha dicho el destino; tu maravilloso meteoro que partió de Bohemia irá á caer. Ciego é iluso desertaste de tus banderas fiando en tu fortuna; has armado tu mano criminal para traer la guerra en los estados del Emperador, y volcar el hogar doméstico. ¡Alerta, no sea que la venganza que te mueve sea tu propia perdición!

ESCENA II

BUTLER, GORDON

GORDÓN.—¡Sois vos!... ¡Cuánto deseaba oiros!...
¡Con que es verdad que el duque es traidor! ¡Dios

mío! ¿Y anda fugitivo y condenado á muerte? General, contadme minuciosamente lo ocurrido en Pilsen.

BUTTLER.—¿Recibisteis la carta que os mandé por un propio?

GORDON.—Sí; están cumplidas vuestras órdenes; le abrí sin objeción la fortaleza. Pero la verdad es que en cuanto he visto al príncipe he vuelto á dudar, porque realmente lo que es él no entró como un proscrito. Brilla en su frente aquella majestad soberana que fuerza á la obediencia, y me pidió



cuenta de mis funciones tan tranquilo como en días normales. Por lo común, la adversidad hace afluente al hombre... el orgullo abatido se postra ante el débil y acude á la lisonja; pero en el príncipe, nada de eso... Con la mayor dignidad me ha manifestado en pocas palabras su satisfacción, y me elogió como el amo á su criado.

BUTTLER.—Todo pasó como os decía. Vendió el ejército á los enemigos, é intentaba entregarles Praga y Egra. A la nueva de esa traición todos los regimientos le han abandonado excepto los cinco de Terzky que hasta aquí le siguieron. Se ha pro-



BUTLER Y GORDON

nunciado su sentencia y todo fiel servidor debe entregarle vivo ó muerto.

GORDÓN.—¡El traidor á su soberano!... ¡Tan noble y tan excelente caballero! ¡En qué pára la grandeza humana! Bien repetía yo: Esto no puede acabar en bien; su magnanimidad, su pujanza, aquel carácter arrebatado, sombrío y vacilante, dieron con él en el lazo. El hombre se inclina siempre á extender su poderío, y no hay que fiar mucho en su moderación si no le detiene la ley ó el surco de la costumbre. Pero como vió en sus manos tan extraordinario poder que le equiparaba al Emperador, orgulloso como era, se habituó á la desobediencia. ¡Qué lástima!... Sólo él podía mantenerse firme en el puesto en que cayó.

BUTTLER.—Escuchad vuestras lamentaciones hásta tanto que merezca piedad; por ahora sigue siendo todavía temible y poderoso. Los suecos marchan hacia Egra, y si no acudimos á cortarles el paso, la unión será un hecho. ¡A toda costa debemos evitarlo!... El príncipe no ha de poner el pie fuera de la fortaleza; me va en ello la vida y el honor. He prometido hacerle prisionero y cuento con vuestra ayuda.

GORDÓN.—¡Pluguiese á Dios que no hubiese visto la luz de este día! ¡De su propia mano recibí mi cargo! ¡El mismo me confió la guardia de este castillo que he de convertir en su prisión! Nosotros los subalternos no tenemos voluntad propia; sólo los poderosos pueden ceder á humanitarios sentimientos. Nosotros venimos á ser simples esbirros de la ley, y toda nuestra virtud consiste en la obediencia pasiva.

BUTTLER.—No os aflijan tales restricciones. La mucha libertad abre camino á muchos errores, y en cambio el estrecho sendero del deber es firme y segura.

GORDÓN.—¿Y decir que toda aquella gente le abandonó? ¡De cuantos hizo la fortuna! Porque, eso sí,

generoso lo era; como un rey; su mano estaba siempre abierta... (Mira de soslayo á Buttler.) A más de uno sacó del polvo para alzarle á las mayores dignidades, y ahora no le queda un solo amigo, ni uno solo que le sea fiel en la adversidad.

BUTTLER.—Uno encuentra aquí con el cual no contaba.

GORDÓN.—Y sin embargo ningún favor le debo. Hasta dudo si en los días de su grandeza se acordó un solo instante del amigo de los primeros años... porque como mi cargo me tenía tan lejos de él! Pero enterrado entre estas cuatro paredes, y desde el oscuro asilo donde no llegaba su favor, le guardé siempre un corazón sincero. Cuando me colocó en este castillo, él era todavía fiel á sus deberes, y no hago traición á su confianza, guardando el puesto que encomendó á mi fidelidad.

BUTTLER.—Decidme: ¿queréis ejecutar la sentencia y ayudarme á arrestarlo?

GORDÓN (tras breves momentos de reflexión, con profundo dolor).—Si es cierto cuanto decís, si hizo traición al Emperador, si vendió al ejército y abrió las fortalezas al enemigo... no hay salvación para él. Pero me aflige en verdad que, entre tantos, me hayan elegido á mí para instrumento de su ruina. Juntos fuimos pajes en la corte de Burgau; yo era el más viejo.

BUTTLER.—Ya sé.

GORDÓN.—Hace de eso unos treinta años. Ya entonces (tendrá él unos veinte), se mostraba de un carácter agitado, audaz, y más formal de lo que consentía su edad; sólo ocupaban su imaginación grandes y varoniles proyectos. Vivía siempre ensimismado, sin familiarizarse con nadie, sin hallar gusto en nuestros infantiles juegos; pero, de pronto, muchas veces, le sobrecogía algo de maravilloso y centelleaba en su misterioso ánimo un pensamiento profundo. Entonces nosotros le contem-

plábamos con sorpresa, dudosos de si deliraba ó si hablaba un dios por su boca.

BUTTLER.—Entonces fué cuando, dormido en el alféizar de una ventana, se cayó desde un segundo piso y se levantó por su pie sin haberse lastimado. Dicen que desde aquel día se le notaron síntomas de locura.

GORDÓN.—Verdad que se volvió soñador y se hizo católico. Aquel milagro operó singular mudanza, y engendró en él la preocupación de que era un sér privilegiado y favorecido de la suerte. Así, con la audacia del hombre que no puede tropezar, lanzóse á recorrer la cuerda vacilante de la vida. Luego la suerte nos separó; arrojóse él osado por su camino, voló con rapidez á los más altos honores, pero siempre vacilante; así le vi llegar á conde, príncipe, duque, dictador... y sin embargo, todo fué poco para él; ahora tiende la mano á la corona real y cae en abismo sin fondo.

BUTTLER.—Basta ya... él llega.

ESCENA III

Dichos.—WALLENSTEIN conversando con el BURGOMAESTRE DE EGRA

WALLENSTEIN.—Vuestra capital era libre antiguamente; veo que campea en el escudo media águila. ¿Y por qué solo media?

EL BURGOMAESTRE.—Realmente libre era é imperial, pero hace como unos doscientos años fué dada en prenda á Bohemia, y de aquí que usemos sólo media águila hasta que el imperio nos desempeñe.

WALLENSTEIN.—Bien merecís la libertad. Continúad portándoos como hoy, y no déis oído á la sedición. ¿A cuánto ascienden vuestros impuestos?

EL BURGOMAESTRE.—A tanto que apenas podemos

soportarlos. Hasta la guarnición vive á expensas de la ciudad.

WALLENSTEIN.—Ya os aliviaremos de tal peso. ¿Hay todavía protestantes en ella? (El Burgomaestre vacila.) Sí; ya lo sé; muchos se ocultan detrás de estos muros... Confesadlo con franqueza... Vos mismo... ¿verdad? (Le mira de hito en hito; el Burgomaestre se inmuta.) No temáis; odio á los jesuítas; si de mí dependiera tiempo haría que los hubiera expulsado del reino... ¿Qué me importan á mí el misal ni la Biblia? Harto la he demostrado en Glogau donde hice construir una iglesia para los evangelistas... ¿Cómo os llamáis?

EL BURGOMAESTRE.—Pachhakbel, señor.

WALLENSTEIN.—Estadme atento, pero no repitáis lo que os digo en confianza. (Apoya la mano en el hombro del Burgomaestre con cierta solemnidad.) Sonó ya la hora de cumplirse la profecía; los humildes serán ensalzados, y los grandes serán humillados. Recordadlo, pero con reserva. Toca á su término el doble poderío español, y se inaugura un nuevo orden de cosas. ¿No visteis, poco há, tres lunas en el cielo?

EL BURGOMAESTRE.—Sí, alteza, con harto espanto.

WALLENSTEIN.—Dos de ellas trocaron su forma por la de sangrientos puñales y luego se desvanecieron; la de enmedio siguió como estaba, sin perder su fulgor.

EL BURGOMAESTRE.—Nosotros atribuimos el presagio á la suerte de los turcos.

WALLENSTEIN.—¿A los turcos? ¡Cá! Dos imperios van á perecer por el hierro: el uno al Este, el otro al Oeste. Lo afirmo yo: la creencia luterana será la única que subsista. (Observa á Buttler y Gordón.) Por el camino oímos á nuestra izquierda varias descargas de fusilería. ¿Las percibísteis también en el castillo?

GORDÓN.—Sí, mi general. El viento nos traía el sonido por la parte del sud.

BUTTLER.—Como si viniera de Neustadt ó de Weiden.

WALLENSTEIN.—Por allí han de venir los suecos. ¿La guarnición es mucha?

GORDÓN.—Ochocientos hombres útiles; el resto está compuesto de inválidos.

WALLENSTEIN.—¿Cuántos hay en el valle Joachim?

GORDÓN.—Doscientos arcabuceros mandé á reforzar las avanzadas contra los suecos.

WALLENSTEIN.—Aplaudo tal precaución. He observado también al pasar que se trabaja en las obras de defensa.

GORDÓN.—Como el rhingrave nos estrecha de cerca, hice levantar á toda prisa dos baluartes.

WALLENSTEIN.—Fielmente servís al Emperador; eso me complace. (A Buttler): Hay que retirar las avanzadas de Joachim y cuantos se opongan al enemigo. (A Gordón): Comandante, confío á vuestra fidelidad mi esposa, mi hija y mi hermana. No cuento permanecer aquí; en cuanto reciba algunas cartas que aguardo, saldré con todos los regimientos.

ESCENA IV

Dichos.—TERZKY

TERZKY.—¡Albricias!... Traigo una buena noticia.

WALLENSTEIN.—Veamos.

TERZKY.—Se ha librado en Neustadt una batalla, y los suecos han salido victoriosos.

WALLENSTEIN.—¿Qué estás diciendo?... ¿Por dónde lo sabes?

TERZKY.—Lo dijo un campesino llegado de Tirschenreuth. El combate empezó al ponerse el sol, con una carga de los imperiales contra los suecos. El fuego ha durado dos horas, y han muerto mil imperiales y el coronel. Esto es cuanto ha sabido decirme.

WALLENSTEIN.—Pero ¿cómo se hallaban en Neustadt las tropas del Emperador? Altringer estaba ayer á catorce millas de aquí... ¡ni que tuvieras alas!... Los regimientos de Gallas tampoco están reunidos, y además se dirigen á Frauenberg... ¡Arriesgarse á adelantarse... Suys! No puede ser.
(Sale Illo.)

TERZKY.—Pronto lo sabremos... Aquí llega Illo, contento y presuroso.

ESCENA V

Dichos.—ILLO

ILLO (á Wallenstein).—Hay aquí un caballero que desea hablarte.

TORDÓN.—¿Se confirma la nueva de la victoria? Decid.

WALLENSTEIN.—¿De dónde viene, y qué trae ese caballero?

ILLO.—El rhingrave lo envió; puedo anticiparte su mensaje. Los suecos están á cinco millas de aquí. En Neustadt cayó sobre ellos la caballería de Piccolomini, y fué terrible la carnicería, pero á la postre triunfó el mayor número; todos los coraceros de Pappenheim, incluso Max su jefe, han muerto en el campo de batalla.

WALLENSTEIN.—¿Dónde está el mensajero? Que entre.

(En el momento de retirarse, la señorita de Neubrunn sale corriendo, seguida de algunos criados consternados.)

LA NEUBRUNN.—¡Socorro! ¡socorro!

ILLO Y TERZKY.—¿Qué pasa?

LA NEUBRUNN.—¡La señorita...

WALLENSTEIN Y TERZKY.—¿Ha sabido?...

LA NEUBRUNN.—Quiere morirse.

(Vase Wallenstein. Terzky é Illo le siguen.)

ESCENA VI

BUTTLER y GORDÓN

GORDÓN (con sorpresa).—Pero explicadme qué significa esta escena.

BUTTLER.—Perdió al hombre que amaba, ese Piccolomini que ha perécido.

GORDÓN.—¡Desgraciada niña!

BUTTLER.—¿Oísteis la noticia que trajo Illo? Los suecos se acercan victoriosos.

GORDÓN.—Ya, ya.

BUTTLER.—Son doce regimientos, sin contar los cinco que tiene el duque apostados cerca de aquí para protegerle. En cambio, sólo dispongo del mío, y la guarnición apenas se compone de doscientos hombres.

GORDÓN.—Es verdad.

BUTTLER.—Con tan escasas fuerzas es imposible custodiar á tal prisionero de Estado.

GORDÓN.—Así lo creo.

BUTTLER.—Pronto el ejército desarmaría nuestra débil tropa y libertaría al cautivo.

GORDÓN.—Esto es de temer.

BUTTLER (tras breve pausa).—¿Sabes que salgo garante de la empresa, y que empené mi cabeza por la suya? De cualquier modo que sea, fuerza es que cumpla mi palabra: si no podemos guardarle vivo, le guardaremos muerto.

GORDÓN.—¡Qué decís!... Justo Dios... ¿Podríais...

BUTTLER.—Ha de morir.

GORDÓN.—Pero podríais...

BUTTLER.—Vos ó yo; este es el último día de su vida.

GORDÓN.—¿Queréis matarle?

BUTTLER.—Tal es mi designio.

GORDÓN.—¡Cuando descansa en vuestra fidelidad!

BUTTLER.—Así lo quiere su hado funesto.

GORDÓN.—¡Siendo como es sagrada su persona de general!

BUTTLER.—Lo era.

GORDÓN.—No hay crimen que pueda borrar lo que fué. ¿Le mataréis además sin ser juzgado?

BUTTLER.—La ejecución suplirá la sentencia.

GORDÓN.—Esto será un asesinato y no un acto de justicia; la justicia oye aún á los más culpables.

BUTTLER.—El crimen es evidente, y el Emperador le ha juzgado: nosotros sólo ejecutamos su voluntad.

GORDÓN.—No hay que apresurarse nunca á cumplir una sentencia de muerte. Es posible retractarse de una palabra, pero es imposible resucitar á un muerto.

BUTTLER.—La diligencia es del agrado de los reyes.

GORDÓN.—Pero un hombre de corazón no se presta á ser verdugo.

BUTTLER.—Ni tiembla el valiente ante una acción osada.

GORDÓN.—De valientes fué arriesgar la vida, pero no la conciencia.

BUTTLER.—¿Le dejaremos libre para reavivar la llama de la guerra que luego no podrá extinguirse?

GORDÓN.—Prendedle, pero no le matéis; no ahoguéis en sangre toda esperanza de misericordia.

BUTTLER.—Sin la derrota del ejército imperial, hubiéramos podido dejarle con vida.

GORDÓN.—¡Ah!... ¡Por qué le abrí esta fortaleza!

BUTTLER.—No causa su muerte el lugar, sino su estrella.

GORDÓN.—¡Con cuánto más gusto sucumbiera con honor defendiendo esos muros!

BUTTLER.—Mil bravos han perecido.

GORDÓN.— Mas cumplieron con su deber. Una muerte así honra al hombre, pero la naturaleza maldice el asesinato.

BUTTLER (mostrándole un papel).—Esta es la orden

de prenderle... va dirigidda á vos, lo mismo que á mí. ¿Respondéis de las consecuencias si por nuestra culpa se escapa y se une á los enemigos?

GORDÓN.—¿Yo?... ¡pobre de mí!... ¿Qué puedo yo?

BUTTLER.—Responded si queréis de lo que ocurra, y sea lo que quiera. Yo me lavo las manos.

GORDÓN.—¡Oh, Dios mío!

BUTTLER.—¿Conocéis otro medio de cumplir la voluntad del Emperador? Decidlo, porque en verdad que quiero derribarle, no aniquilarle.

GORDÓN.—¡Dios mío!... ¡Dios mío!... Veo tan claro como vos cuánto puede ocurrir, pero no sentimos lo mismo.

BUTTLER.—También será forzoso que mueran Illo y Terzky, si el duque sucumbe.

GORDÓN.—Esos si que poco me importan; no cedieron ellos á su estrella sino á su perversidad. Ellos son quienes sembraron en el ánimo del duque el germen de las malas pasiones y cultivaron con maldito celo el desdichado fruto. ¡Ojalá reciban pronto la debida recompensa de tan funestos servicios!

BUTTLER.—Morirán antes que él. Todo está dispuesto. Esta misma noche, cuando más regocijados se hallasen en un banquete, queríamos cogerlos vivos y conducirlos al castillo. Mucho más breve es esto. Voy á dar las órdenes necesarias.

ESCENA VII

Dichos.—ILLO, TERZKY

TERZKY.—Pronto van á tomar las cosas otro rumbo. Mañana llegarán aquí doce mil bravos suecos, y luego, directamente á Viena. Vaya, compañero, no pongáis mala cara á tan buena noticia.

ILLO.—Ahora nos tocará á nosotros imponer condiciones y vengarnos de los pérfidos y miserables

que nos abandonaron. Por de pronto, uno de ellos, Piccolomini, ya expió su conducta. ¡Ojalá les ocurra lo mismo á cuantos alimenten malas intenciones contra nosotros! ¡Qué terrible golpe para el viejo Piccolomini! Toda la vida pasó torturándose para erigir su título de conde en el de príncipe, y en la demanda pierde á su hijo único!

BUTTLER.—¡Desdichada suerte la de ese heróico muchacho! El mismo duque la ha sentido en el alma: lo lleva escrito en la cara.

ILLO.—Esto es lo que siempre me ha disgustado del general: esa preferencia constante por los italianos, era nuestra continua disputa. Estoy seguro de que, aún ahora, nos vería morir con gusto diez veces, con que resucitara su amigo.

TERZKY.—Basta; basta; no hablemos más en ello. Paz á los muertos. Ahora se trata de embriagar á los vivos. Vuestro regimiento nos invita á una fiesta, y hemos de pasar alegremente la noche hasta que, al rayar el alba, nos encuentren los suecos con la copa en la mano.

ILLO.—Es verdad; alegrémonos hoy, que luego nos calentaremos las costillas. Lo que es yo no daré tregua á la espada hasta que chorree sangre austriaca.

GORDÓN.—¡Pshe! Ah, señor mariscal, bonito discurso!... ¡Y por qué tanta cólera contra el Emperador!

BUTTLER.—¡No fiéis mucho en esa victoria! Recordad cuán rápida gira la rueda de la fortuna, y cuán poderoso es todavía el Emperador.

ILLO.—El Emperador cuenta con muchos soldados, pero no tiene un solo general, porque el rey Fernando de Hungría nada entiende de pelear, y Gallas fué siempre muy desgraciado: hasta ahora siempre perdió batallas. Cuanto á esa serpiente de Octavio, si pudo herir á Friedland por la espalda, es incapaz de hacerle frente en el campo.

TERZKY.—Ganaremos, no lo dudéis. La fortuna

no abandonó jamás al duque; ya es sabido que Austria fué siempre victoriosa por Wallenstein.

ILLO.—No se pasará mucho tiempo sin que haya reunido numeroso ejército; su antigua fama atraerá á las tropas á sus banderas, y será grande como fué en otro tiempo. Como si le viera ya cual antaño. ¡Cuánto sentirán entonces algunos insensatos haberle abandonado, viéndole distribuir tierras á sus amigos y recompensar con magnificencia á sus leales servidores! Claro que nosotros seremos los preferidos. (A Gordón). Entonces ha de acordarse también de vos; seguramente os va á sacar de este nido para colocaros donde brille más alta vuestra fidelidad.

GORDÓN.—Estoy satisfecho con mi suerte, y no ambiciona encaramarme más; cuánto mayor la elevación, más profunda es la caída.

ILLO.—Aquí ya no tenéis nada que hacer, puesto que los suecos entrarán mañana. Vamos, Terzky, á cenar... ¿Qué os parece? Hagamos iluminar la ciudad en honor de los suecos; quien no saque luces, ó será español ó traidor.

TERZKY.—No; al duque no le parecerá bien.

ILLO.—¡Cómo! Aquí somos los amos, y nadie debe declararse austriaco donde mandamos nosotros. Con Dios, Gordón; mucha vigilancia, repito. Que salgan patrullas. Para mayor seguridad mudad el santo y seña, y á las diez en punto llevad las llaves al duque en persona y cesaréis en vuestro cargo. Mañana los suecos entrarán en la fortaleza.

TERZKY (á Buttler, retirándose).—¿Venís?

BUTTLER.—A su tiempo. (Vanse.)

ESCENA VIII

BUTTLER, GORDON

GORDÓN (siguiéndolos con la mirada).—¡Desdichados! ¡Con qué imprevisión se dirigen, incautos y deslumbrados por su triunfo, al lazo que se les tiende! No me inspiran la menor compasión. ¡Qué arrogante y presuntuoso canalla el tal Illo! ¡Pues no quisiera bañarse en la sangre de su Emperador!

BUTTLER.—Haced lo que ordenó; que salgan patrullas y velad por la seguridad de la plaza... En cuanto suban al castillo, allí los encerraré para que nada pueda oírse desde la ciudad.

GORDÓN (con inquietud).—¡Oh!... no os apresuréis; decidme antes...

BUTTLER.—Ya lo habéis oído: el día de mañana pertenece á los suecos. Sólo contamos con esta noche, y ellos llevan buen paso; adelantémonos á ellos. Con Dios.

GORDÓN. — ¡Ay!... nada bueno me anuncia vuestra mirada. Prometedme...

BUTTLER.—Se ha puesto el sol; y avanza una noche fatal; en sus tinieblas reside la seguridad de nuestros enemigos. Su mala estrella los libra indefensos á nuestras manos. En medio de su embriaguez y de su presunción, el hierro cortará el hilo de su vida. ¡Oh! Hábil siempre en sus cálculos, el príncipe dispuso de los hombres como de las piezas de un ajedrez, sin importársele nada de arriesgar el honor, la dignidad, la buena reputación de los otros. Ni un solo instante dejó de calcular, pero al fin habrá errado la cuenta, confiando en su vida cuando toca á su término.

GORDÓN.—Olvidad ahora sus faltas para recordar tan sólo su grandeza, su bondad, sus amables cualidades, sus nobles y grandes acciones. Desarmen ellas vuestro brazo suspendido ya sobre su cabe-

za como si descendiera un ángel á interceder por él.

BUTTLER.—Es tarde ya. ¡Piedad! no puedo sentirla. Sólo abrigo ideas de sangre. (Asiendo de la mano á Gordón; aunque no quiero, ni tenga para qué querer al duque, no me mueve el odio contra él, ni es mala estrella. En vano piensa el hombre obrar con libertad, siendo como es juguete del ciego destino que le arrebató á veces la facultad de elegir. ¿De qué le serviría al príncipe que mi corazón intercediera por él, si está de Dios que muera en mis manos?)

GORDÓN.—¡Ah!... Si algo os dice vuestro corazón, seguid francamente sus impulsos, que la voz del corazón es la voz de Dios, mientras los cálculos artificiales de la prudencia son obra del hombre. ¿Qué feliz resultado os prometéis de un acto sangriento? ¡Ah! La efusión de sangre nunca produjo nada bueno... ¡O pensáis acaso con tal medio alcanzar nuevos grados? ¡Cuán errado andaríais en ello! Si el asesinato complace á los reyes, no así el asesino.

BUTTLER.—Vos ignoráis... No me preguntéis nada más... La culpa está en la victoria de los suecos, y su precipitada marcha hacia aquí. Ningún inconveniente tuviera en librarle á la clemencia, porque no desco verter su sangre, no; bien podría vivir; pero es fuerza que cumpla mi promesa; fuerza es que muera ó... oíd... si escapa, estoy deshonrado...

GORDÓN.—Para librarle á un hombre tal...

BUTTLER (con viveza).—¡Qué!

GORDÓN.—Bien puede hacerse un sacrificio. ¡Sed generoso! No es la opinión, sino la grandeza de alma lo que honra al hombre.

BUTTLER (fríamente y con orgullo).—El es grande, él es príncipe, y en cambio yo soy un hombre oscuro. ¿No es esto lo que queréis decir? ¿Y qué le importa al mundo? ¿Creéis por ventura que un hombre de cuna inferior se envilece ó se ilustra

porque se salve un príncipe? Cada cual conoce su propio valer, y sólo á mí atañe designar mi puesto; no hay nadie en el mundo colocado á tal altura que me sienta yo inferior comparado con él. Sólo la voluntad nos hace grandes ó pequeños; y cabalmente porque quiero, morirá.

GORDÓN.—Veo que me esfuerzo en mover una roca. Vos no sois un hombre... Me es imposible deteneros, pero ruego á Dios le salve de vuestras terribles manos. (Vanse.)

ESCENA IX

El teatro representa las habitaciones de la Duquesa.—TECLA en un sillón, pálida y con los ojos cerrados, LA DUQUESA y la señorita de NEUBRUNN, junto á ella, muy solícitas; WALLENSTEIN y LA CONDESA, hablando entre sí.

WALLENSTEIN.—¿Cómo lo ha sabido tan pronto?

LA CONDESA.—Parece que presentía tamaña desgracia. Apenas llegó la nueva de la muerte de un coronel austriaco en batalla (lo he visto al instante), ha volado al encuentro del oficial sueco y le arrancó con sus preduntas la triste noticia. Tarde hemos advertido su ausencia; cuando he corrido á ella, la encontré ya desmayada en brazos del mensajero.

WALLENSTEIN.—¡Ah qué golpe tan terrible para ella! ¡Pobre hija mía!... ¿Cómo está? ¿Vuelve en sí?

(A la Duquesa.)

LA DUQUESA.—Ya abre los ojos.

LA CONDESA.—Vive.

TECLA (mirando en torno).—¿Dónde estoy?

WALLENSTEIN (tendiéndole los brazos).—Vuelve en tí, hija mía. Ten valor... Mira aquí á tu madre que te ama, y á tu padre que te sostiene en sus brazos.

TECLA (se levanta).—¿Dónde está? ¿Se ha marchado?

LA DUQUESA.—¿Quién, hija mía?

TECLA.—Quien pronunció las fatales palabras.

LA DUQUESA.—Olvidalo, hija mía... Procura distraerte de eso.

WALLENSTEIN.—No, déjala; que hable de su dolor; déjala quejarse. Llorad con ella, ¡es tan grave su pena!... Pero sabrá soportarla, porque Tecla recibió de su padre un corazón que no se deja abatir.

TECLA.—No estoy enferma, no; tengo fuerza para sostenerme... ¿Por qué lloras, madre mía? ¿Te asusté?... Vamos, ya pasó; ya estoy serena otra vez. (Se levanta y mira en torno suyo buscando á alguien.) ¿Dónde está?... No me lo ocultéis... tengo fuerzas bastantes para oírle.

LA DUQUESA.—No, Tecla, no verás más al fatal mensajero.

TECLA.—¡Padre mío!

WALLENSTEIN.—¡Hija!

TECLA.—No me siento tan débil como pensáis; y me encontraré mejor todavía, si me hacéis un favor.

WALLENSTEIN.—Habla.

TECLA.—Permitid que llamen á ese hombre, para que yo le reciba y le interrogue á solas.

LA DUQUESA.—¡Ah!... eso nunca.

LA CONDESA.—No; de ningún modo; no accedas.

WALLENSTEIN.—¿Y por qué quieres hablarle, hija mía?

TECLA.—Cuando lo sepa todo estaré más tranquila. No consiento que me engañen. Madre se empeña en guardar miramientos, y yo no quiero eso. ¡Qué puedo saber ya más terrible de lo que he oído!

LA CONDESA Y LA DUQUESA (á Wallenstein). — No accedas.

TECLA.—Sobrecogida de dolor, mi sentimiento me ha hecho traición delante del extranjero, y ha sido testigo de mi flaqueza... Sí; me desmayé en sus brazos, y eso me tiene avergonzada. Quiero reha-

bilitarme á sus ojos, quiero hablarle para que no conserve de mí una opinión errónea.

WALLENSTEIN.—Tiene razón... me inclino á decirle que sí. Llamadle. (La Neubrunn vase.)

LA DUQUESA.—Pero yo, tu madre, quiero estar presente.

TECLA.—Prefiero hablarle sola; así me será más fácil sostenerme.

WALLENSTEIN (á la duquesa).—Dejadla hacer... que le hable á solas. En ciertas aflicciones nadie halla consuelo sino en sí mismo, y el ánimo fuerte quiere entregarse á su propia fuerza. Para soportar tamaño golpe, sólo en su fortaleza debe buscar la suficiente energía. Es mi hija, mi valerosa hija, y quiero que sea tratada no como mujer, sino como una heroína. (Hace que se va.)

LA CONDESA (deteniéndole).—¿A dónde vas?... Terzky me ha dicho que proyectabas salir mañana y dejarnos aquí.

WALLENSTEIN.—Sí; vosotras os quedaréis bien protegidas por algunos valientes.

LA CONDESA.—¡Oh! por Dios, hermano; llévanos contigo; no nos dejes solas aguardando con inquietud los acontecimientos. Es más fácil soportar la desgracia presente, que la incertidumbre del mal lejano.

WALLENSTEIN.—¿Pero quién habla de desgracias? Vaya, ¡fuera tristeza! Yo estoy más esperanzado.

LA CONDESA.—Pues llévanos contigo; no nos dejes en este sitio de tan triste presagio, que me oprime y me sofoca como un sepulcro. No puedo ponderarte cuán mal me encuentro aquí. Llévanos contigo, por Dios... Ven, hermana, ruégaselo como yo... y tú también, sobrina.

WALLENSTEIN.—Yo trocaré los fúnebres presagios en alegría, con encerrar aquí cuanto me es caro.

LA NEUBRUNN (saliendo).—Aquí está el oficial sueco.

WALLENSTEIN.—Dejadla sola con él. (Vase.)

LA DUQUESA (á Tecla).—¿Palideces, hija mía?... Es imposible que le hables... ven con tu madre.

TECLA.—La señorita de Neubrunn se quedará cerca de aquí.

(La Condesa y la Duquesa se van.)

ESCENA X

TECLA.—UN CAPITAN SUECO.—LA NEUBRUNN

EL CAPITAN (acercándose con respeto).—Perdonadme, princesa, si mi irreflexivo é imprevisto relato!... Cómo podía yo...

TECLA (con nobleza).—Fuisteis testigo de mi dolor; un desgraciado accidente hizo de vos, un extranjero, confidente de mis penas.

EL CAPITAN.—Temo que mi aspecto os sea odioso, pues os di tan triste noticia...

TECLA.—La culpa es mía; yo fui quien os la arrancó, y el destino quien ha proferido... Puesto que mi espanto interrumpió vuestro relato, os ruego que acabéis.

EL CAPITAN (vacilando).—Con eso, princesa, renovaré vuestro dolor.

TECLA.—Estoy tranquila, quiero estarlo. ¿Cómo empezó la batalla?... Acabad.

EL CAPITAN.—Estábamos atrincherados y al abrigo de todo ataque en nuestro campamento, cuando vemos surgir de golpe una nube de polvo por el lado del bosque, y la vanguardia se precipitó á las fronteras gritando: «el enemigo, el enemigo». Apenas tuvimos tiempo de montar á caballo; los coraceros de Pappenheim habían franqueado el primer reducto, é impetuosamente atravesaron el foso, pero se irreflexivo valor dispersó los regimientos, de modo que la infantería se quedó rezagada, cuando sólo la caballería seguía á su temerario jefe. (Tecla hace un gesto; el capitán se detiene hasta

que ella le hace señas de continuar.) En esto la nuestra acudió, agrupada, por el flanco derecho é izquierdo, y los rechazamos hasta los fosos donde ya la infantería, en línea de batalla, les opuso inexpugnable muro con la punta de sus alabardas: así, oprimidos por todos lados en tan terrible cerco, no podían retroceder ni avanzar. Entonces el rhingrave intimó la rendición... pero el coronel Piccolomini... (Tecla vacila y se apoya en un sillón.) Le conocimos por los plumajes del casco, y su hermosa cabellera larga, que, con la rapidez de la carrera, flotaba sobre sus hombros. Señalando el foso, á él se lanza delante de todos, y obliga al caballo á saltarlo, con que el regimiento se precipita tras él; pero el caballo estaba herido... se desboca, espumajea, se encabrita y tira al jinete. El regimiento entero, roto el freno de la caballería, pasó por encima de su cuerpo.

(Tecla, durante las últimas palabras, ha manifestado creciente ansiedad; sobrecogida de violento temblor, próxima á desmayarse, cae en brazos de la Neubrunn, que acude á socorrerla.)

LA NEUBRUNN.—¡Ay, señorita!

EL CAPITÁN (conmovido).—Me retiro.

TECLA.—No, estoy bien: acabad.

EL CAPITÁN.—Desesperadas, furiosas las tropas en cuanto vieron caer á su jefe, nadie se acuerda ya de su salvación, y se arrojan á combatir como tigres; su obstinada resistencia enardece á los nuestros; sólo la muerte de todos puso fin al combate.

TECLA (con voz temblorosa).—Y dónde... ¿dónde está él? Nada me habéis dicho todavía.

EL CAPITÁN (tras breve silencio).—Esta mañana hemos celebrado sus funerales. Doce jóvenes de la nobleza llevaban el cadáver, y seguía detrás todo el ejército. El féretro iba adornado de laureles y el mismo rhingrave depuso la victoriosa espada sobre él. Lágrimas no le han faltado, porque muchos de nosotros conocíamos su grandeza de alma



EL CAPITAN. — *Perdonadme, princesa...*

y su bondadoso carácter, y á todos nos conmovió su suerte. El rhingrave hubiera querido salvarle; pero él corrió, por lo visto, á su perdición; dicen que deseaba morir.

LA NEUBRUNN (á Tecla que oculta el rostro).—Ah



señorita... señorita; abrid los ojos... ¡Por qué, Dios mío, empeñarse en oír esa relación!

TECLA.—¿Y dónde está enterrado?

EL CAPITÁN.—Se halla depositado en la iglesia de un monasterio, cerca de Neustadt, hasta que disponga su padre.

TECLA.—¿Cómo se llama el monasterio?

EL CAPITÁN.—Santa Catalina.

TECLA.—¿Está muy lejos de aquí?

EL CAPITÁN.—Siete millas.

TECLA.—¿Por dónde se va?

EL CAPITÁN.—Por Tirschenreut y Falkenberg, pasando por nuestras avanzadas.

TECLA.—¿Quién las manda?

EL CAPITÁN.—El coronel Seckendorf.

TECLA (acercándose á la mesa, y tomando de una arquilla una sortija).—Os agradezco la compasión

que me habéis manifestado; aceptad este recuerdo de la entrevista... Podéis retiraros.

EL CAPITÁN (turbado).—¡Princesa!...
(Tecla le indica con un ademán que se retire...
El capitán, perplejo, intenta hablar. La señorita de Neubrunn repite la seña, y él se va.)

ESCENA XI

TECLA, LA NEUBRUNN

TECLA (echándose á su cuello).—Pruébame ahora la afección que tanto me has manifestado... sé mi fiel amiga y compañera. Es necesario partir esta misma noche.

LA NEUBRUNN.—¡Partir! ¿y á dónde?

TECLA.—¿A dónde, me preguntas? No hay más que un lugar en el mundo: el de su féretro.

LA NEUBRUNN.—¿Y qué haréis allí, señorita?

TECLA.—¿Qué haré yo allí, desdichada? Si amases, no lo preguntarías. Allí está cuánto resta de él, allí, el único lugar que existe en la tierra... ¡Oh, no me detengas! Vamos, y disponte á salir. Pensemos en el modo de escapar juntas.

LA NEUBRUNN.—¿Pero no se os ocurre que vuestro padre se pondrá furioso?

TECLA.—Yo no temo la cólera de nadie.

LA NEUBRUNN.—Pero y el qué dirán?... ¡y las murmuraciones y la maledicencia!

TECLA.—Yo quiero sólo ver á quien ya no existe... ¿Acaso voy á arrojarme en sus brazos?... ¡Dios mío!... Si desciendo á la tumba de mi amado!

LA NEUBRUNN.—¿Solas?... ¿Sin apoyo?... Dos débiles mujeres...

TECLA.—Iremos armadas; mi brazo te protegerá.

LA NEUBRUNN.—¿En noche tan oscura?

TECLA.—Mejor; así no seremos vistas.

LA NEUBRUNN.—¡Con esta tormenta!

TECLA.—¿Descansó él bajo las herraduras de los caballos?

LA NEUBRUNN.—¡Oh Dios mío! ¡Teniendo que pasar por delante de tantas guardias! Quizás nos lo impidan.

TECLA.—Hombres son. La desdicha cruza libremente el mundo.

LA NEUBRUNN.—El viaje es largo además.

TECLA.—¿Calcula la distancia el peregrino, cuando se dirige al santuario lejano?

LA NEUBRUNN.—¿Y cómo salir de la ciudad?

TECLA.—El dinero nos abrirá todas las puertas... Anda, vé.

LA NEUBRUNN.—¿Y si nos conocen?

TECLA.—¿Quién se va á figurar que una mujer, fugitiva y desesperada, sea la hija de Friedland?

LA NEUBRUNN.—¿Dónde encontraremos caballos?

TECLA.—Mi caballerizo los proporcionará. Vé, llámale.

LA NEUBRUNN.—¿Se atreverá, sin permiso de su señor?

TECLA.—Sí, mujer; vé, no te detengas.

LA NEUBRUNN.—¡Dios mío!... ¿Y qué será de vuestra madre?

TECLA (reflexionando y ensimismada en su dolor). ¡Pobre madre mía!

LA NEUBRUNN.—¡Tanto como ha sufrido la pobre!... ¿Por qué darle ese nuevo disgusto?

TECLA.—No puedo evitarlo. Vé, vé.

LA NEUBRUNN.—Pensad en lo que hacéis.

TECLA.—Lo he pensado todo.

LA NEUBRUNN.—Y cuando estemos allí ¿qué haremos?

TECLA.—Cuando estemos allí, Dios me inspirará.

LA NEUBRUNN.—¡Ah! señorita, pensad que ahora estáis inquieta y angustiada, pero no hallaréis el reposo por ese camino.

TECLA.—Ah sí; el profundo reposo que encontró el. Vé, date prisa, y no me digas una palabra más.

No sé que irresistible fuerza me arrastra á su tumba. Allí me sentiré aliviada un instante: rotas las ataduras del dolor que me oprime, correrán un momento mis lágrimas. Vé; ya podríamos estar en camino tiempo há... No estaré tranquila mientras permanezca entre esas paredes, que parece van á desplomarse sobre mí, como si algo me empujara á fuera, ¡oh Dios mío!... ¿Qué es lo que siento?... Veo en todas partes sombras y fantasmas que no me dejan mover, y crecen en número, y su espantoso tropel arroja á los vivos de estos sitios.

LA NEUBRUNN. — ¡Ah señorita!... ¡Qué ansiedad! ¡qué espanto!... Me da miedo seguir aquí; voy á llamar á Rosenberg.

(Vase).

ESCENA XII

TECLA

Sí; me llama su espíritu; sus fieles soldados que se sacrificaron por él, acusan mi indigna tardanza... No han querido abandonar en muerte, á quien fué su jefe en vida... Esto hicieron ellos, ¡ellos de rudo corazón!... ¿Y he de sobrevivir yo? No. También yo tejí la corona de laurel que depusieron sobre su féretro. ¿Qué es la vida sin la antorcha del amor?... Yo la rechazo, ya que perdió para mí todo su precio. Sí; grande era el que tenía, amado mío, cuando te ví por primera vez y alboreó á mis ojos la dorada luz de un nuevo y brillante día: dos horas duró mi ensueño celestial. Al salir del convento, yo te hallé en el umbral del mundo, resplandeciente de luz, como mi ángel bueno que debía conducirme por la mano de mi inocente infancia á la cumbre de la vida. Mi primera sensación fué júbilo del cielo; mi primera mirada dió en tu corazón. (Se detiene ensimismada en sus reflexiones, y luego continúa como agitada por el

terror). Pero llega el hado, y con mano fría y cruel me arrebató á mi noble amigo, y lo arroja á los pies de los caballos. Tal es la suerte de cuanto bello existe en el mundo.

ESCENA XIII

TECLA.—LA NEUBRUNN.—EL CABALLERIZO

LA NEUBRUNN.—Ya está aquí, señorita, dispuesto á hacer lo que le mandéis.

TECLA.—¿Quieres procurarnos caballos, Rosenberg?

EL CABALLERIZO.—Sí, señorita.

TECLA.—¿Quieres acompañarnos?

EL CABALLERIZO.—Hasta el fin del mundo.

TECLA.—Mira que luego no podrás volver al servicio del duque.

EL CABALLERIZO.—Seguiré con vos.

TECLA.—Yo te recompensaré, y te recomendaré á otro amo. ¿Puedes sacarnos de la fortaleza secretamente?

EL CABALLERIZO.—Sí, señorita.

TECLA.—¿Cuándo podré salir?

EL CABALLERIZO.—Inmediatamente. ¿A dónde vamos?

TECLA.—A... díselo, tú...

LA NEUBRUNN.—A Neustadt.

EL CABALLERIZO.—Está bien; voy á disponerlo todo. (Vase.)

LA NEUBRUNN.—¡Ah!... ¡vuestra madre!

TECLA.—¡Dios mío!

ESCENA XIV

Dichos.—LA DUQUESA

LA DUQUESA.—¿Ha salido ya? Te encuentro más tranquila.

TECLA.—Sí, madre mía; permitidme que me retire ahora; la Neubrunn me acompañará; necesito descansar.

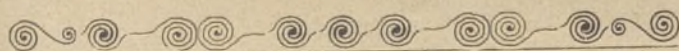
LA DUQUESA.—Ya lo creo. Salgo más consolada, porque podré tranquilizar á tu padre.

TECLA.—¡Adiós, pues, madre mía! (Se arroja en sus brazos y la abraza con viva emoción).

LA DUQUESA.—No estás aún tranquila del todo, hija mía... Si estás temblando, y te late el corazón con violencia!...

TECLA. — El sueño me calmará. Buenas noches, adiós, madre mía. (En el punto en que se desprende de los brazos de su madre, cae el telón.)





ACTO V

ESCENA I

La habitación de Buttler

BUTTLER.—GERALDIN

BUTTLER

Elejid doce dragones decididos y armadlos de picas, porque no hay que disparar ni un solo tiro; con ellos os apostaréis junto al comedor, y apenas se hayan levantado los manteles, entrad gritando: «¿Quién es aquí fiel al Emperador?» Yo volcaré la mesa, y entonces vos os echáis sobre ellos y asestáis el golpe. El castillo estará cerrado y guardado de manera que el príncipe no perciba el menor ruido. ¿Llamásteis al capitán Deveroux y Macdonald?

GERALDIN.—Estarán aquí al instante. (Se va.)

BUTTLER.—Conviene darse prisa, porque los paisanos se declaran también por él, movidos de no sé qué espíritu vertiginoso que se apoderó de la ciudad. Para ellos el duque es un pacificador, el fundador de una nueva edad de oro... Hasta los ma-

Schiller—Tomo III—24.

gistrados han distribuido armas, y más de cien vecinos se ofrecieron á montar la guardia de su persona... Hay que obrar prontamente... Dentro y fuera nos amenazan los enemigos.

ESCENA II

BUTTLER.—DEVEROUX.—MACDONALD

MACDONALD.—A la orden, mi general.

DEVEROUX.—¿Cuál es el santo y seña?

BUTTLER.—¡Viva el Emperador!

AMBOS (retrocediendo).—¡Cómo!

BUTTLER.—¡Viva la casa de Austria!

DEVEROUX.—Pero ¿no hemos jurado fidelidad á Friedland?

MACDONALD.—¿No hemos venido aquí para protegerle?

BUTTLER.—¿Nosotros?... ¡Proteger á un enemigo y traidor al imperio!

DEVEROUX.—Vos mismo nos enganchásteis á su servicio.

MACDONALD.—Y le seguisteis hasta Egra.

BUTTLER.—Obré así para perderle con más seguridad.

DEVEROUX.—¿De veras?

MACDONALD.—Esto es otra cosa.

BUTTLER (á Deveroux).—¡Miserable! ¿Podías renunciar tan fácilmente á tu fidelidad y á tus banderas?

DEVEROUX.—¡Qué diablo, general! no hacía sino seguir vuestro ejemplo, y decía para mí: «Si este es un canalla, bien puedo serlo yo».

MACDONALD.—Nosotros no tenemos porque reflexionar cuando habéis resuelto: eso es cosa vuestra. Sois el general, mandáis, y os seguimos aunque sea al infierno.

BUTTLER (con más suavidad).—Está bien; ya nos conocemos.

MACDONALD.—Digo... me parece...

DEVEROUX.—Nosotros, general, somos soldados de fortuna, y pertenecemos al que más paga.

MACDONALD.—Verdad.

BUTTLER.—Pues ahora debéis portaros como honrados.

DEVEROUX.—Nos place.

BUTTLER.—Y alcanzar así vuestra fortuna.

MACDONALD.—Eso es mejor.

BUTTLER.—Oídme.

AMBOS.—Hablad.

BUTTLER.—Quiere y manda el Emperador que nos apoderemos de Friedland, muerto ó vivo.

DEVEROUX.—Así lo dice la orden escrita.

MACDONALD.—Así dice: muerto ó vivo.

BUTTLER.—Y promete recompensar largamente con tierras y dinero á quien ejecute su voluntad.

DEVEROUX.—¡Soberbia palabra, como todas las que salen de aquella boca!... Ya sabemos á qué atenernos: algunas cadenas de oro, algún caballo matalón, un pergamino ó algo así... El príncipe paga mejor.

MACDONALD.—Realmente, es más espléndido.

BUTTLER.—Pero todo ha concluído para él; se eclipsó su estrella.

MACDONALD.—¿Cierto?

BUTTLER.—Os lo aseguro.

DEVEROUX.—¿Pero cómo puede ser que le haya abandonado la suerte?

BUTTLER.—Pues, siendo: es ahora tan pobre como nosotros.

MACDONALD.—¿Pobre como nosotros?

DEVEROUX.—Entonces, Macdonald, habrá que dejarle.

BUTTLER.—Veinte mil hombres hicieron ya lo propio... Pero hay que hacer más todavía, paisano; en una palabra: hay que matarle.

AMBOS (estremecidos).—¿Matarle?

BUTTLER.—Malarle, os digo; para lo cual os elegí á vosotros.

AMBOS.—¿A nosotros?

BUTTLER.—A vosotros, capitán Deveroux y Macdonald.

DEVEROUX (tras breve pausa).—Buscad á otro.

MACDONALD.—Sí; buscad á otro.

BUTTLER (á Deveroux).—¡Eso te espanta! ¡vil y cobarde! ¡cuando tienes ya más de veinte muertes sobre tu conciencia!

DEVEROUX.—¡Poner la mano encima de mi general! Pensad en esto.

MACDONALD.—¡Cuando le hemos prestado juramento!

BUTTLER.—El juramento es nulo, puesto que él faltó á su fidelidad.

DEVEROUX.—Sea; aún así la cosa me parece demasiado dura.

MACDONALD.—Esta es la verdad; también tengo yo mi conciencia.

DEVEROUX.—Si no fuera el jefe que nos mandó tantas veces, y nos imponía tal respeto...

BUTTLER.—¿En esto consiste toda la dificultad?

DEVEROUX.—Es inútil, vaya... En las entrañas de mi propio hijo hundiría yo el puñal, si así lo exigiese el Emperador, pero... ya veis... soldados somos... y francamente... asesinar al general es un crimen tan atroz que no hay fraile que lo absuelva.

BUTTLER.—Yo soy tu papá y te absuelvo. Decidíos pronto.

DEVEROUX (tras breve reflexión).—No puede ser.

MACDONALD.—No, no puede ser.

BUTTLER.—Está bien. Idos. Llamad á Pestalutz.

DEVEROUX (sorprendido).—¿A Pestalutz?... ¡Ah!

MACDONALD.—¿Qué le queréis?

BUTTLER.—Puesto que vosotros rehusáis, otros encontraré.

DEVEROUX.—No, no; si es fuerza que perezca, bien

podemos nosotros ganar la recompensa prometida.
¿Qué te parece, Macdonald?

MACDONALD.—Desde luego; si con todo eso ha de perecer, no quiero renunciar á mi parte por ese Pestalutz.

DEVEROUX (tras breve reflexión).—¿Cuándo ha de morir?

BUTTLER.—Esta misma noche, porque mañana estarán ya los suecos á las puertas de la ciudad.

DEVEROUX.—¿Nos respondéis de las consecuencias, general?

BUTTLER.—Respondo de todo.

DEVEROUX.—¿Pero es realmente esta la voluntad del Emperador? ¿su franca y expresa voluntad? A veces se quiere el asesinato y se castiga al asesino.

BUTTLER.—La orden dice: «vivo ó muerto». Vivo ya veis que no podemos entregarlo.

DEVEROUX.—Pues bien, lo entregaremos muerto. Pero ¿cómo llegar hasta él? La ciudad está llena de soldados de Terzky.

MACDONALD.—Y luego quedan todavía Illo y Terzky.

BUTTLER.—Se empezará por ellos; eso se comprende.

DEVEROUX.—¡Qué! ¿También ellos morirán?—

BUTTLER.—Estos los primeros.

MACDONALD.—¡Pues será una noche de sangre, Deveroux!

DEVEROUX.—¿Tenéis ya hombre para eso? Dejadlo de mi cuenta.

BUTTLER.—Geraldin se encarga de ello. Esta noche se celebrará un banquete en el castillo, y en la mesa serán sorprendidos y degollados. Pestalutz y Lesley son de la partida.

DEVEROUX.—Oíd, general; puesto que para vos es indiferente, dejadme trocar mi papel por el de Geraldin.

BUTTLER.—Con el duque corréis menos peligro.

DEVEROUX.—¿Y qué me importa á mi el peligro?

¿Qué habéis creído de mí? Su mirada y no su espada temo yo.

BUTTLER.—¿Y qué mal puede hacerte su mirada?

DEVEROUX.—¡¡ Con cien mil diablos!! Ya sabéis que no soy cobarde... Pero... sólo hace ocho días que el duque me entregó veinte piezas de oro para que me comprara este uniforme de invierno que llevo, y cuando me vea avanzar con mi pica, si fija los ojos en el traje... francamente... y repito que no soy cobarde.

BUTTLER.—¿Porque te dió ese uniforme de invierno vacilas, miserable? Mejor fué el que le dió el Emperador, que era un manto de príncipe, y ya ves como se lo agradece. Con la traición y la rebeldía.

DEVEROUX.—Verdad es. ¡Vaya al diablo la gratitud! Le mataré.

BUTTLER.—Y si quieres tranquilizar tu conciencia, no tienes más sino mudarte la ropa, y entonces obras con más libertad y valor.

MACDONALD.—Eso es, pero hemos de pensar en otra cosa.

BUTTLER.—¿Qué, Macdonald?

MACDONALD.—¿De qué nos servirán las armas contra él, si le protege un hechizo y es invulnerable?

BUTTLER (colérico).—¡Cómo!... ¿Qué hará..

MACDONALD.—Ni el acero, ni las balas pueden nada contra él. Está hechizado y protegido por arte diabólico. Repito que es invulnerable.

DEVEROUX.—Sí, creedlo; en Igolstadt había otro hombre como él; su piel era dura como el acero, tanto que hubo que matarle á culatazos.

MACDONALD.—Oíd lo que voy á hacer.

DEVEROUX.—Habla.

MACDONALD.—Conozco aquí un fraile dominico paisano nuestro, y le pediré que moje mi espada y la pica en agua bendita, pronunciando algún exorcismo que venga el encanto. Es probado.

BUTTLER.—Está bien; ahora salid. Elegid en vuestro regimiento veinte ó treinta hombres seguros y

decididos, y hacedles prestar juramento al Emperador. Cuando hayan dado las once y se retiren las primeras patrullas, traedlos con todo sigilo aquí, donde os aguardaré no muy lejos.

DEVEROUX.—¿Y cómo franquearemos entre arcos y guardias el patio interior?

BUTTLER.—Ya he examinado el lugar; entraréis conmigo por una puerta trasera sólo guardada por un hombre, y por la cual entro y salgo en casa del duque, gracias á mi cargo, cuando bien me parece. Yo iré delante, y con una pañalada al centinela os abriré camino.

DEVEROUX.—Y cuando estemos arriba, ¿cómo llegaremos al dormitorio del príncipe sin que los criados despierten y pidan socorro? Porque su servicio es numeroso.

BUTTLER.—Los criados se alojan en el ala derecha. Como tiene horror al ruido, habita solo el ala izquierda.

DEVEROUX. — Ya quisiera haber salido del paso, Macdonald... ¡Demonio!... Siento un no sé qué...

MACDONALD.—También yo... La verdad... es un gran personaje, y nos tendrán por malvados.

BUTTLER.—Cuando os veáis colmados de honores, y rodeados de riquezas y fausto, bien podréis mostraros del qué dirán.

DEVEROUX.—Si al menos tuviéramos la certeza de que el paso no nos deshonra...

BUTTLER.—Estad tranquilos: vais á salvarle á Fernando el imperio y la corona. Con que la recompensa no será pequeña.

DEVEROUX.—¿Pero pretendía destronarle?

BUTTLER.—¡Vaya!... quería arrancarle la corona y la vida.

DEVEROUX.—De modo que hubiera perecido en un cadalso, si le llevamos vivo á Viena?

BUTTLER.—No había escape, compañero.

DEVEROUX.—Entonces vamos; morirá como un general; caerá con honra á mano de soldados.

(Vanse.)

ESCENA III

Una sala con una galería en el fondo hasta perderse de vista.—WALLENSTEIN sentado junto á una mesa.—EL CAPITAN SUECO en pie delante de él.—Poco después, LA CONDESA TERZKY.

WALLENSTEIN.—Saludad en mi nombre á vuestro general, y creed que tomo gran parte en el éxito feliz de la batalla. Si no nuestro tanto júbilo como debiera tras esa importante victoria, no lo atribuyáis á mi voluntad, puesto que desde ahora es común nuestra suerte. Id con Dios;... mil gracias por vuestro celo... Mañana á vuestra llegada hallaréis abierta la fortaleza. (Vase el capitán sueco. Wallenstein permanece absorto en sus pensamientos con la mano en la frente y fija la mirada. Sale la Condesa y le contempla un instante sin ser vista, hasta que al fin él lo advierte y se pone sobre sí.) ¿Sales de verla!... ¿Está ya más calmada?... ¿Cómo sigue?

LA CONDESA.—Mi hermana dice que parece más tranquila después de la entrevista. Ahora duerme.

WALLENSTEIN.—Su pena irá calmándose, hasta que llore.

LA CONDESA.—¿Y tú?... No estás como otras veces... Esperaba que esa victoria te alegraría más de lo que te ha alegrado: Procura mantener tu valor y tu firmeza, porque eres nuestra antorcha, nuestra salvación.

WALLENSTEIN. — Tranquilízate; no tengo nada. ¿Dónde está tu marido?

LA CONDESA.—Cenando con Illo.

WALLENSTEIN (se levanta y da algunos pasos).—Ha cerrado ya la noche... Retírate á tu cuarto.

LA CONDESA.—No me lo digas... déjame seguir á tu lado...

WALLENSTEIN (acercándose á la ventana).— ¡Qué movimiento en el cielo! El viento agita la bandera de la torre: pasan las nubes rápidamente velando la luna que reluce con luz incierta y vacilante... Ni una estrella se ve; sólo brilla á lo lejos tenue fulgor; es Calíope: cerca está Júpiter, pero la oscuridad del cielo tempestuoso lo oculta enteramente. (Cae en profundo ensimismamiento, y continúa con la mirada fija.)

LA CONDESA (notando su tristeza, y tomándole una mano).—¿En qué piensas?

WALLENSTEIN.—Me parece que si viera ese astro, me sentiría mejor. Es la estrella que presidió á mi vida, y que más de una vez me ha comunicado una fuerza maravillosa.

LA CONDESA.—Ya le verás.

WALLENSTEIN (cayendo de nuevo en profunda preocupación, se vuelve á la Condesa).—¡Verle!... ¡Nunca más!

LA CONDESA.—¿Cómo?

WALLENSTEIN.—Ha muerto... yace en el polvo.

LA CONDESA.—¿Pero de quién estás hablando?

WALLENSTEIN.—El es feliz; se ha cumplido ya su suerte; ya no tiene que confiar en el porvenir, no le engañará el destino; su vida está allí, pura, brillante, sin mancha, sin que pueda sonar para él la hora de la adversidad... Alzado por encima del temor y de los deseos, no pertenece ya á los móviles y engañosos... ¡quién sabe lo que nos reserva el tiempo que avanza envuelto en oscuro velo!

LA CONDESA.—¿Hablas de Max?... ¿Cómo murió?... Cabalmente cuando yo entraba, salía el mensajero. (Wallenstein le hace seña de que se calle.) ¡Ah! ¡Por qué volver los ojos al pasado, hermano mío? Déjame más bien contemplar los futuros días de tranquilidad y de calma, y alégrate de esa victoria sin recordar para nada lo que te ha costado.

En realidad, no perdíste á tu amigo hoy... murió para tí el día en que voluntariamente te abandonó.

WALLENSTEIN.—Estoy seguro de que soportaré tamaño dolor; ¡cuál hay que el hombre no soporte, si la fuerza del tiempo le subyuga, y aprende á deshabituarse de lo más grande como de lo más vulgar!... Pero siento perfectamente cuánto he perdido con él!... Cayó la flor de mi vida, y se marchitó su color y se ha vestido de tristeza, porque él era para mí la imagen viva de mis propios juveniles años. Para mí trocaba en sueño la realidad, y teñía la naturaleza vulgar de las cosas con los dorados rayos de la aurora... la fuerza de su ternura, con harta sorpresa mía, ennoblecía las cotidianas y monótonas imágenes de la existencia. ¡Qué me importa ahora el término de mis esfuerzos, si lo bello ha desaparecido de mi lado, y será para siempre!... Un amigo... un amigo es superior á toda dicha: la crea comprendiéndola, la aumenta compartiéndola.

LA CONDESA.—No desesperes de tu propia fuerza. Tu alma es hartó rica para bastarse á sí misma... Al fin lo que más estimabas en él, era la misma virtud que tú sembraste y cultivaste en su ánimo.

WALLENSTEIN (dirigiéndose á la puerta).—¿Quién viene á molestarnos á estas horas? ¡Ah! es el comandante con las llaves de la fortaleza... Retírate, hermana, es ya media noche.

LA CONDESA.—¡Me sabe tan mal dejarte hoy! Estoy inquieta... tengo miedo...

WALLENSTEIN.—Miedo, ¿de qué?

LA CONDESA.—Podrías partir esta misma noche y al despertar no encontrarte.

WALLENSTEIN.—¡Qué idea!

LA CONDESA.—Mucho há que me agitan sombríos presentimientos, y aunque de día logro sofocarlos, no tardan en oprimirme con siniestras pesadillas... Anoche, sin ir más lejos, te soñé ricamente vestido, sentado á la mesa con tu primera mujer.

WALLENSTEIN.—Pues ese sueño es feliz augurio, porque á mi primer matrimonio debo cabalmente mi fortuna.

LA CONDESA.—Y hoy he soñado que te buscaba en tu cuarto, y apenas entré, tu cuarto había desaparecido, y se levantaba en su lugar la cartuja de Giltshchin, que tú fundaste y donde quieres ser enterrado.

WALLENSTEIN.—¡Y eso te preocupa!

LA CONDESA.—¿No crees tú por ventura que los sueños son á veces proféticos?

WALLENSTEIN.—Muy cierto; pero yo no llamo proféticos sino á los que nos anuncian una suerte inevitable. Del modo que precede al sol sobre la línea del horizonte un cerco de nubes, así preceden á los grandes acontecimientos las apariciones, y al suceso de mañana, el presentimiento de hoy. Siempre me impresionó de singular manera el relato de la muerte de Enrique IV, quien, según dicen, sentía la presión de un puñal en el pecho antes de empuñarlo Ravailiac, y perdido el sosiego, perseguíale la inquietud por las salas del Louvre, y lo empujaba fuera del palacio. Los preparativos de la coronación de la reina, le parecían los de unos funerales, y con atónito oído presentía los pasos del asesino que le acechaba por las calles de París.

LA CONDESA.—¿Y nada te dice esa voz interior y profética?

WALLENSTEIN.—Nada; tranquilízate.

LA CONDESA (absorta en sus tristes pensamientos). Otra vez soñé que corrías, corrías, y yo te iba siguiendo apresuradamente á lo largo de una gran galería y á través de vastas salas sin fin. Las puertas se abrían y cerraban con estrépito, y yo, siguiéndote siempre sin aliento y sin poder alcanzarte. De pronto, siento que me coge por detrás una mano fría; eras tú; me abrazas, y en aquel instante nos cubre de los pies á la cabeza un lienzo rojo.

WALLENSTEIN.—La tapicería roja de mi cuarto.

LA CONDESA (contemplándole).—¡Si éste fuera el término de tantos afanes!... ¡si tú, que te hallas ahora en toda la fuerza de la vida...

(Se echa en sus brazos llorando.)

WALLENSTEIN.—Te tortura la sentencia del Emperador, pero un simple papel no hiere. No han de hallar un asesino.

LA CONDESA.—¿Y si lo encontrasen?... ¡Ah! entonces, ya he tomado mi resolución: conmigo traigo con qué consolarme. (Vase.)

ESCENA IV

WALLENSTEIN, GORDON, luego UN PAJE

WALLENSTEIN.—¿Está tranquila la ciudad?

GORDÓN.—La ciudad está tranquila.

WALLENSTEIN.—Oigo música... en el castillo hay luces... ¿Quiénes son esos que están tan alegres?

GORDÓN.—Dan en el castillo un banquete al conde Terzky y al mariscal.

WALLENSTEIN (aparte).—Será en celebración de la victoria. Esa gente sólo se divierte comiendo. (Llama. Sale un paje.) Desnudadme; me voy á descansar. (Toma las llaves de manos de Gordón.) Henos ya seguros contra los enemigos, y encerrados entre amigos fieles; porque ó yo me engaño mucho, ó una cara como esa (mirando á Gordón) no es la de un hipócrita. (El paje le quita el manto, la gola y la faja.) A ver... ¿qué se ha caído?...

EL PAJE.—La cadena de oro se ha roto.

WALLENSTEIN.—Bastante ha durado. Dadme. (La mira.) Es el primer dón del Emperador. Colgómela al cuello, siendo él archiduque, estando en la campaña de Frioul, y desde entonces la llevo por hábito... Será tal vez una superstición mía, pero esta cadena ha debido de ser para mí como un talismán mientras he podido llevarla con entera confianza;

de este ornamento colgó mi fugitiva dicha, primera prenda del afecto imperial. Pero sea; fuerza es que empiece otra ventura, ya que el talismán perdió su virtud. (Vase el paje con las ropas. Wallenstein se levanta; pásese por la sala, y por fin se detiene pensativo en frente de Gordón.) ¡Cómo me asalta y se acerca el recuerdo de mis primeros días! Véome de nuevo en la corte de Burgau donde nos hallábamos juntos. ¿Te acuerdas cuánto disputábamos á veces? Tú eras muy juicioso, y tenías por costumbre echártelas de moralista y me reprochabas mis inmoderadas aspiraciones, mis sueños temerarios, elogiando en cambio la áurea medianía. ¡Ya ves cómo se engañó tu prudencia! bien pronto puso límites á tu suerte, y sin el magnético influjo de mi estrella, se extinguiera silenciosa tu vida en este oscuro rincón.

GORDÓN.—Príncipe, el pobre pescador amarra tranquilamente su frágil barquilla en el puerto, mientras mira naufragar el poderoso navío.

WALLENSTEIN.—¿Realmente te hallas ya en el puerto? Extraño ardor, que nada ha podido mitigar, me lanza violento sobre el oleaje de la vida; la esperanza es aún mi diosa, y me siento joven; cuando á ti comparo, observo con orgullo que los años pasaron por mi cabeza sin encanecerla, y sin hacerme sentir su poder. (Se pasea á grandes pasos, y se detiene otra vez frente á Gordón, desde el otro extremo del teatro.) ¡Por qué tratar de engañosa á la fortuna, si para mí fué tan fiel y amorosa y me alzó por encima de la multitud, y me subió en sus ágiles y poderosos brazos por la escala de la vida? Nada vulgar en mi camino, ni en las líneas de mi mano. ¿Quién puede juzgar mi existencia según las reglas de la prudencia? Verdad que parezco actualmente harto abatido, pero yo me rehabilitaré, y el abundante reflujo sucederá á la baja marea.

GORDÓN.—Con todo, recuerdo el antiguo axioma:

«No te envanezcas de tu suerte hasta que haya pasado el día.» No es ciertamente prenda de esperanza la duración de la dicha, sino todo lo contrario, que la esperanza se hizo para los desgraciados; tema el dichoso: la balanza oscila constantemente.

WALLENSTEIN (sonriendo).—Paréceme oír al Gordón de antaño. Harto sé que el mundo está sujeto á continua mudanza, y que los dioses del mal recaban sus derechos; ni los mismos paganos lo ignoraron cuando se imponían voluntariamente alguna desgracia y apaciguaban á sus celosas divinidades inmolando víctimas humanas en el altar de Tifón. (Con gravedad y más bajo.) También yo ofrecí mi sacrificio: mi mejor amigo sucumbió, y por mi culpa. Desde ahora, ningún favor de la fortuna puede causarme tanto júbilo como pesar me causó aquella muerte, con que los celos del destino deben estar satisfechos: me arrebató una vida á cambio de otra y el rayo que debía aniquilarme cayó sobre aquella cabeza pura y querida.

ESCENA V

Dichos.—SENI

WALLENSTEIN.—¿Es Seni el que llega?... Qué agitado va! ¿Qué te trae aquí tan tarde, Bautista?

SENI.—La inquietud que me causáis, señor.

WALLENSTEIN.—Habla ¿qué hay?

SENI.—Huíd antes que amanezca; huíd, no os fiéis de los suecos.

WALLENSTEIN.—¡Vaya una ocurrencia!

SENI (alzando la voz).—No os fiéis de los suecos...

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué pasa, dí?

SENI.—No aguardéis su llegada. Os amenaza próxima desdicha, os cercan falsos amigos, según leo en algunos signos fatales, y os ciñen las redes de la muerte.

WALLENSTEIN.—Sueñas, Bautista; el miedo te perturba.

SENI.—¡Ah! no lo creáis... venid y leeréis vos mismo en los planetas... Os amenazan pérfidos amigos.

WALLENSTEIN.—De pérfidos amigos procede mi desgracia. Antes debieran anunciármelo las estrellas; ahora, para nada las necesito.

SENI.—Venid, y creeréis á vuestros propios ojos. En el cielo de vuestra vida apareció un signo fatal; un enemigo que se halla junto á vos, un malvado se desliza bajo los rayos de vuestra estrella. Atended mis consejos, no os entreguéis á esos paganos que hacen la guerra á nuestra santa Iglesia.

WALLENSTEIN (sonriendo).—¡Ah!... de aquí procede el oráculo... Ya caigo... ya caigo... A ti no te pareció nunca bien la tal alianza... Vé á descansar, Bautista; que tus signos no me amedrentan.

GORDÓN (que durante lo anterior se ha conmovido, se vuelve á Wallenstein).—Príncipe, no sé si me atreva... A veces un hombre sin importancia ha dado un aviso útil.

WALLENSTEIN.—Habla libremente.

GORDÓN.—Si cuanto dice, príncipe, no fuera vana preocupación, y la providencia se sirviera por milagro de semejante órgano para salvaros?

WALLENSTEIN.—Uno y otro deliráis... ¿Cómo podría venirme la desgracia por los suecos, cuando fueron ellos los que buscaron mi alianza, y en ella están interesados?

GORDÓN.—¿Y si cabalmente su llegada fuese la causa de vuestra pérdida en el punto en que más tranquilo estáis? (Se echa de rodillas á sus pies.) Es tiempo todavía, príncipe.

SENI (hincando también la rodilla).—Atended á sus ruegos.

WALLENSTEIN.—Tiempo... ¿de qué?... Alzad... os lo mando, alzad.

GORDÓN (levantándose).—El rhingrave tardará to-

davía en venir; ordenad que no le permitan la entrada á la fortaleza. Si quiere sitiarnos, que lo pruebe... os juro que él y todo su ejército sucumbirán al pie de estos muros antes que fatiguen nuestra constancia y valor. Entonces verá de qué son capaces nuestras heroicas tropas gobernadas por un héroe dispuesto á reparar una falta: esta acción conmoverá al Emperador, y os reconciliará con él, porque su corazón se inclina á la clemencia, y Friedland, arrepentido, será más ensalzado que antes de haber perdido el favor de la corte.

WALLENSTEIN (contemplándole con sorpresa; pausa; luego, vivamente conmovido).—¡Hasta dónde te lleva tu celo, Gordón!... Sólo un amigo de infancia puede permitirse semejante lenguaje... Ha corrido ya la sangre, Gordón, y el Emperador ya no puede perdonarme; es más; si él lo quisiera, no podría aceptarlo yo. De haber previsto lo que debía ocurrir, y que iba á perder á un amigo tan caro, pensando como pienso ahora, tal vez hubiera reflexionado... tal vez no. Pero ahora, ¿qué puedo hacer? Los comienzos de mi empresa son demasiado graves para no conducir á nada; siga, pues, su curso. (Se dirige á la ventana.)... Ha cerrado ya la noche... ya no se oye el menor ruido en el castillo... Vamos, alumbrad. (El paje, que habrá salido sin decir palabra, y ha seguido con visible interés el anterior diálogo, se adelanta vagamente conmovido, y se echa á los pies del príncipe.) ¡También tú!... ya sé por qué deseas tú que me reconcilie con el Emperador... Ese pobrecillo posee unos palmos de tierra en Carintia y teme que vayan á confiscárselos porque está á mi servicio... ¿Tan pobre estoy que no puedo indemnizar á mis criados?... Sea; yo no quiero forzar á nadie... Si crees que me abandonó la fortuna, vete á donde te plazca. Hoy me desnudarás por última vez, y luego puedes si quieres irte con el Emperador. Buenas noches, Gordón; me parece que voy á dormir largas horas, des-

pués de tan violentas agitaciones. Cuidado con despertarme muy temprano.

(Vase. El paje le alumbra, seguido de Seni. Gordón se queda en la sala á oscuras y no pierde de vista al duque hasta que ha pasado la puerta. Luego da muestras de su dolor con su abatimiento, y se apoya con tristeza en una columna.)

ESCENA VI

GORDÓN.—BUTTLER desde el foro

BUTTLER.—Aguardad aquí hasta que os dé la señal.

GORDÓN.—¡Es él!... acompañado de los asesinos.

BUTTLER.—Se han apagado las luces, y todo duerme profundamente.

GORDÓN.—¿Qué hacer? ¿Intentaré salvarle? ¿Pondré en alarma la casa y la guardia?

BUTTLER (sale).—¡Luz todavía en el corredor que va al cuarto del príncipe!

GORDÓN.—Pero con eso violaré mi juramento... ¡Y si escapa, y aumenta la fuerza del enemigo? Entonces yo respondería con la vida de las terribles consecuencias.

BUTTLER (acercándose).—¡Qué silencio!... Oigamos. ¿Quién habla aquí?

GORDÓN.—¡Ay de mí!... más vale fiar al cielo el desenlace... ¿Qué soy para intervenir en tan grandes sucesos? Si sucumbe, no seré yo quien le haya muerto; si se salva, la culpa será mía, y recaerán sobre mí sus consecuencias.

BUTTLER (adelantándose).—Yo conozco esta voz.

GORDÓN.—¡Buttler!

BUTTLER.—¡Gordón! ¿Qué buscáis aquí? ¿Tan tarde os ha despedido el buque?

GORDÓN.—¡Traéis la mano vendada!

BUTTLER.—¡Una herida! Ese Illo se defendió como un desesperado, hasta que le derribamos al suelo.

GORDÓN.—¿Los mataron ya?

BUTTLER.—Sí;... ¿está ya acostado?

GORDÓN.—¡Ay de mí, Buttler!

BUTTLER.—Responded; ¿se acostó?... lo ocurrido no puede permanecer oculto largo tiempo.

GORDÓN.—¡Ah! no le matéis, no le matéis vos; Dios no lo quiere... vedlo;... fuisteis herido en el brazo.

BUTTLER.—Mi brazo no será necesario.

GORDÓN.—Han muerto ya los culpables; y esto basta para satisfacer á la justicia. Termine todo con esas víctimas. (Sale el paje, puesto un dedo en los labios imponiendo silencio)... Duerme... ¡Oh!... no le matéis en el sagrado momento del sueño.



BUTTLER.—No; despertará para morir.

(Hace que se va.)

GORDÓN.—¡Ah! Preocupado todavía con las cosas terrestres, no estará dispuesto á parecer delante de Dios.

BUTTLER.—Grande es su misericordia.

(Hace que se va.)

GORDÓN (deteniéndole). — Acordadle esta noche tan solo.

BUTTLER.—Cada instante que pasa puede hacer-nos traición.

GORDÓN.—Sólo una hora... una hora!...

BUTTLER.—Dejadme... ¡De qué le serviría tan breve plazo!

GORDÓN.—¡Ah!... el tiempo es maravillosa divinidad. En una hora se deslizan millares de granos de arena, y pasan por la mente millares de pensamientos. En una hora, nuestro corazón, el suyo, pueden mudar, puede llegar una noticia, ocurrir bienhadados sucesos, decisivos y saludables. ¡Oh qué de cosas pueden pasar en una hora!

BUTTLER.—Con esto me estáis recordando que los minutos son preciosos. (Da con el pie en el suelo.)

ESCENA VII

Dichos.—MACDONALD y DEVEROUX, armados de alabardas; luego el PAJE

GORDÓN (interponiéndose entre Buttler y los hombres armados).—¡Bárbaro! Antes pasarás por encima de mi cadáver... No he de consentir tan horrible crimen...

BUTTLER (rechazándole).—¡Viejo insensato!
(Suenan trompetas á lo lejos.)

MACDONALD y DEVEROUX.—¡Las trompetas suecas! Ya llegan... Despachemos.

GORDÓN.—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

BUTTLER.—A vuestro puesto, comandante.
(Vase precipitadamente Gordón.)

EL PAJE (acudiendo).—¡Quién se atreve á hacer ruido aquí!... ¡Silencio!... El duque duerme...

DEVEROUX (alzando la voz; terrible). — Compañero, llegó la hora de meter ruido.

EL PAJE.—¡Socorro! ¡socorro!... ¡Asesinos!

BUTTLER.—Matadle.

EL PAJE (cae junto á la puerta de la galería muerto de una puñalada por Deveroux).—¡Jesús María!

BUTTLER.—¡Derribad las puertas!

(Pasan por encima del cadáver... Suena á lo lejos el ruido de unas puertas derribadas... luego, otras... Voces confusas... Ruido de armas... Luego profundo silencio.)

ESCENA VIII

LA CONDESA TERZKY con una luz en la mano

Su cuarto está vacío... no la hallan en ninguna parte... ni á ella, ni á la Neubrunn... ¿Se habrá fugado? ¿Dónde puede haber ido?... ¡Hay que salir en su busca, y das la voz de alarma!... ¿Cómo recibirá el duque la fatal noticia?... Si al menos hubiese vuelto mi marido del banquete... El duque está dispuesto... me parece que oí rumor de pasos y de voces... Veamos; escucharé junto á esa puerta... Nada se percibe... ¿quién llega? Suben corriendo la escalera.

ESCENA IX

LA CONDESA, GORDON; luego BUTTLER

GORDÓN (acudiendo sin aliento).—Es un error... no eran los suecos... Deteneos, Buttler, ¿dónde está? (Fijándose en la Condesa.) Decidme...

LA CONDESA.—¿Venís del castillo? ¿Dónde está mi esposo?



BUTTLER.—¡Derribad las puertas!

GORDÓN (con espanto).—¿Vuestro esposo?... No me lo preguntéis... Volveos á vuestras habitaciones.

(Hace que se va.)

LA CONDESA (deteniéndole).—No, sin haberme explicado antes...

GORDÓN (soltándola con violencia).—De este instante depende la suerte del mundo. Salid, por Dios... Mientras estamos hablando aquí... ¡Oh Dios mío! (gritando): ¡Buttler! ¡Buttler!

LA CONDESA.—Está en el castillo con Terzky.

(Buttler sale por la galería.)

GORDÓN.—Fué un error; no son los suecos sino los imperiales que entran en la ciudad... El teniente general me anuncia que estará aquí en breve... Suspendedlo todo...

BUTTLE.—Es tarde ya.

GORDÓN (apoyándose en la pared para no caerse).—¡Dios de misericordia!

LA CONDESA (con gran ansiedad).—¿Cómo, que es tarde! ¿Quién llega, decís? ¡Octavio aquí!... Traición, traición, ¿dónde está el duque?

(Vase corriendo por la galería.)

ESCENA X

Dichos.—SENI, EL BURGOMAESTRE, UN PAJE,
UNA CAMARERA, VARIOS CRIADOS corriendo aterrados por
la escena

SENI (saliendo por la galería con grandes muestras de terror).—¡Sangrienta y espantosa acción!

LA CONDESA.—¿Qué pasa, Seni?

UN PAJE (llegando).—¡Oh deplorable espectáculo!

(Salen algunos criados con antorchas.)

LA CONDESA.—Pero ¿qué hay, por Dios vivo?

SENI.—¿Y aún lo preguntáis, señora? El príncipe fué degollado, y muerto vuestro esposo en el castillo!

(La Condesa queda anonadada.)

LA CAMARERA (acudiendo).—¡Socorro!... ¡socorro!... la duquesa...

EL BURGOMAESTRE.—¿Qué significan estos gritos de dolor que turban el sueño de mi casa?

GORDÓN.—Vuestra casa fué maldecida para siempre. En vuestra casa yace asesinado el príncipe.

EL BURGOMAESTRE.—¡Dios nos libre de ello!

(Vase.)

EL AYUDA DE CÁMARA 1.^o—¡Huíd!... huíd... van á degollarnos á todos.

EL SEGUNDO (trayendo consigo algunas joyas).— ¡Por aquí!... ¡por aquí!... Las otras puertas están guardadas.

VOZ DENTRO.—Paso al señor teniente general.

(Al oír estas palabras, sale la condesa de su anonadamiento y se va corriendo.)

VOZ DENTRO.—¡Cerrad las puertas!... Prohibid la entrada al pueblo.

ESCENA XI

Dichos, menos la Condesa.—OCTAVIO PICCOLOMINI, con su séquito; DEVEROUX y MACDONALD, con algunos alabarderos. Traen á la escena el cadáver de Wallenstein envuelto en un paño rojo.

OCTAVIO (sale precipitadamente).—No puede ser; no puede ser; Buttler, Gordón; no puedo creerlo; decíme que no ha sido.

(Gordón, sin contestar, señala el cadáver del duque.

Fíjase en él Octavio, y se detiene aterrorizado).

DEVEROUX (á Buttler).—Aquí está la espada y el toisón de oro del príncipe.

MACDONALD.—Supongo que ordenaréis á la Cancillería...

BUTTLER (señalando á Octavio).—Desde este momento el general es el único que puede dar órdenes aquí.

(Deveroux y Macdonald se retiran respetuosamente. Vanse todos en silencio, y quedan solos Buttler, Octavio y Gordón.)

OCTAVIO (á Buttler).—¿Tal era vuestro designio, Buttler, cuando nos separamos? ¡Dios de justicia! A ti alzo las manos suplicantes. Yo no soy culpable de tan monstruosa acción.

BUTTLER.—Vuestras manos se han conservado limpias de toda mancha, y empleásteis las mías.



OCTAVIO.—¡Miserable!... Abusar así de las órdenes de tu soberano, y cometer en su sagrado nombre tan horrible crimen!

BUTTLER (tranquilamente).—Yo no hice más que ejecutar la sentencia imperial.

OCTAVIO.—¡Qué maldición vive sujeta al poder de los reyes! Tal fuerza tienen sus palabras, que su fugaz pensamiento trae consigo al instante hechos irreparables... ¿Qué necesidad tenías de obrar con tal prontitud? ¿Por qué arrebatat á la clemencia

el tiempo del indulto? ¡El tiempo! angel del hombre. Sólo un Dios infalible puede descargar de un golpe el juicio y la ejecución.

BUTTLER.—¿Por qué semejantes reproches? ¿Cuál es mi crimen? Buena y laudable fué mi acción, puesto que liberté al imperio de temible enemigo, y por ello merezco recompensa. Sólo una diferencia hay entre vuestra conducta y la mía: vos aguzasteis el dardo, yo lo asesté en su pecho; vos pedíais sangre, y ahora os asombráis de verla correr; yo supe siempre lo que hacía, y el resultado no me causa ni sorpresa ni pavor... Ved qué debéis mandarme... Parto inmediatamente para Viena á deponer mi ensangrentado acero ante el trono del Emperador, y á reclamar la aprobación que debe acordar un juez justiciero á la pronta y estricta obediencia.

ESCENA XII

Dichos, menos BUTTLER.—Sale LA CONDESA TERZKY demudada y pálida; su acento es débil, frío y lento

OCTAVIO (adelantándose á su encuentro).—¡Oh condesa! ¡En esto había de parar todo! Estas son las consecuencias de sus desgraciadas tentativas.

LA CONDESA.—Este es el fruto de vuestra conducta. El duque ha muerto, mi marido ha muerto, la duquesa lucha con su agonía, y mi sobrina se ha fugado. Esta casa ayer poderosa y gloriosa está desierta; los criados huyen de ella despavoridos. Ultimo vástago de la familia, vengo á cerrar sus puertas, y depongo en vuestras manos las llaves.

OCTAVIO (con profundo dolor).—¡Ah, condesa! También mi casa está desierta!

LA CONDESA.—¿A quién le toca ahora perecer? ¿quién debe ser tratado aún con injusto rigor? El príncipe ha muerto; satisfecha queda la venganza del Emperador. Respetad al menos á sus antiguos

servidores, y no castigáis como un crimen su amor y su lealtad. El hado sorprendió á mi hermano antes de tiempo y no pudo pensar en ellos.

OCTAVIO.—Ah no, condesa; basta de venganza, basta de rigores. Siguió ya el tremendo castigo á una gran falta; y desarmada la cólera del Emperador, la hija heredará tan sólo de su padre la gloria y el recuerdo de sus servicios. Cuanto á vos, la Emperatriz honra vuestra desgracia y os abre los maternales brazos; con que no abriguéis temor alguno, y confiad en la clemencia imperial.

LA CONDESA (alzando los ojos al cielo).—A la de más poderoso señor fío mi suerte... ¿Dónde serán depuestos los despojos del príncipe?... En su prosperidad fundó una cartuja en Githschin, donde descansa la condesa Wallenstein; junto á ella quería ser enterrado el príncipe movido de la gratitud... Acordadle esa sepultura, y conceded el mismo favor al cadáver de mi esposo. Puesto que el Emperador es ya dueño de nuestros castillos, concédanos al menos una tumba junto á nuestros castillos, concédanos al menos una tumba junto á nuestros antepasados.

OCTAVIO.—¡Tembláis!... Condesa... Estáis pálida!... ¡Dios mío!... ¿Qué sentido tienen vuestras palabras?

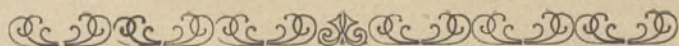
LA CONDESA (haciendo un último esfuerzo, y hablando con vivacidad y nobleza).—Me hacéis la justicia de creer que no soy capaz de sobrevivir á la ruina de mi casa... Grandes nos sentíamos para aspirar á una corona real, y si el hado no protegió nuestra ambición soberana, grande es nuestro ánimo todavía para preferir la muerte voluntaria á la deshonra... El veneno...

OCTAVIO.—¡Salvadla!... ¡Socorredla!

LA CONDESA.—Es tarde ya. Dentro de breves instantes mi suerte se habrá cumplido. (Vase.)

GORDÓN.—¡Oh mansión de muerte y horror! (Sale un correo con una carta. Gordón se adelanta á

cogerla.) ¿Qué hay?... El sello del Emperador! (Lee el sobre y la entrega á Octavio con severa mirada.)
Al príncipe Piccolomini.
(Octavio hace un gesto de espanto y alza los ojos al cielo con dolor.—Telón.)



INDICE

LA NOVIA DE MESINA

TRAGEDIA EN 4 ACTOS

	<u>Páginas</u>
Del uso del coro en la tragedia.—Prefacio del autor	3
LA NOVIA DE MESINA.	15

WALLENSTEIN

TRILOGÍA

PARTE PRIMERA.—El campamento de Wallenstein.	113
PARTE SEGUNDA.—Los Piccolomini.	155
PARTE TERCERA.—La muerte de Wallenstein.	251

Obras de Ponson du Terrail

A una peseta el tomo en rústica.—Encuadernado en tela, con planchas doradas: 1'50 pesetas.

La juventud de Enrique IV

—8 tomos.

- I.—*La hermosa platera.*
- II.—*La favorita del rey de Navarra.*
- III.—*Los amores de la bella Nancy.*
- IV.—*Los juramentados.*
- V.—*Enrique y Margarita.*
- VI.—*La noche de San Bartolomé.*
- VII.—*La reina de las barricadas.*
- VIII.—*El regicida.*

Aventuras de Enrique IV.—2 tomos.

- I.—*Galaor el Hermoso.*
- II.—*La traición del mariscal Birón.*

Los ladrones del gran mundo.—7 tomos.

- I.—*Cartahut ó el Buque Fantasma.*
- II.—*El misterio del pasaje del Sol.*
- III.—*El señor de la montaña.*
- IV.—*El sacrificio de Juana.*
- V.—*Mousseline la vengadora.*
- VI.—*Las celadas de Olímpia.*
- VII.—*El desafío de amor.*

El herrero del convento.—2 tomos.

Los amores de Aurora.—2 tomos.

La justicia de los gitanos.—2 tomos.

El paje Flor de Mayo.

COLECCIÓN COMPLETA

ROCAMBOLE

Los dramas de París.—5 tomos.

- I.—*La herencia misteriosa.*
- II.—*Sor Luisa, la hermana de la Caridad.*
- III.—*Club de los Explotadores.*

- IV.—*Turquesa la Pecañora.*
- V.—*El conde de Artoff.*

Hazañas de Rocambole.—4 tomos.

- I.—*Carmen la Gitana.*
- II.—*La condesa de Artoff.*
- III.—*La muerte del salaje.*
- IV.—*La venganza de Bacará.*

El manuscrito del dominó.—4 tomos.

- I.—*Los caballeros del Claro de Luna.*
- II.—*La vuelta del presidiario.*
- III.—*Testamento del Gravo de Sal.*
- IV.—*Daniela.*

La resurrección de Rocambole.—5 tomos.

- I.—*El presidio de Tolón.*
- II.—*La cárcel de mujeres.*
- III.—*La posada maldita.*
- IV.—*La casa de locos.*
- V.—*¡Redención!*

La última palabra de Rocambole.—7 tomos.

- I.—*La Taberna de la Sangre.*
- II.—*Los estranguladores.*
- III.—*Historia de un crimen.*
- IV.—*Los millones de la gitana.*
- V.—*La hermosa jardinera.*
- VI.—*Un drama en la India.*
- VII.—*Los tesoros del rajah.*

Las miserias de Londres.—5 tomos.

- I.—*La maestra de párvulos.*
- II.—*El niño perdido.*
- III.—*La jaula de los pájaros.*
- IV.—*El cementerio de los ajusticiados.*
- V.—*La señorita Elena.*

Las demoliciones de París.—2 tomos.

- I.—*Los amores del Límposino.*
- II.—*La prisión de Rocambole.*

La cuerda del ahorcado.—2 tomos.

- I.—*El loco de Bedlám.*
II.—*El hombre Gris.*

La vuelta de Rocambole.—4 tomos.

- I.—*El compadre Vulcano.*

- II.—*Una sociedad anónima.*
III.—*Los amores de una española*
IV.—*La venganza de Rocambole.*

Las tragedias del matrimonio.—2 tomos.

Los dramas sangrientos.—2 tomos.

Obras de Carlota M. Braemé

A PESETA

Una lucha de amor.
Dora.
Azucena.
Su único pecado.
En su mañana de bodas.
Invencible amor.
La condesa de Cradoc.
Casada con dos maridos.
El secreto de lady Muriel.
Los diamantes Ducie.
Una historia de amor.
Una víctima
del gran mundo.
En el crisol del amor.
Juez y parte.
De las tinieblas á la luz.
Historia de un velo negro.
Luchas del corazón.
La expiación de un pecado
Un matrimonio
desgraciado.
El secreto del duque.
La mártir del hogar.
La niña mimada.
La novela de una niña.
La tentación de una mujer
Un casamiento desigual.
Amores sublimes.
A vida ó muerte.
Locura de amor.
Corazón de oro.
Arrepentimiento tardío.
Rosas y espinas.
La moderna Cenicienta.
Caminos de oro.
Los amores de Claribell.
La venganza de una mujer
La estrella de amor.
El castigo de una madre

Amor sin igual.
Un corazón destrozado.
Entre dos pecados.
El anillo de bodas, roto.
Sueños del corazón.
Más débil que una mujer.
El misterio del bosque.
Redimida por amor.
Las almas enamoradas.
Una herencia misteriosa.
El orgullo de lady Diana.
El amor y el interés.
Los amores de Juana.
El último amor.
El nido de Cupido.
Un corazón muerto.
Dos besos.
El corazón de un padre
Dramas de amor.
Cesarina.
Sueños de amor.
El lirio fatal.
Un casamiento en el mar.
Los diamantes
de la duquesa
Espinas de una rosa.
Un deber fatal.
El triunfo del amor.
Un juramento falso.
Su único amor.
Una belleza fatal.
Luchas de amor.
La hija del príncipe Carlos.
Los votos de Irene.
Los amores de una mujer
Un pecado oculto.
Vivir para amar.
Un amargo despertar.

